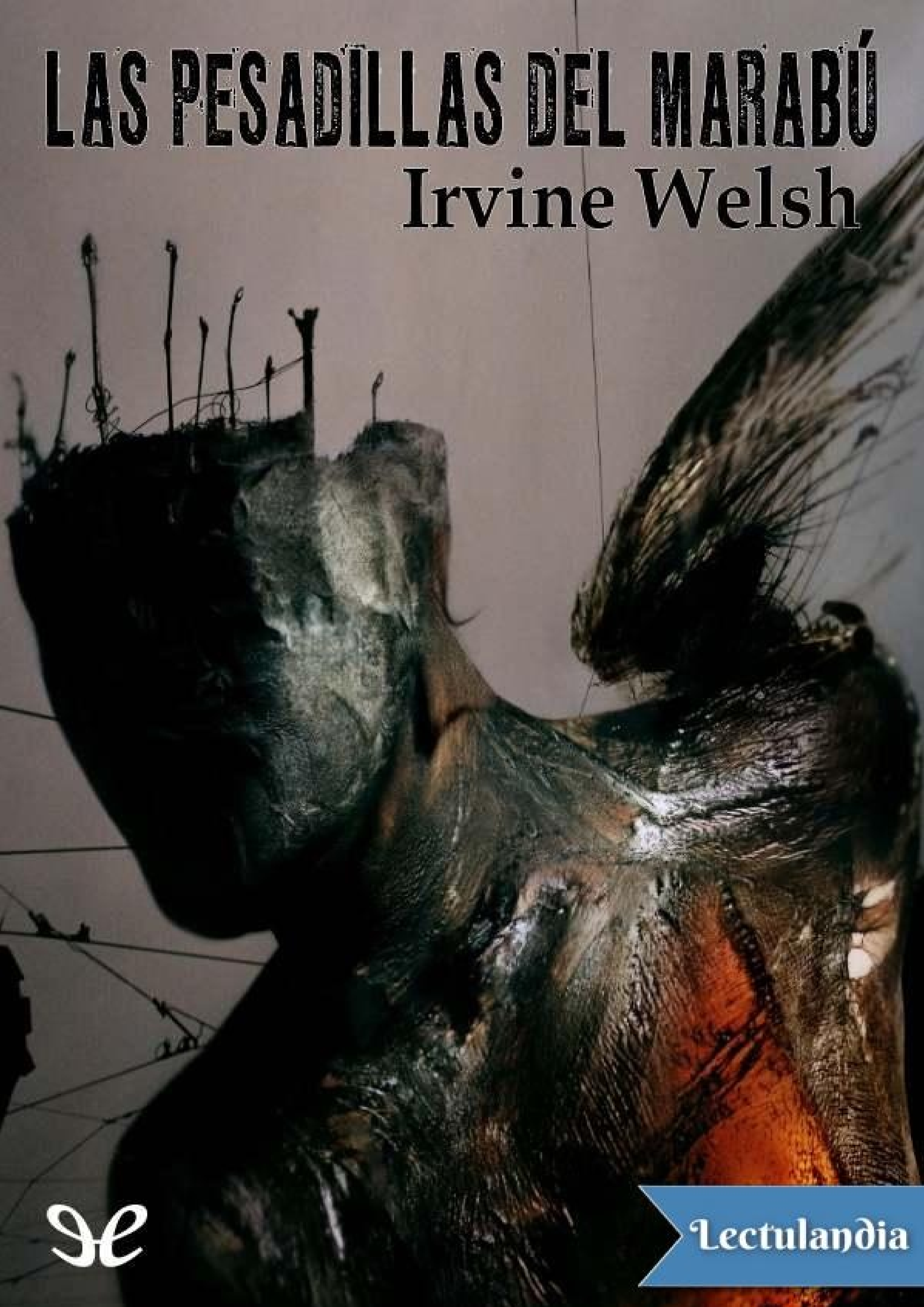

LAS PESADILLAS DEL MARABÚ
Irvine Welsh
Lectulandia

Roy Strang, antiguo seguidor ultra de un equipo de fútbol, yace en coma en el hospital. Recibe visitas de los extravagantes y demenciales de su familia y también de la muchacha a la que violó junto con sus amigos; entre tanto, Roy rememora poco a poco —y con interrupciones oníricas cuando se acerca a temas que no quiere recordar— su vida desde su dura infancia en una barriada de Edimburgo y su breve pero decisivo paso por Sudáfrica, hasta los acontecimientos que le condujeron al hospital, todo ello intercalado con frecuentes descensos a un mundo de ensoñaciones donde recorre África en compañía de su fiel amigo Sandy Jamieson en busca del Marabú —símbolo de la crueldad depredadora— al que quiere dar muerte.

Lectulandia

Irvine Welsh

Las pesadillas del Marabú

ePub r1.0
Titivillus 12.09.17

Título original: *Marabou Stork Nightmares*
Irvine Welsh, 1995
Traducción: Federico Corriente
Diseño de cubierta: Dave McKean

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

para Trish, Davie, Laura & Sean

El autor desea expresar su gratitud por el permiso para reproducir fragmentos de los siguientes textos:

Mad About the Boy, de Noel Coward © 1932 *The Estate of Noel Coward*, con el amable permiso de Michael Imison Playwrights Ltd, 28 Almeida Street, Londres NI 1TD. *Never, Never, Never*, de Tony Reñís y Alberto Testa copyright de Italcarish Edizione Musicale S. R. L. Milán © 1973 de Peermusic UK Ltd, Londres. *Big Spender*, de Cy Coleman y Dorothy Fields © 1965, 1969 Notable Music Co & Lida Enterprises, Inc. Todos los derechos administrados por WB Music Corp, Campbell Connelly & Co Ltd, 8-9 Frith Street, Londres W1V 5TZ. Todos los derechos reservados. Empleados con permiso. *From Russia with Love* (Lionel Bart) © 1963 EMI Catalogue Partnership / EMI Unart Catalog Inc. EEUU. *Goldfinger* (Barry/Newley/Bricusse) © 1964 EMI Catalogue Partnership / EMI Unart Catalog Inc. EEUU; *Nobody Does It Better* (Marvin Hamlisch/Carol Bayer-Sager) © 1977 EMI Catalogue Partnership / EMI U Catalog Inc. EEUU; Thunderball (John Barry/Don Black) © 1966 EMI Catalogue Partnership / EMI Unart Catalog Inc. EEUU; *For Your Eyes Only* (Bill Conti/Michael Leeson) © 1981 EMI Catalogue Partnership / EMI U Catalog Inc. EEUU; *Diamonds Are Forever* (John Barry/Leslie Bricusse) © 1971 EMI Catalogue Partnership / EMI Unart Catalog Inc. EEUU., y *You Only Live Twice* (John Barry/Leslie Bricusse) © 1967 EMI Catalogue Partnership / EMI Unart Catalog Inc. EEUU. Todas reproducidas con permiso de CCP/Belwin Europe, Surrey, Inglaterra.

Se ha hecho todo lo posible para obtener los permisos necesarios referidos a material del que existe copyright. Los editores piden disculpas si alguna fuente quedase inadvertidamente sin reconocer.

Tolerancia Zero

El material empleado en este libro procede de la campaña de Tolerancia Zero (Zero Tolerance) originada en Edimburgo. Tolerancia Zero es la primera campaña en emplear los medios de comunicación para afrontar la violencia masculina contra mujeres y niños. La campaña sostiene que no hay ningún grado de violencia aceptable contra mujeres y niños.

Prólogo

Hora de dar las gracias otra vez. Siempre en primer lugar y ante todo a Anne, por motivos sobre los que se podrían escribir todos los libros del mundo sin hacerles la más mínima justicia.

Después, a Kenny McMillan y Paul Reekie por suministrarme no sólo montones de ideas para este libro, sino también gran parte de la información que necesitaba para completarlo, además de a numerosos otros chicos del East Terracing[0] (ahora, lamentablemente, East Stand) por su información especializada. A Kevin Williamson, Barry Graham y Sandy McNair por echar sus pequeños y afanosos ojos sobre el manuscrito y suministrar útiles feedbacks. Ni que decir tiene que no puede responsabilizarse a las personas citadas de los numerosos defectos, sólo que tales fragmentos de mierda habrían abundado más sin su intervención.

A las autoridades locales de la ciudad de Munich, sin cuya generosa hospitalidad no se habría completado este libro tan rápidamente.

A todos los editores, en especial a Robín Robertson y Nicky Eaton, y a Lesley Bryce, el mejor editor de Europa occidental. A Jeff Barratt en Heavenly.

A varios amiguetes de Edimburgo, Glasgow, Londres, Manchester, Amsterdam y otros lugares con los que siempre puedo contar para que me lleven a rastras hasta clubs o *pubs*, o a terrazas para hacer travesuras cada vez que hay un peligro inminente de irrupción de la cordura. Ya sabéis quiénes sois; muy bien, a todos y a cada uno de vosotros.

Cabeceos, guiños y mis mejores deseos a todos los elementos y pandillas que he conocido a lo largo del último año en Puré, Yip Yap, Slam, Sativa, Back to Basics, The Ministry, Sabresonic, Desert Storm, The Mazzo, The Roxy, Sunday Social y Rez. Felicitaciones a todos los DJ por mantener las cosas en marcha.

Unas gracias enormes a mi familia por no ser la que sale en este libro.

Massive respect para todo el mundo.

Irvine Welsh, Amsterdam,
octubre 1994.

El escepticismo fue fundado en Edimburgo hace doscientos años por David Hume y Adam Smith. Dijeron: «Llevémosle la religión al hombre negro, pero no creamos realmente en ella». Es ésta la vanguardia del comercio.

-P. R.

Deberíamos condenar más y comprender menos.

—Major.

PRIMERA PARTE

IMPERIOS PERDIDOS

1 Otro imperio perdido

Eramos.yo.y.Jamieson.

Sólo nosotros.

En esta expedición, esta loca expedición a alta velocidad a través de esta extraña tierra en este extraño vehículo.

Sólo yo y Sandy Jamieson.

Pero trataban de molestarme, de despertarme; como hacían siempre. Son incapaces de dejarme en paz. Siempre se entrometen. Cuando estos cabrones empiezan con la mierda ésta todo se distorsiona y tengo que intentar bajar más.

MÁS ABAJO.

Las cosas se dis

	subir----	Sólo vamos a tomarte
	a	la temperatura, Roy.
	empiezo	¿Tiene Ud. la chata, enferme
Descontrolo cuando	entonces	ra Norton? Ahora
se entrometen	----y	tocan cacas, Roy,
		ahora tocan cacas

—Sí, tiene mejor aspecto esta mañana, ¿no es así, enfermera Devine? Esta mañana tienes mejor aspecto, Roy, cariño.

Ya, tú sí que sabes, sácame la puta mano del culo.

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO ---------- ---------- ----------- ---------- ----------- ---------- ----- ------ ---------------- Mi mejor amigo aquí abajo es Sandy Jamieson. Exdeportista profesional y curtido cazador de devoradores de hombres, recluté la ayuda de Jamieson para una misión en la que llevo ocupado tanto tiempo como alcanzo a recordar. Sin embargo, como mi memoria es prácticamente inexistente, esto podría significar desde hace unos días o desde el principio mismo de los tiempos. Por alguna razón, me siento impulsado a erradicar al pájaro carroñero-depredador conocido como el Marabú Africano. Quiero desterrar del continente africano a esta fea y maligna criatura. En particular, tengo una recurrente visión de un enorme cabrón, un ejemplar horrible y repugnante, que sé que de algún modo tiene que morir a mis manos.

Al igual que me sucede con todos los demás acontecimientos, me resulta muy difícil recordar cómo Sandy Jamieson y yo nos hicimos amigos. Sí sé que me ayudó muchísimo cuando llegué aquí por primera vez y eso basta. No quiero recordar dónde estuve antes. Mi pasado me repugna; es un desagradable borrón que no tengo deseo

alguno de aclarar. Aquí y ahora, África y Sandy son mi presente y mi futuro.

Noto una fresca brisa en la cara y me vuelvo hacia mi compañero. Se le ve muy animado tras el volante de nuestro jeep.

—Llevas demasiado tiempo al volante, Sandy. ¡Déjame a mí! —dije, ofreciéndome voluntario.

—¡Magnífico! —contestó Sandy, deteniéndose a un lado de aquella pista polvorienta.

Un gran insecto se posó en mi pecho. Aplasté al muy cabrón.

—¡Puaj! ¡Estos insectos, Sandy! ¡Pero qué decididamente asquerosos!

—Absolutamente —se rió, gateando hasta la parte posterior del vehículo—. ¡Será estupendo poder estirar estas malditas ancas! —Sonrió, extendiendo sus largas y musculosas piernas morenas sobre el asiento posterior.

Me deslicé hasta el asiento del conductor y puse el jeep en marcha.

Lo único que teníamos en el mundo Sandy y yo era aquel jeep viejo y decrépito, escasas provisiones y poquísimo dinero. La mayoría de nuestras pertenencias habían sido expropiadas recientemente por un sujeto nativo astuto pero un tanto deficiente en lo moral, al que contratamos un poco atolondradamente como guía.

Durante un rato nos planteamos solicitar los servicios de algunos jóvenes nativos, pero los especímenes subalimentados con los que habíamos topado resultaron ser reclutas poco atractivos… osea, manifiestamente faltos de los requisitos físicos que irse de aventuras con Sandy y conmigo inevitablemente les exigiría. Finalmente contratamos los servicios de un taimado pillo que se hacía llamar Moisés. Pensamos que era un signo de buena suerte. Resultó ser todo menos eso.

Moisés era natural de uno de los barrios de chabolas que bordeaban las orillas del lago Torto. Aunque debo reconocer que no estábamos en situación de poder pagar generosamente a nuestros criados, nuestro comportamiento para con Moisés estuvo lejos de merecer la respuesta de este malicioso muchacho: el cabrón salió por patas con el grueso de nuestro dinero y de nuestras provisiones.

Considero que esta actitud de «algo a cambio de nada» resulta tristemente preponderante entre las razas no blancas, pero echo toda la culpa sobre los hombros de los colonialistas blancos, quienes, al asumir la responsabilidad

POR DIOS ESE PUÑETERO PUTO DESLUMBRANTE SOL	subir---- a	Roy, estoy enfocándote a los ojos con esta linterna La dilatación de las pupilas parece más marcada. Bien.
VETE A LA MIERDA	---Voy	Muy bien.

—Desde luego, esta vez has respondido más, Roy. No obstante, seguramente no es más que un reflejo. Volveré a intentarlo… no… nada esta vez.

Nah, porque soy demasiado rápido para vosotros, nunca me encontraréis aquí dentro.

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO-------------------Sandy está masturbándose en la parte posterior del jeep y ella no hace más que reírse… eh… qué cojones pasa aquí… qué hace *ella* aquí… se supone que sólo somos Sandy y yo… estoy perdiendo el control y lo único que puedo oír es su risa y veo su rostro en el espejo; con la cara deformada y como de caricatura mientras él le dispara su semen sobre la blusa. Tiene la cara como… es como si quisiera… Tengo celos. Celos de Jamieson. Lo que quisiera es que ella no estuviera allí sentada riéndose, animándole; quiero gritar, no le animes puta guarra, pero tengo que concentrarme en la carretera porque nunca he conducido antes…

No puedo apartar la vista de Sandy Jamieson. Detrás de su generosa pero torpe fachada acecha una tribu de demonios asquerosos. Me siento impulsado a gritar «Eres una metáfora, Jamieson. Al margen de mí no existes. No puedo enojarme con la nada, sólo eres una manifestación de mi sentido de culpa. Eres una proyección».

Esto es ridículo. Sandy es mi amigo. Mi guía. El mejor amigo que nunca he tenido pero…

Pero ahora Jamieson tiene el pene metido en su boca. El capullo le hincha la mejilla hacia fuera desde dentro. Resulta horrible la hinchazón, la distorsión de su cara. La cara de Sandy, sin embargo, es todavía peor; enrojeciéndose e inflándose, contrastando así con su morena cabeza afeitada y las yemas que rodean sus ojos verde oscuro. «Ya lo creo que soy de verdad —boquea—, este vergajo está metido en la cabeza de tu novia».

En el espejo, al mismo tiempo que intento mantener la vista sobre la polvorienta y serpenteante pista a la que denominan ridículamente carretera, veo un cuchillo saliendo de su cara, desgarrándola. Me entra pánico al darme cuenta de que el vehículo en el que ahora viajo es una estructura inseparable de mi propio cuerpo y volcamos y damos vueltas de campana, lanzándonos hacia arriba con ímpetu escalofriante contra un muro de luz que no para de zumbar. Intento frenéticamente engullir un aire tan denso y tan pesado que me parece que tengo agua en los pulmones. Oigo los chillidos de un gran pájaro depredador que pasa sobrevolando mi cabeza tan de cerca que puedo oler los infectos restos de carroña que tiene pegados. Recupero cierta sensación de control sobre el vehículo, sólo para descubrir que ella ha desaparecido y que Jamieson está sentado junto a mí en el asiento de delante.

—Estaba demasiado concurrido ahí atrás —sonríe, indicando a nuestras espaldas a un trío de japoneses en trajes de negocios que ocupan el asiento de atrás. Están muy emocionados, haciendo fotos sin parar y hablando una lengua que no reconozco pero que no parece japonés.

Esto es una puta mierda.

¿Será Sandy el mejor guía en todo este asunto?

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

Sí.

Empiezo a estar más contento. Cuanto más abajo voy, cuanto más me alejo de ellos, más contento estoy. La expresión de Sandy Jamieson ha cambiado. Está volviendo a adoptar la personalidad de amigo leal y guía en vez de la de un adversario lleno de desprecio. Eso significa que he vuelto a donde ellos no pueden alcanzarme: profundamente inmerso en los dominios de mi propia conciencia.

Pero siguen intentándolo; incluso desde aquí lo noto. Intentando meterme otro tubo por el culo o algo por el estilo, algo que constituye una violación de mi dignidad no no esto no puede ser… cambia de tema, mantén el control de la situación.

Control.

Sandy

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO------- —¡Santo Cielo! —exclamó Sandy mientras un desagradable Marabú pasaba volando junto a la ventanilla del asiento de delante. Yo sabía que aquél era nuestro pájaro, pero la persecución habría resultado difícil, pues tenía escaso control sobre el vehículo. Era imposible seguir al pájaro en pleno vuelo; ya más tarde intentaríamos localizar su nido en tierra y destruir a aquella bestia. Tal como estaban las cosas, sin embargo, descendíamos lentamente, con un extraño siseo hidráulico, hacia la superficie de un terreno tropical y boscoso.

—No tengo absolutamente ningún control sobre esto, Sandy —hice notar con gesto derrotado, tirando de palancas y pulsando botones, pero con escaso provecho. Eché las manos hacia arriba, exasperado. Quería seguir ahí arriba. Parecía importante no tomar tierra.

—¿Queda alguna galleta, Roy? —preguntó Sandy ansiosamente.

Miré hacia el paquete que había sobre el tablero. Sólo quedaban tres, ¡lo cual quería decir que el codicioso cabrito se las había zampado casi todas!

—¡Caramba Sandy, hoy estás hecho un Carpanta! —observé.

Sandy soltó una risotada aguda y clara.

Los nervios, supongo. No tengo especial gana de aterrizar, pero al menos puede que en este sitio haya algo de manduca decente.

—¡Así lo espero! —dije.

El aparato bajó implacablemente, descendiendo sobre lo que al principio daba la impresión de ser un pequeño poblado, pero que al parecer se extendía continuamente más allá de nuestra línea de visión hasta que lo vimos como una gigantesca metrópolis. Estábamos suspendidos en el aire dentro de un viejo edificio colonial de piedra que carecía de tejado; lo único que indicaba que lo había habido eran los afilados trozos de vidrio de la periferia.

Pensé que nuestra nave jamás conseguiría pasar por la abertura y me preparé para

la colisión. Sin embargo, parece que sus dimensiones se alteraron para ajustarse a la forma que tenía que atravesar, y tomamos tierra en una sala bastante espléndida con algunas interesantes muestras de sillería gótica. Se trataba evidentemente de algún tipo de edificio público, cuya magnificencia hacía pensar en tiempos más opulentos y cuyo pobre estado de conservación era indicio de un presente más sórdido y menos cívico.

—¿Crees que podemos estar aquí? —preguntó Sandy con voz trémula.

—No veo por qué no. Somos exploradores, ¿no? —le dije.

Al salir de nuestro coche (pues eso parecía el vehículo ahora, un simple turismo familiar) reparamos en la presencia de numerosas personas, deambulando sin rumbo por los alrededores y sin hacernos apenas caso. Unos cristales rotos crujieron bajo mis pies. Empecé a sentirme algo más que un pelín paranoico, pensando que quizá los nativos nos culparían de la rotura del tejado. Aun siendo inocentes, era indudable que una cuadrilla de malévolos funcionarios sin escrúpulos pertenecientes a un régimen corrupto (lo que, en mayor o menor medida, quería decir: de cualquier régimen) podría inclinar en contra nuestra las pruebas circunstanciales. No tenía absolutamente ninguna intención de volver a meterme en aquel vehículo, ni evidentemente Sandy tampoco, atareado como estaba en sacar de él su mochila, que contenía la mitad de nuestros víveres. Seguí su ejemplo y, dándome impulso, me eché el macuto al hombro.

—Curioso, este numerito —observé, volviéndome hacia Jamieson, que estudiaba el panorama con una aversión cada vez mayor. Dos hombres blancos pasaron completamente de largo, ignorándonos totalmente. Estaba justamente a punto de pensar en la posibilidad de que nos hubiésemos vuelto invisibles cuando Sandy rugió «¡Esto es absurdo! ¡Soy un explorador veterano y un futbolista profesional! ¡Exijo que se me trate con deportividad!».

—No pasa nada, Sandy —sonreí, colocando una reconfortante mano en el hombro de mi amigo.

Desde luego, este exabrupto resultó eficaz de cara a manifestar nuestra presencia, pero sólo al precio de generar hostilidad entre algunos de los ciudadanos presentes. Concretamente, había una banda de matones juveniles calibrándonos.

Rayos y centellas.

Maldita sea y al puto infierno con todo.

—Sandy es el *enfant terrible* del fútbol británico —intenté explicar en un tono desmayado. arriba-----¿Qué tal, Roy? Entonces sentí algo ---------subiendo

SIENTO ALGO LO SIENTO PERO VOSOTROS OS PODÉIS IR A TOMAR POR CULO Y A CASCARLA CAPULLOS PORQUE AQUÍ DENTRO NO ME COGERÉIS CACHO CABRONES

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO------- —Larguémonos, Sandy —indiqué con la cabeza, notando que el estado de ánimo del populacho se había agriado y -----

subiendo---- ay joder ya he vuelto a perder el control ES CULPA DE ESTOS CABRONES, DEJADME EN PAZ y ahora siento el punzante pico en el brazo, sólo puede ser el Marabú pero es mi inyección, son las sustancias químicas, las que me embotan y congelan el cerebro, no, las que me hacen olvidar no porque con ésas me acuerdo…

Ay Dios mío, de qué cojones me estoy acordando…

Lexo dijo que era importante que no nos rajáramos. Que ni dios se cagara; después de todo, aquella puta zorra se lo había buscado. Se lo habría buscado con otros capullos de todos modos, de la manera en que iba provocando y haciendo putos aspavientos. Vale, se llevó cuatro tortazos, pero quedamos absueltos, la justicia británica, y eso. Sencillamente estaba en el sitio equivocado en el momento equivocado, y, de todas formas, la culpa de todo la tuvo Lexo…

… cambia de tema… no quiero nada de esto. Quiero seguir cazando al Marabú. El Marabú es la personificación de toda esta maldad. Si mato al Marabú mataré la maldad que llevo dentro. Entonces estaré listo para salir de aquí, para despertar, para ocupar el sitio que me corresponde en la sociedad y toda esa mierda. Ja. Vaya puto susto se van a llevar, cuando vean a este cuasicadáver, cuando vean a este ajado paquete de carne y hueso levantarse sin más y decir: «¡Qué tal chaval! ¿Cómo te va?».

—¡Qué tal, hijo!

¡AH, JODER! ESTÁN AQUÍ. SIEMPRE ESTÁN AQUÍ, JODER. SIEMPRE DANDO POR SENTADO QUE QUIERO SU PUTA PRESENCIA. ¿ES QUE AQUÍ NO TIENEN HORARIOS DE VISITA, JODER?

Mi padre. Me alegro de verte, papá. Sigue, por favor, mientras yo echo una cabezadita.

—¿Cómo estás, eh? Bueno, ya hemos llegado a otra final. No parece que hayan pasado dos años enteros desde el, eh, accidente, pero basta de eso. ¡Otra final! Uno-cero. Darren Jackson. Eso sí, yo no estuve. Tony, sí. Iba a ir, pero no conseguí entrada. Lo vi por la tele. Lo dicho, uno-cero. Darren Jackson, vaya un gol más chachi. Tony grabó un vídeo con los comentarios, lo dicho, grabó un vídeo. ¿Eh, Vet?

—Sí.

—Entonces, ¿tienes la cinta?

—¿Qué?

—La cinta, Vet. Te pregunto que si tienes la cinta.

—Cinta…

—¿Qué pasa, Vet?

—Ahí hay una japonesa, John.

—No es más que una enfermera, Vet, sólo es una enfermera. Probablemente ni siquiera sea japonesa. Probablemente es una chinky[1] o algo así. ¿Eh, hijo? Sólo es una enfermera, como decía, hijo. ¿Eh, Roy? ¿Estoy en lo cierto, hijo?

VETE A TOMAR POR CULO Y MUÉRETE, VIEJO TONTO DEL CULO

—Una enfermera…

—Sí, una enfermerita chinky. Buena chica. ¿Eh, hijo? Hoy tienes mejor aspecto, hijo. Mejor color. Lo dicho, eh Vet, como te digo, Roy tiene como mejor color.

—Ellos nunca lo cogen. Todos los otros pobres cabrones lo cogen, pero ellos nunca.

—¿Eh?

—El sida. Nunca verás a un japonés con el sida. Aquí, sí. En América también. En la India. En África. Puede que nuestro Bernard lo tenga. Pero ellos, no. Ellos nunca lo cogen.

—¿De qué cojones estás hablando? Una enfermera chinky… buena chica…

—¿Sabes por qué? ¿Sabes por qué ellos nunca lo cogen?

—Vet, esto no tiene nada que ver con…
—¡Porque ellos lo inventaron! ¡Inventaron el sida! ¡Para poder dominar el mundo!
—¡¿Eres imbécil o qué?! ¡Hablar así delante de Roy! ¡No sabes lo que puede oír el chico, cómo le puede afectar! A ti te lo digo, ¿eres imbécil? ¡Te lo pregunto a ti! ¿Eres imbécil?

MAMI, PAPI, ME ALEGRO DE VEROS Y UNA MIERDA NO QUIERO SUBIR A LA SUPERFICIE NO QUIERO APROXIMARME A VUESTRO REPUGNANTE MUNDO TENGO QUE IR MÁS PROFUNDO, MÁS ABAJO, TENGO QUE CAZAR AL MARABÚ, HACERME CON EL CONTROL

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO---------- -----------------Jamieson.

De algún modo le hemos dado esquinazo a la muchedumbre que nos acechaba y nos hallamos en las afueras de un deprimido barrio de chabolas. Hay un enorme e infecto vertedero situado junto a lo que es ahora un lago tóxico. Niños malnutridos juegan entre la miseria. Algunos se aproximan a Sandy y a mí, pidiendo sin verdadera esperanza de nada. Un chiquillo, una criatura de aspecto salvaje con un rostro tan marrón como el chocolate puro, nos mira fijamente, sin apartar la mirada en ningún momento. No lleva puestos más que unos sucios calzoncillos azules y un par de zapatos desgastados sin calcetines.

—Caramba, Roy, vaya una criatura de aspecto tan extraordinario —sonrió Sandy.

—Sí, una cosita muy curiosa —dije.

El chiquillo soltó una larga y estruendosa risotada y de pronto se lanzó a un discurso bastante largo. No pude entender una puñetera palabra de lo que decía.

—Bantú, supongo —dijo Sandy con tristeza—. Suena todo muy espléndido y muy hermoso, ¡pero no consigo entender ni jota de lo que dice!

Les dimos algunas monedas y Sandy sacó una pequeña bolsa de caramelos.

—Si tuviéramos un balón, podría hacer un poco de entrenador, improvisar un partido —dijo melancólicamente.

Miré hacia aquel sol deslumbrante. Había estado implacable todo el día, pero pronto se ocultaría tras las verdes colinas que se alzaban sobre Emerald Forest[2]. Era un lugar hermoso. Era… unos gritos y el tintineo de la hojalata contra la pista de arcilla comprimida desviaron mis pensamientos. Jamieson estaba protegiendo expertamente una lata de cocacola de los largos miembros de un grupo de niños bantúes de los alrededores.

—Ahí lo tenéis, pequeños cabrones… la posesión es el quid de la cuestión —les dijo.

Siempre tan deportista.

Aun cuando el interés de Sandy por el entrenamiento y el desarrollo de la juventud era enternecedor, teníamos cuestiones más urgentes que atender. Nuestro vehículo había quedado abandonado en el edificio municipal, pues ninguno de los dos tenía mayor interés en viajar dentro de algo tan poco de fiar.

—Necesitamos un transporte, Sandy —le dije—, nuestro Marabú debe tener su nido en algún lugar de los alrededores.

Sandy les hizo a los chavales señal de dispersarse. Uno de los chiquillos, nuestra curiosa criaturilla, se quedó mirándome malhumoradamente. Odiaba ser un aguafiestas, pero teníamos trabajo.

Sandy voleó la lata dentro del lago infestado de desperdicios con un gesto seco y clínico, mirándome a mí después y sacudiendo tristemente la cabeza.

—Esto no va a ser tan sencillo como tú crees, Roy. Los marabúes son adversarios peligrosos y formidables. Estamos solos y aislados en territorio hostil, sin suministros ni equipo alguno —me explicó. Entonces me echó una mirada penetrante—; ¿por qué es tan importante para ti dar muerte a ese gran Marabú?

Maldita sea y al puto infierno con todo.

Aquello hizo que me parase a reflexionar sobre mis motivos. Sí, claro, podría haberme enrollado con el espíritu de la caza. Podría haber presentado un montón de pruebas condenatorias acerca de las matanzas que esas despreciables bestias son capaces de perpetrar sobre el resto de la fauna y de la caza; perturban toda la ecología de una región, propagan la peste y la enfermedad a través de los poblados locales. Sin duda, tales razonamientos habrían encontrado eco tanto en los principios humanitarios de Sandy como en su sentido de la aventura.

El problema es que no habría sido verdad. Más aún, Sandy habría sabido que mentía.

Me aclaré la garganta, apartándome de aquel sol cegador. Me sentía sin aliento, las palabras a punto de evaporarse en mi garganta cuando me disponía a pronunciarlas. Parece como si tuviera algo metido siempre en la garganta. Toso, hallando fuerzas de milagro, y continúo.

—Realmente no puedo explicármelo satisfactoriamente, Sandy; así que mucho menos a cualquier otro. Sólo sé que me he topado anteriormente con ese Marabú, quizá en otra vida, y sé que es maligno. Sé que para mí es importante destruirlo.

Sandy se quedó mirándome durante unos segundos, con el semblante paralizado por la incertidumbre y el temor.

—¿Me concedes el beneficio de la duda en esta ocasión, colega? —le dije en voz baja.

Una hermosa y expansiva sonrisa iluminó su cara, y me dio un fuerte abrazo, al que correspondí. Nos separamos y chocamos los cinco.

—¡Vamos a apañar a ese cabrón! —sonrió Sandy, con un resuelto y acerado fulgor asomándole a los ojos.

Otros dos negritos que habían estado jugando al fútbol se nos aproximaron. Tenían la ropa hecha jirones.

—¿Homosexual? —preguntó uno de los jovencitos—. Yo chupar por rand.

Sandy miró por encima del hombro a aquel golfillo de labios costrosos.

—Puede que las cosas estén mal, pequeño, pero venderle tu cuerpo al hombre blanco no es la solución. —Alisó el cabello del niño y el chico se marchó, brincando por el sendero que llevaba de regreso al poblado.

Avanzamos a pie, llevándonos las mochilas y saliendo del pueblo hacia el otro lado del lago. El viento había cambiado de dirección y en aquel calor neblinoso el olor de la basura era abrumador. A nuestro alrededor pululaban repugnantes insectos de diversos tamaños, forzándonos a emprender una retirada apresurada siguiendo el sendero. Corrimos hasta que no pudimos avanzar más, aunque he de confesar que acabo de emplear el «nos» mayestático, puesto que Sandy, como deportista profesional, me llevaba bastante ventaja en eso de la forma física y el aguante, y probablemente podría haber resistido un poco más.

Acampamos con las provisiones, disfrutando de un banquete en un claro a la sombra junto a la parte más pintoresca del lago. Abrimos nuestras mochilas para examinar el contenido.

—¡Mmmm! Pastel de carne de cerdo; casero, por supuesto —dijo Sandy.

—Y esto qué es… caramba, ¡es un queso! Qué enorme. ¡Huélelo, Sandy, hace que te entren ganas de empezar a comer de inmediato!

—¡Cielos, casi no puedo esperar a hincarle el diente! —sonrió Sandy—. ¡Y ese pan casero! ¿No podemos empezar?

—No, para empezar hay huevos duros del día —me reí.

—Cielos, lo único que nos falta es tarta de manzana casera y helado —sonrió Sandy, mientras nos zampábamos nuestro festín. Entonces, inspirado de repente, se volvió hacia mí y dijo—: ¡ya lo tengo, Roy! ¡Lo que nos hace falta es un patrocinador! Alguien que subvencione esta caza del Marabú. Conozco a un tipo que nos surtirá de provisiones. Dirige el Jambola Safari Park, al cual se llega tras una caminata de pocos kilómetros desde el lado oeste del lago.

Supe al instante de quién hablaba Sandy.

—Dawson. Lochart Dawson.

—¿Le conoces?

Me encogí de hombros con indiferencia.

—He oído hablar de él. Pero claro, la mayoría de la gente ha oído hablar de Lochart Dawson. Él se encarga de que así sea.

—Sí, nuestro Lochart tiene cierto don para el autobombo —dijo Sandy en un tono de afectuosa familiaridad. Recordé entonces que Sandy había mencionado con anterioridad haber sido empleado de Lochart Dawson.

Sandy estaba en lo cierto con lo del autobombo; era simplemente imposible mantener a Dawson al margen de la actualidad. En estos momentos planeaba ampliar su parque mediante la compra de un complejo deportivo adyacente. Si a largo plazo Dawson realmente se planteaba tener animales en lo que él calificaba como el «superparque», era algo que quedaba más abierto a la conjetura. Ganaba su dinero con los negocios inmobiliarios, y en esta región había usos más rentables para la tierra que un Safari Park. Con todo, Dawson podría sernos útil.

—Nos lo pasaríamos en grande con el viejo Dawson —dije ansiosamente.

—¡Apuesto a que tiene comida suficiente para alimentar a un ejército! —asintió

Sandy.

De pronto nos interrumpió un coro de frenéticos graznidos. Miramos hacia atrás, y los vi. Aunque podían distinguirse una o dos bandadas, estaban en gran medida aislados unos de otros, entre la basura junto al lago. Algunos estaban sentados sobre el pecho, otros paseaban lentamente a poca distancia. Había un enorme demonio que debía tener una envergadura de ala de unos ochenta centímetros y pesar unos nueve kilos, de espaldas al sol y con las alas extendidas, exhibiendo unas filamentosas plumas negras de recambio.

Las plumas de la garganta del animal eran rojizas; tenía costras de sangre seca verrugosa en la base de su gran pico cónico; las patas, manchadas del color blanco de los excrementos secos. Era el enorme e imponente carroñero-depredador conocido como el Marabú Africano. Más importante aún, era el nuestro.

—Mira Sandy —dije, sintiendo secarse las palabras en mi garganta otra vez, mientras señalaba al otro lado del lago hacia la montaña de basura y el gran pájaro.

El absoluto poder maligno que emanaba de los ojos mortecinos de aquella criatura nos estremeció hasta el tuétano.

—¡Venga adelante, putos chulos! —graznó.

Me noté mareado y con ganas de vomitar.

Sandy parecía bastante pasmado.

—Mira, Roy, necesitamos más armas para enfrentarnos a ese hijo de puta. Su pico debe de ser afilado como una navaja, y contendrá el veneno y la ponzoña de cadáveres putrefactos: un simple arañazo podría ser fatal. Vayamos a ver a Dawson. En tiempos, su reserva estaba infestada de estos animales, pero se las arregló para ajustarles las cuentas.

ESTOS ANIMALES SON UNOS ASESINOS. SÓLO LES INTERESA ALBOROTAR. NO LES INTERESA EL JUEGO PARA NADA…

	subir------	Ahora nos vamos a ir, hijo.
	a	Tu madre y yo. Como te decía,
¿Eh?	volviendo	nos marchamos.
Ay joder	----Estoy	¡hasta luego, hijo!, ¡hasta luego, roy!

—¡Hasta luego, Roy! Hasta luego, cariño.

Como dice tu madre, ahora nos marchamos. Pero te veremos mañana, hijo. Yo vendré por la mañana, ¡hasta luego, roy!

Sí, sí, sí. Joder, siempre grita tanto. ¡Joder, no estoy sordo, cacho cabrón! A veces siento que sería muchísimo más fácil limitarme a abrir los ojos y gritar: ¡VETE A LA MIERDA!

—Desde el primer ins-tan-te en que entraste al garito dih-dih, pude ver que eras un hombre dis-tinguido, un gran derrochador…

¿Qué cojones es esto? Mamá. Joder, por fin se ha ido de la olla.

—… bien pa-re-ci-do, tan fino…

—¿Qué haces, Vet? ¿A qué cojones juegas?

—Pero recuerda lo que dijeron, John; recuerda que dijeron que podía cantarle. Los médicos lo dijeron. Sabes, la música afecta a una parte diferente del cerebro. Por eso hemos traído las cintas, John. Sólo que pensé que supondría algo más para el chico, como una actuación en vivo. ¿No te acuerdas de que siempre me gustaba cantarle Big Spender cuando era un crío?

—Sí, bueno, la música y el cantar son cosas distintas, y tal. Cosas distintas. Lo que tú estabas haciendo no era más que cantar. Realmente no se podría decir que fuese música, Vet. Lo dicho, realmente no se le podría llamar música.

—Pero podría convencer a Tony para que tocara la guitarra. Grabar una cinta conmigo cantando Big Spender, para el casete del chico, John. Podría hacerlo, John.

AY HOSTIA PUTA, DIOS NOS LIBRE…

Me daba cuenta de que mi madre estaba dolida, y tuvieron otra discusión acalorada. Fue un alivio cuando se marcharon. Un alivio que te cagas. Incluso ahora me avergüenzo de ellos. Incluso aquí dentro. No tengo nada que decirles; no pienso en ellos para nada. En realidad nunca lo hice; además, estaba demasiado ansioso por volver a la caza del Marabú con Sandy. Ahora, sin embargo, oigo una voz distinta, una especie de mullida voz femenina, la voz de la enfermera Patricia Devine.

—Ya se han marchado las visitas, Roy.

Tiene una voz suave, ligeramente excitante. Quizá pueda echarle algún ingrediente amoroso a mi pequeña fantasía, un poco de sexo al asunto no no no nada de sexo porque eso es lo que provocó todos estos putos follones para empezar y me dan la vuelta dentro de mi vehículo orgánico en descomposición, y puedo sentir el tacto de Patricia Devine.

¿Puedo sentir su tacto, o sólo lo creo? ¿Escuché realmente a mis padres o me lo imaginé todo? No lo sé y me importa menos aún. Sólo dispongo de los datos que me llegan. No me importa si son producto de mis sentidos o de mi memoria o de mi imaginación. Importa menos de dónde vienen que el hecho de que *existen*. La única realidad son imágenes y textos.

—Estás en los huesos —me dice alegremente. Puedo sentir la helada en el aire. La enfermera permanente le ha echado una mirada asesina por hacer un comentario negativo delante del vegetal. Yo, que pesaba ochenta y siete kilos, además. Hubo un tiempo en que iba a ir a parar a Fat Hell[3] (Fathell, Midlothian, población 8.619) con una esposa gorda, niños gordos y un perro gordo. Un lugar donde lo único flaco es la hoja de paga.

Ahora puedo oír que la «permanente» se ha marchado, dejándome a mí con la simplemente Divina Patricia. Puede que Patricia sea una vieja bruja, pero me gusta pensar que es joven y hermosa. Es una noción que añade calidad a mi vida. En este momento no hay muchas cosas que lo hagan. Sólo yo pongo la calidad. Tanta o tan poca como yo quiera. Joder, con tal de que me dejaran en paz para seguir con lo mío. No necesito su calidad, su mundo, ese jodido lugar que hizo de mí el barullo hecho polvo que fui. Aquí, dentro del confort de mi estado vegetal, dentro de mi mundo secreto, puedo follarme a quien quiera, matar a quien me plazca, no no no nada de eso no no no puedo hacer las cosas que quería hacer, las cosas que intenté hacer, allá en el mundo real. Sin retorno. De todos modos, este mundo es lo bastante real para mí y me quedaré aquí abajo y fuera de alcance, donde no puedan dar conmigo, al menos

hasta que lo haya resuelto todo.

Ultimamente no ha sido tan fácil. Los personajes y los acontecimientos han invadido mi mente, como gorrones psíquicos colándose en mi fiesta particular. Abusando. Como Jamieson, y ahora este tal Lochart Dawson. Sin embargo, de algún modo eso me ha proporcionado un cierto sentido de propósito. Sé por qué estoy aquí dentro. Estoy aquí para dar muerte al Marabú. Por qué tengo que hacerlo es algo que ignoro. Sé que necesito ayuda, no obstante, y sé que Jamieson y Dawson son mis únicos aliados potenciales en esta misión.

Esto es lo que tengo en lugar de una vida.

2 El barrio

Yo me crié en lo que, más que una familia, era un desastre genético. Mientras que la gente siempre parece tener la impresión de pertenecer a un hogar normal, a mí, desde muy temprana edad, casi desde que tengo memoria, mi familia me avergonzaba y me abochornaba.

Supongo que esta certeza procedía de estar apiñados tan cerca de otros hogares en la fea conejera en la que vivíamos. Era un bloque de pisos de los años sesenta construido con elementos prefabricados, de cinco plantas, con largos rellanos a los que la gente se refería en broma como «calles entre las nubes» pero en las que no había tiendas ni *pubs* ni iglesias ni oficinas de correos; nada en realidad, salvo otras conejeras. Estando tan cerca de esas otras familias, a la gente se le hacía imposible, por mucho que lo intentara, ocultar su vida de la de los demás. En las escaleras, en los balcones, en las áreas comunes de tendido, a través de los cristales plomados y las puertas de alambre, me percaté de que rulaba por ahí una cualidad general de la que al parecer nosotros carecíamos. Supongo que era eso que la gente llama normalidad.

Todos los aburridos artículos periodísticos que había sobre el barrio donde vivíamos tenían tendencia a insistir en lo desprovisto que estaba. Puede que lo estuviera, pero para mí aquel lugar siempre se definió menos por la miseria que por el aburrimiento, aunque la relación entre ambos resulta bastante evidente. No obstante, prefería el estéril tedio que había fuera de mi casa al caos que había dentro.

Mi viejo era un caso perdido; completamente pasado. La vieja, en todo caso, era peor. Llevaban siglos prometidos, pero antes de la fecha de la boda ella sufrió una especie de crisis nerviosa, o, más bien, sufrió su primera crisis nerviosa. Sufría crisis nerviosas periódicas hasta que llegó al punto en el que se encuentra ahora, en que resulta difícil saber cuándo no está sufriendo una. De todos modos, mientras estaba en el psiquiátrico conoció a un enfermero italiano con el que se fugó a Italia. Algunos años después regresó con dos niños pequeños, mis hermanastros Tony y Bernard.

El viejo, John, se había prometido con otra mujer. Esto demuestra que hubo al menos dos hembras locas en Granton durante los primeros sesenta. Estaban a punto de casarse cuando mi madre, Vet (diminutivo de Verity), reapareció en el salón-bar del *pub* The Anchor. Como a menudo comentaría después mi padre: «No hice más que levantar la vista y toparme con los ojos de tu madre, y la magia de siempre seguía allí».

Y asunto concluido. Vet le dijo a John que ya se había sacado del cuerpo el gusanillo de los viajes, que era el único hombre al que había querido siempre y que si por favor podían casarse.

John dijo sí, o alguna palabra a tal efecto, y se casaron, y él se hizo cargo de los

dos *bambinos* italianos, de los que Vet le habría de confesar más tarde que tenían padres distintos. Yo nací más o menos un año después de la boda, seguido alrededor de un año más tarde por mi hermana Kim y por mi hermano Elgin, que también llegó un año después. Elgin sacó su nombre del pueblo de las Highlands escocesas donde John creía que había sido concebido.

Sí, estábamos lejos de ser una familia bien parecida. Supongo que yo salí relativamente bien librado, poniendo el acento en lo de relativamente. Aunque mi cara y mi cuerpo simplemente insinuaban lo que la gente del barrio denominaba en voz baja «el *look* Strang», los de Kim y Elgin lo proclamaban a gritos. «El *look* Strang» era en esencia una cara cóncava que empezaba por una frente prominente y abultada, que se recogía en ángulo agudo hacia unos ojos grandes y apagados y una nariz pequeña y aplastada, y bajaba hasta unos labios estrechos y retorcidos, brincando hacia delante hasta llegar a la punta de un gran mentón sobresaliente. Una especie de cara de hombre-de-la-luna retrasado. Las otras cruces que tenía que cargar eran dos orejas salientes procedentes de mi madre, que por lo demás tenía aspecto normal, y que resultaban invisibles debajo de su largo pelo negro.

Mis hermanastros, que eran mayores, tuvieron mejor suerte. Habían salido a mi madre y, cabe suponer, a sus padres italianos. Tony se parecía un poco a una versión más morena y atezada del futbolista Graeme Souness, aunque no tan feo; Bernard, pese a tener tendencia a engordar, era rubio, esbelto y grácil como una gacela, y terriblemente afeminado desde muy joven.

Los demás heredamos «el *look* Strang» del viejo, que, como he dicho, era un caso perdido de primera categoría. La enorme y chocante cara de John Strang estaba dominada por unas gafas de montura gruesa con unas lentes de culo de vaso. Realzaban más aún sus fogosos e intensos ojos, y el efecto que hacían era el de darte la impresión de que venía desde lejos y aparecía de pronto justo delante de tus narices. Resultaba sobrecogedor y desconcertante. De haber estado en posesión de un Harrier de despegue vertical, uno habría podido optar entre su mentón o su frente como pista de aterrizaje. Por lo general vestía un gran abrigo de piel marrón, debajo del cual llevaba su escopeta cuando patrullaba por el barrio de noche con Winston, su fiel alsaciano. Winston era un perro horrible y me alegré cuando murió. Fue sustituido de inmediato por una bestia de la misma raza todavía más feroz, que también llevaba con orgullo el nombre de Winston.

Más tarde tuve motivos para no alegrarme tanto por el fallecimiento del primer Winston; el segundo me atacó de mala manera. Tendría unos ocho años, y estaba viendo unos dibujos animados de Superboy por televisión. Decidí que Winston Dos era Krypto el Superperro y le até una toalla al collar para simular la capa de Krypto. El perro flipó y se me revolvió, dándome unas dentelladas tan graves en la pierna que me hicieron falta injertos de piel y hasta el día de hoy camino con una leve cojera… sólo que ahora no camino en absoluto.

Siento un espasmo de dolor al darme cuenta. Duele recordar.

—No le digas a nadie que fue Winston —me amenazó y me rogó papá. Estaba aterrorizado por si le quitaban el perro. Yo dije que había sido un ataque no provocado por parte de algunos de los perros callejeros que se congregaban en el erial que había junto a nuestro bloque. El caso llegó hasta el periódico local, y el ayuntamiento *tory*, que odiaba tener que gastar el dinero de los contribuyentes esnobs en cualquier cosa que tuviese algo que ver con nuestro barrio, envió a regañadientes una furgoneta del departamento de medio ambiente para que reuniese y exterminase a la jauría salvaje. Me pasé cuatro meses sin ir al colegio, eso fue lo mejor de todo el asunto.

Cuando era un chaval hacía las cosas normales que hacían los chavales del barrio: jugar al furbo y a japoneses y comandos, enredar con las bicis, capturar abejas, andar aburriéndome por las escaleras, zurrar a los chavales más pequeños/más débiles, ser zurrado por los chavales más grandes/más fuertes. A los nueve años la policía me acusó formalmente de jugar al fútbol en la calle. Estábamos dándole de patadas a un balón en una parcela con césped al lado de la manzana de pisos en la que vivíamos. No había colocada ninguna señal de PROHIBIDO JUGAR AL FÚTBOL, pero deberíamos haber sabido, incluso a esa edad, que puesto que el barrio era un campo de concentración para pobres, aquello, como todo lo demás, estaba prohibido. Nos llevaron a los juzgados, donde el padre de mi colega Brian hizo un magnífico discurso y avergonzó al juez hasta conseguir que todo quedara en una reprimenda. Estaba claro que los polis habían quedado como gilipollas.

—Un puto delincuente común a los nueve años —solía gemir mamá—. Un delincuente común.

Sólo retrospectivamente me doy cuenta de que estaba jodida porque en aquel momento el viejo no estaba. Ella decía que estaba trabajando, pero Tony me dijo que estaba en la cárcel. Tony era buen tío. Me zurró unas cuantas veces, pero también zurraba a cualquiera que se metiese conmigo, a menos que fueran colegas suyos. A Bernard yo lo odiaba; no hacía más que quedarse en casa y jugar todo el rato con Kim, mi hermana pequeña. Bernard era como Kim; Bernard era una niña.

Me encantaba capturar abejas en el verano. Llenábamos viejos vaporizadores de detergente con agua y le lanzábamos un chorro a la abeja mientras chupaba el néctar de la flor. El truco consistía en apuntar a la abeja con dos chorros a la vez y acribillarla, y así el agua le lastraba las alas. Entonces recogíamos las abejas empapadas con una cuchara y al bote, y después excavábamos pequeñas celdas carcelarias en el material blando que había entre las secciones de ladrillo de la rampa situada al pie de nuestro bloque. Utilizábamos los palos de los polos como puerta. Teníamos un campo de concentración, una minúscula barriada escocesa para abejas.

Uno de mis amigos, Pete, tenía una lupa. Era estupendo cuando te la dejaba. A mí me gustaba quemarles las alas a las abejas, convirtiéndolas así en prisioneras menos problemáticas. A veces les quemaba la cara. El olor era horrible. El olor a abeja quemada. Quería aquella lupa. Se la cambié a Pete por un Action Man sin brazos. Ya

le había canjeado previamente el Action Man a Brian por un camión.

Me abochornaba que cualquier otro chaval viniera por casa. La mayoría de ellos parecían tener mejores casas que nosotros, era como si fuéramos unos piojosos. Así es como supe que el viejo estaba en la cárcel, porque sólo teníamos el sueldo de mamá por hacer la comida del colegio y fregar. Copón, menos mal que mi madre hacía la comida en un colegio que no era el mío.

Entonces volvió mi padre. Encontró un empleo en una empresa de seguridad y empezó a arreglar la casa. Conseguimos una chimenea nueva con carbones de plástico y cosillas rizadas dentro de un embudo de plástico que le daban el aspecto de un fuego en marcha. En realidad no era más que un radiador. Al principio mi padre estaba bien; recuerdo que me llevó a Easter Road a ver el furbo. Nos dejó a mí, a Tony, a Bernard y a mi primo Alan aparcados en el coche de mi tío Jackie a la entrada de un *pub*. Nos compraron cocacolas y patatas fritas. Cuando salieron iban tajados de beber cerveza y nos compraron pasteles de carne y Bovril y más patatas en el furbo. A mí el furbo me aburría, pero me gustaba que me dieran pasteles de carne y patatas. Tenía dolorida la parte anterior de las piernas, como cuando mamá me llevaba de tiendas por Leith Walk.

Poco después mi padre me dio una zurra tremenda y tuve que ir al hospital a que me dieran puntos. Me golpeó en un lado de la cabeza y caí, abriéndomela contra el canto de la mesa de la cocina. Seis puntos encima del ojo. Era chachi llevar puntos. El viejo no comprendía que sólo le eché a Kim unos cortapichinas en el pelo.

—Sólo eran cortapichinas, papá —alegué—. Los cortapichinas no pican.

Kim no hizo más que llorar y llorar que te cagas. No había forma de hacerla parar. Y encima no eran más que cortapichinas. Sólo cortapichinas. Ni que hubiesen sido abejas. Tienen esas tijeretas en el extremo, pero no pican. Creo que su verdadero nombre es zarcillo o cortapicos.

—¡Mírala! ¡Joder, mira lo que le has hecho a tu hermana, cacho cabroncete! —Señaló hacia Kim, que retorció aún más un rostro ya distorsionado, en una expresión de horror efectista. Entonces el viejo me arreó.

En urgencias tuve que decirle a todo el mundo que estaba enredando con Tony y que me caí. Después tuve dolores de cabeza durante mucho tiempo.

Me acuerdo una vez de haber visto a Vet, mi madre, limpiando el letrero de cuadros escoceses con nuestro apellido que había en la puerta del dúplex. Alguien le había añadido una «E» a nuestro apellido[4]. Papá y el tío Jackie fueron por la escalera interrogando severamente a los aterrados vecinos. Papá siempre andaba amenazando con pegarle un tiro a cualquiera que se quejara de nosotros. Por consiguiente, los otros padres siempre les decían a sus chavales que no jugaran con nosotros, y todos salvo los más locos les obedecían.

Si bien los vecinos le tenían terror a papá y al tío Jackie —que en realidad era sólo colega de papá, aunque le llamábamos «tío»—, también recelaban bastante de mamá. Su padre o su abuelo, nunca me acuerdo cuál de ellos, había sido prisionero de

guerra en un campo de concentración japonés y se había vuelto un poco chiflado; consecuencia directa, según Vet, de su cruel encierro. Ella se crió entre doctrinarios relatos de atrocidades niponas y una vez leyó un libro que sostenía que los orientales dominarían el mundo a finales de este siglo. Escrutaba los ojos de mis pocos amigos, declarándolos no aptos si tenían lo que ella consideraba «sangre japo».

Creo que tenía yo nueve o diez años cuando oí al viejo mencionar Suráfrica por primera vez. Era como si nada más nombrarla, ya estuviésemos allí.

—¿Sabes lo que te digo, Vet? Estamos destinados a algo mejor. Yo con todos esos empleos de seguridad. Ahí no hay futuro. Lo dicho, estamos destinados a algo mejor. Este país se está yendo al garete. Todas esas huelgas; no se puede conseguir ni que te recojan la basura. Son esos cabrones de sindicalistas: han tomado al país como rehén. Suráfrica, ése es el sitio. Lo dicho, Suráfrica. Ya sé que en Suráfrica también hay problemas, pero al menos no tienen este puto gobierno laborista. Voy a preparar las cosas para irnos allí. Gordon nos acogería seguro. Os llevaré a todos allí, Vet. Ya lo creo, joder. ¿Crees que no lo haré? ¡Te lo pregunto a ti! ¿Crees que no lo haré?

—No habrá japos…

—Escucha esto, Vet. No hay japos en Suráfrica. Ninguno. Y es porque es un país de hombres blancos, como lo oyes, un país de blancos. Allí ser blanco y tener razón es todo uno, y no bromeo. Lo dicho, en Suráfrica, ser blanco es tener razón —cantó papá, muy feliz y muy animado. Su enorme lengua plana le daba lametones a un sello que pegó a una carta. Probablemente fuera una carta de protesta dirigida a alguien. Siempre estaba escribiendo cartas de protesta.

—Siempre y cuando no haya japos…

—No, no, te estoy hablando de Suráfrica, la puta Suráfrica de los cojones, con perdón, Vet.

—Algún sitio donde pueda tender la ropa… esos Pearson… siempre metidos en el tendedor…

—¡Eh! ¡Ya le dije yo a esa bruja! ¡Ya le dije yo, joder! Le digo, ¡la próxima vez que vea tu ropa en ese puto tendedor cuando mi mujer esté intentando hacer la colada, va a ir todo el puto mogollón por el vertedor de las basuras! Hay gente ignorante que te cagas, ya te digo, ignorante que te cagas. Pero en Suráfrica, Vet, tendríamos una casa grande como la de Gordon. Secaríamos nuestra ropa al sol, en un puto jardín de verdad, no en una caja de cemento con agujeros.

Gordon era el hermano de John, que se había marchado a Suráfrica hacía años. Es posible que la afinidad de John con el «tío» Jackie se debiese a que le veía como un suplente fraterno. Desde luego que durante las fiestas de borrachos que celebraba con frecuencia, en las que cuadrillas de tíos y de parejas se apiñaban en nuestra caja de zapatos después de la hora del cierre, parecía más feliz que nunca contando viejas historias sobre él mismo, Gordon y el Jubilee Gang, que es como se hacían llamar él y sus colegas *teddy boys* apalea-*hippies*.

—Estaría bien tener un auténtico patio trasero… —Recuerdo habérselo oído decir

a mamá. Sí. Lo recuerdo con claridad.

Quedó decidido. En nuestra familia, por lo general la palabra de papá era decisiva. Estábamos haciendo planes para marcharnos a Suráfrica.

Yo no sabía realmente si quería ir o no. Justo después de aquello encendí mi primer gran fuego. Siempre me habían gustado los fuegos. Las Noches de Hogueras eran la mejor noche del año en el barrio, la de Guy Fawkes por los fuegos artificiales, pero la del Día de la Victoria también. Íbamos a la playa a buscar madera, o a encontrar otras hogueras del barrio y asaltarlas. A veces, sin embargo, éramos nosotros los asaltados. Se trataba de reunir cachiporras y piedras e intentar defender tu hoguera contra los asaltantes. En el barrio siempre había peleas a pedradas. Lo primero que aprendí a hacer fue tirar piedras. Eso es lo que se hacía de chaval en Muirhouse, tirar piedras; tirárselas a la gente chunga, a las ventanas, a los autobuses.

Era algo que hacer.

El incendio, sin embargo, fue demasiado. Fue después de la hoguera. Llevaba una antorcha encendida y la tiré por la rampa de las basuras. La basura del cubo grande de la sala de reuniones, al final del edificio, se prendió. Vinieron dos coches de bomberos. Mi colega Brian me hizo jiñarme de miedo.

—¡Ooohhh! Vendrán y te llevarán de aquí, Roy —me contaba con los ojos abiertos de júbilo ante el miedo que me daba.

Yo estaba cagado, casi a punto de echarme a llorar, y todo eso. Brian no dejó de tomarme el pelo, pero hay que reconocérselo, jamás le dijo nada a nadie. La policía pasó por todas las puertas haciendo montones de preguntas. Mi padre no dijo nada. «Jamás les digáis nada a esos cabrones», solía machacarnos. Fue la única cosa sensata que recuerdo haberle oído decir nunca. Estaba contentísimo con lo del incendio, además, porque la colada de la señora Pearson, la de arriba, quedó estropeada por el humo. El fuego había llegado desde la sala de reuniones hasta el área de tendido que estaba justo encima.

—Como te digo, a esa bruja le está pero que muy bien empleado, joder; puto callo ignorante. ¡No debería monopolizar el área de tendido cuando hay gente esperando a colgar una colada! ¡Se ha llevado su puto merecido!

Entonces caí en la cuenta de que el viejo era probablemente el principal sospechoso de haber provocado el incendio. Estaba contentísimo de tener una coartada a prueba de bombas; estaba jugando su partida de la liguilla de dominó en el Doocot cuando empezó. Estaba tan contento que quise contarle que había sido yo, pero resistí el impulso. El cabrón tendía a cambiar de humor con rapidez.

A veces yo y mis colegas salíamos del barrio, pero normalmente no hacíamos más que ir a la playa. Yo, Pete, Brian, Deek (el hermano de Bri) y Dennis hablábamos de escapar e irnos de acampada, como en los libros de Enid Blyton. Normalmente no llegábamos más allá de la puta playa, hasta que nos hartábamos y volvíamos a casa. En ocasiones íbamos caminando hasta zonas pijas como Barnton, Cramond o Blackhall. Siempre aparecía la poli y nos obligaba a volver a casa, sin embargo. La

gente de las casas grandes, casas que eran del mismo tamaño que nuestro bloque, en donde vivían sesenta familias; esa gente cogía y llamaba sin más a la poli. Debían pensarse que íbamos a ponernos a chorar manzanas o algo así. Yo lo único que quería era mirar los pájaros. Me interesaban los pájaros, sacaba montones de libros sobre ellos de la biblioteca. Supongo que aquello me llegó por vía de mi viejo. A él también le interesaban mucho los pájaros.

Recuerdo haberle preguntado a papá si viviríamos en una casa grande como las de Barnton cuando fuésemos a Suráfrica.

—Más grandes que ésas, hijo, mucho más grandes. Te lo digo yo, mucho más grandes —me dijo.

Lo curioso es que de esa época en que nos preparábamos para ir a Suráfrica es de cuando guardo algunos de los recuerdos más vivos de John, mi padre. Como ya he indicado, estaba un poquito loco y todos le teníamos miedo. Se lo tomaba todo muchísimo más en serio de la cuenta, y se sofocaba por nada. Me preocupaba la escopeta que guardaba debajo de la cama.

Nuestro principal punto de contacto era la televisión. John cogía las páginas televisivas del *Daily Record* y rodeaba con un círculo los programas que había que ver esa noche. Era un apasionado admirador de la vida salvaje, y como ya he mencionado, le interesaba especialmente la ornitología. A los dos nos encantaban los documentales sobre naturaleza estilo David Attenborough. Nunca se le veía tan feliz como cuando salían en la caja tonta programas sobre pájaros exóticos, y tenía grandes conocimientos sobre el tema. John Strang era un hombre que sabía distinguir entre una curruca costurera y, pongamos, la variedad capirotada.

—¡Has visto eso! ¡Vaya mierda! ¡Un alcaudón dorsirrojo, dice el tío! ¡Eso es un alcaudón desollador! ¡Lo dicho, un alcaudón desollador! ¡Menos mal que lo estoy grabando en el vídeo!

Eramos la primera familia del distrito en tener todos los bienes de consumo clave nada más salir al mercado: televisión en color, aparato de vídeo y finalmente antena parabólica. Papá pensaba que eso nos diferenciaba del resto de las familias del barrio, que nos ponía un peldaño por encima de los demás. Clase media, decía a menudo.

Lo único que hacían era definirnos como arrabaleros prototípicos.

Me acuerdo de la nota que envió a la BBC, muy pagado de sí mismo por saber que a pesar de toda la capacidad investigadora que imaginaba que tendrían a su disposición, su presentador se había equivocado. La respuesta fue, al principio, motivo de gran orgullo para él:

Estimado Sr. Strange,

Gracias por su carta en la que hace notar un error en nuestro programa *Alas sobre el monte* que emitimos el pasado jueves.

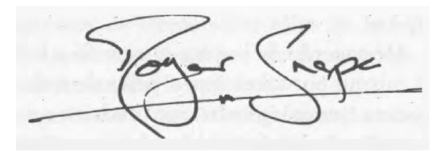
Aunque este documental en particular no lo hizo la BBC, como comisionados del grupo de cineastas independientes que produjo el programa, asumimos la responsabilidad por tales imprecisiones en nuestra programación.

Aunque aquí en la BBC nos esforzamos en pos de la precisión en todas las facetas de nuestra programación, es inevitable que se produzcan errores de vez en cuando, y los agudos miembros del público teleespectador con conocimientos especializados como Ud. nos proporcionan un impagable servicio al informarnos de tales imprecisiones.

El espectador atento e informado juega un papel clave para asegurar que aquí en la BBC mantengamos nuestros altos requisitos de excelencia emisora y cumplamos con las responsabilidades de nuestra carta fundacional, a saber: educar, informar y entretener.

Una vez más, gracias por su correspondencia.

Sinceramente,



Roger Snape
Controlador de Programación, Documentales Sobre Naturaleza.

El viejo le enseñó esa carta a todo dios. La enseñó en el *pub*, y en su trabajo en Group Six Securities. Flipó cuando mi tío Jackie le hizo notar que habían deletreado mal su nombre. Le escribió una carta a Roger Snape diciéndole que si algún día iba a Londres le inflaría a hostias.

Estimado Sr. Snap,

Gracias por su carta en la que demuestra ser un ignorante al no escribir correctamente mi nombre. Sólo quería hacerle saber que no me gusta que la gente no escriba correctamente mi nombre. Se escribe S-T-R-A-N-G. Si alguna vez me encuentro en Londres le partiré[5]… en pedacitos.

Suyo,

J. Strang.

John STRANG.

Las únicas cosas de las que parecía disfrutar papá eran beber alcohol y escuchar grabaciones de los discursos bélicos de Winston Churchill. Se le acumulaban mares de lágrimas tras aquellas gruesas gafas cuando se emocionaba con la conmovedora retórica de su ídolo.

Pero esos eran los mejores momentos. Los peores fueron las lecciones de boxeo que nos dio. Estaba obsesionado con que yo andaba demasiado falto de coordinación, sobre todo si le sumábamos mi cojera, y a Bernard lo consideraba demasiado afeminado. Nos compró unos guantes de plástico baratos y montó un cuadrilátero en el cuarto de estar, definiendo los perímetros con cuatro conos de señalización.

A Bernard el boxeo le interesaba todavía menos que a mí, pero papá nos obligaba a pelear hasta que uno de nosotros o ambos nos derrumbábamos entre lágrimas de miseria y frustración. Los guantes provocaban un montón de rasguños, señales y desgarros, y parecía como si más que golpearnos, nos hubiésemos estado acuchillando. Bernard era mayor, más grande y pegaba más fuerte, pero yo era más ruin y pronto me cosqué de que se podía hacer más daño con tajos rasantes que con

puñetazos.

—Venga, Roy —gritaba papá—. Pégale, pégale, hijo… Usa el directo, Bernard… no le des de bofetadas como un mariquita…

Sus consejos de entrenador siempre eran un poco unilaterales. Antes de las peleas solía susurrarme al oído:

—Eres un Strang, hijo, no lo olvides. Él, no. No lo olvides. ¿De acuerdo? Recuérdalo, estás luchando por el honor de los Strang. Puede que a él le llamen Strang, pero no lo es. Es un puto bastardo espagueti acojonao, hijo.

En una ocasión en que a Bernard le marqué un ojo y le hinché el labio, John apenas podía contenerse:

—¡Mantén ese puto directo encima de ese ojo, Roy! ¡Arráncale ese puto ojo de cuajo!

Continué lanzando directos a aquella cara de marica que no paraba de enrojecer, con el cuerpo contraído de concentración mientras los ojos de Bernard se llenaban de un hosco desasosiego.

BANG

CAPULLO CARA DE MARICA

BANG

CHÚPATE ÉSA PEDAZO DE PUTO MARICONAZO BOBALICÓN

BANG

Le abrí el ojo por encima de la ceja con una rápida torsión del guante. Sentí una sacudida de temor en el pecho y quise parar; era por la sangre, que salió chorreándole por la cara. Estaba a punto de bajar las manos pero cuando miré a papá me rugió, instándome a seguir peleando:

—¡ENTRA A MATAR, SIN CUARTEL!

Aporreé el horrendo rostro de mi humillado hermanastro mariquita. Bajó las manos junto a los costados mientras yo seguía lanzando golpes alocados, incitado por los frenéticos gritos de John. Bernard me volvió la espalda y abandonó sollozando la habitación, subió corriendo las escaleras y se encerró en el váter.

—¡Bernard! ¡Tendrás que aprender a defenderte! —dijo John sonriendo con satisfacción, algo preocupado ya que a mamá no le haría gracia alguna cuando volviese de ir de tiendas por Leith e inspeccionase los desperfectos. En esa ocasión en particular, el que salió mejor parado fui yo, pero no siempre era así. A veces era yo el que tenía que emprender una humillante retirada, abrumado por el dolor y la frustración.

En momentos como aquél envidiaba a Elgin, mi hermano menor, meciéndose silenciosamente o tarareando suavemente, atrapado en su propio mundo, exento de aquella tortura. Quizá Elgin había acertado; quizá fuese todo mera defensa psíquica.

A veces envidiaba el autismo de Elgin. Ahora tengo lo mismo que él, su calma y su distancia frente a todo.

En cuanto a Bernard y yo, aquellos combates nos hicieron temer a papá y odiarnos el uno al otro.

Bernard era

Ber no no tengo tiempo para esto.

Ahora las enfermeras han vuelto. Me están haciendo algo.

ESTO SIEMPRE ES DESAGRADABLE.

Darle la vuelta a la coliflor, impedirle que se pudra en vida…

Tengo que ir más abajo.

Más abajo

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

Alejarme de ellos.

Mejor.

Ahora es hora de irse

a

la

caza----

Hay un exuberante parque nacional que resulta único. En ningún otro lugar del mundo existe un parque semejante dentro de una gran ciudad. Sólo unos pocos kilómetros separan el centro de la ciudad de este parque donde la caza y los grandes carnívoros que se alimentan de ella viven en el esplendor de hace medio siglo

—----Easter Road Nairobi tengo que terminar con esta mierda más abajo más abajo-----

La extensión del parque, alrededor de unos ochenta kilómetros cuadrados, es pequeña en comparación

con otras reservas naturales	---	—Fue un mal rollo,
de esta parte el mundo, pero	vez----	vaya ridículo que hice.
de esta parte el mundo, pero		En cuanto consiguió lo que
no obstante, el parque	otra	quería, salió disparado de
posee una diversidad de		vuelta a su vida y ahí me quedé
entornos.	subo	tirada otra vez. Sin nada. Debería
La entrada…	------ah joder	haberlo supuesto. Debería haberlo supuesto.

No estoy lo bastante abajo. Puedo oírla. La enfermera Patricia Devine. Está

confesándose conmigo, su sacerdote vegetal, que no puede consolar ni condenar. He encontrado mi papel idóneo.

—Siempre piensas que el siguiente será distinto y supongo que me dejé llevar por la emoción, me ilusioné y leí entre líneas lo que quise. Era tan encantador, tan maravilloso, tan comprensivo; pero claro, eso fue antes de que me llevara a la cama…

Ruido de sollozos.

Por qué te cuento esto… por qué no… ni que pudieras oírme, ni que fueras a despertarte jamás… ay Dios, siento muchísimo haber dicho eso… sólo estoy alterada, no quise decir eso, quiero decir que alguna gente sí se despierta… se recuperan… ahora no soy yo misma, Roy, sabes, le dejé comerme el coco además de todo lo demás. Dejarles que te coman las bragas ya es bastante grave, pero cuando te comen el coco… es como…

No

No quiero

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO ---¡Muaaa! un estruendoso sonido nasal. El sonido de un Marabú adulto amenazando a un intruso humano. Miro a mi alrededor y veo a Sandy Jamieson intimidando con la mirada al feo pajarraco en un derroche de audacia.

—¡A la red con ese hijoputa, Roy! ¡A la red con ese cabrón! —grita.

Mi control de calidad psíquico está puñetera puñetera puñeteramente bien jodido y todo ha cambiado y de repente estoy arriba con un balón a mis pies en un campo de fútbol. Lo estrello contra la red de una portería vacía. Un par de jugadores que visten la misma camiseta me aferran para celebrarlo; uno de ellos parece Lexo, ah joder no, Lexo no, e intento liberarme pero no me quiere soltar y desde su aplastante abrazo de oso veo por encima de sus hombros a Jamieson con expresión abatida, con las manos descansando de mala gana sobre las caderas.

3 La persecución de la verdad

El viejo siempre había sido un chiflado, pero a mí me pareció que empezó a irse del todo cuando nos preparábamos para ir a vivir a Suráfrica. Probablemente sabía que era un puto perdedor y que ésta era la última tirada de dados para hacer algo con su vida. Su nerviosismo era patente, fumaba más que nunca. Se quedaba despierto la mayor parte de la noche, o con mi tío Jackie o incluso a veces con Tony, que sólo tenía catorce años pero que en algunos aspectos era muy maduro para su edad. Siempre que salíamos por ahí y veía a una tía joven, Tony murmuraba: «Me la follaba hasta caérsele el culo…».

Desde muy joven Tony andaba por ahí con las chicas del barrio. Siempre funcionó en base a hormonas y era completamente ajeno a cualquier otra fuerza que pudiera servir de contrapeso, como la lógica o la conciencia. Era inevitable que acabara dejando preñada a alguna pécora imbécil, y así fue. Su padre se acercó a nuestra casa para hacer justicia. A John se le cruzaron instantáneamente los cables, y amenazó con volarle en pedacitos con su escopeta. Me acuerdo de este incidente porque intentaba ver Superboy en la tele. La presentación ya estaba en plena marcha, y Superboy y su leal amigo Krypto volaban por los aires, entregados a lo que el comentarista describía como «la persecución de la verdad». Me acuerdo de haber bajado la vista hasta donde estaba Winston Dos, hecho una bola delante del fuego eléctrico. Me quedé mirando fijamente al animal, que respiraba con suavidad, y pensé en lo fácilmente que podría quebrarle la caja torácica sólo con saltarle encima con un par de botas pesadas. Yo tenía un par de botas pesadas. Era como para pensarlo. Las cicatrices de las heridas que Winston Dos me había producido me hormigueaban.

Elgin estaba sentado en el sofá, con expresión ausente, perdido en su propio mundo.

Mi concentración, dividida entre fantasear con la masacre de mi agresor canino y ver Superboy, quedó hecha añicos cuando la voz de mi padre salió por la puerta principal y rebotó alrededor de los bloques de hormigón del edificio.

—¡¡TÚ MANTÉN A ESA PUTA DE TU HIJA LEJOS DE MIS PUTOS CHAVALES O COJO LA PUTA ESCOPETA Y OS VUELO EN PEDAZOS A TODOS!! ¡¡ENTENDIDO!!

Me asomé sigilosamente hacia fuera para ver capitular al tío, dejando a su hija afrontar las alternativas de abortar o ser madre soltera. Era probable que su conversación con el viejo le convenciese de que aquellas opciones eran más prudentes que emparentarse con mi familia.

Me escabullí hacia el cuarto de estar, y dejé a mi padre bramándole a aquel hombre que se batía en retirada, mientras todas las persianas metálicas de nuestro

bloque y el de enfrente se cerraban ruidosamente. John Strang volvía a las andadas. Un poco más tarde volvió a entrar, temblando, y Tony le seguía tímidamente, con lágrimas en los ojos. Mi padre me miró desde arriba. Me concentré en el televisor pero saltó bruscamente:

—¡Roy!, tengo un recado para ti. ¡Cuarenta putos cigarrillos Regal!

—¿Por qué tengo que ir yo? ¿Por qué no va Elgin? —Fue una estupidez decir eso. Sencillamente se me escapó por la ira que me producía que me molestaran durante mi programa favorito de la tele.

Mi padre tembló de rabia. Indicó a mi hermano, que ahora se mecía en el sofá. Al notar que se referían a él, Elgin dejó escapar un mmmmmmmm ininterrumpido.

—¡Él no puede ir! ¡¡ÉL NO PUEDE IR, joder!! Lo sabes perfectamente, pedazo de pequeño idiota… utiliza los sesos que Dios te ha dado, Roy. Lo dicho, los putos sesos que Dios te ha dado —dijo volviéndose hacia Vet.

—Ni que fuera un chico estúpido… —le dijo mamá.

—Un soñador, ¡eso es lo que dice el colegio! Como te digo, un soñador. ¡Tiene la cabeza demasiado atiborrada de esos putos cómics!

Sentí un horroroso estremecimiento reverberándome dentro mientras los ojos de papá se encendían de inspiración.

—¡Voy a tirar a la basura todos esos cómics bobalicones! ¡Qué te parecería eso! ¿Eh? ¡A ti te lo pregunto! ¡Qué te parecería!

—Ya voy… ya voy… —gimoteé, impotente.

—¿Crees que no me atrevo? ¿Eh? ¿Crees que no me atrevo? ¡A ti te lo pregunto! ¿Crees que no me atrevo?

—Sus cómics no, por todos los demonios, John —suplicó mamá—. La colección de cómics de la Marvel del chico, no.

La alarma de mi madre se basaba en el interés propio, pues era una gran admiradora de *Estela Plateada*.

—Pues entonces, ¡aire! —bufó papá—. ¡Y no pienses que no vas a tener que mejorar tu rendimiento escolar, hijo!

Estaba poniéndome el abrigo en el pasillo cuando salió papá.

—Ahora mismo iba… —dije, aterrorizado por aquellos fogosos e intensos ojos.

Me puso las manos sobre los hombros. Yo tenía la cabeza humillada.

—Mírame —dijo. Levanté la vista pero no pude detener el reguero de lágrimas—. ¿Qué pasa? Mira, hijo, sé que soy más duro contigo que con los demás. Es porque tú eres el que tiene sesera, hijo. Lo sé. Es sólo que no la utilizas. Lo dicho, sesera —dijo, dándose una palmadita en aquella enorme frente—. Yo tenía sesera y no la utilicé. No querrás acabar como yo —dijo, con aspecto de estar verdaderamente atormentado por el remordimiento—. Pero en Suráfrica será todo distinto, ¿eh?

—Sí. ¿Y podremos ir a un Safari Park, papá? —pregunté.

—¡Ya te lo he dicho! Voy a conseguir un empleo de guarda en uno de esos parques. Prácticamente, viviremos en un Safari Park.

—Chachi —dije con auténtico entusiasmo. Aún tenía esa edad en la que, a pesar de avergonzarme de lo anormales que eran, en lo esencial creía en la omnipotencia de mis padres. Me fui botando a hacer el recado.

El viejo tenía razón, sin embargo. Era un soñador, metido en mi propio mundo gran parte del tiempo. Siempre tenía la cabeza enterrada en las aventuras de *Estela Plateada y Los Cuatro Fantásticos*, y tal. Aquello era debido a que en realidad no encajaba en ninguna parte. En el colegio era tranquilo, pero me metí en un lío cuando apuñalé a un chaval con un compás. Se reían de mí. Me llamaban Dumbo Strang o Copa de Escocia por mis orejas. Encima de todos los demás defectos de los Strang, tenía que soportar la maldición de aquellas orejas de soplillo. Estaba, no obstante, elaborando una fórmula sencilla: si les haces daño, no se ríen, y no aguanto que nadie se ría de mí. Había aprendido que podía soportar el dolor. Con el dolor físico podía. Si puedes soportar el dolor, le darás problemas al cabrón que sea. Si puedes soportar el dolor, y no tienes miedo y estás cabreado. El dolor podía soportarlo. Que se rieran de mí; eso no lo podía soportar.

El maestro y el director esperaban que me sintiese culpable por lo que había hecho. Esperaban que les temiese. Yo no les temía. Vivía en un hogar lleno de sociópatas, así que las desdeñosas amenazas de unos maestros de clase media que me llamaban criatura perversa, malvada e indecente no me molestaban, sólo rebajaban más mi autoestima, convirtiéndose en un conjunto de puntos de referencia a los que adherirme.

Pero no es que fuese revoltoso en el colegio; era una nulidad. Me refugié en el anonimato cuanto pude. Quería ser invisible. No quería que nadie viese al deforme y retorcido Dumbo Strang. Me limitaba a sentarme al fondo de la clase y soñar despierto.

De vuelta a casa, en mi dormitorio, me la meneaba con dibujos de Sue Storm, La Chica Invisible, y mis cómics de *Los Cuatro Fantásticos*. Los dibujos de cuando secuestraban y maniataban a Sue eran los más excitantes. A veces salían tetas, culos y labios bien definidos en aquellos dibujos.

Me pregunto ahora si la persecución del Marabú tiene algo que ver con algo tan fundamental como la persecución de la verdad. Tendré que bajar más para averiguarlo.

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO --------- Ahora estoy cazando otra vez, bajando más, porque siento el calor y veo la luz. En la cara, en los ojos. Noto un aire cálido, dulce y polvoriento en los pulmones, y toso y me pregunto si dejará constancia en mi inerte cuasicadáver allá arriba, en el otro mundo.

Teníamos que volver a la ciudad, y Sandy, siempre tan buen chico, había canjeado

nuestro equipo fotográfico por un viejo jeep.

—Lo único que esto tiene que hacer es llevarnos hasta Dawson. Él nos equipará —sonrió Sandy.

—Pero Sandy, tu equipo… —yo me sentí fatal, pues sabía lo aficionado a la fotografía que era Sandy. Siempre decía con tristeza: «La cámara nunca miente».

—Las fotos no nos servirán de mucho contra el Marabú. Necesitamos chatarra, y Dawson es la persona indicada para conseguírnosla. ¡Ya haremos fotografías después!

—Casi no puedo esperar —dije con emoción—. ¡Se me ocurren un montón de cosas que quiero fotografiar!

Encontramos alojamiento barato en el lado pobre de la ciudad y pasamos el atardecer bebiendo cerveza de botellín en un bar que parecía una choza espartana.

—¿Tienes algo de comida? —le preguntó Sandy al camarero.

—¡Tenemos el mejor pastel de carne casero y puré de patatas de toda África —dijo el camarero—, acompañado de una tarta de manzanas absolutamente empapada en nata batida que está de rechupete!

—Caramba, eso es exactamente lo que nos vendría al dedillo después de tanto viajar —dijo Sandy entusiasmado, y nos sentamos frente al banquete.

A pesar del entusiasmo del camarero, la comida simplemente no estaba a la altura. Aquella noche experimenté un enfebrecido sueño alcohólico. Los marabúes me perseguían en sueños. Después lo hizo el grupo de jóvenes del gran edificio municipal. Me desperté empapado en sudor más de una vez. Hubo una ocasión en que volví en mí, absolutamente aterrado después de que me siguiera algo que no se mostró, pero que podía percibir acechando entre las sombras. Aquella cosa me inspiraba tal horror y tal maldad que no me atreví a entregarme a la clemencia del sueño. Dejé a Jamieson dormitando como un bendito y me levanté para sentarme frente a una vieja y marcada mesa de madera, escribiendo en mi cuaderno.

Partimos a la mañana siguiente. El sol abrasador y sofocante había convertido al continente negro en un vasto horno. Estaba cansado e indispuesto. Nada parecía estar bien. Me hacía muchísimo daño cada vez que mis piernas desnudas, enfundadas en pantalones cortos de color caqui, tocaban involuntariamente la caliente carrocería del jeep. Era imposible evitar esos contactos no deseados al ser zarandeados por el pedregoso ascenso hasta los Páramos Alpinos, con nuestro vehículo de tracción cuatro por cuatro luchando para franquear la superficie desigual y las fuertes pendientes.

Mi incomodidad se desvaneció al encontrarnos viajando casi imperceptiblemente por un entorno que sólo puedo describir como paradisíaco. Mi percepción de aquello comenzó cuando atravesamos una magnífica zona de enebros y podocarpos, y empecé a flipar con las mágicas fragancias que inundaban el aire antes de llegar al bosque de bambú de las alturas con sus imponentes barrancos, sus claros silvestres y sus veloces ríos trucheros.

—¡Mira que es celestial! —le exclamé a Sandy.

—Ya lo creo, Roy —asintió Sandy, abriendo un paquete de galletas de chocolate —. Piscolabis —sonrió.

Pasamos delante de un par de manadas de elefantes y de búfalos que pastaban en un claro de la pradera y Sandy incluso dijo que había visto un raro ejemplar de rinoceronte negro. Frente a nosotros estaba nuestro destino, uno de los refugios de Dawson, el número 1.690, en el corazón del bosque, a aproximadamente 2.200 metros sobre el nivel del mar.

Por el camino, subiendo una pendiente particularmente difícil, Sandy me pasó el gran porro que estaba fumando. Después de un par de entusiastas caladas me sentí un tanto indispuesto. Por lo general, cuando tomo este tipo de drogas, puedo reservar un pequeño espacio central de mi cerebro para la sobriedad. Se convierte en una lente, a través de la cual, concentrándome, puedo ver el mundo con una cierta

claridad-----pero	-----joder	—Es la hora
estaba todo cayéndose a trozos		de tu
después de una sola calada de mierda…	arriba	
esto no debería estar sucediendo		inyección, Roy.
no debería—	-----subiendo	

Simplemente Divina, Patricia.

Sidney Devine.

Volveré, Sandy.

—Tu novia parece agradable. No la había visto antes. Con todo, supongo que soy demasiado nueva en este pabellón.

¿Qué novia? Espero que esa zorra gorda no haya vuelto. Seguro que se trata de un error. Se la estará follando algún otro desde hace mucho y que se pudra. Y yo le pegué un telefonazo a ese callo. Vaya broma. Vuelve a Fathell, Dorie, mi amor.

No, no hables así de ella no hables así de Dorie que no es de verdad nada es de verdad joder Tranqui

—Creo que es un poco tímida. Pero es muy guapa. Eres de los que las matan callando, ¿no es así, Roy?

No tengo gran cosa que decir al respecto, Patricia. Pero eso sí, tengo mucho en que pensar.

—Sabes, Roy, lo oí todo acerca de ti. Me afectó muchísimo.

—Bueno, enfermera Devine, vamos a cambiarle.

—Ah, hola, de acuerdo.

Te han vuelto a pillar, Patricia, te han pillado de palique con el vegetal.

A la mierda cambiarse.

A la mierda que te sacudan como al guisante dentro del pito… este pito

el pito

Esto exige PROFUNDIDAD.

P
R
O
F
U
N
D
I
D
A
D---------- ---------- ----------- ---------- --------------

Después de dar vueltas por un camino de la periferia del bosque durante un rato, acabamos parando en un patio. La casa de huéspedes era un edificio extraño,

construido sobre unos soportes.	r	—Aún pesas bastante, ¿eh, Roy?
El olor e a diesel que salía de nuestro	e	¿No es verdad, Tricia?
vehículo era abrumador	d	—Sí, ya lo creo
Olía a hospi…	o	que sí… me sabe muy mal
no hospitales no--	j	meterle en el pasillo de esta manera, Bev.

—Lo sé, Trida, pero sólo será durante un par de noches, después volverá a su habitación. ¿No es así, Roy?

Me la suda dónde me metáis. Por mí, como si queréis dejarme en la calle con la basura, cacho cabroñas.

—De todas formas, me parece horrible. Como algún paciente privado con dinero necesita la habitación, mandan a una víctima en coma profundo al pasillo hasta que el rico esté listo para salir…

—Pero el hospital necesita los fondos que esa gente puede aportarle, Tricia.

—Bueno, pues me alegro de no estar de servicio cuando haya que explicarle a la familia lo que hace en el pasillo.

Más abajo.

¿No podría ponerle a esto un poco de picante? Hacer aparecer un holograma carnal de la enfermera Patricia Devine y follármela no no no

Dawson

Dawson, que parece una foca criminal, ojos alerta y abiertos entre todo ese sebo…

Qué aspecto tendrá Patricia Devine

PELO
OJOS
DIENTES
CUTIS
TETAS
CULO
COÑO
PIERNAS

Aquí hace falta una mujer no como una persona real sólo para echarle algo de picante sólo para

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO
MÁS ABAJO
MÁS ABAJO
MÁS ABAJO
MÁS ABAJO
MÁS ABAJO
MÁS ABAJO
MÁS ABAJO-------------

Dawson… a nuestra llegada al refugio se me había acercado, ignorando por completo a Sandy, y estrechado la mano con teatral cordialidad. Fijó su mirada en la mía durante unos segundos de falsa intimidad y tronó con voz profunda y fingidamente sincera:

—Roy Strang. He leído muchísimo acerca de Ud. en los periódicos. Es un placer conocerle.

—Ud. tampoco es ningún principiante en lo tocante a la publicidad, señor Dawson —comenté yo.

—Lochart, por favor; llámeme Lochart —imploró. Sonrió de forma idiota durante unos instantes más bien atroces y entonces me echó otra mirada penetrante. Sus ojos tenían un aspecto taimado y manipulador que resultaba totalmente incongruente con la disposición franca y pedestre de su boca. Me recordaba ni más ni menos que a una vieja reinona desesperada intentando ligar en un bar de solteros, aparentando naturalidad pero siempre pendiente del inexorable reloj. Pareció inquietarse un poco durante un par de segundos, como si me leyera el pensamiento, y entonces cacareó:

—Bueno, espero que mi publicidad sea algo más, eh, salubre, que la suya. Pero dicen que la mala publicidad no existe. Ese es un adagio con el que como mínimo simpatizo.

La conversación empezaba a resultar bastante decepcionante.

—No creo que sea ése el caso. Poca gente querría pasar por donde yo…

—¡Tanta autocompasión, Roy! Muy decepcionante —tronó, dándome una palmada en la espalda que sonó como cuando un pez húmedo golpea una tabla de cortar. Después me escoltó hasta una biblioteca, que conducía a un invernadero que había al fondo del refugio. Al irnos aproximando a las puertaventanas, cogió un libro de la estantería y me lo tendió—. Para Ud. —sonrió. Miré el título:

YOUTH IN ASIA[6]

Lo metí en una bolsa de plástico que venía cargando.

—Veo que tiene Ud. la caja de herramientas a mano —dijo sonriendo maliciosamente. Maldición y al puto infierno, aquella afirmación me inquietaba un tanto. Empecé a recordar algo, no, no a recordar un pensamiento, sino una experiencia, empecé a *sentir* algo desagradable y me alegré cuando Sandy se acercó e interrumpió aquella sensación antes de que pudiese irrumpir en mi memoria.

Sandy había dicho algo acerca de un jeep. Nuestro viejo, anticuado y oxidado

cacharro se había jodido malamente nada más llegar al refugio. Como Sandy había sospechado, Dawson tuvo mucho gusto en vendernos uno de los viejos de Jambola Park, más o menos a unas tres veces el precio normal.

—Éste —dijo sonriendo y mirando a Sandy de una forma que le hizo crisparse visiblemente— forma parte de existencias que sobrepasan nuestras necesidades.

Además de estafarnos con el jeep, Dawson nos obligó a acompañarle a visitar su punto favorito en las colinas, un lugar que visita regularmente por su belleza natural. Tuvimos que caminar alrededor de cuatro kilómetros desde el Refugio 1.690 y para entonces el tiempo se había vuelto miserable y abrumadoramente tórrido; una mancha de sudor sobre el dorso de la camisa de Jamieson se había convertido en un gran corazón. Hice una referencia al respecto y Dawson sonrió abundantemente como muestra de aprobación, desde su cochecito unipersonal. El sudor se escurría por mis piernas. Sandy parecía tener cuerda para rato, pero Dawson, pese al motocarro, estaba saturado y respiraba de forma pesada y dificultosa. Una de las ruedas de su vehículo aplastó a una serpiente, despachurrando al animal contra el sendero. Asomó la cabeza por un lateral del carro y se volvió hacia nosotros con una sonrisa espantosa.

—Por desgracia, sólo disponemos de uno —sonrió abiertamente, embutiendo su mole en el carro motorizado. Al ponerlo en marcha, nos pidió con repentina jocosidad a Sandy Jamieson y a mí que le siguiéramos a pie. La piel de Dawson estaba del color del pollo *tandoori* a la barbacoa, contrastando vivamente con una mata de menguante pelo castaño engominado, ojos blanquiazules y dientes nacarados que daban la impresión de estar siempre fuera, puestos a secar. También parecía cubierto de un extraño aceite translúcido.

Dawson detuvo el cochecito, salió trepando de él y barrió su terruño con una zarpa mantecosa. Nuestro sendero iba bordeando el precipicio de un barranco espectacular, que descendía abruptamente hasta unos rápidos.

—No está mal para un muchacho que se fue de casa con la menos que principesca suma de diez libras esterlinas en el bolsillo —observó con presunción.

Vi un roedor muerto junto al camino. Lo levanté cogiéndolo por la cola. Tenía pegado una gorda y viscosa sanguijuela. Lo solté y miré a Sandy.

—Vine a África a estudiar los parásitos —le dije, mirando de soslayo a Dawson. Sandy parecía un poquitín inquieto, y me hizo señal de bajar la voz.

Me acordé de Sandy diciendo que en tiempos había trabajado para Dawson. Rayos y centellas.

Nuestro destino era un edificio que por fuera parecía desvencijado y destartalado, pero que por dentro era muy austero, moderno y funcional, y cuya aspereza sólo disipaban unas cuantas macetas con grandes plantas exóticas. Nos recibió una gruesa mujer africana de mediana edad, que no paraba de hacer zalemas en torno a Lochart Dawson.

—Eto é un gran plasé, señó Dossan —sonreía.

—Todo lo contrario, Sadie, siempre que visito este magnífico establecimiento, el

placer es mío.

Su sonrisa hizo que me sintiese como si hubiese comido o bebido algo decididamente desagradable.

—Para mis huéspedes —sonrió volviéndose hacia mí y Sandy—. Como verán, soy el dueño de este lugar, y lo empleo como una especie de *suite* hospitalaria no oficial para clientes potencialmente especiales. Especiales quiere decir capaces de promover los intereses de Jambola Park PLC. Esta instalación fue construida específicamente por iniciativa de la junta de Jambola Park PLC, de la que soy miembro.

Dawson era propietario del setenta y ocho por ciento de las acciones de Jambola Park PLC.

En ese momento Sandy fue a encender un cigarrillo pero se detuvo tras notar la expresión de censura de Dawson. Extendió las palmas y me miró en un gesto de apelación. Yo me encogí concisamente de hombros.

Sentí la mano de la mujer africana llamada Sadie descansando sobre mi hombro.

—Uté etá mu tenso —dijo ella—. ¿Quiere que le buque una chica pásele un masaje en e cuello? ¿Quisá algo má que e cuello?

—Eh… un vaso de agua será suficiente —gracias.

Dawson torció los labios hacia abajo en un gesto de desaprobación.

—Sí, Sadie, trae agua. Para mí y el señor Jamieson también. Me imagino que ustedes dos estarán hechos un par de camellos bastante sedientos después de sus hazañas.

—¡Ya lo creo! —asentí, agradecido.

Sadie se marchó, pero regresó rápidamente con una bandeja en la que había tres vasos y una jarra de agua helada. Ahora había además tres jóvenes muchachas blancas entre el séquito. Parecían flacas, malnutridas y sucias y tenían los ojos espesamente nublados.

Le di unos sorbos al agua, que estaba tan fría que me dolieron los dientes.

—¿Así que Ud., al igual que el señor Jamieson, es cazador?

—Sí, aunque quizá no tan afortunado como Sandy… —empecé.

Dawson me interrumpió con una malévola sonrisa de satisfacción.

—Realmente no puedo decir que el señor Jamieson haya tenido demasiada fortuna en lo tocante a la obtención de trofeos. Debo decir, no obstante, que me resulta muy difícil encontrar cazadores que tengan aspecto de hacerse con algún trofeo. ¿Cuál es su especialidad, Roy?

—Los tiburones, sobre todo, pero los carroñeros también.

Dawson enarcó una ceja y asintió maliciosamente con la cabeza.

—Y Ud., señor Jamieson, ¿todavía anda por ahí cazando devoradores de hombres?

—Eh, sí —dijo Sandy nerviosamente—, quiero decir, que al no tener más que lanzas para defenderse, los campesinos africanos se hallan impotentes de hecho frente

a los ataques de los leones a sus poblados…

—Sí —sonrió Dawson—, el devorador de hombres es casi siempre un animal muy mayor. Ha perdido toda su agilidad juvenil y sencillamente no está capacitado para capturar presas salvajes con las que alimentarse.

—Los hombres, sin embargo, resultan fáciles de procurar —dijo Sandy mientras le asomaba a la voz el desasosiego provocado por el discernimiento.

—Desde luego —asintió Dawson con una lenta y taimada inclinación de cabeza —, desde luego. —Después miró fijamente a Sandy, y con una faz extrañamente vacua y mortecina dijo, en un tono guasón que desentonaba con su expresión—: Quisiera preguntarle, señor Jamieson, ¿es Ud. consciente del papel que desempeñan los rituales?

Sandy, obviamente pasmado, me miró a mí, y después otra vez a Lochart Dawson.

—Como deportista… —empezó, pero Dawson levantó una mano de pastelero gordinflón para acallarle.

—Un deportista. Pero… qué anacrónico. No debería haberle hecho semejante pregunta a un deportista. —Bajó la voz, dándole un toque burlón al llegar a la palabra «deportista»—. El papel de los rituales es asegurar las cosas para quienes más tendrían que perder si no las tuviesen aseguradas. ¿No le parece, Roy?

—No es un concepto que me haya planteado explorar en profundidad, Lochart, aunque debo confesar que de entrada posee cierto atractivo.

Dawson parecía irritado por el hecho de que no le siguiese la corriente.

—¿Y qué me dice de mi proposición según la cual el deportista es un anacronismo? ¿Ha tenido tiempo de explorar ese concepto? —Ahora su tono era desafiante.

—Probablemente, necesitaría una definición un poco más precisa de la proposición antes de atreverme a comentar nada al respecto.

—Muy bien —sonrió Dawson, remetiéndose la camisa dentro del pantalón y regoldando—: sostengo que el deporte, como todo lo demás, ha sido desplazado por los negocios.

Maldita sea, me vi metido en una discusión a mi pesar.

—Hasta cierto punto. Sin embargo, cuando el deporte tiene raíces culturales, se convierte en una fuente de identidad para los pueblos. Si se pierden tales fuentes de identidad, se acaba en una sociedad atomizada e inconexa. El deporte puede conmover a algunas personas de un modo que la motivación económica jamás podrá igualar. Nuestros valores se han eclipsado y pervertido en la misma medida en que el medio de autorrealización, esto es, el dinero, se ha convertido en un fin en sí mismo. Uno de los fines es disfrutar del deporte. Otro podría ser el arte. Otro podría ser la precipitación del caos.

Dawson se rió como una taladradora, sus carnes bamboleándose simultáneamente sin parar.

—Sí, Roy, efectivamente, el deporte mueve a las masas, pero las masas sólo adquieren relevancia en la medida en que participan en el proceso económico, en la medida en que se convierten en consumidores. Hay que embalar el deporte para las masas, hay que venderles el ocio de un modo que esté a su alcance. Sí, en el pasado la gente tenía familias, tenía comunidades. Había una sensación de vida en común. De este modo desarrollaron un conocimiento compartido sobre el mundo, desarrollaron diferentes culturas. Ahora bien, no todas estas culturas están en sintonía con el sistema de libre mercado, y por consiguiente han de ser reemplazadas o al menos asimiladas por otra cultura, más fuerte, más rica. Las familias y comunidades han de quedar aún más desestructuradas, han de ser desplazadas a donde está el trabajo, hay que negarles de la forma que sea la interacción significativa de unos miembros con otros. Tienen que vivir en lo que nuestros amigos americanos llaman subdivisiones. Tienen que ser subdivididos económica y físicamente…

Sonreí y le corté:

—Y la vieja cultura tiene que ser desplazada por publicistas y mercaderes que le digan a la gente de qué tiene que disfrutar. Resulta fácil cuando carecen de otros puntos de referencia, por ejemplo, otra gente en las mismas circunstancias económicas y sociales. Así, mediante los medios de comunicación, gente de otras circunstancias económicas y sociales les dice lo que han de consumir. La clave es el aumento de las opciones mediante el proceso de subdivisión al que hacía Ud. alusión. La experiencia creciente del ocio y el deporte indirectos ha alentado una disminución de la participación real, que es la sustancia de la comunión directa. Por tanto, lo que tenemos es la sustitución de una o dos experiencias verdaderamente decentes por un montón de mierdas.

—Sí. Pero no hace Ud. más que ilustrar mi punto de vista.

—O Ud. el mío. Quizá sea el deporte el que ha colonizado al capitalismo y no al revés. La galopante autopromoción de los hombres de negocios durante los ochenta es un ejemplo de ello. Se refieren a sí mismos como los principales jugadores, y su vocabulario es un vocabulario deportivo; un juego totalmente distinto, terrenos de juego nivelados, porterías movedizas, y todo eso.

Dawson parecía un poco picado.

—Sí, Roy, pero hemos colonizado el deporte y saqueado su lenguaje…

—Pero quizá la superioridad de esa terminología ejemplifica que el deporte y el instinto deportivo son soberanos y que el capitalismo no es más que una rama del deporte, una rama pervertida e inferior del deporte, el deporte del dinero…

—En cuyo caso, eso desmentiría su argumento de que la persecución del lucro, la única verdad, no pueda ser fuente de autorrealización, puesto que en la acumulación de esa riqueza hay elementos deportivos.

—Al contrario, lo demuestra. El capitalismo se ha visto obligado a hacerse un injerto de cultura deportiva, de la cultura del juego, a fin de hacer que la obtención de dinero parezca un esfuerzo válido en sí mismo.

—Mire —empezó Dawson, exasperado—, es evidente que Ud. no comprende los procedimientos propios del debate de ideas. De todas formas, es la hora de regar las plantas.

Chasqueó los dedos y empezó a frotarse la entrepierna a través de sus pantalones de franela. Las tres chicas tomaron posiciones frente a él, agachándose sobre algunas de las macetas.

Desabrochándose la bragueta y sacándose de los pantalones y calzoncillos un pene achaparrado y semierecto, Dawson se masturbó con entusiasmo mientras las chicas descargaban orina caliente y vaporosa sobre la tierra de las robustas plantas. Se corrió poderosamente, con el aspecto de un hombre que padecía un ataque cardíaco, jadeando como

como

como otro. Exactamente como si fuera otra persona.

ME ACUERDO	subir	la calle hasta el Ferry Boat.
	subir	A un tío le dio un ataque
	subir	un ataque en una fiesta
ME ACUERDO	subir	cuando mi tío Jackie
	subir	le dio con la botella
Volviendo a	subir	casi lo jode vivo

ME ACUERDO de la fiesta que celebramos en el salón-bar del *pub* Ferry Boat, un par de días antes de marcharnos a Londres de camino a Johannesburgo. Reservaron el bar de arriba. Todo el mundo estaba allí. A nosotros nos dejaron entrar; a mí, Kim y Gerald nos dieron limonada, a Tony le dejaron beber cerveza. Fue estupendo.

Mamá le dio a John la serenata con *Big Spender*.

The minute you walked in the joint,
I could see ye were a man of distinction,
A real big spender.
Good lookin, so refined,
Suppose you’d like to know what’s goin on in ma mind.
So let me get right to the point do-do,

I don’t pop my cork for every man I see.
Hey big spender,
Hey big spender,
Spend a li-ril time with me.
do-do-do-do-do

—Sigues conservando la voz, Vet —dijo el tío Jackie.

So would ye like tae have fun, fun, fun,
How’s about a few laughs, laughs, laughs,
Let me show you a good time,
I could show you a good time…[7]

Yo me senté en una esquina con Bernard y Kim, tomando cocacola y patatas fritas. Me divertía. Mi madre era buena cantante, especialmente con un grupo respaldándola, y yo estaba embebido en los aplausos que recibía. Me sentía como si fuésemos reyes. El único fantasma que había en la fiesta era el de Elgin. Habían decidido que él no vendría a Suráfrica con nosotros.

Había obtenido plaza en la RESIDENCIA EMPRESARIAL PARA JÓVENES EXCEPCIONALES DE GORGIE. Allí, nos explicaron, sería atendido debidamente por personal especializado. Mi yaya le haría visitas, y también mi tío y mi tía Jackie. (Se llamaban John y Jacqueline respectivamente, pero cuando se arrejuntaron, ninguno quiso renunciar a su acostumbrado apelativo de Jackie, de modo que a ambos se les conocía por ese nombre). Un día, nos había dicho papá, haríamos que nos mandaran a Elgin. Kim estaba destrozada, pero para mí fue un alivio. Para mí suponía una cuestión delicada menos de la que preocuparme, y aún quedaban muchas.

Me acuerdo de aquella noche. Estuvo bien hasta que mamá lo estropeó emborrachándose y comportándose como una guarra. Papá le pegó un puñetazo a un tío que le tiraba los tejos. Después, el tío Jackie le dio un botellazo al colega del tío, y vino la poli y acabó con la fiesta. A papá le empapelaron por alteración del orden público, pero quedó en una pequeña multa, mientras que al tío Jackie le cayeron seis meses por daños y perjuicios. El tío entró en *shock* tras el ataque y se le paró el corazón. Tuvieron que reanimarle los tripulantes de la ambulancia. Estaban bastante a mano, pues procedían del Western General. Ahora han cerrado la unidad de accidentes y urgencias que había allí, así que es probable que hubiese muerto de haber sucedido en la actualidad.

—¡No le puse un puto dedo encima en ningún momento! —rugió Jackie de forma poco convincente mientras la sangre le chorreaba del cuerpo a aquel hombre, sumido en contracciones nerviosas, y a él y a papá los trincaban para llevarles a la comisaría que estaba justamente en el portal de al lado del *pub*.

Recuerdo haber ido caminando hasta casa por Pennywell Road con Tony, Bernard, Kim y mamá. La noche había acabado en un desastre, nuestra última noche decente en Escocia, y todo había sido culpa de mamá. Odio ver a una mujer que debería comportarse con dignidad comportarse como una guarra. Lo odio porque

Ni hablar.
Más abajo

más abajo.
ir
no poder
incómodo por
Esto resulta

De hecho, estoy más arriba porque puedo oír a Patricia Devine contarme que tengo visita. Estoy tan consciente que casi estoy despierto. Me asusta despertar.

Me asusta más que nunca.

La voz de Patricia Devine; empalagosa, pero, no obstante, con un toque de dureza. Cuando estamos a solas me lo cuenta todo sobre su vida. Me dan ganas de recogerla y protegerla y darle afecto a causa de todo el dolor y las decepciones que ha sufrido. Quiero hacerlo como redención de mis… no hay nada que redimir. Fue todo culpa de Lexo.

He revisado mi imagen del aspecto que debe tener Patricia. Ahora la veo ligeramente mayor de lo que al principio me imaginaba, muy atractiva antes pero ahora venida un poco a menos. Quizá un poco excesivamente arreglada y con un par de kilos de más. Nunca llegó a casarse con aquel cirujano. Me recuerda un poco a la azafata que vi en el vuelo hacia Johannesburgo, la primera vez que volé en avión. Amargada por no haberse podido casar con el piloto. Viajando de un feo aeropuerto a otro, de un aeropuerto prefabricado a otro. Sí, sí, el encanto de volar; un huevo. ¿Quién era ella? La bicicleta aérea. Incluso con diez años, sabía yo cómo sería.

Patricia es parecida. Después de los médicos, son los enfermeros, luego quizá los técnicos. Pronto serán los celadores. Movilidad sexual descendente. Sin embargo eres simplemente Devine, Patricia Divina. Ojalá yo pudiese secarte las lágrimas. No. Ahora te conozco demasiado bien. No sería para ti más que otra fuente de dolor y traición. Es como si dijeras «desesperada» a gritos. Haría falta un golpe de suerte excepcional para detener tu declive, para romper este lamentable ciclo.

¿Por qué será que sólo puedo ver a las personas negativamente, y reconocerlas sólo a través de su dolor y sus ambiciones frustradas?

Porque soy un

—Sí, Roy, es tu visita de ayer. Ha vuelto —dice Patricia. Sí, tenemos compañía. Me doy cuenta por el tono de voz de Patricia. Está poniendo su voz de estamos-acompañados; empalagosa, supuestamente íntima pero en realidad cualquier cosa menos eso.

La visita no responde. Sin embargo es una mujer. Puedo oler rastros de su perfume. Creo que puedo olerlo. Quizá sólo esté imaginando que puedo olerlo. Sea lo que fuere, resulta extrañamente familiar. Puede que me la follara en una ocasión.

Pasé por una fase en que me follé a montones de mujeres. Fue después de descubrir que lo único que tenías que hacer era ser lo que ellas querían durante unos veinte minutos. Supongo que hablamos de cierto tipo de mujer. Cada vez que pasabas

por ese número de mierda destinado a aproximarte a ellas, te alejabas más de aquel que tú querías ser. En aquel entonces me sentó bien porque era más joven. Esta época de folleteo supuso un cambio respecto de lo que hacía antes, que era no conseguir echar ni un polvo, y eso no era nada bueno, por todo tipo de razones. Ahora me parece muy bien, pero entonces no. Dudo que un polvo me sentara bien ahora. Dudo que vaya a follar nunca más. De todos modos, no era cuestión de sexo en aquel momento, no, se trataba de… que se joda toda esa mierda. No nos apartemos del Marabú; quizá si pudiese matar al Marabú.

No.

Nunca más volveré a follar.

Oigo marcharse a las enfermeras, sus zuecos repiqueteando contra el suelo. Estoy a solas con mi amiguita. Me pregunto quién será.

—Resulta curioso verte aquí, Roy. Hace mucho que no nos vemos.

¿Quién coño eres tú?

—Lamento ser portadora de malas noticias. Se trata de tu viejo colega Dempsey. Alan Dempsey. Ya no está entre nosotros, Roy. Pensé que te gustaría saberlo.

¿QUIÉN ERES?

Es inútil. Oigo el comienzo de sus pasos y después se desvanecen. Se marcha.

Dempsey. Ali Dempsey. Demps. Nidroide total. Uno de los *top boys*. Un *cabecilla* muerto, y otro coliflor. La coliflor y el fiambre.

La portadora de malas noticias se marcha pero el sonido de su marcha se confunde con el sonido de la llegada de algún otro.

—Vas a volver a tu propia habitación, hijo. Ya se lo dije yo a esos cabrones. Les digo: ¡cómo no metáis a mi puto chico otra vez en esa habitación, voy por la escopeta ahora mismo y para cuando termine os harán falta más camas que nunca!

—El chico no necesita oír eso, John. Está todo arreglado, hijo. Lo hemos arreglado todo.

—Joder, ya lo creo que sí. ¿Eh, nena? Les leímos la cartilla a esos cabrones.

—Sí, muy bien, pero ahora tendrán que marcharse, señor y señora Strang. Tengo que preparar a Roy.

—Sí, ya nos vamos… pero más vale que nadie intente sacarle otra vez de esta habitación… ¿estamos? Porque lo dicho, ¡me planto aquí pero ya!

—Nadie va a mover a Roy, señor Strang. Ahora bajemos un poquito la voz, ¿eh?, podríamos trastornarle.

Eso digo yo.

—Sí, vale, mientras no olvidéis lo que ha dicho mi marido.

—Sí, señora Strang.

—¡Chao, Roy!

—Hasta luego, hijo. Recuerda, hijo, no dejaremos que te hagan nada. Lo dicho… ¡hasta luego, Roy!

HASTA LUEGO PUTO MAJARÓN.

La enfermera Beverley Norton me está apañando. Patricia debe de haber terminado su turno. Háblame con tu suave acento de Coronation Street, enfermera Norton. Igual que el de Dorie… nah, el de Dorie, no.

—Esta tarde tenemos visita del doctor Park, ¿no es así, Roy, amorcito? Habrá que arreglarte y acicalarte para el doctor Park.

Adelante, enfermera Norton. No te preocupes por el viejo Strangy. Roy Strang. Strangy el de Muirhouse. Ahora es un vegetal, pero sigue siendo un tío legal. Sigue siendo un *top boy*. Pero ahora Dempsey es pasto de los gusanos. ¿Los demás? Quién

cojones sabe. Llevo dos años aquí. Probablemente estén en la prisión de Saughton, o peor todavía, en algún piso o en algún pisito prefabricado con una periquita y un niñato mirando la mercancía de un B&Q. Sentados delante de la tele. ¿También ellos son coliflores? Venga, coliflor. No tanto como yo: un pedazo de inútil mierda biodegradable, tan incapaz de cumplir el propósito para el que está aquí como de pasar a la otra vida.

Loada sea mi puta infancia en una gran barriada escocesa; un maravilloso aprendizaje para el tedio que conlleva este tipo de semivida. Tira del puto cable.

Me pregunto cómo moriría Demps.

Joder, loado sea Sandy Jamieson. Hora
de
volver
abajo
otra
vez
Bruce -------------

—---------- -----------El quid de la cuestión es la calidad en el servicio —explica el viejo Dawson, limpiándose de la cara abundantes restos de un sustancioso entremés.

Sandy y yo nos pusimos manos a la obra con nuestros entremeses, y ambos nos encontramos bastante llenos al terminarlos.

—Hoy no teníamos *tanto* hambre —dijo Sandy.

—Yo le echo la culpa a este condenado calor —asentí—, ¡pero me consideraría bien alimentado sólo con este pan casero con mantequilla!

Nos sirvió la comida una extraña criatura, como jamás he visto otra igual. Era atrofiado y huidizo, y aunque su culicortez parecía sugerir una amplia gama de posibilidades: tenía un aspecto demasiado grave para ser un duende, demasiado feo para ser un trasgo y demasiado torpe para ser un elfo. Su malicia parecía exceder con mucho lo que podría esperarse de cualquier diablillo con un poco de amor propio. Dawson nos informa que se trata de su fiel criado, Diddy. Sandy intenta evitar el contacto visual con el ayuda de cámara enano mientras sirve copiosas cantidades de verduras en el plato de Dawson, en contraste, todo hay que decirlo, con las raciones muchísimo menos generosas que nos dispensa a nosotros.

—Diddy, por ejemplo. Antes dirigía esta reserva. Ahora lo único que hace es fregotear. Tuve que hacerle dimitir de un puesto de autoridad ejecutiva. Era el hombre del ayer, incapaz de llevarnos hasta la siguiente fase. ¿No es así, Diddy?

Dawson enuncia lentamente la frase *incapaz de llevarnos hasta la siguiente fase*.

—Sí, señor Dawson —contesta solemnemente Diddy.

—¿Y qué tal te sienta ahora servirme la comida, Diddy?

—Es un honor y un privilegio servir a Jambola Park PLC de cualquier modo que

esté a mi alcance, señor Dawson.

—Gracias, Diddy. Ahora haz el favor de dejarnos. Tenemos que discutir algunos asuntos: asuntos de ejecutivos.

Diddy salió precipitadamente por la puerta.

Dawson se reclinó en la silla y dejó escapar un sonoro regüeldo de satisfacción.

—Ve Ud., Roy. Puede que Diddy carezca totalmente de clase, pero posee una cualidad importante, que ya no importa tanto en los altos ejecutivos, a ellos siempre se les puede recompensar, pero es crucial en los soldados rasos. Hablo, por supuesto, de la lealtad. El bueno de Diddy; siempre dispuesto a servir al Imperio. Hombres como él han sido recompensados por hombres como yo desde que los británicos pusieron por vez primera los pies en este continente abandonado de la mano de Dios.

—*The hun never sets*[8] —sonreí, y Dawson alzó una ceja lasciva en señal de lúbrica complicidad.

—Y si se me permite decirlo, Diddy ha sido generosamente recompensado —se aventuró Sandy.

Dawson prefirió ignorar este comentario. Yo no dejaba de olvidarme de que en tiempos Sandy había sido empleado de «Fatty» Dawson.

—Estupenda comida, Lochart —sonreí.

—Sí —dijo Sandy—, sobre todo después de aquella comida tan *horrenda* que tomamos en la ciudad.

—Desde luego, aquello *fue* bestial —asentí—, y el tipo de la barra haciendo tantos aspavientos, encima. Es tan difícil obtener un servicio de calidad hoy en día. Es Ud. afortunado de tener a Diddy.

Dawson se frotó sus gruesas manos, y dejó que su cara asumiese un porte de lo más serio.

—¿Sabe, Roy?, los seres humanos tienen una lamentable tendencia a jurar devoción a las instituciones antes que a los individuos. Esto puede resultar problemático para la gente como yo, que exige lealtad en el servicio. Lo que sucede, por supuesto, es que uno acaba sencillamente comprando la institución. Por supuesto, uno la va cambiando para adecuarla al mismo tiempo a sus planes financieros y, sí, mucha gente se da cuenta. Afortunadamente, las lealtades tribales están bastante arraigadas y a los muy necios no les queda más remedio que aceptarlo.

—La buena voluntad es uno de los mayores activos del que una organización pueda disponer —observó Sandy.

—Pero resulta tremendamente difícil de cuantificar en los balances —sonrió Dawson, dirigiendo su observación más hacia mí que a Sandy.

Sandy empezó a mecerse en su silla y a dejar escapar un sonido grave:

—Mmmmm.

—Entonces, ¿qué significa esto, Lochart? ¿Qué clase de papel nos ve Ud. desempeñando a Sandy y a mí? —pregunté, impaciente por descubrir a dónde iba a llevarnos el juego de Dawson.

—Como quizá sepan —sonrió con satisfacción—, tengo planes para asumir el control de un parque lleno de deudas que está junto al nuestro. He hecho una oferta razonable, pero me veo sometido a las previsibles y tediosas acusaciones de comprar una empresa en crisis para vender sus bienes, pederastía y así sucesivamente. Al parecer, tratar a Lochart Dawson a patadas resulta una industria bastante próspera por estos pagos. Bien, pues tengo noticias para los bocazas, jamás he huido de nada.

—¿Dónde convergen nuestros intereses, entonces?

—Quiero sus tierras. Son más de trescientos veintidós kilómetros cuadrados. Si a esos recursos unimos mi parque de menores dimensiones, podríamos poner un negocio en marcha. Un gran negocio. Estoy ofreciendo oportunidades, Roy. Ofrezco perspectivas. Sin embargo, siempre habrá revoltosos que opten por resistirse al progreso. El parque de al lado, Emerald Forest, está infestado de los depredadores/carroñeros más crueles y faltos de escrúpulos que hay en este continente. Me refiero, claro está, a sus viejos amigos…

—Los marabúes.

—Tengo entendido que les interesa uno en particular: ¿el líder?

—Ha oído Ud. bien.

—Quiero ayudarles a quitarle de en medio. Pondré todos mis recursos a su disposición.

—Bueno, nos harán falta un par de escopetas de repetición, algunos mapas… explosivos…

—¡Lo que quieran! —Dawson dio un salto y me estrechó la mano—. Bueno, como suele decirse, vayamos a patear culos, o, mejor dicho, pateen culos ustedes, muchachos. Yo voy a desaparecer durante un rato. Se trata, eh, de la familia. Están un poco inquietos con todo esto. También tenemos que vérnoslas con unos medios de comunicación hostiles.

Dawson le ladró órdenes de equiparnos a Diddy, y nos largamos.

4 Leptoptilos crumeniferus

El Marabú es un depredador. También es un carroñero. Estas cualidades hacen que los seres humanos lo detesten y lo desprecien. A los humanos les enrollan los animales cuyas cualidades codician, y odian a aquellos cuyas características, les gusta vanidosamente imaginar, no son en absoluto «humanas». El mundo en que vivimos no está gobernado por osos mimosos y fortachones, gatos pulcros y gráciles o perros fieles y amistosos. Este mundo está gobernado por marabúes, y es sabido que son unos asquerosos hijos de puta. Sí, ni siquiera los buitres tienen tan mala prensa por aquí.

A Fatty Dawson le cautivaba la idea de eliminar al líder, crear un vacío y contemplar cómo los pájaros se volvían unos contra otros y se despedazaban desordenadamente. Yo sabía que eso no ocurriría. Sabía que estos pájaros son mucho más sofisticados y organizados de lo que Dawson querría reconocer. Dawson era del oeste; no comprendía a aquellas criaturas. Aparecería otro líder rápidamente. No se puede erradicar a los marabúes, son un mero producto de su entorno, y este escabroso entorno les sustenta plenamente. Lo más que cabría esperar es obligarles quizá a una migración temporal. No obstante, yo estaba contento de dejar que tanto Dawson como mi guía, Sandy, creyesen que la erradicación del líder era una estrategia apropiada para librar del Marabú a Emerald Forest.

Para mí, era una cuestión personal. Sólo había un Marabú que me interesara, sólo una de aquellas bestias tenía que morir. Sorbí algo de agua fresca de la cantimplora. Se me habían secado los labios con el calor. Me saqué del bolsillo de la chaqueta un tubo de vaselina para aplicármela justo en el momento en que Sandy salía desnudo del río, donde se había dado un bañito para tomarse un respiro del omnipresente calor.

Me echó una mirada de crispación, y después echó un vistazo a su alrededor, hacia el yermo desierto. No había nada ni nadie en kilómetros a nuestro alrededor. Hizo chiribitas con los ojos, nah él

—Se me ocurren otros posibles usos para eso, Roy —dijo sonriendo maliciosamente---------- -----------------

nah, no hizo chiribitas

con los ojos

Sandy y yo

no somos así sólo éramos unos colegas enredando---------

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO --------- se puso rápidamente la ropa.

Sandy y yo estábamos bien equipados para la tarea que teníamos entre manos. Provistos de rifles, escopetas, explosivos y totalmente *cargados* de provisiones: mermelada, té inglés, latas de judías, sopa, postres, todo ese tipo de cosas. Cosas que no se estropearían con este condenado calor.

No obstante, sí que noté algo de reticencia por parte de Sandy respecto a lo que, a primera vista, parecía una misión relativamente sencilla.

—¿Qué opinión te merece Johnny Marabú, viejo? —le pregunté.

—Son la encarnación del mal, Roy. Hay que acabar con ellos por el bien del resto de la fauna —respondió Sandy, palideciendo.

—No te preocupará que no vayamos a estar a la altura de las circunstancias, ¿eh, Sandy? —pregunté.

	arriba------	El
—El tiempo lo dirá —dijo	arriba	tiempo lo dirá
sombríamente—, el tiempo.	----arriba	

¿Qué cojones es esto?

—Pero creo que saldrá adelante. Decididamente, hay indicios de mayor actividad cerebral. No me sorprendería que pudiera oírnos. Échele un vistazo a esto, doctor Goss…

¡VETE A TOMAR POR CULO!

El capullo me abre los párpados a la fuerza y los ilumina con una linterna. El haz se cuela directamente hasta mi oscuro cubil y doy un brinco hacia la penumbra para evitar su luz. Demasiado rápido para estos capullos.

—Sí, decididamente estamos consiguiendo algún tipo de reacción. Una señal realmente positiva —dice uno de los médicos (he olvidado sus nombres, todos me suenan igual).

—Creo que no estás haciendo lo suficiente para ayudarnos, Roy. Creo que no te estás esforzando lo suficiente en ponerte bueno —dice el otro. Lo llamaré Capullo Inglés de Clase Media Uno, y al otro, Capullo Inglés de Clase Media Dos para diferenciarlos.

—Creo que habrá que incrementar los estímulos y el número de pruebas —dice Capullo Inglés de Clase Media Dos.

—Sí, doctor Park —dice la enfermera Beverley Norton.

—Aquellas cintas que trajo su familia. Téngalas siempre puestas —sugiere Capullo Inglés de Clase Media Uno.

De modo que me someten a un hostigamiento mayor, y mis energías, que deberían estar concentradas en bajar más, en profundizar más en mi mundo, mi historia, mi caza, ahora tienen que ser desviadas para mantener fuera a estos mediomemos.

—Escucha, Roy. Estamos esforzándonos al máximo contigo. Tienes que querer ponerte bien —

dice Capullo Inglés de Clase Media Uno, inclinándose sobre mí. Noto su rancio aliento en las fosas nasales. Oh sí, sigue así cacho cabrón, porque si salgo de ésta lo primero que voy a hacer es rajarte esa puta cara de maricón inglés con la siria… pero joder, no tío, no… joder, me estoy acercando demasiado a la superficie, porque noto que estoy arriba del todo de las escaleras que suben por los laterales del profundo, profundísimo pozo, estando mi guarida a mitad de camino, y más abajo aún los hermosos cielos azules de África, el mundo en el que simplemente me dejo caer sin más, pero ahora estoy en el puto final, al final de todo, empujando la escotilla y hay algunos hilillos de luz atravesándola…

Noto su rancio aliento

ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO-----------------

—Es curioso. Por un momento pensé que había algo allí… debe haber sido mi imaginación. De todos modos, vámonos. Gracias, enfermera.

Salen los capullos con canicas en la boca[9].

—¡Oíste, Roy! ¡Dos médicos hoy! El doctor Park y el doctor Goss. Y están contentos contigo. Pero tienes que esforzarte un poco más, cariño. Voy a poner esa cinta tan maja que te grabaron tu mami y tu hermano. Ese hermano tuyo, se llama Tony, ¿no? Vaya un salido, ya lo creo. Me parece que se interesa por algunas de las enfermeras jovencitas. De todos modos, aquí tienes:

The minute you walked in the joint,
I could see ye were a man of distinction,
A real big spender.

Gracias pero no gracias Bev-ih-leey, palomita mía. Devolvedme a Patricia Devine. Vuelve Patsy, Patsy De Cline, te lo perdono todo…

Suppose you’d like to know what’s goin on in ma mind.[10]

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO ---------- ---------- ----------- ---------- ----------- ---------- ---------------- Paz.

SEGUNDA PARTE

LA CIUDAD DE ORO

5 Internándose en la Ciudad de Oro

Nuestro primer hogar en Suráfrica fueron algunas habitaciones de la gran casa del tío Gordon en los suburbios del noreste de Johannesburgo. Al tío Gordon le gustaba decir que estábamos «todo lo lejos posible de Kaffirtown (Soweto) sin dejar de estar en Jo'burg».

Aunque yo no era más que un niño, la impresión que me daba la ciudad era la de un lugar moderno triste e inhóspito. Desde el cielo resultaba espectacular al dar vueltas sobre ella cuando íbamos a aterrizar en el Aeropuerto Internacional Jan Smuts, que llevaba ese nombre, me dijo John con orgullo, en honor de un militar surafricano que había sido un gran colega de Winston Churchill. Sólo cuando la vi desde el suelo me di cuenta de que no era más que otra ciudad más y que todas tenían mejor aspecto desde el cielo. Visto de cerca, el centro de Johannesburgo no me parecía otra cosa que un enorme Muirhouse-al-sol. Los viejos puebluchos mineros proporcionaban un menguante telón de fondo a los feos rascacielos, autopistas y puentes que habían sustituido desde hacía mucho a las chabolas de los primeros pioneros buscadores de oro que levantaron la ciudad. Estaba muy desilusionado, pues mamá me había contado en el avión que la llamaban la Ciudad de Oro, y yo esperaba que las calles estuvieran literalmente empedradas de oro y que los edificios también estuvieran compuestos de oro.

La casa de Gordon en Kempton Park era desde luego bastante salubre, pero lo único que parecía haber al final de su avenida era una carretera bordeada de árboles que conducía hacia más casas y terrenos. No había chavales jugando en las calles desiertas; aquel lugar estaba muerto. Yo me quedaba en casa la mayor parte del tiempo, o jugando en el jardín, merodeando con Kim. Pero aún con todo, estaba bien: había muchas cosas que ver alrededor de la casa.

Gordon vivía solo con su ama de llaves negra, y resultaba estrafalario que siguiese en aquella casa tan grande. Probablemente lo hacía sólo para mostrarle al mundo su éxito, al menos el económico. Emocionalmente, la vida en la República no había resultado tan gratificante. Hubo una esposa, pero hacía tiempo que se había marchado, y todo rastro suyo había sido borrado. Nadie hablaba de ella, era tema tabú. Yo solía acojonar a Kim diciéndole que Gordon la había asesinado y enterrado su cuerpo en los terrenos de la casa. Aquello era plausible, teniendo en cuenta cómo era Gordon. Lo calé a la primera como un auténtico Strang: más raro que el copón.

En una ocasión me pasé atormentando a Kim; flipó de malísima manera y tiró de la manta, de resultas de lo cual mi madre me dio una buena tanda de bofetones. Mientras me zurraba, me acuerdo que dijo: «Sólo lo hago porque como tu padre lo descubra y lo haga él, te vas a enterar». Aquello era cierto, pues Kim era la favorita

de papá e incordiarla siempre conllevaba el gravísimo riesgo de provocar su ira. Aun cuando fue una paliza bastante potente, la encajé con sensación de alivio, reconociendo la veracidad de sus palabras. De hecho, me estaba haciendo un favor y me daba cuenta de que no lo hacía de corazón; pero por desgracia e instintivamente, la violencia se le daba bastante bien. Se detuvo cuando empezó a sangrarme profusamente la nariz. Aunque los oídos me siguieron zumbando durante unos días, luego ni siquiera estuve de morros ni resentido con ella o con Kim. Todo el mundo parecía más alegre, más feliz. Era una buena época.

Yo no tenía ni puta idea de política en aquel entonces, pero hasta me cosqué de que el tío Gordon era lo que supongo que ahora se llamaría un partidario irredento de la supremacía blanca y del *apartheid*. Había llegado a Suráfrica unos quince años antes. Su historia, que le encantaba contar a cualquiera dispuesto a escucharla (yo la oí literalmente docenas de veces aquel año) era que él y dos de sus colegas estaban sentados en el Jubilee Cafe en Granton, pensando qué hacer con sus vidas. Pensaban emigrar a Canadá, a Australia o a Suráfrica. Decidieron elegir un sitio cada uno y Gordon escogió Suráfrica al azar. Quedaron en volver al Jubilee pasados diez años, pero nunca se presentaron. De todos modos, el café ya había cerrado. «Eramos unos mozalbetes insensatos —observaba Gordon—, pero fue el mejor golpe de suerte que jamás haya tenido».

Incluso entonces, con once años, su historia me parecía un folletín de mierda.

Era indudable que a Gordon el sistema le había tratado bien, al menos en lo material. Después de aceptar algunos empleos de baja categoría pero bien-pagados-comparados-con-los-negros-que-hacían-lo-mismo, montó una agencia inmobiliaria en Johannesburgo. Le fue bien, y se orientó hacia la promoción. Para cuando llegamos nosotros, Gordon tenía una gran casa en los suburbios, una mansión en realidad, y una cabaña de considerable tamaño en la sabana del Transvaal Oriental, por el camino al Parque Nacional Kruger. También tenía oficinas en Durban y en Ciudad de El Cabo, además de intereses inmobiliarios en Sun City.

Me parece que el viejo se pensaba que iba a entrar de pez gordo en el negocio de Gordon. Me acuerdo de Gordon diciéndole durante el desayuno: «Mira, John, te conseguiré algo aquí. Por eso no te preocupes. Pero no quiero que trabajes conmigo. Tengo mucha fe en eso de mantener aparte los negocios y la familia».

Lo recuerdo con bastante nitidez porque provocó una discusión, y el retorno de la atmósfera de crispación a la que me había acostumbrado en casa y que ingenuamente creía haber dejado atrás, en Escocia.

Kim empezó a llorar, y recuerdo haberle pasado el brazo alrededor, mostrando una ternura que realmente no sentía a fin de avergonzar a mis padres y lograr que dejasen de gritar. Resultó completamente ineficaz. Me quedé sentado con expresión triste y hosca mirando cómo caían rodando las lágrimas por la dilatada cara de mi hermana. La jeta de Vet estaba pálida de tensión, y John y Gordon temblaban visiblemente. Aquello fue el principio del fin del sueño surafricano de mi padre.

Finalmente, papá obtuvo un empleo como guardia de seguridad de un supermercado en el centro comercial de un distrito obrero blanco que estaba a unos pocos kilómetros. Gordon le aseguró que no era más que una medida temporal; el primer paso en el escalafón, según sus propias palabras. Le consiguió un empleo a mamá: mecanografiar y archivar documentos en una oficina del centro de la ciudad dirigida por un amigo suyo.

Yo tenía que empezar el curso con Kim en la Paul Kruger Memorial School al cabo de un par de semanas. Bernard se había inscrito en el Wilheim Kotze High, en tanto que Tony había encontrado, de nuevo gracias a Gordon, un puesto de aprendiz de cocinero en un hotel del centro.

Antes de empezar el colegio, no obstante, a Kim y a mí nos dejaron en casa de Gordon con Valerie, la corpulenta mujer africana que hacía de ama de llaves. Era muy alegre y siempre andaba cantándonos canciones bantúes. Había dejado a su familia para venir a trabajar aquí, mandando el dinero al lugar de donde procedía. Rápidamente establecimos relación con ella, pues era efusiva y amistosa y nos mimaba. Un buen día aquello terminó abruptamente: de pronto Valerie se comportó de modo frío, brusco y distante, diciéndonos que dejáramos de estar siempre pegados a ella. Kim estaba perpleja y confundida ante aquel cambio, pero yo sabía que Gordon le había dicho algo.

Más tarde, mi tío, que había empezado a dedicarme una especial atención, vino a casa y me llevó aparte, acompañándome hasta el enorme garaje que había junto a su casa. «No quiero que te hagas amigo de Valerie. Es una criada. Recuérdalo siempre; una criada y una cafre. Nunca será otra cosa. Parecen amistosos, todos ellos, ése es su estilo. Pero no lo olvides, como raza son unos asesinos y unos ladrones. Lo llevan en la sangre».

Me enseñó un álbum que guardaba, con recortes de periódico que destacaban lo que él denominaba «atrocidades terroristas». Recuerdo haberme asustado y fascinado al mismo tiempo. Quería sentarme y leer el álbum de recortes de pe a pa, pero Gordon lo cerró de golpe y me miró a los ojos. Me puso una mano en el hombro. Tenía un olor dulce y rancio en el aliento.

—Ya ves, Roy. No estoy diciendo que Valerie sea así, es una buena persona en muchos aspectos. Pero hay que mantenerla en su sitio. No te dejes engañar por toda esa alegría. Es una resentida. Todos lo son. Esa gente es distinta de ti y de mí, Roy. Están un peldaño más arriba que los babuinos de la sabana. Nosotros tuvimos que apoderarnos de esta tierra y enseñarles a desarrollarla. Nosotros levantamos este hermoso país, y ahora dicen que quieren que se lo devolvamos. —Se le ensancharon los ojos—. ¿Me entiendes?

—Sí —asentí, nada convencido. Miré fijamente hacia los pelos negros que le salían de las narices y me pregunté cuándo podríamos ir a ver a los babuinos de la sabana.

—Míralo de este modo —continuó Gordon, inspirado y con aire de suficiencia—,

es como si una persona desagradable, estúpida, perezosa y maloliente tuviese un viejo cobertizo que está cayéndose a trozos y no lo utilizara, y entonces apareces tú y dices yo puedo hacer algo con ese cobertizo. Así que asumes la responsabilidad de convertir el cobertizo en algo mejor. Lo haces, poniendo el corazón y el alma en su reconstrucción, y con el paso de los años, con el sudor y la fatiga, se convierte en un palacio imponente y hermoso. Entonces aquella persona perezosa y estúpida con la piel de color sucio y que desprende malos olores se presenta y dice: «¡Ese es mi cobertizo! ¡Quiero que me lo devuelvan!». ¿Qué le dirías?

—¡Piérdete! —dije, deseoso de impresionar.

Gordon, que era un hombre delgado y larguirucho con ojos cansados y llorosos capaces de iluminarse con repentina violencia, sonrió y dijo:

—¡Eso es! ¡Eres un auténtico escocés, Roy! ¡Un verdadero afrikaaner! —Me sonreía. Gordon siempre parecía mirarte uno o dos segundos más de lo que resultaba cómodo. Yo no sabía lo que era un afrikaaner, pero no sonaba mal; sonaba igual que auténtico escocés.

Empecé a mirar a Valerie con otros ojos. Había tenido bebés entre los arbustos, a sabiendas de que no podría alimentarlos, porque como Gordon me había explicado, los negros eran incapaces de organizarse, eran incapaces de hacer las cosas bien. Incluso los que eran buenos necesitaban que los blancos les ayudaran, que les dieran empleos y hogares. Sin embargo, era importante no intimar demasiado con ellos, me contó, porque se excitaban y regresaban al estado salvaje.

—¿Te acuerdas de tu perro, Winston, no se llamaba así?

—Sí —dije. Winston Dos estaba en una residencia canina en alguna parte. Tenía que pasar seis meses en cuarentena antes de poder reunirse con nosotros. Su reaparición no me hacía ninguna ilusión.

—¿Recuerdas que lo excitaste muchísimo?

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Me mordió.

Por supuesto, Winston hizo algo más que morderme, prácticamente me arrancó la pierna. Incluso ahora, tres años después, después de injertos de piel y fisioterapia intensiva, mi cojera era patente.

Gordon me miró intensamente:

—Los cafres también son así.	arriba	—Eres muy
¡Si los excitas, son propensos a darse la	arriba	huesudo, Roy.
vuelta y morderte! —saltó en broma,	arriba	Pero seguro
cosquilleándome con sus largos	arriba	que siempre
dedos------subiendo	arriba	has sido
arriba-------arriba arriba arriba	arriba	esbelto.

Te vendría bien algo de carne sobre esos huesos, Roy Strang. Vamos a tener que asegurarnos de que comas. Eso habrá que hacer. Sí, eso es.

Déjame en paz pedazo de vacaburra atontada

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO ------- Estamos atravesando otra vez en coche el barrio de chabolas y nos dirigimos hacia el lago Torto buscando la pista del Marabú.

Sandy estaba refiriendo un relato de los tiempos en que se dedicaba a la caza del león:

—Recuerdo en especial a una niñita que corría por el pueblo al grito de «¡Simba mamma wae!», que significa más o menos «Un león tiene a la madre de uno», y, en efecto, aquella fiera había apresado a la madre de la criatura por el muslo y atravesado de un mordisco el cuello de aquella pobre mujer. Al oír nuestros gritos, soltó su presa y huyó hacia la hierba alta. Salí tras él, avanzando rápidamente entre el follaje justo a tiempo de ver a la fiera entrando en una espesura al otro lado de una dehesa abierta. Apuntando serenamente, disparé, y el disparo alcanzó a la fiera y la derribó. El muy condenado se levantó al instante, sin embargo, y por desgracia el disparo de mi segundo cañón no resultó tan certero; erré por completo el tiro. Cruzando el claro, oí un gruñido desafiante. Suponiendo que la fiera estaba malherida y no tardaría mucho en sucumbir a los efectos de la bala que le había suministrado, consideré que una retirada a tiempo era una victoria y que sería prudente desandar mis pasos durante unos treinta metros, limitándome a esperar el desarrollo de los acontecimientos.

—¡Caramba! —dije, paladeando el aroma de los eucaliptos—, ¿qué sucedió?

—Pues bien, tras un lapso de aproximadamente una hora, empecé a inquietarme una pizca y decidí que había madurado el momento de explorar los matorrales. Por supuesto, tenía plena confianza en hallar muerto a ese cabrón. Todo estaba en silencio, así que me adentré cuidadosamente en aquella espesa maleza y comencé a seguirle el rastro. Estaba claro que había perdido una cantidad de sangre notable y al

parecer cojeaba de mala manera. Tras avanzar unos metros pude discernir la silueta ámbar del león, acurrucado y completamente inmóvil, con la cabeza entre las zarpas, los ojos centelleando entre las sombras y mirándome fijamente, pero el caso es que el mariconazo ¡estaba a sólo nueve metros de distancia!

—¡Cielos…!

—Pues bien, alcé el puñetero rifle con bastante celeridad, maldita sea, pero sin darme tiempo de apuntar y disparar la puñetera fiera me embistió bastante poco deportivamente, rugiendo salvajemente. Yo le di lo suyo de inmediato, alcanzándole la bala en el lado izquierdo de la cabeza y quebrándole el hombro. Mi tercer disparo lo derribó y pensé que eso debería ser *quantum sufficit*, pero ¡que me aspen si aquel mariconazo no se levantó de golpe otra vez y se me echó encima con más vigor que nunca!

—Por todos los demonios, Sandy, ¿qué hiciste?

—No se trata de lo que hice *yo*, viejo. Tuve la fortuna de que Tanu, un resuelto nativo del poblado, me había seguido, y el valeroso muchacho empuñó su lanza y la hundió con todas sus fuerzas en el hombro de aquella fiera. El león apresó a mi corajudo aliado, aunque eso me dio tiempo de volver a cargar, y tomando posición le administré a la fiera el contenido de mi segundo cañón. Acabé con él de otro disparo más. Dios, recuerdo las celebraciones en la aldea. No cabían en sí de gozo con la nueva del fallecimiento del león asesino. Fabricaron ropas con su piel y amuletos con sus huesos, ¡y aquella noche nos entregamos a una sesión de pimplar cervezas bastante prodigiosa!

—¿Qué tal quedó el muchacho nativo?

—Tanu…, mi querido Tanu…, desgraciadamente el pobre bastardo no sobrevivió a sus heridas —dijo Sandy, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

Dejé caer mi mano sobre su rodilla y le di un apretón.

—Un tipo valiente de cojones —hipó Sandy.

Durante un rato, bajamos conduciendo en silencio por la pista polvorienta. Entonces, mientras llaneábamos por la pista que se extendía por el lado occidental del lago Torto, vislumbré a alguien.

—¡Mira, Sandy! Es aquel jovencito, el del partido de fútbol.

—¡Sí, qué graciosa criaturilla! —sonrió Sandy.

Detuvimos el jeep a su altura.

—¿Te llevamos? —le pregunté—. ¿Montar? ¿Quieres montar?

Nos miró con ojos suspicaces.

—¿Cómo se dice «montar» en bantú, Sandy? —Me volví hacia mi compañero. Sandy parecía cambiado. El calor me hacía sufrir alucinaciones… su cara tenía un aspecto viperino, escamosa y verde.

—¡Dita sea, he olvidado todo el puto capullo bantú mangui de mierda que sabía, cojones! —gruñó Sandy, dándole un puñetazo a la carrocería del jeep en señal de exasperación.

Estoy descontrolando. Concentrémonos.

—Olvídalo, Sandy —dije, volviéndome nuevamente hacia nuestro andrajoso amiguito—. ¿Montas? ¡Brm! ¡Brm! ¡No pasa nada! ¡No te haremos daño! ¡Sube al jeep!

Por alguna razón Sandy estaba hurgando entre los suministros médicos. Una lengua bífida le asomó por la boca mientras balbuceaba con extraña voz:

—Ven con nosotros a compartir un poco de limonada, jovencito. ¡Debes estar *absolutamente* reseco!

La cara de aquel golfillo se iluminó con una deliciosa sonrisa al ver la botella de limonada, y pensé que iba a subir al jeep.

—¡Venga, muchachito, vamos a divertirnos! —dijo Sandy. Entonces va y dice—: Si lo que quieres es un puto viaje, pedazo de capullín, ya te daré yo un puto viaje, ya lo creo…

No no… no fue así, Sandy y yo no somos así…

El chico nativo dio media vuelta y salió corriendo. Sandy parecía turbado.

—Olvídalo, Sandy —le sonreí—. Lo que pasa es que los han criado así.

—Sí, Roy —dijo sonriendo ampliamente—, y de todos modos, resulta simplemente divino estar sólo nosotros dos.

—Cuéntame otra de tus aventuras de leones —le rogué.

Sandy se lo pensó un rato, y entonces dijo:

—Oh no, señor Strang. Creo yo que ya va siendo hora de oír uno de sus relatos de tiburones.

—Hmmm —dije meditándolo—, ¿te he contado alguna vez el problemilla en que me vi envuelto con Johnny Tiburón allá en la provincia de Natal?

—No, no creo que lo hayas hecho.

—Pues bien, estaba en Natal investigando ataques contra los bañistas del lugar. Había quien sospechaba que uno de nuestros viejos amigos, el Gran Blanco, o al menos un tiburón tigre, era el responsable. Por alguna razón, yo tenía mis dudas; las marcas de dientes que había en las piernas de los supervivientes parecían inconsistentes. Esas dudas se vieron confirmadas con creces cuando buceaba solo cerca del lugar de los ataques. Me vi enfrentado a *Carcharhinus longimanus*.

—El tiburón oceánico —dijo Sandy con voz entrecortada.

—Veo que entiendes de tiburones, Sandy. De todos modos, aquella alimaña daba vueltas a mi alrededor. Seguro que superaba los tres metros de largo. El tiburón oceánico es muy agresivo. Este es el tiburón responsable de la matanza de los supervivientes del *Nova Scotia*, cuando aquella nave se hundió cerca de la costa de Natal. En una situación semejante a tu pequeño encuentro con el león, aquel bastardo vino serpenteando hacia mí, justo cuando estaba a punto de soltarle una con el arpón explosivo.

—Oh, Dios mío —dijo Sandy, mientras se le desorbitaban los ojos.

—Antes de que pudiese reaccionar, el animal me había cogido por la pierna. No

sentí dolor alguno, sin embargo, y sacando mi cuchillo se lo clavé en el hocico. Esto hizo que el animal aflojase su presa. Rápidamente le obstruí las mandíbulas con mi arpón-pistola para impedirle que volviese a cerrarlas sobre mi pierna, y entonces arranqué mi pierna del arrecife de dientes de aquel monstruo. El animal empezó a agitarse de un lado a otro, intentando sacarse el rifle explosivo de la boca, pero afortunadamente para mí, lo único que consiguió fue hacer detonar el mecanismo, volándose en pedazos su propio rostro. Aún conservo un pequeño recuerdo de aquel bruto… —Le mostré a Sandy las cicatrices de mi pierna.

—¡Cielos! —dijo él.

Seguimos conduciendo, intercambiando relatos, hasta que la noche descendió sobre el lago. Podíamos oír los bramidos de los flamencos mientras conducíamos por la pista, cortando la oscuridad con nuestros faros. Empezábamos a encontrarnos muy cansados. En ese momento, de modo un tanto fortuito, nuestros mapas indicaban que había una choza próxima y conseguimos localizarla con relativa facilidad.

Más animados, descubrimos que no estábamos demasiado agotados para realizar un examen a fondo de nuestro nuevo domicilio. El edificio estaba construido sobre grandes soportes y asomaba desde las profundidades del bosque descendiendo por una pendiente sobre las tranquilas aguas del lago. Contaba alborozadamente con la aparición matutina del sol naciente, que iluminaría directamente el interior de nuestra choza por encima de las verdes y exuberantes colinas.

Abriendo armario tras armario, Sandy exclamaba con ilimitado deleite:

—¡Toallas! ¡Cubiertos y vajillas! ¡Ropa de cama! Y mira en la nevera: ¡botellas de gaseosa!

—Podríamos encender la estufa para calentar la habitación —sugerí, indicando la vieja estufa que había en mitad de la estancia. Parecía como si la choza, que en realidad semejaba más un pequeño refugio, llevara siglos sin ser ocupada.

—No, no hace falta —dijo Sandy—, teniendo en cuenta nuestra orientación. ¡Ese sol empezará a inundarnos dentro de poco! Si hace frío, siempre podemos meternos los dos en un solo saco de dormir. Solía entregarme a esa práctica con los

muchachos arriba por todo el puto culo, tío.
nativos, para arriba Menuda guarra estaba
mantener el arriba hecha, Roy, no te digo.
calor------- subiendo arriba El caso es que ni siquiera

me importa si Hannah se entera. Quiero decir, ella sabe que me lo monto por ahí, pero con su hermana… pues, supongo que eso es diferente, ya lo creo. Lo que pasa es que intentaría impedirme ver a los críos, Roy, no tienes idea de lo rencorosa que es la cabrona… pero, joder, ya le canté yo las cuarenta el otro día, le dije cuatro verdades… oye, apuesto a que si te despertaras tendrías algunas historias que contar, ¿eh, Roy? Bien mirado, a lo mejor no se está tan mal. Que te laven las enfermeras en la cama todos los días. Yo me apuntaba ya. Aquí hay un par que me las tiraba ahora mismo tío, ya te digo…

Tony. Has venido a visitarme. Joder. Esto sí que es un regalo

—Lo que pasa es que su hermana está que se le cae la baba…

El Polvazo

Cierra el pico

—… se mueve más que la puerta de una puta chabola en medio de una tormenta, en serio te lo digo…

CIERRA EL PICO

—… pero son todas iguales, las tontas del culo éstas… les llenas la cabeza de mierda y no pueden esperar a sacarse las putas bragas…

CIERRA LA PUTA BOCA YA PEDAZO DE CABRÓN ESPAGUETI MISÓGINO QUIERO PENSAR EN ÁFRICA

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO ------------- Ya estoy fuera del alcance de las fanfarronadas de ese loco payaso latino, pero no puedo profundizar lo bastante para dar caza al Marabú. Estoy, eso sí, a bastante profundidad como para recordar.

Me acuerdo.

Después de la conferencia del tío Gordon, evité a Valerie. Ahora la miraba con una mezcla de temor y desprecio. Puse rápidamente a Kim en antecedentes sobre ella y nos apartamos de su camino, gastándole en ocasiones mezquinas bromas para congraciarnos con Gordon; escondiendo las cosas en armarios diferentes y ese tipo de cosas, que le causaban gran angustia. Nos inventamos canciones groseras con palabras como «moreno» y «cafre» y «negro» en ellas y las cantábamos por la casa gozosamente. Papá y Gordon se reían en señal de aprobación.

Tuve éxito en congraciarme con Gordon; me congracié demasiado. Desde que vinimos a Suráfrica, lo único que quería era ver alguno de los animales salvajes sobre los que había leído en mis libros. Un día Gordon vino a casa y me llevó de paseo en coche hasta el monte para enseñarme unos animales. Yo estaba emocionado, pues teníamos dos pares de prismáticos y nos habían empaquetado un gran picnic. Hacía calor y bebí mucha cocacola. Debido a esto y a lo emocionado que estaba, empezó a dolerme la barriga y sufrí una aerofagia malísima. Estaba frotándome el estómago, agonizando. Gordon se detuvo en el arcén y me dijo que me tumbase boca arriba en el asiento de atrás. Empezó a frotarme el estómago, metiéndome mano, y gradualmente metió la mano dentro de mis calzoncillos y sobre mis genitales. Yo sólo solté una risita nerviosa. Parte de mí no creía que aquello estuviera ocurriendo de verdad. Entonces sentí cómo me recorría un violento espasmo de asco y empecé a tensarme bajo su tacto.

—No pasa nada, está todo conectado —sonrió—, el estómago, la vejiga… sé cuál es el problema.

Entonces me abrió la bragueta y me dijo que era un buen chico mientras empezaba a pasarme la mano por la polla, masturbándose con la otra mano.

Tenía el rostro colorado y un extraño fulgor en los ojos, pero estaban desenfocados mientras parecía luchar con la respiración. Entonces su cuerpo sufrió un espasmo antes de relajarse, y una expresión de aguda preocupación le asomó a los

ojos. Se pasó unos minutos masajeándome el estómago otra vez, hasta que me perdí y eructé un par de veces.

Aquel incidente se me quedó grabado, pero lo curioso es que después pasamos un día estupendo por ahí. Llené seis páginas de mi cuaderno con lo que habíamos visto: un colobo, un chacal de flancos rayados, una nutria de uñas cortas (en un riachuelo junto al bosque), una mangosta patinegra, un puerco espín y una liebre africana en cuanto a mamíferos, mientras que en términos de pájaros fue de putísima madre: lavandera cascadeña, lechuza pescadora africana, un barbudito de obispillo amarillo, una tarabilla común, palomas de pecho rosado y de ojos rojos, un correlimos zarapitín (que quizá fuese un archibebe claro, no puedo asegurarlo al cien por cien) y un águila esteparia.

Casi no podía esperar al siguiente viaje, aunque tal expectación estaba viciada por una sensación de inquietud y reserva, ya que Gordon seguía abusando de mí. A veces ocurría mientras conducíamos, pero a menudo ocurría en el garaje, cuando regresaba del trabajo durante el día con algún pretexto baladí. Lo curioso es que en aquel entonces no me parecían abusos, resultaba ligeramente divertido y entretenido ver a Gordon convertirse en un gilipollas baboso a cuenta mía. Experimenté una sensación de poder, de atracción y de afirmación que no había conocido con anterioridad durante aquellas sesiones en el garaje.

Utilicé ese poder para sacarle regalos a Gordon, el más lujoso de los cuales fue un prohibitivo telescopio. Para aparentar ecuanimidad y no levantar sospechas, también tenía que obsequiar a Tony, Bernard y Kim con costosos regalos. John y Vet, a los que hacía sentirse insignificantes y celosos con sus exiguos salarios, dijeron que nos estaba malcriando y eso provocó un poco más de follón.

Yo adoraba Suráfrica. Incluso cuando nos trasladamos a nuestra propia casa, en una zona más pobre a unos cuantos kilómetros de la de Gordon, seguíamos teniendo una casa grande con un jardín en la parte delantera y en la parte de atrás, y tenía mi propia habitación. Mediante el chantaje, había ido acumulando una enorme biblioteca de libros sobre la vida natural, principalmente centrados en la fauna africana. John y yo nos hicimos grandes colegas en aquella época. Nuestro mutuo interés por el mundo natural y los animales se trocó en obsesión. Pasábamos todo nuestro tiempo libre en museos de historia natural, en el zoo o en las reservas de caza de los alrededores; o, con Gordon como chófer, saliendo de los suburbios en coche para ir a la sabana, tratando de ver algunos de los animales que habíamos identificado en los libros. El zoo era decepcionante; los animales parecían drogados y de plástico. Había en ellos algo triste y humillante. Tenía que aparentar entusiasmo, pues los viajes al zoo significaban mucho para el viejo; puesto que había transportes públicos que atendían a las necesidades del zoo, era el único sitio al que podía llevarme por su cuenta. Tenía previsto tomar lecciones de conducir. Aunque las excursiones por las reservas y el monte eran más irregulares, eran más emocionantes.

A menudo, Gordon tramaba las excursiones de forma

que papá estuviera trabajando		fingah… the man
y pudiésemos estar los dos a solas.	Gold	with the midas touch,
Así fue mi vida en la Ciudad---	---de	A spider's touch.

APAGAD ESA MIERDA

Such a cold finger,
Beckons you… to enter his web of sin,
But don't go in…[11]

El Garaje.

—Hora de lavarse, Roy.

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO --------- Bernard y Kim mostraban poco interés en la fauna salvaje. Cuando Gordon le preguntó a Tony si le gustaría acompañarnos, Tony le dijo: «Las únicas periquitas que me gustan a mí caminan a dos patas y no tienen alas». Seguía follándose todo lo que se moviera; por lo general, mujeres que trabajaban o residían en su hotel.

Gordon nos llevó en el Tren Azul a Bloemfontein, en el Estado Libre de Orange. Íbamos allí al zoo a ver al famoso líger, el animal que era un cruce entre un león africano y una tigresa bengalí. Me sentí desilusionado, y después triste, viendo aquella criatura en su recinto. Me parecía una aberración, una monstruosidad, algo que nunca habría debido ocurrir, que nunca habría tenido lugar de no ser por la intervención humana. Me daba lástima. La parte más agradable de ese día fue el trayecto. Me tomé el mejor helado que jamás había comido, en el tren, un vehículo de auténtico lujo, diez veces mejor que cualquier caca británica de mierda. Para mí, en Suráfrica todo era diez veces, qué digo, cien veces mejor que cualquier cosa de la puta Escocia.

El viaje más memorable, no obstante, fue una excursión familiar al Parque Nacional Kruger en el Transvaal Oriental, organizada por Gordon. Fuimos en coche hasta la cabaña de Gordon, nos quedamos unos días en su alojamiento, y entonces salimos hacia el parque, aproximándonos a él por el extremo nororiental, más accidentado, que daba a la frontera con Mozambique.

Hacia aquel entonces, las fuerzas de seguridad advertían a la gente que viajaba por aquella zona que tuviese cuidado. Nos paraban continuamente policías de uniforme. Gordon nos explicó que todo se debía a la actividad terrorista. Empleaba el término «terrorista» generosamente. Al parecer, los terroristas se lo montaban para salir en todas partes, en la tele, en los álbumes de recortes de Gordon, en las

conversaciones que tenía con sus amigos en los *braais*. Cuando le pregunté qué era un terrorista, su rostro adoptó un porte severo y ardiente y dijo: «Un terrorista es un pedazo de escoria indecente; ¡un sacomierda envidioso, pervertido, malvado, asesino e inmoral!».

Yo seguía sin tener una idea algo más clara que antes de lo que era un terrorista.

El parque Kruger estuvo genial. Vi unos leones al acecho de los ñus y las cebras, pero no vi a ninguno dar muerte a una presa. Unos guepardos se habían hecho con un bebé ñu, pero sólo pudieron sacarle un par de bocados antes de ser ahuyentados por dos leones. Kim se puso a llorar porque al bebé ñu lo habían dejado tieso, y Vet estuvo de acuerdo en que era una lástima.

—Pero es la ley de la selva, Kim —explicó papá, rodeándola con el brazo—, lo dicho, la ley de la selva.

Gordon me guiñó un ojo cómplice y levantó las cejas como queriendo decir qué bobas son las tías, no como nosotros los tíos.

Pasamos unos días estupendos, verdaderamente emocionantes, y el refugio en el que estuvimos era de lujo.

Lo único que me alteró fue ver un grupo de feos pajarracos anadeando hasta una colonia de flamencos y dispersando a las hermosas criaturas rosadas por las aguas de un pequeño lago. Éstas se limitaron a huir de puro pánico. Nunca había visto algo de aspecto tan horrible como aquellos depredadores. Eran como unos satánicos mendigos cheposos, con unos enormes picos que les daban una pinta risueña totalmente reñida con sus ojos mortecinos. Vi uno intentando tragarse la cabeza de un flamenco. Era un espectáculo vomitivo. La cabeza cercenada de un enorme pájaro en las mandíbulas de otro.

—Ese es el Marabú —canturreó triunfalmente mi padre, enfrascándose en la matanza a través de sus prismáticos—, lo dicho, el Marabú. Unos hijos de puta de cuidado, eh, pero así es la naturaleza, y eso.

Aquella noche tuve mi primera pesadilla Marabú.

6 Trincado en la Ciudad de Oro

Para mí, Suráfrica era una especie de paraíso. Es curioso, pero allí me encontraba en casa; como si fuera el sitio al que estaba destinado, en vez de la Escocia de mierda. Cuando me acordaba de Edimburgo, lo recordaba como un barrio bajo, sucio, frío, húmedo y mal cuidado; una ciudad de pisos sombríos y negros, y enormes barriadas de hormigón pobladas por piojosos, pero con un centro que seguía de algún modo dirigido por esnobs y para esnobs.

Me alegré cuando nos fuimos de casa de Gordon a la nuestra, pero echaba de menos lo que había acabado por considerar como mi refugio. Una parte de la casa de Gordon estaba construida sobre un viejo pozo, y desde el sótano del garaje se podía acceder al pozo por medio de una escotilla. El pozo tenía una serie de peldaños metálicos descendentes, y aunque me dijeron que no me acercara, solía bajar y colgarme de los peldaños, suspendido en la penumbra. Podía oír a Gordon moviéndose furtivamente por arriba, buscándome para meterme mano. Las cosas que quería hacer empezaban a ponerse más fuertes y yo estaba cada vez más asustado. Gordon dijo que si se lo decía a alguien me echarían la culpa a mí; John, mi padre, le creería a él y no a mí. Supe instintivamente que estaba en lo cierto. De modo que siempre que iba al garaje me escondía en el pozo.

El pozo no era muy profundo, quizá unos seis metros como mucho. Gordon sostenía que no era un pozo, sino parte de un viejo punto de acceso a las minas donde los pioneros que levantaron la ciudad excavaban en pos de su oro. En aquel entonces tenía mis dudas, pero dada la historia de Johannesburgo, era una posibilidad. El fondo del pozo parecía bloqueado por escombros, aunque nunca me atreví a ir al fondo del todo y hacer pie sin agarrarme a los peldaños. Me limitaba a quedarme sentado en mi guarida en la penumbra, disfrutando de la tranquilidad y fantaseando. Sentí tener que dejar atrás el pozo tanto como me alegré de alejarme del tío Gordon.

Como he dicho, adoraba Suráfrica. Para papá, sin embargo, la luna de miel no duró nada. Su empleo de seguridad le daba por culo. No era del todo como había previsto. Más aún, la vida social empezaba a afectarle. Estaba harto de deslucidos bares de carretera suburbanos o *braais* en los jardines, parques y cámpings donde los surafricanos se dedicaban a beber en serio. Anhelaba el vicio social tradicional del escocés de las tierras bajas: un buen parrandeo de toda la vida por los *pubs* en un ambiente urbano de centro de ciudad. Gordon había intentado iniciarle en la cultura surafricana. Mi tío se había hecho un entusiasta del rugby y nos llevó a unos cuantos partidos en Ellis Park para intentar que nos interesáramos. «Es un juego de maricones», bufaba John, «pero supongo que se pasa el rato». Nos dejaba solos y pasaba la mayor parte del tiempo en los bares del estadio. Yo odiaba el rugby todavía

más que el fútbol. John también, y no le enrollaba nada aparte de un buen pedo.

Fue una sesión de priva en el centro de Johannesburgo lo que nos hizo abandonar Suráfrica y volver a Escocia.

Por aquel entonces, yo acababa de aclimatarme al Paul Kruger Memorial. Los chavales eran bastante duros de mollera, y a mí me parecían aún más retrasados que los de mi antiguo colegio, que, según todos los informes, era uno de los más mierderos de Escocia, lo cual quería decir también de Europa. El único rollo era tener que llevar uniforme escolar. Supongo que no me importaba demasiado, pues así podía llevar pantalones de franela en vez de pantalón corto. No podía dejar de estar pendiente de las cicatrices de mis piernas.

El primer día de colegio me presentaron como «un chico nuevo que viene de Escocia» y me enseñaron el mapa de Suráfrica. Mi primer deber consistió en memorizar las provincias y sus capitales:

CABO DE BUENA ESPERANZA	CIUDAD DE EL CABO
NATAL	PIETERMARITZBURG
ESTADO LIBRE DE ORANGE	BLOEMFONTEIN
TRANSVAAL	PRETORIA

Una de las principales diferencias era que los chavales de aquí, aunque definitivamente igual de lerdos, eran mucho más dóciles y educados. De hecho, no estaba mal visto cumplir con las tareas escolares. Los maestros no estaban mal; apoyaban positivamente mi interés por la naturaleza y la fauna. Me trataban bien; mi acento les importaba menos a los maestros de Suráfrica que a los de mi ciudad natal. Una vez superado aquel choque de culturas, me sorprendí disfrutando de la adquisición del saber. Las tareas del colegio se hicieron interesantes y perdí el ansia por refugiarme en *Estela Plateada* y demás fantasías de cómic. Nunca tenía suficiente con los conocimientos adquiridos. Tuve, por vez primera, una cierta ambición. Antes, cuando la gente me preguntaba qué quería ser, me limitaba a encogerme de hombros; puede que hubiese contestado que soldado, sólo porque parecía divertido dispararle a la gente, como una de esas cosas tontas que tienen los críos. Ahora me había dado por ser zoólogo. El día de mi undécimo cumpleaños podía vislumbrar posibilidades: buenas notas aquí, seguidas de lo mismo en el instituto, una plaza en la Universidad de Witwatesrand, o las de Pretoria o Rand Afrikaans estudiando zoología o biología, después algo de trabajo de campo, cosas de posgraduado, y ya está. Podía vislumbrar el itinerario de una carrera.

Todo eso voló en pedazos con la borrachera del viejo. Me enseñó que había sido un capullo bobalicón por haber tenido nunca sueños semejantes.

Me acuerdo del día en que empezó. Era un luminoso jueves por la tarde y mirando hacia el noroeste podía verse la cordillera Magaliesberg, que se alzaba sobre la ciudad. Yo estaba en el jardín dándole patadas a un balón con mi amigo Curtis. Empezaba a tener calor pero no me había quitado el uniforme del colegio. Fui a

hacerlo, y después iba a ir a casa de Curtis a cenar. A menudo él venía a la nuestra, pero es que ahora me avergonzaba menos de papá y mamá. Aquí parecían más contentos y menos malhumorados, y, curiosamente, sus excentricidades gozaban de mayor tolerancia puesto que en nuestro barrio había una considerable mezcla de chavales blancos, como griegos y tal, y algunos cuyos padres no hablaban inglés.

De todos modos, entré a cambiarme y escuché a mi madre y mi padre hablando.

El desasosiego del viejo era evidente. Seguía rodeando con círculos las páginas televisivas para elegir los programas que íbamos a ver, sólo que ahora eran los listados del *Johannesburg Star*.

—Treinta y seis putos rand al año por esta mierda —se quejó amargamente aquella tarde. Había subido la cuota de la licencia televisiva—. Y no es eso, Vet —le imploró a mamá, que no había dicho nada—, no es que los dé de mala gana. Es sólo que no vamos a estar siempre esclavizados por la tele.

—Pues apágala —dijo mamá.

—Nah… nah… esa no es la cuestión, Vet. No has entendido el meollo del asunto. Lo dicho, el problema no es la tele; lo que pasa es que no hay nada más. Es como que quiero decir, Vet, esos jodidos *braais*, o como coño los llamen, están bien pero no son lo mío, ¿entiendes? Lo que pasa, Vet, es que no se puede ni salir a tomar una puta pinta, ¿sabes lo que quiero decir? No tienen algo como el *pub* de al lado de casa; ni un puto *pub* en kilómetros a la redonda, sólo ese garitillo idiota en el centro comercial. ¡Hasta Muirhouse tenía un puto *pub*! Pero en el centro, y tal, Vet, allí hay toneladas de *pubs*. Estaba pensando que a lo mejor me acerco por allí mañana después del trabajo; a tomarme un par de pintas con Gordon, por la ciudad, y tal. Lo dicho, un par de pintas.

—Bueno, pues sal a tomar una pinta —soltó Vet, enojada de que la distrajeran de su revista.

—A lo mejor hago eso mismo, a lo mejor mañana lo hago. Al volver de trabajar, ¿sabes?

Vi una sonrisa de satisfacción brotándole en la cara mientras se sentaba detrás del *Star*.

Así que al día siguiente papá terminó su turno, y en vez de volver a casa, se fue al centro a encontrarse con Gordon en su oficina, después de una visita al museo de pugilismo en Hanson and Kerk Street. Cuando Gordon terminó, se fueron a beber a los bares de alrededor de su oficina en la zona de Main Street/Denvers Street. Gordon no tardó en haber bebido lo suficiente, y cogió un taxi a casa implorándole a John que hiciera lo propio. Para entonces, sin embargo, el viejo ya iba remolcando a un par de tíos de Liverpool y le había dado por una auténtica noche de parrandeo.

El centro de Johannesburgo es un área de negocios gris y funcional; totalmente desierto después de las seis de la tarde. Gordon no dejaba de contarle a John lo peligroso que era andar por la calle después de caer la noche, pensando, cabe suponer, en la eventualidad de que topara con alguien como él. El hermano de mi

padre siempre hablaba de lo anárquico que era el centro de la ciudad por la noche; hablaba sin tregua de las pandillas de curriquis negros de tribus rivales que vivían en los albergues y se desmandaban por el centro de la ciudad al caer la noche, atracándose y dándose palizas entre sí y a cualquiera que se encontraran por el camino. Lo único que consiguió aquello fue conducir al viejo a un estado de ánimo belicoso y agresivo. Si algún cabrón quería problemas, él estaría por la labor. Después, Gordon nos contó que John le había dicho:

—Cuando la Luftwaffe estaba bombardeando Londres, los jefazos militares le dijeron a Churchill que se quedara encerrado en su casita en vez de dar paseos por el parque. Churchill se limitó a darse la vuelta y soltó: «Sí, claro. De chavalín, la nodriza no podía impedirme pasear por el parque. Ahora que soy un hombre hecho y derecho, ese capullín no lo va a hacer ni de coña». He dicho —dijo mi padre con presunción.

De todas formas, John y los de Liverpool se fueron dando tumbos por Delvers hacia Joubert Park. Pasaron una noche bárbara e intercambiaron beodamente sus números de teléfono, quedando en que volverían a hacerlo todo otra vez. John se metió tambaleándose en un taxi que estaba aparcado frente a uno de los grandes hoteles.

Lo que sucedió a continuación es discutible. La versión de John, que yo me inclino a creer porque con todos sus defectos el viejo no era un fullero, para empezar no tenía imaginación suficiente, es que se quedó dormido en un taxi. Cuando se despertó, estaban aparcados en un apartadero en desuso en Germiston, con el conductor registrándole los bolsillos. Ahora Germiston es un ajetreado distrito de conexiones ferroviarias para ir al sureste de la ciudad, dominado por la mayor refinería de oro del mundo. Nosotros vivíamos por la carretera que iba a Kempton Park, que está al norte del centro.

John agredió al taxista con tal violencia y vigor que en la sala de juicios la acusación mostró varios de sus dientes en una bolsa de plástico como pieza teatral de pruebas. El taxista alegó que intentaba sacar de su coche a aquel odioso borracho que le estaba trayendo al retortero, cuando fue violentamente agredido. A John le cayó una sentencia de seis meses de cárcel. Parece ser que las autoridades, ansiosas de acabar con la violencia en el centro de Johannesburgo, quisieron dar con él un escarmiento.

Vet estaba pero que bien jodida. La recuerdo en aquel momento; fumando sin parar y tomando tazas de café alquitranado con unos ocho terrones de azúcar dentro. Abandonamos nuestro nuevo hogar en el norte de Johannesburgo y nos quedamos brevemente en casa de Gordon antes de hacer planes para volver a Escocia. John vendría detrás una vez cumplida su condena. Kim y yo estábamos deshechos ante la perspectiva de volver. Nos habíamos adaptado. Me veía otra vez llevando la misma vida, en el mismo colegio, en el mismo barrio. Estaba resignado pero melancólico, con una ansiedad enfermiza provocada por el miedo a marcharnos como alivio

esporádico de mi depresión. Para mí, Edimburgo representaba la servidumbre. Me daba cuenta de que la situación era exactamente la misma que en Johannesburgo; la única diferencia era que los cafres eran blancos y se les llamaba arrabaleros o bolingas. De regreso en Edimburgo, nosotros seríamos los cafres; condenados a vivir toda la vida en términos municipales como Muirhouse o So-Wester-Hailes-To, o Niddrie, campos de concentración autogestionados sin una puta mierda dentro, a kilómetros del centro. Conducidos hasta allí para hacer los trabajos de mierda que ningún otro capullo quiere hacer, y puteados a continuación por la policía si nos quedábamos por ahí de noche en grupos. Edimburgo tenía la misma política que Johannesburgo: tenía la misma política que cualquier ciudad. Sólo que nosotros estábamos del otro lado. Detestaba la idea de volver a toda aquella mierda.

Bernard había odiado Suráfrica desde el primer momento y no podía esperar a llegar a casa. Tony se mostraba ambiguo. Estaba follándose a unas cuantas periquitas, pero quería ver a sus antiguos colegas. Al ser mayor, sin embargo, captaba ciertas vibraciones, vibraciones referidas a todos los problemas políticos sobre los que realmente nunca supimos gran cosa.

Quizá mirando hacia atrás, podría decir que había un extraño estado de ánimo entre los blancos con los que mis viejos hacían vida social. Pero cabe la posibilidad de que me lo esté inventando con ayuda de la perspectiva del tiempo transcurrido.

¿Realmente parecía que todo el mundo estaba un poco nervioso? Probablemente. La única cháchara real que recuerdo era sobre aquello que la gente llamaba (y sí me acuerdo de algunos cabrones de dudosas pintas con los que se juntaba Gordon) la traición a Rhodesia, que ahora se llamaba Zimbabue-Rhodesia. Eso y las constantes referencias a los terroristas. Gordon hablaba afrikaans y prefería los periódicos en afrikaans como *Die Transvaler* y *Die Vaderland* al *Rand Daily Mail* y el *Johannesburg Star*. Una vez nos llevó a ver el monumento Voortrekker, que domina los accesos meridionales a Pretoria, y nos dio la vara con el gran éxodo. Parecía afectarle de la misma manera que los discursos bélicos de Churchill a mi padre.

Una vez, Gordon nos llevó al Museum of The Republick Van Suid-Afrika. Era un sitio interesante de visitar. Los tablones de información del museo reflejaban lo que había leído en los libros de texto del colegio:

> Los ciudadanos blancos de la Unión descienden en su mayoría de los primeros colonizadores holandeses y británicos, con alguna mezcla de franceses, alemanes y otros pueblos de Europa occidental. Al principio, el hombre blanco llegó a Suráfrica como soldado, granjero, comerciante, misionero y pionero en general, y debido a su superior educación y sus largos antecedentes de civilización, fue capaz de aportar el liderazgo, la pericia y la habilidad técnica y financiera necesarias entre las distintas razas, la mayoría de las cuales apenas habían salido de la barbarie.
>
> Suráfrica es el único país del mundo donde una comunidad dominante ha seguido una política categórica de mantenimiento de la pureza de su raza en medio de un abrumador número de habitantes no europeos: en la mayoría de los que no siguen administrados como colonias o protectorados, bien los no blancos han sido exterminados, bien ha habido alguna forma de asimilación, lo que ha resultado en una población más o menos mestiza. Más aún, lejos de exterminar a los no blancos, la llegada del europeo a Suráfrica supuso que comunidades enteras se salvaran de exterminarse mutuamente. Por lo general no se tiene conocimiento de que hace apenas un siglo, Chaka, jefe zulú, destruyó 300 tribus y aniquiló a miles y

miles de sus semejantes.

Gradualmente, sin embargo, los restos de las tribus que sobrevivieron a las guerras intestinas fueron capaces de adaptarse a una pacífica forma de vida rural con la protección y la asistencia del hombre blanco. En los bantustanes tradicionales, que cubren un área de alrededor del tamaño de Inglaterra y Gales, casi la mitad de los bantúes viven una sencilla vida bucólica como sus antepasados siglos antes de ellos, gente feliz y pintoresca llevando la existencia más despreocupada que quepa imaginar.

Así pues, aquí en el extremo sur del continente africano nos encontramos con que, entre un número abrumador de habitantes no europeos, una pequeña población blanca ha establecido su hogar y está fundando una nueva nación, con un modo de vida y una idiosincrasia propios. Es debido a la iniciativa de esta gente, a sus conocimientos y habilidades, que Suráfrica se ha convertido en la nación más avanzada del continente africano, y tan cierto como que la noche sigue al día, desarrollarán una forma de coexistencia que permitirá a todas las razas vivir una vida plena y contribuir, de acuerdo con sus propias capacidades, al bienestar del país.

Después del museo volvimos a casa de Gordon, donde iba a haber una barbacoa con algunos de sus amigos. En casa de Gordon siempre había *braais*. Había algunos hombres sentados en el cuarto de estar, viendo televisión, que mostraba a la policía antidisturbios disolviendo una manifestación negra. Estaban vitoreando a los antidisturbios. Una mujer rubia y alta que parecía una actriz se me acercó sonriendo. Entonces se volvió hacia un tío gordo con barba y dijo:

—Veo que a los cafres les están dando una buena paliza.

—Deberían matar a tiros a esos monos —gruñó aquél, dando un lingotazo a una botella de cerveza y regoldando.

Tenía una expresión de malicia tan estúpida en la cara que supe instintivamente que a pesar de lo que el colegio, el gobierno y mi familia me contaban, algo no andaba del todo bien. Me detuve a escuchar mientras el boletín de noticias cambiaba para hablar de la situación en Rhodesia.

—Botha ha vendido a nuestra gente en Rhodesia, joder —echaba pestes Gordon.

—Sí, pero es una maniobra táctica, Gordon —sonreía uno de aquellos hombres—, nos está comprando favores entre la comunidad internacional. Sabe Dios, es posible que pronto nos hagan falta.

—Hablas como un maldito rojo, Johan —saltó el tío gordo con barba—, deberíamos apoyar a los nuestros. Dejan a doce mil putas escorias terroristas acampar con las armas en la mano para este jodido alto el fuego. A mí me parece una oportunidad dorada para fusilar a todo el puto mogollón. Coger sin más y matar a tiros a esos animales rojos terroristas del Frente presuntamente Patriótico Zanu, y volarlos en pedacitos igual que hacen ellos con los granjeros decentes.

Gordon estaba sentado, con lágrimas acumulándose en sus ojos mientras contemplaba las imágenes de los guerrilleros del Frente Patriótico entrando a los campamentos en formación y depositando sus armas, condición para el alto el fuego y el inicio de elecciones libres.

—No puedo creerlo. No puedo creer que lo hayan hecho. P. W. Botha. Maggie Thatcher. ¡Puta zorra! ¡Puta zorra estúpida traidora y comunista!

Fue una suerte que John estuviese en el trullo para entonces.

Me acordé de la última vez que Gordon había despotricado contra la traición de la

Thatcher. John estaba de pie, apoyado contra las puertas de la terraza. Se irguió y se volvió.

—¡Eh! venga, Gordon, Maggie Thatcher no tiene la culpa. Es la mejor líder que ha tenido Gran Bretaña… la mejor líder en tiempo de paz. Te lo digo yo, la mejor. Puso a los putos sindicatos en su sitio, ya lo creo. Es sólo que esos capullos de funcionarios la aconsejan mal, y tal. ¡Seguro que es eso! ¡No pongas a parir a alguien de quien no sabes nada! ¡Te lo digo yo, no sabes lo que ha hecho por Gran Bretaña!

—Sé que ha vendido a Rhodesia —dijo Gordon débilmente, obviamente algo intimidado.

Había mogollón de palique político, pero supongo que aparte de todo el mal rollo esporádico, yo simplemente pensaba que era de eso de lo que cascaban

los viejos pedorros. arriba —Sólo voy a
Entonces realmente arriba subirlo un
no compren----- arriba poquito, Roy.

So would ye like tae have fun, fun, fun,
How's about a few laughs, laughs, laughs,
I could show you a good time…[12]

VETE A TOMAR POR CULO Y APAGA ESA MIERDA…

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO ------------- y aunque los huevos estuviesen hechos a la perfección y las tostadas crujientes y el café fuerte, rico y aromático, había algo extrañamente fuera de lugar aquella mañana cuando abandonamos la choza.

Era el silencio. No se oía a los flamencos junto al lago. Alcé los prismáticos. Nada.

—¿Dónde están, Sandy?

—Esto es absolutamente desconcertante. Quiero echar un vistazo más de cerca.

Fuimos en coche hasta la orilla del lago. Aparecieron de inmediato los indicios de una matanza. Vi restos de pájaros muertos. Entonces oímos crujidos y algunos graznidos y me fijé en unos buitres que seguían dándole bocados al esqueleto de un flamenco. Sandy alzó el rifle y les soltó un disparo. Uno se desplomó y los otros agitaron las alas y se marcharon anadeando. Regresaron rápidamente, y junto al flamenco, el buitre muerto proporcionó un festín a los demás pájaros.

—Los buitres sólo se tornan caníbales bajo condiciones extremas —hizo notar Sandy—. Esos pobres cabrones deben estar famélicos.

En ese momento vi una cabeza y un cuello rosados, como los de un cisne, que habían sido desgajados de un cuerpo.

—Nuestra colonia de flamencos ha sido dispersada —declaré.

—Sí… por los marabúes —asintió Sandy con aire sagaz.

—Quizá deberíamos quitarnos la	nada	¿De qué
ropa y darnos un remojoncito —sugerí	sugerí	coño estaba
… nah nah no fue eso	--joder--	yo hablando?
----subiendo--	---yo no	Política.

Eso era.

La política de Suráfrica. Una mierda, eso es lo que me parecía. Acabó por afectarnos, sin embargo, acabó afectándonos a todos todavía más unas dos semanas antes de que tuviéramos previsto volver a Escocia. Yo estaba fuera, en la cabaña del tío Gordon en el Transvaal Oriental. Cuando detuvimos el jeep, echó un vistazo hacia la impresionante disposición del arbolado. Yo estaba un poco nervioso. Debido a que nos íbamos, me preocupaba el hecho de que quisiera hacer algo más que toquetearme y meneársela. Llevaba un año en ese plan, aun cuando sus oportunidades, ahora que teníamos casa propia y yo iba al colegio, habían sido contadísimas. Esta vez ni siquiera intentó tocarme. Sólo despotricaba. Parecía gravemente trastornado.

—Esto es mío. Mi granja. Soy un *Jubilee boy,* Roy, un escocés de Granton sin un chavo. Allí no era nadie, otro teddy boy flacucho más. Aquí soy alguien. ¡Ningún puto cafre me lo va a quitar!

—No te quitarán tu casa, tío Gordon —dije dándole ánimos, al tiempo que mi mente jugueteaba con la deliciosa imagen del tío Gordon en harapos y tirado en el arroyo a las puertas del Jubilee Cafe, aferrado a una botella de vino barato. Volvimos a su rancho y bebimos algo, y después nos fuimos al bosque para que yo pudiera ver algunos animales con mis prismáticos. Localizamos un barbudo verde y un águila de Whalberg, ambos bastante poco comunes en el Transvaal. Gordon no tenía demasiadas ganas, sin embargo, y pronto regresó al rancho. Yo me quedé deambulando a solas por los límites de la plantación forestal y fue al intentar aproximarme sigilosamente a un duiquer de la sabana que estaba cagando cuando oí la explosión.

Casi me cago yo mismo, y estoy seguro de que la defecación del duiquer resultó ayudada también, por la forma en que el animal salió disparado hacia el bosque. Me volví y vi el jeep en llamas. Como decía, yo no sabía nada de política. Pese a los frecuentes reportajes sobre la actividad guerrillera de una rama activista del CNA en el Transvaal Oriental, Gordon se negaba a hacer caso. Por alguna razón, se había subido a uno de los Range Rover cuatro por cuatro que había fuera del rancho, poniéndolo en marcha, y la explosión le sumió en el olvido.

Lo curioso es que no tuve miedo. Sólo pensé que los terroristas habían cazado al tío Gordon. Realmente no temí que me hiciesen nada. No sé por qué; simplemente fue así. Volví en dirección a la casa. El húmedo aire caliente estaba aún más espeso con el olor a gasolina y carne quemada: el olor de Gordon, convertido en una linda

barbacoa dentro de la chatarra en llamas. Nunca había olido nada igual. Aun cuando era imposible que tanta carne *no oliese*, siempre había imaginado que los humanos olerían a beicon. Cuando era muy pequeño, mi tío Jackie me decía que a los mozalbetes descarados se los comía y que sabían exactamente igual que la carne de cerdo salada. Recuerdo no obstante que, aunque el olor de Gordon fuera tan dulzón, pensé que de no haber sabido que era carne humana habría querido probarla; habría disfrutado. Lo único que se veía de Gordon eran un brazo y una mano delgados y carbonizados asomando del armazón del vehículo en llamas. El olor cambió brevemente a uno que sólo podría describir como de mierda quemándose al estallarle a mi tío las tripas y chisporrotear mientras se incineraban entre las llamas. Me fui adentro y me senté a llamar por teléfono a mi madre en Johannesburgo.

—¡Roy, qué pasa! ¡Estoy hasta el cuello! —protestó. Gordon la había puesto a preparar comida para otro *braai*.

—Mamá, al tío Gordon le han puesto una bomba. Está muerto y no puedo volver a casa, y tal.

Dio un grito sofocado, y tras un largo silencio dijo:

—¡No te muevas! ¡Quédate donde estás!

Me senté y esperé. Encendí la tele y me quedé viendo unos dibujos animados. La poli llegó en un helicóptero unos veinte minutos más tarde. Era chachi que te cagas ir en el helicóptero. Me subieron muy alto y vi de cerca una magnífica águila crestada, planeando sobre la espesura del bosque. Aterrizamos con una rapidez decepcionante y nos pasamos a un coche, que me condujo hasta la comisaría, dónde me reuní con Vet, Kim, Tony y Bernard. Vet me besó y Tony me despeinó. Kim me besó, avergonzándome delante de la poli. Se habían convertido en buenos colegas: los mejores guripas que haya conocido jamás. Bernard estaba celoso que te cagas ante la atención que recibía yo: me sentí como un héroe.

Todo el mundo dijo que había sido un valiente. Fue una buena época para mí, una buena despedida de un lugar que amaba. Incluso la muerte de Gordon, si hacemos salvedad del pequeño inconveniente de no poder sacarle más regalos, me dejó impertérrito. En lo que a mí respecta, Gordon era un viejo capullo artero, creído y amariconado y ahí se pudra. La única persona realmente afectada fue John, cuando fuimos a visitarle a la cárcel, y su tristeza parecía basarse en la pérdida de Gordon tal como era unos quince años atrás, un «puto *teddy boy* flacucho» en vez de un viejo bóer refunfuñón.

De hecho, su muerte tuvo algunos beneficios prácticos para mi padre. Las autoridades adoptaron una perspectiva caritativa en vista de nuestras circunstancias y le dejaron salir de prisión antes de lo previsto. Volvió a Escocia alrededor de un mes después que nosotros. Winston Dos, que sólo había pasado unos meses fuera de la cuarentena debido a una bendita metedura de pata burocrática, estaba encerrado otra vez, a la espera de ser puesto en libertad en Escocia.

7 Fuga de la Ciudad de Oro

Recuerdo la monotonía de Heathrow, seguida por el deprimente vuelo de enlace hacia el norte de la frontera[13]. De cualquier modo, estábamos todos follados después del largo trayecto desde Johannesburgo. Pero habían anulado un par de vuelos por culpa del hielo en la pista. En Londres hacía un frío que pelaba; Escocia sería peor aún. Eso demuestra lo duro de mollera y lo absorto que estaba dieciocho meses antes, porque estaba casi tan emocionado por hacer una visita a Londres como por estar en camino hacia Johannesburgo. Consideraba a Londres como un lugar igualmente lejano y exótico; me sorprendí durante el viaje de salida al llegar allí tan rápidamente. A la vuelta, sin embargo, vi Londres como lo que era: la gris colilla de las Islas británicas.

El último día tuve que despedirme de mis amigos del colegio y de mis profesores. Era extraño, pero al parecer allí era popular; un pez gordo, un *top boy*, un número uno. Mis mejores amigos se llamaban Pieter y Curtis. Era un poco matón con Curtis. Pieter también. Era un capullo bastante asilvestrado y le puso pero que de muy mala leche que yo me fuera. Era agradable que alguien te echara de menos. La mayoría de los otros chavales eran un poco lentos y bobos. Echaría de menos a Pieter, pero como aquella era la primera vez que había descubierto que tenía un cerebro, a quien más iba a echar de menos sería a la señorita Carvello, una de mis profesoras. Era preciosa, con grandes ojos oscuros. Solía hacerme pajas pensando en ella, mis primeras pajas de verdad, y tal, cuando te sale lefa. Le dijo a Vet que era una lástima que me marchase de Suráfrica, pues había progresado a pasos agigantados en el colegio y tenía «madera de universitario». Aquella frase tan poco afortunada me sería arrojada a la cara durante la totalidad de mi infrarrendimiento subsiguiente.

Yo quería quedarme en Suráfrica. Lo que había conseguido allí era una perversa sensación de poderío; incluso un ego. Sabía que era especial que te cagas, independientemente de lo que tratara de decirme cualquiera. Sabía que no iba a ser como el resto de ellos; mi viejo, mi vieja, Bernard, Tony, Kim, los otros chavales del barrio. Ellos eran escoria. No eran nadie. Yo era Roy Strang. Puede que tuviese que volver, pero sería distinto. No iba a aguantarle nada a nadie.

De vuelta en Escocia, cuando John por fin volvió a casa, hicimos una comida familiar para celebrarlo. Todos estaban allí, bueno, no del todo, pues Winston Dos seguía en cuarentena, y Elgin en la RESIDENCIA EMPRESARIAL PARA JÓVENES EXCEPCIONALES DE GORGIE. Pensaron que sería demasiado desalentador hacerle venir a casa para que cenara con nosotros, y he de confesar que yo fui uno de los principales partidarios de mantenerle alejado. Sólo Kim, Vet y Bernard dieron argumentos a favor de su presencia, pero John, como siempre, tuvo la última palabra. «No sería

justo para el chiquillo, le despistaría, os lo digo yo, le despistaría».

La cena fue excelente. Mamá hizo un caldo, y después espaguetis a la carbonara con tal cantidad de coles de Bruselas, brécol y papas asadas por encima que apenas se podía ver la pasta o la salsa, seguidos de un bizcocho al jerez. Apuramos con entusiasmo las botellas de Liebfraumilch. Jamás había visto una mesa tan atiborrada de comida. Eran pocas las ocasiones en que comíamos alrededor de la mesa como una familia, y por lo general hacíamos equilibrios con los platos en el regazo mientras nos dábamos empellones para asegurarnos un sitio frente al televisor. Aquélla, se nos dijo, era una ocasión especial.

Había sin embargo un ambiente de crispación en casa durante la comida; la cara de Tony estaba llena de sudor mientras se abría paso entre la comida, mientras que Kim jugaba con la suya. Bernard había tenido antes una violenta discusión con John, y en vez de sentarse se había medio derrumbado en la silla, con la cara pálida y temblando. Intentaba cortar un trozo de papa asada, mientras hacía ruiditos agudos al respirar como los que podrían haber salido de la garganta de un perro. Más tarde, Kim me contaría que mamá le había contado a papá no sé qué sobre algo que Bernard había hecho con otro chico, y que él había amenazado con cortarle la polla.

Era evidente que mamá y papá habían discutido al respecto, y ambos estaban tan alterados al sentarse a la mesa que la atmósfera parecía cuajarse a su alrededor. Comí rápidamente y con nerviosismo, ansioso por excusarme, presintiendo que una sola palabra fuera de lugar o un gesto equívoco podrían precipitar una masacre.

—Estas papas queman… —dijo neciamente Kim.

John le echó una mirada furibunda y venenosa.

—¡Pues frías serían una puta mierda! ¡Tu madre se ha tomado muchas molestias para hacer esta comida, Kim! ¡Muestra un poco de gratitud! ¡Lo dicho, un poco de gratitud!

Aquello era realmente preocupante, pues eran pocas las ocasiones en que John le hacía pasar un mal trago a Kim; después de todo, era su favorita. Kim se puso de morros y bajó la cabeza. Tenía aspecto de estar planteándose hacer lo que a menudo hacía para recabar atención y estallar en lágrimas, pero había decidido en contra y estaba luchando para ver qué otra acción podía emprender.

Vet se sumó a la función. Se volvió hacia Tony y soltó:

—Tony, tómatelo con calma, joder. Tú también, Roy. La comida no va a levantarse de un salto y salir corriendo, pordiós.

Siempre había considerado joven y bella a mamá. Ahora la veía como una vieja bruja retorcida y ojerosa, mirándome fijamente desde detrás de una emborronada máscara de lápiz de ojos. Me fijé en las hebras plateadas de sus largos cabellos negros.

Ella y los demás podían irse a tomar por culo. Yo iba a ser fuerte. *Strong Strang*, Strang el Fuerte. Iba a asegurarme de que todo dios supiese cómo me llamaba.

Iba a…

MÁS ABAJO dentro de las pesadillas del Marabú.

8 Problemas en las colinas

El viejo «Fatty» Dawson tenía un aspecto absolutamente bestial cuando nos encontramos con él para informarle de nuestros progresos en su alojamiento secreto para visitas del Jambola. Sus furtivos y babosos ojos estaban ennegrecidos y sus carnes morenas colgaban, flojas y bamboleantes, de las mandíbulas. No estaba nada contento y resultaba más que obvio que nosotros éramos la fuente de su desasosiego.

Cierto, no habíamos logrado establecer dónde tenía su nido nuestro Marabú. Había muy pocas pistas. Con toda franqueza, Sandy y yo nos lo habíamos tomado un poco como unas vacaciones y a Dawson no le hacía ninguna gracia. Su bienvenida no fue nada calurosa. Nos hizo sentarnos alrededor de una esquina de la mesa de roble de su sala de juntas. Después se marchó durante unos segundos. Sandy se volvió hacia mí y me susurró:

—Fatty Dawson parece bastante alterado —dijo, con la voz afligida por una pequeña nota de pánico.

—Bien, pues que me aspen si yo sé por qué anda tan alborotado. Ni que el viejo Johnny Marabú hubiese…

En ese momento Dawson regresó a la habitación y se deslizó en una silla junto a nosotros. Sus mantecosos dedos tamborilearon sobre la mesa, y de pronto dejó escapar un suspiro.

—¡Estoy rodeado de homosexuales imbéciles que no se saben poner las pilas para dar caza a esas bestias asesinas! —saltó despectivamente contra nosotros. Sandy tenía un aire de culpabilidad difusa. Eso me irritó, pues no habíamos hecho nada malo. Estaba a punto de decir algo cuando Dawson apartó su cara coloradota de nosotros para encararse con su ayuda de cámara, Diddy.

—O eso o desafectos incompetentes. —El criado culicorto murmuró algo y salió de la habitación arrastrando los pies y mirando el suelo.

Pensé que sería más divertido tomarle el pelo a Dawson que hacerle frente abiertamente. El obeso zoquete todavía nos hacía falta. Había pocas esperanzas de localizar a nuestro Marabú sin su respaldo.

—Tranquilícese, Loch —sonreí—. Relájese. Abra una o dos cervezas…

—¡Cómo demonios se puede esperar que me relaje cuando todo se derrumba a mi alrededor! —soltó—. El parque Emerald Forest éste está infestado de marabúes a los que sólo les interesa destruir, y aquí, en mi propio patio trasero, en el Jambola, los nativos de los alrededores empiezan a impacientarse… ¡SADIE! —gritó—, ¡SADIE!

Su *madame* negra, la señora extranjera, entró.

—¿Sí, señó Dossan?

—¿Qué coño sucede, Sadie? Dímelo tú… ¡que alguien me lo diga! Que si

Lochart Dawson esto, que si Lochart Dawson lo otro… oh sí, ¡vamos a darle todos de patadas a Lochart Dawson! ¡Olvidémonos oportunamente de cómo Lochart Dawson salvó este parque de la extinción!

Sadie sacudió tristemente la cabeza.

—Todo sabemo que uté é nuetro amigo, señó Dossan. Sabemo que no teníamo ná hata que uté vino aquí y no hiso fuerte. Toda nuetra gente le ama y le repeta a uté, señó Dossan. Sólo alguno de lo jóvene se muetran rebelde como lo hasen todo lo chico jóvene. Eso chico pagarán caro su pecado, señó Dossan.

Dawson se colocó ambas manos detrás de la cabeza y se frotó el cuello. A continuación boqueó lentamente.

—No soy un hombre intolerante por naturaleza, Sadie, pero tengo una gran fe en los escarmientos y en ajustar el castigo al delito y todo ese tipo de cosas. Cualquier otra actitud es mandarles mensajes a los huevos podridos diciéndoles que han ganado la batalla. Pues bien, mi mensaje para ellos es que no lo han hecho de ningún modo. Cuando hayas apresado a esos denominados rebeldes, encárgate de que yo pueda supervisar personalmente el castigo. Parece que acosar a Lochart Dawson está convirtiéndose en una industria boyante por estos lares. Pues bien, he aquí una empresa que no pienso alentar, muchísimas gracias. Puedes decirles que Lochart Dawson jamás ha huido de nada en su vida y que no tiene intención de empezar ahora.

—Sí señó, señó Dossan.

—Claro que —gimoteó presuntuosamente— podría llegar el momento en que Lochart Dawson tomase la simple decisión de que tanto agobio no merece la pena y simplemente coja y se marche. ¿Dónde os dejaría eso entonces, eh?

—¡Ay Señó, no no abandone señó Dossan, no no abandone po favo! Uté é una pesona epesiá, señó Dossan. ¡Le queremo muchísimo y no sabríamo arreglárnola sin uté! ¡No se vaya, po favo!

Sadie estaba ahora de rodillas, abrazada a sus piernas. Despeinó sus oscuros cabellos.

—Muy bien, Sadie. Gracias.

La mujer se levantó y partió con lágrimas asomándole a los ojos. Merecía un Oscar.

—Se diría que le tienen afecto —dijo Jamieson, con aduladora teatralidad.

—Así es, Sandy. Honradamente puedo decir que, en conjunto, soy una persona muy admirada y apreciada. Existe no obstante una minoría que parece creer que Lochart Dawson es un blandengue, un hazmerreír. Pues bien, cuando mis fuerzas de seguridad los traigan prisioneros, veremos si después de los interrogatorios sigo siendo un hazmerreír.

Alcé una ceja en dirección a Dawson.

—Es uno de mis vicios, Roy —explicó Dawson—. Hacer preguntas. Me encanta hacer preguntas. Forma parte de mi naturaleza. Me hago preguntas sobre todo. Me

pregunto por qué se gasta tanto en subsidios estatales para los improductivos mientras las subvenciones para el desarrollo de los negocios de la gente emprendedora son tan pequeños. Más aún, me pregunto por qué existen subsidios estatales en absoluto.

Le sonreí.

—Unas ideas extremadamente visionarias, Lochart, en absoluto de esa clase de preguntas basadas en perpetuar los estrechos intereses económicos de una élite ya acaudalada pero espiritualmente indigente a expensas de sus hermanos menos aventajados financieramente. La clase de preguntas que en verdad ayudarán a la humanidad como especie a realizar y cumplir con su destino cósmico. Verdaderamente, da la impresión de que hay en todo ello una profunda filosofía subyacente.

Dawson estudió la expresión de mi rostro para ver si me burlaba de él. Era como si no pudiese determinarlo del todo, pero hubiese decidido concederme el beneficio de la duda.

—¡Eso mismo es, Roy! ¡Es Ud. un auténtico filósofo! —sonreía, exhibiendo dientes nacarados y presentando unos puentes caros para que los examinase.

—Ya arreglará a esos ingratos revoltosos, Lochart —dije en tono alentador.

—Olvidan que fueron ellos los que me pidieron que viniese aquí —dijo Dawson —. Igual que esa gente de Emerald Forest. Lo hice por ellos.

—Ah, conque fueron los de Emerald Forest los que buscaron esta OPA — pregunté, intrigado.

—Ahora no puedo decir más al respecto, Roy. Desgraciadamente, carezco de la misma libertad que los extremistas para ir por ahí haciendo todo tipo de acusaciones. Ese es un lujo del que carece Lochart Dawson; me veo obligado a guardar silencio por los imperativos de la legalidad de empresa y mi posición como miembro de la junta de Jambola Park PLC. Bien, pasemos a otros asuntos. ¿Qué progresos hay en la cuestión de los marabúes?

—Aún no hemos localizado el nido, como le indiqué anoche por teléfono. Sin embargo, no todo es desalentador… Sandy —dije volviéndome hacia Jamieson, que se levantó y fue hasta su mochila y, tras sacar un gran mapa de la zona, lo extendió sobre la mesa.

Colocándose unas gafas con montura de acero, Sandy comenzó:

—Este mapa indica las principales colonias de flamencos de esta zona, y sus pautas migratorias.

—¿Y qué? ¡Hablamos de marabúes! —tronó Dawson.

—Déjeme terminar, por favor —replicó Sandy con un toque de presuntuosa asertividad que me produjo un repentino arrebato de admiración. Observé cómo Dawson le concedía a regañadientes una prórroga. Sandy prosiguió—: Se está produciendo un patrón de rápido desplazamiento de las colonias de flamencos desde el área próxima al lago Torto hacia la frontera.

—No podemos permitirnos el lujo de perder a nuestros flamencos… —jadeó

Dawson.

—Sí. Pero hay más. Lo único que podría provocar un abandono en masa de las colonias de flamencos a semejante escala sería la presencia de un número importante de los carroñeros-depredadores conocidos como marabúes.

—Sí… pero…

—Los marabúes han dispersado a todas las colonias de flamencos con las que se han topado. Las más próximas que aún no han sido perturbadas son las que hay en las orillas del noreste del lago Torto. Ahí es donde se dirigirán los marabúes a continuación.

Dawson alzó una ceja atentamente.

—Y también —dije, acompañándome de lo que me pareció una pausa bastante dramática— donde nos dirigiremos nosotros.

—Existe, sin embargo —añadió Sandy, sacando partido

del alza de su cotización que---- suppose you'd like to know

ante Dawson— una cosa what's goin on in ma mind[14]

¡VETE A TOMAR POR CULO!

—Sólo te estoy subiendo esto un poco, Roy. El doctor ha dicho que lo pongamos todo lo alto que podamos.

Patricia ha vuelto.

—Vaya familia que tienes, ¿eh, Roy? Ja ja. Tu hermano Tony me tiró los tejos anoche.

No lo hagas, Patricia.

—Pero no es mi tipo. Los casados no son mi tipo, si me entiendes. Es bien parecido, eso sí. Realmente no le veo apenas parecido contigo… ay Dios, no quería decir eso. Aun así, no parece que te vaya mal. Tu novia estuvo aquí. No dice nada. Aun así, debe ser doloroso para ella verte así.

¿Quién cojones será ésa? Dorothy seguro que no. Seguro que ha encontrado a otro novio gordinflón, incluso puede que haya tenido a su primer niño gordinflón. Se habrá instalado en un pisito prefabricado en Fathell, Midlothian, o incluso Fathell, Fife. No. En todo caso, sería Fathell, Manches…

NO. NO ERA DORIE.

La que mencionó a Dempsey. Esa será. Ella. ¿Quién cojones es?

—Al menos sigue a tu lado, Roy. Evidentemente, no cree que seas el mal sujeto que todo el mundo pinta. Yo también lo veo así. Puedo ver la bondad que hay en ti, Roy. Cuando te ilumino los ojos con la linterna sé que a veces puedo ver algo, y sé que es bueno.

Ya, ya, Patricia. ¿Cómo coño ibas a saberlo?

I'm mad about the boy

LOCA

PROFUNDAMENTE LOCA

MÁS ABAJO ------- Uy sí, ésa. Recuerdo a mi madre dándole a tope con ésa. Me la cantó el día de mi cumpleaños. Estaba avergonzado, sorpresa, sorpresa. La boba fiesta que hicimos en casa. Lo curioso es que cuando volvimos a Escocia el

municipio nos alojó en el mismo bloque de dúplex, en el quinto piso en vez del cuarto. Mi madre lo consideró como un bajón de nivel. Las familias más pobres tendían a estar en el último piso. Lo curioso era, como nos contaron los vecinos, que apenas acababan de realquilar nuestro viejo piso después de haberse quedado vacío durante la mayor parte de nuestro safari africano de dieciocho meses.

Dexy y Willie, mis dos colegas del colegio y el barrio; acababa yo de empezar la secundaria; allí estaban. Eran unos cabrones piojosos contentos de que les dejasen entrar en casa de cualquiera, aunque fuera la de los Strang. Mi colega Pete nunca vino, se inventó alguna excusa. Brian estuvo allí, sin embargo. También acababa de volver al barrio; a quedarse con su viejo después de haber estado en Moredun con su tía. Su madre les había abandonado y el viejo se había vuelto más o menos majara. Parecían nerviosos mientras mamá se arrancaba, medio bolinga…

Even though there's something of the cad
About the boy…[15]

El nuevo colegio.

La intervención de mamá minó mi aplomo, arruinando mis planes de no quedar en evidencia nunca más, de no aguantarle ninguna clase de mierda a ningún cabrón que intentase colgarme el cartelito de anormal. A grandes rasgos, no obstante, las cosas fueron bien. Podría, por supuesto, habérmelo montado yendo de hermano de Tony Strang, pero eso me habría identificado también con Bernard, y ese maricón empedernido iba dos cursos más arriba que yo en el colegio. Era una fuente permanente de vergüenza, pero nunca le atormentaban porque no tenía escrúpulo alguno en montárselo de hermano pequeño de Tony. Yo no había querido saber nada de esa mierda, sin embargo. Lo que a mí me molaba era hacer lo que menos se esperase la gente que hiciera. En el colegio, en tanto que un Strang, esperaban que fuera un caso perdido, de modo que fui listo. Puesto que era listo, esperaban que fuera a la universidad. El monótono consenso según el cual yo tenía «madera de universitario» me había acompañado durante todo el camino desde Johannesburgo. No hubo manera. A mí nadie me decía lo que tenía que hacer.

Llegué a la escuela secundaria muy moreno de Suráfrica; ahora mi fealdad resultaba un tanto exótica. Había mogollón de chavales de la escuela primaria y del barrio que se acordaban de Dumbo Strang. En particular, había un gordinflón que se llamaba Tam Mathews.

Aquel pobre cabrón de Mathews. Durante todo el tiempo en que estuvo espiando al empollón de Strang desde el fondo de la clase, debió ser totalmente ajeno al hecho de que yo estaba mentalizándome para ese momento. Mathews se convirtió en mi primera víctima. Me alegro de que fuera él; me alegro porque era grande, duro, alborotador y estúpido. Esta vez iba a ser algo más que una simple punta de compás.

Me escupió en la parte de atrás del cuello mientras salíamos del aula. En el colegio solíamos hacer como que nos echábamos japos en la parte trasera de la

cabeza los unos a los otros, expulsando aire comprimido y eso. Pero este cabrón lo había hecho de verdad. Sentí la espesa saliva escurriéndose dentro del cuello de mi camisa, bajándome por detrás del cuello.

Pude vislumbrar un breve destello de incredulidad en su mirada, y de vacilación después, cuando me planté delante de él. Dijo algo que provocó algunas risas entre los chavales que se habían reunido para presenciar la humillación de Dumbo Strang, pero las risas se convirtieron en gritos sofocados, en ooohhhss cuando saqué un pequeño cuchillo de caza del bolsillo, uno que había comprado en Boston's, de Leith Walk, y le di a Mathews tres deliciosas puñaladas; dos en el pecho y una en el brazo. Después, me fui a la siguiente clase.

Los profesores y la policía se metieron por en medio, aunque Mathews, seamos justos, no me vendió, simplemente se desplomó en el recreo y le llevaron al hospital.

Yo me limité a hablarles educadamente a todos ellos. Después de todo, ahora yo era Roy Strang, un alumno inteligente y trabajador; con madera de universitario. Él era un matón y un gamberro. Sí, la policía conocía a la familia Mathews. También conocía a los Strang, pero estuve con mucho demasiado convincente en mi papel de chico de mamá para que efectuaran semejante asociación de ideas. El consenso fue, evidentemente, que el chico de los Mathews debió haberle metido el pánico en el cuerpo al pobre Roy Strang para que el muchacho estuviese tan asustado como para tener que llevar un cuchillo. Nadie se acordó del compás de cuando iba a la escuela primaria. No hubo acusaciones: ni siquiera se enteraron mamá y papá.

Después de aquello, la vida en el colegio resultó más fácil una vez establecido ese principio elemental: a Roy Strang no se le tocaban los cojones.

Fuera del colegio no era tan fácil. Me acuerdo de un sábado noche en que estaba sentado leyendo un *Estela Plateada* nuevo que había comprado en Bobbie's Bookshop. Era tarde y me sentí encoger, como siempre que oía a mi viejo preguntarle a mi vieja:

—¿Te apetecen unas patatas fritas, Vet?

—No me importaría… —decía mi vieja guasonamente y con tono coqueto, como si le hablara de sexo.

—Roy, bájate a buscarme un *fish supper*. Y tú, ¿qué vas a tomar, Vet?

—Yo, pescado… nah, un *white puddin supper*… nah, un *mince pie supper* con dos cebollas escabechadas. Nah… que sea *haggis*, un *haggis supper*. Eso es lo que quiero, ahora estoy segura. ¡No, pescado! ¡Pescado!

—Por dios… ¡dos *fish supper* antes de que tu madre cambie de idea!

—Jo, papá… —protesté. Odiaba ir al *chippy* del barrio tan tarde por la noche. El *pub* de al lado, The Gunner, estaría cerrando. No pasaba nada cuando él estaba allí, porque las patatas las traía a casa él. Sin embargo, para mí era horrible, así que odiaba las noches en que él no salía. Te la jugabas con todos los macarras mayores y los yonquis que intentaban atracarte. Como a él ningún cabrón le tocaba los huevos, el viejo nunca se percató de ello.

Me fui para la escalera y me encaminé a través de la oscuridad del centro comercial. Vi a dos chicos acercándose y me contraje, pero me relajé puesto que sólo se trataba de mis colegas Pete Bowman y Brian Hanlon.

—Pete, Bri.

—Roy.

—¿Adónde vais?

—A casa.

—¿Dónde habéis estado?

—En la piscina municipal, y después en casa de mi hermano mayor —dijo Pete.

—Acompañadme hasta el *chippy* —me atreví a sugerir.

Pete se tocó un ojo y se rió.

—Sí, claro que sí. Y tú más vale que tengas cuidado, Roy. Hamilton y algunos de los cabrones de tercero andan por ahí.

—Me da igual —sonreí, jiñándome.

—¿Vas a Easter Road el sábado? —preguntó Brian.

De ningún modo iba a ir yo al puto furbo.

—Sí, probablemente —dije.

—Ven a buscarme, entonces —dijo Brian.

—Sí, vale.

—Taluego, Roy.

—Taluego, Pete, taluego, Bri —dije mientras se marchaban.

Seguí caminando, adentrándome en la oscuridad. Un borracho me gritó, pero no le hice caso y seguí embalado hacia el *chippy*. La luz que salía de él era la única señal de vida del centro. Esperando a que me atendieran, intentaba mostrarme indiferente mientras los estridentes borrachos y majarones que salían del *pub* se unían a la fila gritándose unos a otros, cuando reparé, con un presentimiento de que todo se iba a pique, en que Hamilton y su séquito estaban esperando fuera de la tienda.

Esperé, y para cuando me entregaron el pedido, se habían ido. Suspiré de alivio y me apreté las patatas calientes contra el pecho mientras caminaba por el centro adentrándome en la fría noche. Justamente empezaba a relajarme cuando Hamilton salió volando de un portal y se plantó delante de mí. Había otros dos tíos con él, y dos tías.

—¡Eh colega, dame una patata!

—No puedo, son para mi padre —dije yo.

Hamilton tenía dieciséis años. Yo aún no había cumplido los catorce. Éstos eran de otra categoría que Mathews. Los otros tíos eran más mayores todavía. Uno de ellos, de pelo rubio largo y rizado, tendría unos dieciocho.

—Déjale, Hammy, no es más que un puto crío… —dijo.

—Metedle a la puta escalera —se reía Hamilton.

Su colega, otro cabrón de tercero llamado Gilchrist, se cachondeaba:

—¿Sabéis quién es este capullo? Rajó al hermano de Davie Mathews. Se cree

muy chulo.

Me llevaron hasta la escalera a empujones. Sujeté las patatas todo lo fuerte que pude. Sólo podía pensar en lo que diría mi viejo si les dejaba tocar las patatas.

Hamilton tenía un montón de dientes. Dientes salidos. Me recordaba a una piraña; con tantos dientes que nunca puede cerrar la boca. Me enseñó con júbilo un cuchillo.

—Conque llevas navaja, ¿eh?

—No —dije yo.

—Oí que en el colegio llevabas una, ¿no? Te crees muy chulo, ¿eh?

—No —dije encogiéndome de hombros, abrazado aún a las patatas.

Hamilton se rió y a continuación ejecutó una extraña danza como de pájaro delante de mí, pavoneándose y torciendo la cabeza de un lado a otro.

—Déjale, Hammy, en serio —dijo el tío mayor riéndose y forcejeando juguetonamente con Hamilton para apartarlo de mí. Una de las chicas se me acercó. También iba a nuestro colegio. Yo, Pete y Bri la llamábamos El Polvazo. Me había pajeado pensando en ella alguna vez: me había pajeado pensando en ella mogollón de veces, a decir verdad. Me acuerdo una vez que estábamos viendo un programa sobre fauna salvaje en casa de Bri y había dos mantis religiosas y la chica mantis se comía la cabeza del chico mientras follaban. Solíamos bromear diciendo que así sería follarse a El Polvazo. Me acuerdo de haber dicho que yo nunca me follaría a El Polvazo a menos de haberla atado primero.

—¿Tienes novia, hijo? —preguntó, mascando el chicle tan lenta y deliberadamente que le daba a su hermoso rostro un aspecto largo y caballuno. Aunque esto la hacía más fea, de modo extraño y paradójico la hacía resultar aún más erótica.

Pese a mi miedo sentí un hormigueo en la entrepierna.

—No —dije yo.

—¿Has echado alguna vez un polvo? —se burló Hamilton. Gilchrist se rió.

Yo no dije nada.

—Deja al pobre capullín —se reía el tío rubio—. Venga, Hammy, déjale marchar.

Entonces vi quién era la otra chica, era Caroline Carson, de nuestro curso; una chica que iba a algunas de mis clases. No estaba mal. Majísima y tal. Quería morirme allí mismo.

El tío rubio debió notar el *shock* que me produjo reconocerla, porque la rodeó con el brazo.

—Esta es mi novieta, ¿no, nena? —dijo con burlona lujuria.

Ella se zafó de él riéndose:

—Doogie, no… —Parecía algo avergonzada de que alguien se la encontrara con aquellos cabrones. Y yo que pensaba que era buena chica, y eso.

Entonces Hamilton me cruzó la cara de un tortazo. Me quedé mirándole, mientras seguía sujetando las patatas.

—¡Dame una puta patata! —saltó. Me quedé mirando aquellos ojos feroces y

violentos, sintiendo cómo el lado de la cara en el que su mano había hecho impacto se estremecía en extraña armonía con mis huevos.

Entonces vi cambiar algo en su mirada. Era una especie de impulso repugnante y sobrecogedor que ambos compartíamos pero que no podía definir.

Era algo que compartíamos.

Seguí mirándole. Ya no tenía miedo: de él, no. Tenía miedo de mi viejo, pero no de Hamilton. Él lo sabía. Lo único que sentía era ira contra él, e ira contra mí mismo por ser demasiado débil para hacer frente a aquel cabrón.

—¡Puto chulo! —rugió, acercándose con la navaja. El tío rubio le sujetó y me apartó al mismo tiempo de un empujón, fuera del portal, pero salieron todos detrás de mí.

Me limité a sujetar las patatas. Sabía que en cualquier momento hubiese podido poner fin a aquella pesadilla diciendo: Tony Strang es mi hermano, pero no quería. Se trataba de mí. Era de Roy Strang de quien hablábamos.

Roy Strang.

Me limité a sujetar las patatas.

—¿De qué equipo eres? —me preguntó Hamilton con aire indiferente, como si nada hubiese sucedido entre nosotros, guardándose otra vez en el bolsillo la navaja.

—De los Hibs —dije yo.

La verdad es que a mí el furbo realmente no me interesaba, pero papá y Tony eran fans de los Hibs y también lo eran la mayoría de mis colegas del barrio, de forma que parecía una apuesta bastante segura.

—¡Hebs! ¡Hebs! —repetía, imitando mi voz de pito.

Desgarró el papel del envoltorio y, escarbando, sacó unas cuantas patatas. Me quedé helado. Intenté hablar pero no pude decir nada.

—¡HMFC[16], cabrón! —saltó, y cogiéndome por el pelo, me tiró de la cabeza hacia abajo y me dio un patadón en la cara. Sentí que mi labio inferior se desgarraba contra los dientes de delante y se me llenaba la boca con el amargo sabor de mi propia sangre.

Sujeté las patatas y levanté lentamente la cabeza, temblando de ira y frustración.

—Vete a tomar por culo, Hammy, cabrón de jambo[17] —gritó el tío rubio grandote y se lanzó detrás de Hamilton, peleándose de mentirijillas mientras yo me escabullía, el labio inferior sabiéndome en la boca como un gran trozo de goma.

Cuando llegué a casa mi padre me miró primero a mí, y después al envoltorio roto, que yo había tratado en vano de disfrazar.

—Esas patatas. ¡Alguien le ha metido mano a esas patatas!

Le dije que me había entrado hambre por el camino a casa y que me había comido unas pocas. Me miró con dureza:

—¿Qué te ha pasado en la boca? —Me temblaban las piernas y no tuve fuerzas para seguir con aquella mentira tan poco convincente. Sólo conseguiría mosquearle más. Mantuve la vista en el suelo y le conté lo que había pasado. Alcé la vista y vi

cómo me enfocaban los ojos abiertos de Kim, interrumpiendo mi miseria con un esporádico: «Ooooohhhh». Bernard, que nunca estaba a la vista cuando buscaban a algún capullo para mandarlo por patatas, luchaba denodadamente por impedir que su boca se retorciese formando una sonrisa sin conseguirlo. Estábamos todos esperando que el viejo se fuera del bolo y me cruzara la cara, pero se limitó a mirarme con expresión triste.

—Joder, Roy, tendrás que aprender a defenderte. Eres un Strang, o al menos es lo que se supone —me dijo en tono hastiado, sacudiendo la cabeza con desprecio.

Juré vengarme de ese cabrón de Hamilton, pero nunca lo hice, al cabrón lo enviaron al reformatorio en Polmont, y después simplemente desapareció de la circulación. Gilchrist, su compinche, se cambió a otro colegio en otra parte de la ciudad. A ese cabrón sí que me lo volví a encontrar. A él y a las guarras.

Pero eso fue más tarde.

Las cosas, no obstante, fueron más fáciles en el colegio. Aunque se corrió la voz de que Hamilton me había sobado el morro, como era de tercero, y un tipo duro, no constituía deshonra alguna. A decir verdad, el hecho de no haberme cagado acrecentó mi reputación. En el colegio y por el barrio básicamente éramos sólo yo, Dexy, Willie, Bri, Monty y Penman los que andábamos juntos. Nadie se metía demasiado con nosotros y nosotros no nos metíamos demasiado con nadie.

Eso duró mucho tiempo. Nos lo pasábamos pipa juntos. Una vez nos colamos en el colegio por la noche, decididos a dejar el sitio patas arriba. Entramos en una clase que era la de pasar lista, la primera a la que íbamos por la mañana, y encontramos el cinturón de la profesora, la señorita Gray, en el cajón superior de su mesa.

Empezamos a darnos de correazos, dándonos auténticos trallazos que te cagas en las manos, mucho más fuertes que cuando lo hacía Lesbi Gray o cualquier otro maestro o maestra. El caso es que nos meábamos de la risa y parecía doler muchísimo menos. Entonces Bri tuvo una idea chachi. Sacó el cajón de arriba y consiguió que el bobo de Willie se echara una cagada dentro. Willie cogió y soltó un puto zurrute humeante y vaporoso dentro del cajón; entonces Bri lo colocó otra vez en la mesa. Nos reímos que te cagas durante un rato y entonces salió Bri:

—Mañana entramos y le armamos follón a esa cabrona lameculos de la Gray. Ella echa mano del cinturón…

—Uyyy… ¡qué cabrón! —se reía Penman.

—Vale pues, entonces no rompemos nada… nos lo montamos para que nadie pueda ver que ha habido un allanamiento. Pero a la biblioteca quiero subir, eh —les dije.

Me embolsé un par de libros de pájaros de la biblioteca: *The Urban British Bird* y *Sherman's Encyclopaedia Of Tropical Birds Vol. 1*.

Al día siguiente le montamos follón a Torti Gray. Nos pusimos a gritarles *Let's be friends* a algunas de las chicas de la clase, y seguimos hasta que se convirtió en *Lesbee Friends*[18], Ese tipo de cosas le hubiese tocado los ovarios a Gray de haber

tenido: no siendo así, sólo le mosqueaba. Alargó la mano hasta el cajón para coger el cinturón. Gray siempre lo hacía restallar sobre la mesa y se suponía que teníamos que callarnos y prestar atención tras ese gesto. Gray siempre decía lo mismo:

—¡Los lunes por la mañana a primera hora, o los viernes a última hora de la tarde o a mitad de semana, no son precisamente el mejor momento de poner a prueba la paciencia de nadie!

Siempre la misma mierda.

—¡Muy bien! —gritó, abriendo el cajón y metiendo la mano—, una mañana horrenda y lluviosa no es el momento de probar la… —Buscó a tientas el cinturón y se quedó petrificada. Abrió ligeramente el cajón con la otra mano, echó un vistazo y empezaron a entrarle el sofoco y las arcadas. Nosotros nos meábamos en los gallumbos. Bri tenía la cara de color cangrejo, le lloraban los ojos. La señorita Gray sacó el cajón y colocó una hoja de papel A4 encima de la mierda y su mano emporcada. Salió de la clase como una exhalación sujetando el cajón con la mano libre—. ¡Malditos animales! Putos bicharracos —dijo con desprecio, mientras nosotros entonábamos sonoros ooooohhhhhsss ante el lenguaje que empleaba. Entonces Gray le gritó a una chavala esnob llamada Bridget Hyslop, a la que Bri le había puesto el mote de Labios Vaginales Frígidos, que le abriese la puerta, y desapareció pasillo abajo hacia los retretes de profesores.

Chachi que te cagas.

Lo pasé bien durante un tiempo, pero después hubo un problema con el que tuve que lidiar.

Aunque no quiero hablar de eso aún. Quiero volver atrás, atrás hasta lo que sucede con el Marabú. MÁS ABAJO, y tal, porque Sandy y yo, sabes, conseguimos sacarle más suministros a Dawson… no… eso no está bien,

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO ---- el viejo «Fatty» Dawson nos pertrechó a Sandy y a mí con abundantes provisiones de equipo y manduca extras, pues le habíamos demostrado que los flamencos estaban siendo desplazados por los marabúes.

—Tengan cuidado en esa carretera —tronó Dawson mientras nos marchábamos—, hay una gran actividad terrorista.

Una vez más partíamos en el jeep, y nos sentíamos bastante satisfechos.

—Es divertido esto, ¿no, Sandy?

—Sí —dijo Jamieson sonriéndome—. Y quiero que sepas, Roy, que pase lo que pase de aquí en adelante, en mi puñetera vida lo he pasado mejor.

Me sonrojé de vergüenza y, para obviarlo, le pedí a Sandy que me contara otra aventura de leones.

—Bueno, hubo una ocasión en la que entré en una aldea completamente

aterrorizada por un insaciable devorador de hombres. Los pobres aldeanos estaban literalmente demasiado asustados para abandonar sus tiendas y padecían escasez de víveres, las condiciones eran cada vez más insalubres, arrojaban la basura al exterior sin más. Realmente no podía culparse a los aldeanos; después de todo, los pobres cabrones habían perdido a tres personas en un mes a manos de aquella fiera. De todos modos, serían las tres de la mañana y mi equipo y yo dormíamos profundamente en nuestros barracones, cuando la puerta se abrió violentamente hacia dentro y antes de que mis muchachos supiesen lo que les había caído encima, un enorme león se había hecho con uno de mis hombres, que se hacía llamar Mojemba, y procedió a sacarlo a rastras de la choza por el muslo. De todas formas, yo estaba de un humor susceptible al despertarme el maldito alboroto, de modo que cogí rápidamente mi rifle y despaché una bala hacia la zona cardíaca de la bestia. Tuve mucha suerte, pues evidentemente mi prioridad en ese momento había sido la prisa antes que la precisión.

—Tonterías, Sandy —le dije—, eres un tirador condenadamente bueno.

—Muy amable de tu parte, Roy, pero nunca fui particularmente célebre a causa de mi habilidad como tirador. Aquel disparo, no obstante, resultó certero, desde luego, porque el animal soltó a Mojemba en el acto y salió como una exhalación hacia el bosque circundante. Al romper la mañana, unos aldeanos encontraron el cuerpo de la fiera; estaba a unos setenta y cuatro metros de la choza. No era más que una vieja leona sarnosa, obligada a devorar hombres por desesperación. Pero lo notable de este incidente es que el pobre Mojemba veía este ataque contra él como un signo de su propia negligencia, como una falta de vigilancia por su parte.

—Pero sin duda eso es exactamente lo que fue —dije yo.

—Sí, pero no podía dejar al pobre chico ahí, desangrándose y gimoteando; que si lo siento Bwana por aquí, que si lo siento Bwana por allá… de modo que le dije a todo el mundo que nos dejasen solos mientras me ocupaba personalmente de las heridas de aquel pobre diablo. Le limpié el muslo con agua caliente y jeringué las heridas con desinfectante para prevenir que se produjeran envenenamientos sanguíneos.

—Espléndido.

—Afortunadamente, en este caso, las precauciones resultaron efectivas y en menos de seis semanas el muchacho pudo volver a caminar. Las labores de caza resultaron demasiado arduas para él tras semejante trauma, así que le convertí en mi criado personal… y era condenadamente bueno, además —la larga lengua bífida de Sandy… no era bífida, era una lengua normal.

Joder arriba
arriba
Joder arriba
arriba
Subiendo arriba

Esto no funciona. Vale, vale
¿Cuál era el problema que tenía que resolver?
El problema.

Caroline Carson.

Caroline Carson. Siempre se había comportado como si su mierda no oliese, pero a mí nunca me molestó. Me parecía una chavala maja. Fue alrededor de un año más tarde, cuando yo iba a segundo curso y me colocaron en una de sus clases, inglés, creo. Debió acordarse de la vez que estuvo con Hamilton y Gilchrist y El Polvazo, cuando me estuvieron atormentando. Le hacía tilín a todo dios y debía pensar que su apariencia era una garantía de inmunidad, que podía hacer lo que quisiera. Una vez, en clase, me dio un capirotazo en la puta oreja. Me dolió, pero más me dolió la humillación. Siempre fui suspicaz en lo concerniente a mis orejas.

Fueron esas risas en la clase. Siempre esas putas risas.

De Roy Strang no se ríe nadie.

Sabía dónde vivía y la seguí hasta casa después del colegio. Corrí para tomarle la delantera, cogiendo el atajo de la parte de atrás del supermercado y cruzando la zona verde trasera, y la esperé en su portal. La oí hablando con otra chavala durante lo que me parecieron siglos, pero finalmente entró sola al portal. Me fui directo hacia ella y la inmovilicé contra la pared del hueco oscuro del portal con mi navaja suiza (adquirida, como la otra, en Boston’s, de Leith Walk) apretándole la garganta.

—¿Qué haces? ¿Qué haces, Roy? —lloriqueó, cagándose totalmente. Era la primera vez que me dirigía la palabra: la primera vez que la capulla pronunciaba mi nombre.

Disfruté con la expresión de sus ojos. Disfruté sujetando la navaja contra su garganta. Disfruté del poder. Eso es lo que tiene el poder, recuerdo haber pensado, simplemente hay que tomarlo. Cuando lo has tomado, tienes que aferrarte a él. No tenía mayores complicaciones. Dentro de los pantalones, la polla se me endurecía. Parecía todo tan luminoso. La boca, el mentón, los labios, las manos, los pies: todo parecía zumbarme.

—¡Me diste un capirotazo en las putas orejas! ¡Qué tienes que decir!

—Lo siento… —gimió con suavidad.

Le hablé despacio al oído mientras ella se encogía, tratando de apartarse de mí, demasiado paralizada por el miedo como para intentar algún movimiento más ambicioso.

—Me llamo Roy Strang, joder. Ni dios me toca los huevos… súbete la falda —ordené, apretando la hoja más fuertemente contra su garganta blanca y delgada.

La subió.

—¡Más alto!

Metí la mano dentro de sus bragas de algodón y de un tirón se las bajé hasta los muslos. Era el primer chocho de verdad que veía en mi vida, aunque había visto montones en revistas porno.

—Un potorro color panocha. Justo como lo había imaginado. Tenía ganas de ver si tenías colorados los pelos del coño, y tal —sonreí.

La muy boba me devolvió la parodia forzada y miserable de una sonrisa.

—¿Qué te hace tanta gracia, joder? ¿Eh? ¿Soy yo el que te hace tanta puta gracia? —escupí con dientes apretados, señalándome.

—No… —suplicó.

Me arrimé y después me pegué a ella, y empecé a frotarme contra su cuerpo hasta correrme, hablando como hacen en las revistas porno, con mi cálido aliento en su rostro helado y aterrorizado:

—Guarra… guarra… puta guarrona… te encanta, pequeña guarrona… —me sentía como Winston Dos. Los calzones se me inundaron de cola de empapelar. Eso fue todo; había sido mi primer polvo, aunque sólo hubiese sido un polvo en seco. Un polvo en seco es como lo llamaban en el barrio los chavales mayores cuando no se la metías por el chocho a una chica, sólo te refrotabas contra ella.

Me aparté de ella diciendo:

—¡Cómo digas algo de esto, puta capulla de chocho pelirrojo, estás acabada! ¡Vale!

Se quedó clavada en el sitio tapándose los ojos con las manos.

—No diré nada… —jadeó de miedo, casi llorando, mientras me marchaba. Me volví para verla subirse las bragas. Pensar que me había hecho pajas pensando en aquello. No era más que una chavala tontuela: casi no tenía tetas, y apenas tenía caderas. Pronto echaría un polvo como estaba mandado, y sería con una mujer de verdad.

Un problema más que quedaba resuelto.

Encontraba fáciles las tareas escolares y nadie me tocaba los huevos. De vez en cuando hacía pirola para ver el torneo de Wimbledon o la Copa del Mundo si mi viejo tenía turno de día. Era estupendo disponer de la casa para mí solo. Recuerdo que me aficioné muchísimo al torneo de Wimbledon aquel verano: había un enorme cabrón con un servicio poderoso que no había sido preseleccionado. No recuerdo su nombre, no hacía más que destrozar a todos los peces gordos preseleccionados. Me acuerdo de aquel viejo capullo esnob de Dan Maskell refiriéndose al chico como «un francotirador peligroso». Ese era yo, en el colegio y por el barrio: un francotirador peligroso. Era demasiado anónimo para ser uno de los grandes tíos duros, pero tenía un aire amenazador y tocarme los huevos resultaba una empresa arriesgada. Los tíos duros lo sabían, y yo también.

En vez de apostar por reclamar el puesto de mandamás en las pandillas del colegio o del barrio, las evitaba, reuniendo a mi propia cuadrilla. Quería ser el puto amo. Los tipos con los que andaba eran unos inadaptados. O eran demasiado

enrollados, como Pete, demasiado listos, como Brian, demasiado colgados, como Penman, o eran demasiado piojosos y duros de mollera, como Dexy y Willie, para encajar en las demás pandillas.

Aquel verano iba desesperado por echar un polvo. Debía estar desesperadísimo porque acorralé en los retretes a un capullo con cara de bebé que se llamaba Alan o Alee no sé qué… Moncur, me parece. El tío llevaba un abrigo de tres cuartos en invierno y una chaqueta del colegio en verano (¡hablo del arrabalero Craignewton!), e iba siempre pulcro y aseado, el tipo de capullo que tenía pintas de que le seguía vistiendo su mamá.

El Capullo-Vestido-Por-Su-Mamá éste era, no obstante, bastante afable. Se hizo más o menos amigo mío durante un tiempo, pues creo que le daban tanto la brasa en el colegio que iba buscando colegas para que le defendieran. En una ocasión me siguió la corriente jugando a estar hechizado por mí mientras yo hacía como que le hipnotizaba:

… hip - no - ti - za - do…
… hip - no - ti - za - do…

… se notaba que estaba cagao sin embargo, tenía los ojos del tamaño de pantallas de ordenador. En la superficie todo parecía normal, pero había mucho más por debajo, mucho más ocurriendo detrás de aquellos ojos de niña. Levanté la pierna, dejando que mi rodilla irrumpiera poderosamente en la entrepierna de aquel capullo…

… ahora tienes los huevos paralizados…

… dio un grito agudo y asqueroso como de animal y se dobló, presa de la agonía. Yo inauguré un coro frío y malévolo mientras saboreábamos el dolor y la trepidación que le asomaba en la mirada.

Tony me había hecho eso. Una vez en casa. Pero Tony era legal; la verdad es que nunca me zurró demasiado. Al que zurraba era sobre todo a Bernard y aquello era chachi; ver cómo zurraban a ese maricón.

Pero para mí lo curioso era que siempre me sentía un poco mierda después de hacer algo así. Me ponía triste y me hacía sentirme vil. Supongo que sencillamente lamentaba lo que había hecho. Lo curioso, sin embargo, es que lo sentía *en general*, nunca por la *persona en particular* a la que había maltratado. A ellos los odiaba más aún. Pero después de hacer algo así intentaba compensarlo con una buena acción, como ceder mi asiento en el autobús a un capullo de viejo o lavarle los cacharros a mamá. Lo que pasa es que cuando hacía algo como lo del Capullo-Vestido-Por-Su-Mamá siempre me sentía tan vivo, con tanto control de la situación. De modo que

aunque me sintiera mal después, nunca era suficiente para impedir que lo hiciese *en el momento*.

Un día estaba en los cagaderos de los chicos en el colegio, con Bri y Penman, fumándonos un porro. Yo pasaba de los trujas. Estábamos enredando ahí dentro cuando quién entra, sino el Capullo-Vestido-Por-Su-Mamá. Sentí cómo se me secaba la boca mientras mis ojos se regalaban con la expresión preocupada, como de conejo, del Capullo-Vestido-Por-Su-Mamá. La garganta pareció estrechárseme y los labios se me quedaron tan pegados que tuve que liberarlos con mi húmeda lengua.

—¡Atrapado! —rugí, señalándole, y empujándole a punta de cuchillo dentro de uno de los cubículos.

—¡Strangy! ¡Qué haces ahí dentro, cacho cabrón! —gritó Bri.

—Chitón, joder, Bri… chitón… —jadeé.

Obligué al Capullo-Vestido-Por-Su-Mamá a meneármela.

—Despacio… te mataré, joder… despacio… —ordené mientras me tiraba suavemente de la polla, los ojos abiertos de temor. A pesar de las llamadas y las risas de los chicos afuera, estaba lo bastante excitado como para soltar mi chorromoco sobre la chaqueta negra de aquel hijoputa bobalicón.

Me la guardé rápidamente, y después abrí la puerta.

Penman y Bri se caían de la risa mientras el lacrimoso Ca-pullo-Vestido-Por-Su-Mamá salió lloriqueando por fin del cubículo, seguido por mí, con una perversa sonrisa en el careto.

Pero aunque todos mis amiguetes se rieron con aquello, durante un tiempo me miraron de forma un poco distinta, como si fuera maricón, como Bernard. Le eché la culpa al Capullo-Vestido-Por-Su-Mamá y alimenté una violenta ira. Si aquel capullo no hubiese tenido el aspecto de una chavala pastosa e insípida, jamás hubiese logrado que hiciera el capullo de esa manera. Odiaba a los maricones. Odiaba la idea de lo que aquellos cabrones asquerosos se hacían los unos a los otros, metiéndose la polla por el cochino agujero del culo. A los maricones los habría castrado a todos.

Poco después de esto, el Capullo-Vestido-Por-Su-Mamá estaba hablando con sus amiguetes en el patio del recreo y chilló a todo pulmón cuando le di un fuerte y crujiente codazo en la cara. Nunca me molesté en mirar atrás para ver cómo la sangre caía profusamente de aquella boca de niña, pero Dexy y Bri me aseguraron que lo hizo, y de qué manera.

Odiaba a aquel capullo.

Sin embargo, la reacción de mis colegas había hecho que fuese todavía más importante que la metiera en caliente como está mandado, y tal, por vez primera. Afortunadamente, pronto eché un polvo como es debido. Por la noche solíamos quedarnos a las puertas del colegio con un grupo de chavalas, y enredábamos, metiéndoles mano. Había una que tenía más ganas que las demás, una chavala llamada Lesley Thomson. No era nada del otro mundo, y era una marrana total, pero tenía unas tetas chachis y un buen culo. Muchas de las otras chavalas eran en realidad

demasiado pequeñas: sin tetas ni culo de verdad. Solía separarla del resto del grupo y cruzar con ella los campos de recreo hasta las puertas del otro lado del colegio. Después de unos cuantos polvos en seco, reuní la confianza suficiente para follármela como está mandado.

Le pedí a Tony la llave del cuarto de reuniones. Se suponía que sólo los conserjes y los basureros tenían que tenerla, pero mi viejo tenía una porque era una especie de encargado de seguridad no oficial del edificio. La política del municipio era alentar a los inquilinos responsables a comprometerse con el mantenimiento de la zona. Sin embargo, Tony había guardado la llave de papá, puesto que utilizaba el cuarto de reuniones para llevarse a las chavalas y darse un revolcón. Tony era un artista del folleteo total. Aunque tenía un piso en Gorgie, aún seguía viniendo al nuestro y empleando el cuarto de reuniones para follarse a todas las guarras del barrio que no quería que viniesen dándole la barrila a su queo.

Yo era bastante amiguete de Tony en aquel entonces, y a veces subía a verle a su piso. Era chachi; me daba cerveza y me dejaba fumar costo con él. Nunca me gustó de verdad, pero hacía ver que sí, porque era amable por su parte que me dejara probarlo.

—No se lo cuentes a mamá o John —decía, riéndose.

Fue Tony quien realmente me lo enseñó todo sobre las chavalas.

—Si son guarras, las agarras bien fuerte y ya está. Si es una periquita decente, te lo tomas un rato con calma y te la ligas, y después la agarras bien fuerte.

El cuarto de reuniones era el sitio donde la rampa de las basuras iba a parar a un cubo de aluminio gigantesco que dominaba aquella habitación fría y desoladora. Los contadores centrales de electricidad del bloque también estaban allí. Había un viejo colchón mugriento en el suelo, sin duda empleado por Tony. Yo quería follarme a Lesley de pie, sin embargo, puesto que estaba acostumbrado a eso a causa de los polvos secos. La coloqué contra la pared y empecé a tantear en busca de la raja. Para sorpresa mía, el agujero estaba mucho más abajo del tajo en el felpudo de lo que imaginaba. Las fotos de chochos de mujeres que había en las revistas porno eran engañosas. Nunca me gustaron ésas en las que los genitales quedaban expuestos con excesivo detalle; eran como heridas abiertas y en carne viva, totalmente reñidas con las caras sonrientes e incitantes de las modelos. Apuesto a que las realzaban con pintura o esmalte o alguna mierda de ésas. Había comprado mi primera revista porno en Bobbie’s Bookshop: eso fue en la misma ocasión en que compré mi último cómic de la Marvel, *Estela Plateada*, y tal. Las revistas porno fueron de alguna utilidad; al menos, no intenté follarme a Lesley por el agujero del culo. Había crecido pensando que ésa era la norma en materia de sexo por culpa de Tony, que siempre decía: «A ésa me la follaba hasta caérsele el culo», cada vez que una chavala pasaba delante de él. Fueron precisas las revistas porno para corregirme sobre ese particular. Después de todo, tenían su utilidad.

Me llevó un rato meterla. Recuerdo haberme sorprendido de que entrase hacia

arriba, en vez de directo para adentro. Tenía el chocho húmedo y escurridizo pero un poco estrecho, y tuve que doblar las rodillas. Tras unos pocos movimientos de vaivén le vacié mi carga mientras las piernas se me doblaban y caía sobre el colchón. Fue mi primer polvo como está mandado; mi primer polvo en caliente. A decir verdad, no fue exageradamente mejor que un polvo en seco, pero por lo menos lo había hecho. Me sentía a la misma altura que Tony; hombres de mundo los dos. Al día siguiente fui al colegio con andares jactanciosos. Todos esos capullos que me llamaban Dumbo Strang, sentados en sus dormitorios pajeándose con Sue Storm, La Chica Invisible de *Los Cuatro Fantásticos*, mientras ahí me teníais a mí, el cabrón feúcho anotándose un tanto. Es curioso, solía odiar la idea de que a Sue Storm se la follase ese capullo de *Mr*. Fantástico, el Reed Richards ése. Podría habérselo montado mejor que con ese capullo aburrido, aunque supongo que tenía el poder de alterar la forma y las dimensiones de cualquier parte de su cuerpo. Si podía hacerlo con la polla, le haría pasar unos ratos jodidamente buenos. Supongo que por algo a ese capullo le llamaban *Mr*. Fantástico. Si a ella le dolía la cabeza, sin embargo, podía desaparecer tal que así.

Le contaba a Tony que la había metido en caliente; bacilándole sobre el número de polvos que había echado y las cosas que había hecho. Creo que sabía que me inventaba la mayor parte, y yo sabía que él lo sabía, pero me dejó seguir sin decir nada pues nos entretenía a ambos y nos hacía pasar el rato.

Pero Lesley Thomson empezó a darme asco, de verdad que sí. La verdad es que siempre me lo había dado. Llevaba unos mugrientos calcetines blancos que al principio me excitaban, pero que pronto me hicieron sentir asqueroso. Tenía el inconfundible olor a pastel rancio de los piojosos de arrabal. Odiaba la manera en que se quedaba allí de pie, sin moverse, siempre con expresión vacua y estúpida. Me la follé unas cuantas veces aquel verano, jurándome siempre cada vez que ésa sería la última, pero acababa sucumbiendo a la tentación de picármela otra vez y odiándola a ella y a mí mismo.

Hubo una ocasión en que intentó cogerme del brazo, fue durante el día, a las puertas del colegio, como si estuviese más o menos saliendo con ella, y tal. Tuve que cruzarle la jeta a la muy guarra ahí mismo. Luego tuve que arrastrarme un poco, sin embargo, para poder meterla en caliente.

—Estamos saliendo juntos —le dije en su cara estúpida—, pero sólo por la noche, y tal, ¿vale? Durante el día, cada uno por su lado.

La guarra *pareció* haber comprendido.

Mientras yo me dedicaba a todo esto en el barrio, hincaba los codos en el colegio. Al año siguiente me puse a hibernar para estudiar mis *0 grades*[19]. Papá insistió en que no se me molestara, y Kim fue reclutada para subirme en bandeja la cena a la habitación Aunque para entonces Tony ya estaba metido en un piso, de modo que había más espacio, a Bernard le obligaron a dormir en el sofá para que yo pudiese disponer de la habitación para mí solo. Siempre me sorprendió que Bernard no se hubiera ido a vivir a un piso, porque pasaba más tiempo fuera de casa con sus colegas

mariconas que dentro.

John se mostró inflexible en que ningún sacrificio era demasiado grande mientras yo estuviese estudiando. Estaba orgulloso de que un Strang se presentara a seis *0 grades*, y él y mamá me avergonzaban que te cagas contándoselo a todo dios.

Aprobé las seis. Querían que siguiera y me presentara a los *highers*[20], pero yo quería un empleo para poder reunir algo de pasta y conseguir mi propio sitio. En casa hubo otra fiesta para celebrar algo; en su mayoría, se trataba de los colegas privosos del viejo y la vieja que llegaron dando tumbos, demasiado pasaos para saber lo que se celebraba. Se produjo el inevitable canturreo. Papá le dio la serenata a mamá con Desde Rusia con amor y Moon River. Ella le cantó *Nobody Does it Better*.

Nobody does it better,
Makes me feel sad for the rest.
Nobody does it half as good as you do,
Baby you're the best.[21]

Papá rebosaba coquetería, levantando ligeramente las cejas por encima de aquella gruesa montura en un gesto al estilo Bond. Me entró una ligera náusea.

Aguanté y me salí con la mía, dejando la escuela inmediatamente para entrar como aprendiz de analista de sistemas en la Scottish Spinsters' Life Assurance Company de George Street. Siempre me habían enrollado los ordenadores en el colegio, y eso. Al principio, a mamá y papá les mosqueó que no siguiera estudiando, pero estaban que reventaban de orgullo cuando se enteraron de que tenía lo que la gente denomina un buen empleo con posibilidades. Estoy seguro de que papá lo veía como una rehabilitación de los genes de los Strang.

—Sabía que tenías seso, hijo —me decía continuamente—. Los ordenadores, una cosa del futuro —decía con aire sagaz, como si tuviera acceso a alguna información secreta de la que no se había enterado el resto del género humano. Esta afirmación se convirtió en una expresión casi obligada en mi familia cada vez que se referían a mí, reemplazando a «seis *0 grades*» y «madera de universitario». Así que ahí estaba yo, con el porvenir asegurado.

Recuerdo mi primer día en Scottish Spinsters'. El edificio me impresionaba tanto que me intimidaba. Era completamente nuevo por dentro, pero había conservado su grandiosa fachada georgiana y su opulento recibidor con pilares de mármol, y los salones y pasillos con el artesonado de roble originario. Aquí es donde estaba situada la sala de juntas y donde los cabrones de altos vuelos tenían sus oficinas. Esta parte más antigua del edificio conducía a una fea estructura recién construida que albergaba una serie de oficinas sosas e idénticas adornadas con colores pastel e iluminadas con tubos de neón fluorescente aptos para provocar migrañas.

Compartía una oficina con cuatro personas más. La puerta estaba etiquetada

CONTROL DE SISTEMAS y tenía tres nombres puestos: Jane Hathaway, Derek Holt y Des Frost. A mí y a Martine Fenwick, la otra aprendiz, no nos consideraban bastante veteranos como para que nuestros nombres figurasen en la puerta. Era un sitio de ésos. En la oficina del otro lado del pasillo había un tío llamado Colin Sproul, que era nuestro jefe de sección.

Si el edificio me había impresionado, nunca tuve un concepto demasiado elevado de los capullos con los que trabajaba. Jane Hathaway venía a ser la supervisora, la Oficial de Control de Sistemas Senior, la llamaban. Era bastante obesa, con cabello castaño más bien largo y unas gafas que me recordaban las del viejo. Tenía un aire de malicia altanera; era una cabrona lamentable que parecía gozar a tope ejerciendo su poder sobre los hombres de la oficina. Te encargaba que le llevases algo al servicio de reprografía (lo cual no era realmente mi cometido) y decía a continuación «Gracias, joven» de un modo medio condescendiente, medio en broma. Pero era una cabrona bastante ladina, porque nunca se pasaba de la raya hasta el punto de que le pudieras plantar cara y mandarla a la mierda; se limitaba a pincharte desde detrás de su fachada, y sus comentarios en privado dejaban mal sabor de boca aunque nunca se podía estar exactamente seguro de por qué.

Para mí que a la Hathaway la ponía cachonda Martine Fenwick, que era aprendiz como yo, pero, a diferencia de mí, había ido a la Uni. Literatura inglesa o algo así; vaya una pérdida de tiempo, eh. La Fenwick era una chica excepcionalmente flaca sin nada de tetas. A veces solía echarle un vistazo por el escote abierto cuando me mostraba algo en la pantalla del ordenador, sólo para ver si podía vislumbrar un *poquitín* de teta. Pero no, era como si su sujetador sólo fuera una camiseta con elástico que sólo albergara un pezón. Era una chica nerviosísima. La Hathaway y ella se ponían de lo más chiquillas cuando hablaban a veces, es como si ése fuera su palique; y la Fenwick empezaba a largar risitas nerviosas y a sufrir espasmos y contracciones y tenía que meterse los nudillos entre los dientes para no reírse como una imbécil. Era una chica desgarbada y para nada tenía un polvo, pero con todo tenía una extraña y oscura sexualidad, e inexplicablemente solía hacerme pajas pensando en ella.

Al parecer, la Hathaway le hacía pasar malos ratos a Derek Holt. Derek era un tío normal; casado con dos hijos, le gustaba tomarse una pinta a la hora de comer, hacía bien su trabajo y nunca se hacía autobombo. Le gustaba el furbo y compraba entradas para toda la temporada en Tynecastle. A veces yo cascaba con él de aquello. Por aquel entonces a mí en realidad no me gustaba el furbo, no era más que un tema de conversación. Al parecer, a la Hathaway este tío le resultaba profundamente repulsivo, como si fuera una especie de troglodita; lo miraba con una mordaz aprensión y se le endurecía el tono cuando se dirigía a él. Quizá fuera porque él no era como ella: inglesa, de clase media y lesbiana. Holt nunca pareció reparar en su comportamiento, o si lo hizo, le daba igual.

Des Frost era un cabrón bastante pico de oro. Se lo tenía creído pero se mostraba

distante e indiferente. Se notaba que a Martine Fenwick la ponía pero que muy cachonda.

De todos modos, ésos eran los capullos de mi oficina. La verdad es que yo nunca los tuve demasiado en cuenta, pero ellos nunca me molestaron gran cosa, eh.

Aunque quería encontrar un piso, la vida en casa había mejorado. Aportaba dinero y se me trataba más como a un igual que como a un chavalín sin talento. A veces iba al *pub* con papá, Tony, el tío Jackie y alguno de sus colegas. En ocasiones como ésas me sentía estupendamente. Muchos de los capullos viejos me chupaban el culo, el chico de John Strang, me decían. Winston Dos se quedaba hecho una bola a nuestros pies mientras nos sentábamos con nuestras pintas a jugar al dominó.

Hasta donde me alcanza la memoria, había tenido fantasías de vengarme de aquel puto perro por la escabechina que me había hecho en la pierna de renacuajo. El bicho aprendió a apartarse de mi camino, pero me aseguré de que nunca me pillaran pateándole. En mi familia se veneraba a Winston Dos. Kim solía sacarlo mucho y había compuesto un mantra trivial y repugnante que siempre cantaba afectuosamente cuando el animal tenía algo en la boca. Iba así:

Winners, Winners, Winalot,
Winners Winners, what you got?[22]

Aquella cretinesca rima adquirió rápidamente proporciones de culto entre mi familia y todo el mundo la repetía incesantemente. Evidentemente, Kim había recibido el don de la poesía mierdera de manos de Bernard, que se mostró particularmente entusiasta ante aquella boba composición. Odiaba el modo en que todos ellos idolatraban a aquel puto perro.

Una tarde me encontré con que estaba solo en casa con el animal. El bicho estaba sobando al lado del radiador y volvía lentamente en sí. Yo lo había estado observando, el rítmico abrir y cerrarse de sus fosas nasales, cómo se levantaba el colgajo de piel de la parte de arriba de su nariz mientras dormía. Me imaginé su cabeza alargada como el balón en el punto de penalty durante la final de la Copa de Europa entre los Hibs y el A. C. Milán. Al final de una contienda emocionante pero sin goles, a los chicos de verde esmeralda se les concedía un penalty que subía confiadamente a ejecutar su nuevo fichaje, Roy Strang.

La mandíbula de Winston crujió FAKOH al sacudirle un hermoso disparo al hijo puta.

—Strang… ¡uno-cero! —dije secamente, con una voz nasal de comentarista inglés capullo—, ¡y sin duda la Copa de Campeones ya va camino de Easter Road!

El animal soltó un aullido de dolor y a continuación hizo unos gañidos lamentables, acurrucándose detrás del aparador.

—Winners… Winners… —le susurré jadeando afectuosamente, logrando por fin atraer a mi lado de nuevo a la aterrorizada criatura—. Vas a morir, Winners —dije

con dulzura—; en cuanto encuentre un modo de alejarte de aquí: Vas. a. morir.

Acaricié al bicho mientras jadeaba con servil satisfacción.

Mi nuevo empleo me gustaba bastante. Me intimidaban un poco todos los cabrones esnobs que había por allí, pero algunos no estaban mal y el trabajo era fácil. Sobre todo, disfrutaba con el sueldo. Dumbo Strang, ganando más guita que cualquiera de los impertinentes matracos de arrabal que en tiempos intentaban humillarle. Mi vida social, sin embargo, era un poco rollo. Encontré más difícil echar un polvo. Yo quería una periquita de categoría, no sólo quilarme a una arrabalera en el cuarto de las basuras. Había abundante ganado en el trabajo, pero eran chorros pijos en su mayor parte, o lo que *yo* consideraba chorros pijos, y me sentía demasiado tímido y vergonzoso para hablar con ellas. Así que no había nada de marcha. En realidad, nunca me había hecho gracia la idea de tomar drogas, aparte de una fumada con Tony. Pete, Penman y Bri siempre iban hasta el culo de una cosa u otra. Aunque me tomaba una pinta de vez en cuando con Tony o con el viejo, la bebida no me aportaba gran cosa, y en realidad no me iba lo de ponerme bolinga. Veía el alcohol como la droga de tantos de los proletas a los que despreciaba. Así que supongo que llegué a la conclusión de que la mejor posibilidad de pasármelo bien sería con los *casuals*[23]. De crío había ido a algunos partidos de los Hibs con Tony y papá, pero siempre me aburría en seguida. El furbo me parecía un rollo. Lo identificaba con mi propia falta de habilidad; demasiado falto de coordinación a causa de mi pata chula, cortesía de Winston Dos. Sin embargo, Dexy y Willie se iban de correrías con los jovencitos, y empecé a escuchar con interés algunos de sus relatos.

Pero todo esto son chorradas.

Vayamos MÁS ABAJO.

9 La mantis religiosa

Sandy le pegó una profunda calada al porro y aspiró con fuerza. Conducíamos el destartalado jeep de Dawson hacia el parque de Emerald Forest. Yo iba al volante. Observé cómo se agotaba el oscuro y urbano paisaje de la húmeda, malsana y deslucida ciudad matriz de Jambola Park mientras aparecía ante nosotros una exuberante colina verde. Aparecieron dos mujeres jóvenes, haciendo dedo a un lado de la carretera. Una tenía cabellos color de miel, con mechas soleadas. Era un poco corpulenta, pero muy guapa. La otra tenía cabellos oscuros que caían en cascada, hermosos ojos almendrados, y una bella y retorcida expresión de morritos. Era preciosa.

—¡Alto! —gritó Sandy, señalándolas con la cabeza.

Aceleré.

—¡Guarras! ¡Putas guarras! Lo último que necesitamos es llevar unas putas guarras a remolque para joderlo todo —gruñí, sorprendido ante las palabras que me salían de la boca.

¿Qué cojones es esto?

—Nos lo habríamos podido montar de… —se quejó Sandy.

—Habrá muchas oportunidades de echar un polvo… quiero decir, muchas oportunidades de gozar de la compañía de atractivas señoritas después de habernos ocupado de este asunto, Sandy —dije. Por algún motivo odiaba a esas mujeres. Las muy guarras me daban repelús, joder. Haciendo dedo de ese modo. Se merecían que…

No.

Aquí dentro hago todo lo que no hice afuera. Estoy intentando ser mejor, intentando hacer las cosas bien, intentando resolverlo todo.

A Sandy no le ha hecho gracia. Está mosqueadísimo conmigo por no haber parado. Empieza a parlotear, y de pronto su pesar asume una vena más abstracta y conceptual:

—La justicia —hizo notar con finura— no es un bien del que gocemos en demasía. Sí, luchamos por obtenerla, pero parece que el mísero sino de nuestra desdichada especie es que nos rehuya constantemente.

Le ignoré. Acabábamos de tener una conversación. Cuando llegamos a la ciudad por primera vez nos fuimos directamente a un bar, donde vimos algunas perturbadoras imágenes de niños muriendo de hambre. Se trataba de alguna hambruna o guerra, o lo que fuese. Me dio que a Sandy le había conmovido, porque salió exactamente con el mismo tipo de rollo sobre la justicia.

—Sí, Sandy —asentí—, esos pobres niños hambrientos; en conjunto, un desastre

bastante lamentable.

—De hecho, pensaba en el infame incidente de mano durante la semifinal de Copa entre el Airdrie y el Dunfermline en Tynecastle en septiembre de 1991, cuando una controvertida decisión arbitral…

Eso es lo que dijo entonces. Ahora vuelve a decirlo todo otra vez, babeándome la misma mierda en los putos oídos. Sacudí la cabeza. ¿Por qué tenía que sacarlo a colación? Estoy descontrolando, joder cómo descontrolo.

—Creo que he oído esa historia antes, Sandy… —No pensaba aguantarle aquello a un cabrón que no era real, que era sólo un personaje que había creado en mi propia imaginación, basado vagamente en el perfil de un futbolista. Nada es real, pero todo lo es. No dispongo más que de mis percepciones para determinar lo que es la realidad, y aquí dentro esas percepciones resultan tan vivas que compensan la pérdida de mis sentidos.

Sandy puso cara larga y cogió el volante después de que parásemos a mear y tomar una taza de té hervido en una aldea periférica. Al otro lado de la Colina Verde estaba el parque de Emerald Forest. Cogí mi copia de *YOUTH IN ASIA*, el libro que me había regalado Dawson. Una ojeada superficial al índice revelaba una obra profundamente filosófica en la que el autor luchaba por encontrar caminos de redención.

Aunque estaba lejos de ser una obra de esparcimiento, era exactamente lo que yo iba buscando; se la recomendaría a cualquiera que estuviese enzarzado en los aspectos prácticos de la

actividad política personal		—Hola, hijo.
con los que se enfrenta uno al	alzarnos	
entregarse al discurso filosófico.	alzarnos	Quién es… Sandy…
¿En qué momento trasladamos	alzarnos	
nuestras energías del	alzarnos	Hoy tiene mejor
análisis a la actividad	alzarnos	aspecto, ¿no, Vet?
promotora de cambios?	alzarnos	
Es necesario hacerlo para	alzarnos	—Sí, es verdad.

Mi padre está aquí. John Strang. Mi madre también parece estar aquí. Verity Strang, de soltera Porteous. Empiezo a recordar.

El partido.

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO ------------------ Siento el sol en la cara y veo a Sandy sonriéndome. Siento un maravilloso y eufórico afecto por él; es como si nos hubiésemos tomado unas pastillas de MDMA juntos y el mundo entero se hubiese parado y detenido ante la fuerza positiva del amor que sentimos en y alrededor de nuestros cuerpos. Nos abrazamos.

Después de un largo silencio, digo:

—Lo siento, Sandy. Perdí un poco los papeles hace un momento.

—El jeep está más bien… eh, jodido, básicamente —dice él, cambiando de tema para evitarme rubores al romper nuestro abrazo.

Doy un paso atrás apartándome de él y mis sentidos quedan abrumados por imágenes superpuestas en las que veo mi puño machacando el deforme rostro gomoso y asqueroso de un maricón… es Bernard… no… es Gordon, con su aliento dulzón y vomitivo en mi oído, y me tiembla el espinazo… qué cojones…

Concentrémonos: domínate, joder.

Mejor.

Mejor.

Noto que ya no estamos en el jeep sino tumbados de espaldas en paños menores junto al lago. Le doy un envidioso repaso a las musculadas y atléticas piernas de futbolista de Jamieson. Le he tratado mal durante esta caza del Marabú, que desde luego parece haber perdido ímpetu últimamente.

Cuando Sandy mira hacia el sol y exclama:

—Nunca fue penalty —ya comprendo exactamente de qué habla. He estado intentando dramatizar demasiado las cosas en este pequeño mundo mío, tratando de ejercer el control absoluto sobre este medio, en vez de confiar en reaccionar ante los acontecimientos con dignidad y compasión. ¿Y qué si mis dos mundos se aproximan cada vez más? Quizá sea ése el modo de aproximarme al Marabú. En vez de interrumpir a Sandy, decido seguirle la corriente.

—Me inclino por estar de acuerdo, Sandy —le digo.

Se señala el pecho desnudo:

—Las cámaras me han dado la razón. Maldigo esa decisión todos los putos días de mi vida, Roy. Acabó con la mejor oportunidad que tuve de conseguir una medalla. Destruyó mi lugar en los libros de récords, mi oportunidad de alcanzar la inmortalidad futbolística. No tenían derecho a hacerme eso.

Estaba sofocado de exasperación.

—¿Qué derecho tenía? Ningún hombre tiene derecho…

Las lágrimas rodaron por las morenas mejillas de Sandy.

Ningún hombre tiene derecho.

¿Dónde he visto yo eso?

¿Dónde he visto yo eso? Estoy un poco pasmado, así que rompo a vociferar nerviosamente:

—Venga, Sandy, ese tipo de reveses son parte integral del juego. De todas formas,

échale una mirada al fútbol escocés y su aburrido y sectario *status quo* de quiero y no puedo: pro-Rangers, masones, fanáticos, serviles y reaccionarios. Estamos hablando de Escocia, por Dios…

ESCOCIA. NO. SE SUPONE QUE ESTO ES ÁFRICA O ALGUNA PARTE O INCLUSO EL INTERIOR DE MI CABEZA QUE NO ES UN PAÍS, NO TIENE NADA QUE…

Miro a Jamieson, boquiabierto durante un instante. Afortunadamente está demasiado absorto en sí mismo como para reparar en mi patinazo.

—Sandy, intenta perdonarle. Intenta comprender la falibilidad humana. Puede que sólo cometiera un error.

Sandy se lo pensó, y entonces se volvió hacia mí en un estado más o menos sobrecogido.

—¿Sólo un error? —dijo.

—Sí, Sandy, un fallo humano.

Sandy me miró, con los ojos iluminados y una sonrisa en la cara.

—¡Sí! ¡Claro! No fue más que un error sin importancia. Sólo un juego de fútbol, veintidós chavales hechos y derechos dándole de patadas a un balón. No pasa nada.

	arriba--	El disparo en solitario de Darren
No pasa nada--	--yendo	Jackson bastó para llevar a los Hibs a otra final de Copa donde se enfrentarán a los Reinhers…

—Voy a ponerle esto, el chico no querrá oír cosas de furbo —dice mamá.

—¿Pero tú como lo sabes, Vet? ¡A ti te lo pregunto! ¿Cómo sabes tú lo que el chico quiere oír?

So would ye like tae have fun, fun, fun,
How's about a few laughs, laughs, laughs,
Let me show you a good time…[24]

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO ---------------- y ahora Sandy y yo estamos tomando cócteles en un bar de una ciudad que posiblemente sea Nairobi o alguna parte de África, no lo bastante hermosa para ser Ciudad de El Cabo y todo va mal porque las dos guarras ésas que vimos en la carretera están aquí y Sandy se ha puesto a hacerles la pelota diciéndoles:

—Señoritas, ¿podría invitarlas a una copa?

Las guarras nos lanzan unas sonrisas carroñeras.

Yo corto.

—No, vosotras podéis iros a tomar por culo, pareja de guarras. Esto es sólo cosa de Sandy y mía, un rollo de colegas y tal. ¡No queremos a un par de chorros

estropeando nuestra aventura, nuestra misión, nuestra diversión! ¡La cosa va sólo de tíos! ¡Sólo tíos, sólo tíos, sólo tíos!

Me oigo chillarles, irritado. Tengo la impresión de que he hecho el ridículo en el bar, pero las mujeres están desconcertadas, pues han dejado caer sus disfraces y ahora son gigantescas mantis religiosas con pelucas rubia y morena, y con manchas de lápiz de labios en esas mortíferas fauces que semejan pinzas.

—Mira, Sandy, míralas ahora —sonrío triunfante y justiciero—. ¡Mira a esas putas guarras tal como son!

Sandy apartó de ellas la vista y le sonrió al camarero blanco y de cabello canoso.

—Estas presuntas señoritas no van a unirse a nosotros después de todo —cabeceó y le guiñó el ojo y el camarero cogió un bate de béisbol de detrás de la barra.

—Marchaos. Marchaos ahora mismo —les gritó a los insectos. Hicieron algunos chirriantes sonidos mecánicos propios de insectos y se volvieron torpemente, reculando hacia la puerta. Al salir a la calle dejan la puerta abierta y atrancada. Podemos ver a la gente pasar por delante, fuera, en la acera. La corriente resulta refrescante.

Siento una gran admiración por Jamieson y la forma en que estuvo a la altura de unas circunstancias evidentemente difíciles. Me planteo si decírselo o no, y entonces pienso al cuerno, lo voy a hacer, cuando veo algo fuera, arrastrando los pies torpemente enfrente del *pub*, con unos andares lentos, cojos y cluecos.

Sandy también lo ha visto. Apura su copa.

—¡Rápido, Roy! ¡Es nuestro puto Marabú!

Salimos hasta la calle como una exhalación y perseguimos a la criatura calle abajo y la seguimos hasta un

callejón--- pero estoy arriba
empezando a subir arriba
nah----nah-----nah---- arriba

Nah, Vet, espera, esta
es la cinta que al
chico le hace falta…

Y ahora está cantando su especial de año nuevo:

From Russia with love…
I fly to you,
Much wiser since my
Goodbye to you

QUE ALGÚN CABRÓN QUITE ESA PUTA CINTA

I've travelled the world
To learn I must return
From Russia with love[25]

Me acuerdo de cuando Matt Monro actuó en la Jaula del Pájaro del Doocot allá en Ferry Road. Para entonces la carrera de Matt iba cuesta abajo, pero mamá y papá disfrutaron muchísimo aquella noche. Desde aquella película de Bond y aquella

canción había sido el héroe de papá, y el viejo imitaba a Matt bastante pasablemente.

I’ve seen faces, places
and smiled for a moment,
But oh
You haunted me so.
Still my tongue-tied
Young pride
Would not let my love for you show
In case you’d say no[26]

—Esto es estupendo, ¿eh, Vet?

—Sí.

—Pero tendríamos que Ir moviéndonos, hay que ir por la cena y esta noche echan una nueva serie de David Attenborough. Lo dicho, una nueva de David Attenborough. Con pájaros. La vida secreta de la lechuza común es la primera. ¡Ves lo que te pierdes, Roy! ¿Tenemos alguna otra noticia para el chico, Vet, lo dicho, alguna otra noticia?

—La verdad es que no, todo el mundo está bien.

—La otra novedad es que esta vez no voté a los *tories*, en las elecciones locales, y eso, como protesta contra la puta poli tax ésa. Ahora, contra los que tendría que protestar es contra los del puto municipio laborista éste; ellos son los cabrones que hacen que siga siendo tan alta. Voté al SNP, y no es que sea partidario de la independencia de Escocia. Los escoceses construyeron el Imperio y los capullos embobaos de los ingleses serían incapaces de hacerlo funcionar sin nosotros. De todas formas, ésa es mi filosofía. Bueno, Vet, ¿estás lista?

—Sí. Chao, Roy.

—Hasta la vista, hijo.

Quitan la cinta y me dejan mientras las enfermeras vienen a atenderme. Me dan la vuelta y la enfermera Patricia Devine me pone un enema.

En tiempos podría haber sido una de mis fantasías.

10 Visita de Bernard

Bernard ha venido a verme al hospital. Viene cada pocos días o semanas o meses, me parece: en mi situación el tiempo carece de todo significado. Bernard viene a leerme sus poemas. La lamentable maricona ha encontrado por fin un público cautivo.

Lo único interesante que tienen las visitas de Bernard es que él es el único que parece creer de verdad que puedo oírle. Cuando los demás me hablan, lo hacen con tonos forzados, crispados; llenos de lástima autoobsesiva, como confesándose y autojustificándose. Bernard es el único que parece completamente a gusto. Jamás hemos estado tan a gusto el uno con el otro. ¿Por qué se muestra tan amable conmigo?

—¿Te acuerdas de Suráfrica, Roy? Johannesputoburgo —escupe—. Joder si lo odiaba. Eso sí, había cada uno. Pero entonces yo no había salido realmente del armario. Eso fue la mayor pérdida, esos chicos de todas las razas… pero claro, tú tuviste más éxito que yo en ese apartado —dijo con unas risas tontas—. Pedazo de chapera de tapadillo.

¿EH? QUÉ COJONES ESTÁS INSINUANDO PUTA MARICONA INSENSATA…

—Sí, claro. Yo lo sabía todo sobre tú y Gordon. Pobre tío Gordon. Fascista gilipollas.

Cómo cojones…

—Ah, también lo intentó conmigo. Conmigo primero. ¿Te he defraudado, Roy? Sí, claro, por supuesto que soy una maricona, cariño, pero bastante más escrupuloso que todo eso, puñeta. Quiero decir, es un poco como tú y la abuela, los dos sois heteras, ¿no? Bueno, pues supongo, quizá ingenuamente a la vista de tu historial, que no le comerías su viejo y árido coño. ¿No? —Pone una voz de guasa, más de chanza que de mala intención.

VETE A TOMAR POR CULO MARICÓN HORROROSO…

—No más de lo que yo me metería la cola del tío Gordon en la boca. Pero tú sí lo hiciste, ¿eh, Roy?

UNA MIERDA LO HICE… NO HICIMOS NADA… SÓLO FUE UNA PAJA, ESO FUE TODO…

—Perdona, Roy. Me he pasado. De todos modos, ¿te acuerdas de Suráfríca? Yo todavía me acuerdo. Inspiró unas cuantas poesías, aquel año. ¿Te acuerdas de cuando Gordon nos llevó a Sun City a pasar el fin de semana?

De eso me acuerdo. Cogimos un vuelo de corto recorrido desde La Ciudad de Oro a Las Vegas africana, en el bantustán nominalmente independiente de Bophuthatswana. El juego era, por supuesto, ilegal en la República. La excursión a Sun City fue un pequeño montaje de Gordon para lograr que John y Vet viniesen, de forma que pudiese hacer lo que trataba de hacer siempre: hacerles sentirse insignificantes ostentando su riqueza y las diversas ramificaciones de sus negocios.

Tengo buen recuerdo de aquello. Lo pasamos estupendamente. Estuvimos en el hotel Cascades, el más caro y lujoso de Sun City. Como sugiere el nombre del hotel, el agua era su tema principal. El generoso empleo de la misma daba lugar a unos

terrenos ricos, tropicales, ajardinados. Kim y yo pasamos siglos deambulando por aquel bosque artificial, con sus cataratas, riachuelos, caminos y puentes. Eramos los únicos chavales que había allí y aquello era como nuestro propio paraíso particular. Encontramos un pequeño claro junto al lago donde nos sentamos e hicimos como si todo aquello fuera nuestro y nunca tuviésemos que volver a casa. Yo era un poco cabrón, y hacía estallar en lágrimas a Kim con sólo decirle que íbamos a regresar a Muirhouse. Ojalá no hubiese bromeado con aquello. Como a mí, a ella le encantaba Suráfrica. Pero aquellos jardines eran como la tierra prometida. De hecho, los terrenos del hotel eran como un microcosmos de toda Sun City. Habían empleado enormes cantidades de agua para crear aquel auténtico oasis en el desierto, que había sido ajardinado imaginativamente con flores, céspedes, arboles exóticos y riachuelos por todas partes.

Fueron unos días maravillosos.

—Con eso de que Tony y yo éramos lo bastante mayores para ir a los casinos y toda esa mierda con mamá, papá y Gordon

Era un paraíso

—La repugnante codicia y avaricia, la primera línea de la explotación surafricana, el recreo donde los colonizadores gozaban del fruto de las riquezas que habían expoliado.

CÁLLATE PUTO MARICÓN, NO FUE ASÍ, FUE COJONUDO.

—Pero el puto *cabaret* fue todavía peor que los casinos. Tú y Kim tuvisteis suerte, recogiditos en el hotel. Yo tuve que sentarme en silencio mientras veíamos el *show* de Doreen Staar. Era una ordinaria, y extremadamente racista. Escribí una poesía sobre aquella ocasión.

AY DIOS, SORPRESA, SORPRESA. ALLÁ VAMOS.

Estalló en un ceceo declamatorio:

—Ésta se titula: El otro cáncer de Doreen Staar.

Did you see her on the telly
the other day
good family entertainment
the tabloids say

But when you’re backstage
at your new faeces audition
you hear the same old shite
of your own selfish volition

She was never a singer
a comic or a dancer
I can’t say I was sad
when I found out she had cáncer

Great Britain’s earthy northern
comedy queen
takes the rand, understand
from the racist Boer regime

So now her cells are fucked
and that’s just tough titty
I remember her act
that I caught back in Sun City

She went on and on about
'them from the trees
with different skull shapes
from the likes of you and me'

Her Neo-Nazi spell
it left me fucking numb
the Boers lapped it up with zeal
so did the British ex-pat scum

But what goes round
comes round they say
so welcome to another dose
of chemotherapy

And for my part
it's time to be upfront
so fuck off and die
you carcinogenic cunt[27]

—Bueno, Roy, ¿qué te ha parecido?

Lo pregunta como si yo pudiese responderle. Sabe que puedo oírle. Bernard lo sabe.

Bernard

—Resultó todo un bombazo en el club.

Bernard

Me parece uno de tus intentos más logrados.

Tercera parte

TRAS LA PISTA DEL MARABÚ

11 Casuals

Conocí a Lexo en el tren que iba de Glasgow Central a Motherwell. Yo estaba sentado con Dexy y Willie, a cierta distancia de la mesa de los *top boys*. Era mi primera escapada con los *cashies* y estaba decidido a causar buena impresión.

Dexy y Willie llevaban una temporada de correrías con los chicos, habiendo ascendido desde el *baby crew*. Al principio sus relatos me aburrían; parecían exagerados y no podía tomarme mínimamente en serio sus versiones de los acontecimientos, y mucho menos sus supuestos papeles en lo sucedido. No obstante, me intrigó bastante como para sondear el ambiente de algunos de los partidos caseros en los que había contingentes numerosos de *casuals* visitantes, y en realidad sólo se trataba de partidos contra el Aberdeen, y me enganché a la adrenalina.

Fue cuando el Aberdeen bajó con semejante dotación que me entró el gusanillo. Los follaovejas del Aberdeen acababan de ficharle al Arsenal al capullo ése de Charlie Nicholas, el esquiva jabones, y había un ambiente de lo más tenso. Los capullos se lo tenían muy creído. Hice un poco el bocas y di algún que otro empellón por Regent Road, pero había demasiada policía para que hubiese bulla de verdad.

En el tren, aquel aburrido miércoles por la noche, nos aseguraron que sería distinto. Dexy, Willie y yo éramos unos cadetes con ganas, riendo servilmente para la galería las gracias de cualquier *top boy* bromista, pero permaneciendo austeros, impasibles y respetuosos cuando era un psico el que entretenía a la concurrencia.

Lexo dio la vuelta al tren dando ánimos.

—Acordaos, más vale que ningún cabrón se raje. Recordadlo, cabrón que la caga, cabrón que la paga. Somos la escuadra más dura de Europa. Nosotros no corremos. Acordaos. Nosotros no corremos.

No tuvimos que esperar mucho para encontrarnos con los *casuals* de Motherwell. Los tuvimos encima nada más llegar a la estación, y yo me cagaba de miedo. No sabía por qué; parecía que llevase toda la vida rodeado de violencia, latente y manifiesta. Pero aquello era distinto, una situación nueva. Sólo ahora me doy cuenta de que el comportamiento siempre tiene un contexto y unos antecedentes, que se trata más de lo que haces que de lo que eres, aunque con frecuencia no reconozcamos nunca ese contexto o comprendamos cuáles son los antecedentes. Me acuerdo de pensar trágate el miedo, siente el hormigueo. Eso decía Lexo. Entonces vi a este tío delgado y espectacularmente blanco, casi albino, arremeter sin más contra los chicos de Motherwell y dispersarlos. Entré a saco, pegando puñetazos, pateando y mordiendo. El capullo al que estaba golpeando me devolvía los golpes, pero era como si no pudiese sentir nada; y yo sabía que él sí porque se le estaban llenando los ojos de temor y era la mejor sensación del mundo. Entonces cayó de culo. Lo siguiente

que recuerdo es que algunos de los nuestros me arrancaron de encima de un tipo, y me arrastraron calle abajo mientras el aire se llenaba con el sonido de las sirenas de policía. Gruñía como un animal enloquecido, y sólo quería volver y acabar de una vez por todas con el cabrón que estaba en el suelo.

Durante el partido temblaba por dentro de emoción. Lo hacíamos todos. Nos reíamos con liberadora histeria ante cualquier chiste trivial u observación sobre la bulla. No recuerdo nada del partido, salvo al pequeño Mickey Weir corriendo arriba y abajo de la banda, intentando jugar al furbo en vano, rodeado por gigantes de color clarete y ámbar y un árbitro ciego. Perdimos uno-cero. A la vuelta, en el tren, con una escolta policial hasta Glasgow y después Edimburgo, jamás se hizo mención del partido una sola vez. Sólo se hablaba de la bulla.

Lexo se acercó a nosotros. Dexy, con aspecto avergonzado, se levantó para dejarle sentarse a mi lado. Remoloneando alrededor de la mesa, se le permitió irse cuando Lexo saltó:

—¿Te pica la nariz, capullo?

Se marchó con aspecto de perro amilanado. Dexy no se había portado demasiado bien durante la bulla esa noche.

—Puto gilipollas —sonrió, gritando pasillo abajo a continuación—: ¡Ghostie! Te digo… ¡Ven aquí ahora mismo, cacho cabrón!

El tío de aspecto albino llamado Ghostie vino y se unió a nosotros. Jamás se te habría ocurrido al mirarle que el cabrón fuera especialmente duro, pero todo dios sabía que era un majaron venao. Estuvo a su altura habitual en Motherwell. Fue el primero en atacar, me había dado confianza. Jamás había visto algo tan veloz, tan implacable y tan potente.

—¿Cómo te llamas, socio? —preguntó.

—Roy. Roy Strang.

—Strang. ¿Tienes un hermano?

—Sí, Tony Strang.

Asintió con la cabeza en señal de vago reconocimiento.

—¿De dónde eres?

—Muirhouse.

—Arrabalero, ¿eh? —se rió.

Sentí un acceso de ira. ¿Quién cojones se creía que era el chulo éste? Intenté controlarme. Sabía quién era. Ghostie. El Espectro. Le había visto en acción; sólo un momento, pues yo mismo estaba demasiado liado, pero fue suficiente para saber que a ese tipo jamás le buscaría las cosquillas.

—Yo también —sonrió—. De Niddrie. Pero ahora vivo en el centro. Paso ya del todo del puto barrio. ¿Sabes las parabólicas? —preguntó.

—Sí.

—¿Cómo se llama la caja pequeña que tiene detrás la parabólica?

—Eh, no sé, la verdad.

—Propiedad municipal —se rió. Me sumé gustosamente.

Ese fue el comienzo de mis actividades de *cashie*. La temporada estaba en sus inicios y los *top boys* ya me conocían.

Me detuvieron en Parkhead por romperle la mandíbula a un tío de Glasgow; afortunadamente, conseguí deshacerme de mi puño americano. Nuestra estrategia para los partidos en Glasgow consistía en mezclarnos entre el público y empezar sin más a zurrar a todo dios para provocar el pánico. Lo único que requería era organización y un par. La organización era en realidad cuestión de sincronización, de moverse en el momento justo. Le di un varapalo a un estúpido hijo de puta por el delito de ser un mongolo total con mogollón de chapas del papa y del IRA en la bufanda, pero un par de polis salieron directamente detrás de mí. Corrí entre la multitud, pero un esquiva jabones rastrero y cabrón sacó una pierna, perdí el equilibrio, caí y me trincaron.

Mamá y papá llevaban un mosqueo que te cagas durante el juicio.

—No quiero que te metas en líos, Roy. Podrías perder tu empleo, hijo. Se supone que tú eres el sensato de la familia —rumió papá. Se hallaba en una extraña posición; preocupado, pero complacido porque todas aquellas lecciones de boxeo no se hubieran echado a perder—. Sabía que no teníamos que haber vuelto. Teníamos que habernos quedado en Suráfrica.

—Ah, venga, papá…

—A mí no me vengas con «venga papás». Lo dicho, Suráfrica… Lo que te digo —prosiguió monótonamente—, podrías perder tu empleo. Hoy en día no crecen en los árboles, eh. Sobre todo en la informática. Algo con futuro.

—Sí, claro.

—Y para qué, ¿eh? ¿Para qué? ¡Te estoy haciendo una pregunta! Por esos jodidos chalaos de los *casuals*. Quiero decir, ni siquiera les interesa el furbo a esos capullos. Os veo a todos en Easter Road. Todo lo que les interesa a esos capullos es la ropa de marca, te lo digo yo, la puta ropa de marca.

—Mierda pura.

—Sí, claro, toda la que tú quieras, pero lo he leído todo al respecto. En el *Evening News*. Putos teléfonos móviles, y todo. ¿Me estás diciendo que no son más que películas, eh? ¡Te lo pregunto a ti!

—Sí. No es más que mierda. Pura mierda.

Ahora el viejo me daba menos miedo. Parecía una figura más triste, más débil, rota por la muerte de su hermano y el fin del sueño surafricano. Ahora trabajaba como detective de los grandes almacenes John Menzies.

A mí me iba bien, llevando una vida fragmentada. Los fines de semana de clubs y furbo con los chicos, y me había estado follando unas cuantas periquitas. Unirme a los *cashies* había sido un plus en este aspecto. Aunque nunca estuve satisfecho de mis pintas, al ser un *cashie* tenía acceso a todos los chochos que necesitaba. A veces sólo eran pencos, y tal, pero un polvo es un polvo. Era algo que hacer después de una

bulla; era mejor que no follar. Eso le hace polvo la autoestima a cualquiera. Ya lo creo. En el trabajo me iba bien, y también en mi curso de ampliación de estudios informáticos en el Napier College. Disfrutaba organizando programas para orientar estrategias: era un desafío y el dinero no estaba mal. Seguía decidido a meterme en un piso del centro y alejarme de mi familia. El caso es que, además, gastaba un montón de pasta, sobre todo en ropa. Casi todo el dinero que tenía me lo gastaba en trapos nuevos.

Empezaron a circular rumores en el trabajo de que yo era un *cashie*. Para nosotros fue una época muy movida y teníamos a los periódicos encima. En Escocia, la violencia futbolística a gran escala siempre había sido en realidad cosa de los duros de mollera de Glasgow que jamás iban a una iglesia, dándose la del pulpo para determinar qué marca de cristiandad era la mejor. Nosotros éramos una gran noticia porque éramos distintos; vestíamos a la moda, nos molaba la violencia por sí misma, y teníamos un cociente intelectual decente.

Disfrutaba con la notoriedad. Estaba bien ver a todos aquellos capullos puretas del trabajo mirarme con respeto y turbación. Yo me limitaba a permanecer callado. Incluso cuando aquella entrometida vacaburra tortillera de la supervisora, Jane Hathaway, intentó provocarme un lunes recitando incidentes de un periódico, me limité a permanecer callado. Ningún capullo tenía los huevos de venir directamente y preguntarme si había tenido algo que ver. Más que la notoriedad, disfrutaba con la sensación de misterio.

Las oportunidades de ganar dinero con los *cashies* abundaban, pero en realidad a mí sólo me interesaban las broncas. Conllevaba menos riesgos. Me cosqué rápidamente de que la policía pasaba bastante de los delitos contra las personas siempre y cuando no te metieras nunca con gente pija o consumidores. Cuando empezabas a intentar extorsionarles pasta a los *pubs*, los clubs y las tiendas, entonces los cabrones se ponían bordes. De ninguna manera iba yo a pasar por el talego.

Hubo una gran fiesta en el Hilton de Pilton, el hotel Commodore; Tony iba a casarse con una chica llamada Hannah. La trajo por casa una noche y lo anunció. Parecía muy maja, aunque era evidente que estaba en estado. Se iba a vivir al piso de Tony. A mí me sorprendió, porque estaba seguro de que la conocía de algún sitio.

—Ya iba siendo hora de que sentaras cabeza —dijo John, levantando un vaso de whisky. Insistió en que todos bebiéramos un poco como brindis—. Os lo digo yo, no hay nada mejor que la vida de casado. ¡A mí no me hizo ningún mal! —Le guiñó el ojo a mi madre, que le regaló una sonrisa empalagosa.

Bernard dijo algo amanerado y Kim empezó a llorar. Yo me limité a decir:

—Muy buena, Tony —le di al capullo una palmada en la espalda y rebajé el rancio whisky con montones de limonada.

Durante la boda me entró un *shock* que te cagas cuando vi quién era una de las damas de honor. Llevaba un largo vestido color melocotón, que hacía juego con los que llevaban otra chica y dos chiquillas. Era El Polvazo; el chorro de Hamilton. Era

la hermana de Hannah, lo cual convertía a El Polvazo en familia política mía, o algo así.

La había guipado en la iglesia y no pude dejar de mirarla durante la recepción. La miraba fijamente. Nos presentaron, a las dos familias. Habían pasado todos por casa antes pero yo estaba fuera, en realidad no hice ni caso.

—Así que tú eres Roy —dijo ella.

La jodía bruja ni siquiera me reconocía.

Seguí mirándola. A medida que transcurría la noche, no le quitaba los ojos de encima. Finalmente, se vino hacia donde estaba yo.

—¿Pasa algo? —preguntó, sentándose a mi lado.

—No te acuerdas de mí, ¿a que no? —sonreí.

Puso una cara burlona y empezó a mencionar nombres. La mayoría no significaban gran cosa para mí, sólo eran capullos que conocía vagamente del barrio y el colegio.

—Tú salías con Stuart Hamilton —le dije.

Se ruborizó un poco.

—Eso fue hace siglos… —dijo con una sonrisa boba.

—Se te folló, ¿no? —pregunté, mirándola de arriba abajo. Buen par de tetas, y eso.

Arrugó la cara y me miró frunciendo el ceño. Su belleza se derrumbó, dando paso a la fealdad. Era relativamente corpulenta además, mucho más ancha que Hannah. Sería una guarra gorda dentro de pocos años. Algunas chicas no hacen sino ponerse más y más gordas; es como si las muy bobas no supiesen cuándo parar.

—¿Qué? —dijo débilmente.

—Me acuerdo de ti. Tú y Hammy y aquel capullo de Gilchrist. Me pillasteis a las puertas del *chippie* en Muirhouse. Vi cómo su rostro mostraba vagas señas de reconocimiento.

—Ah… venga… eso fue hace siglos…

—Ya. Joder, ya lo creo que fue hace siglos. Me gustaría veros hacerlo ahora. ¿Por dónde anda estos días ese cabrón de Hammy? He tenido los ojos abiertos a ver si veía a ese gilipollas.

—No lo sé, yo sólo andaba por ahí con él cuando era más joven… eso fue hace siglos…

—¿Estás casada? —pregunté.

—Lo estuve —dijo ella.

—Ay —salí yo, poniendo voz de seda—: ¿es que tu tío se enteró de que eras una guarra? ¿Fue así como te dejó fuera de juego? ¿Se te ha follado ya Tony? Apuesto a que sí.

El centro de su cara parecía absorber sus rasgos.

—Tú estás tocado, hijo —me espetó—. ¡Vete a tomar por culo!

Se levantó y empezó a alejarse. Yo me limité a sonreír. Entonces volvió y dijo:

—Puede que nuestras familias estén unidas por el matrimonio, pero yo contigo no quiero ni hablar. Apártate de mi camino. ¡Me das asco!

—Vete a la mierda, puta gorda —le dije con desprecio, embebido en su rabia mientras se volvía para marcharse.

La soliviante continuamente durante la recepción. Me lo estaba pasando en grande. «Puta», le susurraba al oído cada vez que me cruzaba con ella.

En una de éstas estalló y se encaró conmigo:

—Estás estropeando el gran día de mi hermana —me susurró con un áspero siseo —. Si no te vas a tomar por culo, ¡se lo diré a Tony!

—Estupendo —sonreí—. Adelante. Me ahorrará tener que contarle que su cuñada es un puto pendón… ¡Benny! —grité, mientras mi tío Benny, el hermano de mamá, se acercaba. El Polvazo hizo mutis por el foro.

—No te habré cortado, ¿eh, Roy? —preguntó Benny, enarcando una ceja—. Buen chorrete.

—Nah, descuida. No la tocaría ni con la tuya, Ben. Una auténtica guarra: se lo hace con cualquiera. Tiene un coño como el Túnel del Mersey —me reí. Benny se sumó.

Más tarde vi a la estúpida guarra empezar a llorar. Se marchó con otra chica justo después. Me acerqué a la pareja de novios y disfruté de un baile con la hermosa novia. A continuación la escolté de vuelta al apuesto novio y le di un beso en la mejilla.

—Eres un hombre afortunado, Tony.

—Lo sé —sonrió Tony.

—Estupenda esta fiesta, por cierto, Hannah —dije—. Tu familia se lo ha montado de miedo.

—Sí, lástima lo de Sylvia.

—¿Tu hermana? ¿Qué le pasa? —pregunté con falsa inquietud.

—Se ha ido. No se encontraba bien.

—Qué pena.

Disfruté de aquella boda. Papá se puso pedo y le dio un puñetazo a un mamón que aparentemente intentó predicarle el socialismo. Ese fue el único trastorno verdadero. También me encontré a Kim morreándose con un tonto del culo en el pasillo.

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad que no, Roy? —dijo, esperando obviamente que difundiera por el mundo entero la noticia de que tenía un puto novio. Bernard se escabulló temprano, sin duda para entregarse a la práctica del porculeo. Yo acabé borracho con mi tío Benny y los dos Jackie.

La noche no estuvo mal. Nunca volví a ver a El Polvazo, aunque preguntaba por ella con regularidad.

La casa estaba demasiado abarrotada, aunque se hubiera marchado Tony. Kim tenía su propia habitación y yo estaba en otra con Bernard. Eso era un mal rollo; compartir dormitorio con un maricón. A veces se iba a vivir fuera una temporada,

pero siempre volvía. Quién coño sabría por qué. Nunca averigüé por qué se quedó tanto tiempo. Nunca averigüé por qué me quedé tanto tiempo *yo*.

Bernard me ponía en evidencia constantemente. Yo iba por la vida de tío duro y era chungo que te cagas tener *aquello* por hermano. Me ponía enfermo escuchar su parloteo ceceante y amanerado cuando leía sus poesías en voz alta. Siempre se las recitaba a mi madre, a quien le avergonzaban, pero como una profesora había dicho una vez que Bernard «tenía talento», ella le alentaba desde la grada. Eso había sido hace años, en la escuela primaria, y desde entonces no había hecho nada más que chulear. Trabajaba de camarero en un céntrico *pub* de maricones y vendía joyas en un puesto de Ingliston Market.

Posando en las putas escaleras, se ponía a leer sus mierdosas poesías a todos los yogurcitos que aparentemente hacían de brujitas con él:

The situation that is life
sustainable, yet renewable
its elements building blocks
in a completed construction
yet which cannot be identified as such in isolation

To persecute me for my sexuality
is to pander to the slavedeck of false illusion
when the tapes play mixed messages
through mediums yet to be discovered
Avanti! I scream, my Italian blood
courses through my veins
not to be denied[28]

Todo aquello ya era raro de por sí, pero a veces nos caía encima después de cenar los domingos, si el viejo se iba al *pub*. Mamá siempre preparaba cosas como *curry* con arroz, siempre con patatas fritas o asadas y dos piezas de verdura a un lado del plato.

Un domingo le pregunté a Tony y Hannah, con bastante naturalidad, me parecía a mí, por la hermana de Hannah, Sylvia, El Polvazo. Para estupefacción mía el viejo dijo:

—Me parece que a Roy le hace tilín la hermana de Hannah. Te he oído mencionarla otras veces, ya te digo, te he oído preguntar por ella otras veces.

—No, nunca lo he hecho —respondí. No es que me avergonzara, sino que no podía recordar haber mencionado a esa guarra delante de ellos.

—Sí que lo has hecho, como decía, la has mentado antes —me pinchó, estirando la mandíbula hacia abajo como *Mr*. Fantástico. Su sonrisa no hacía más que ensancharse cada vez más, y a medida que sus dientes quedaban expuestos empezó a

adoptar la apariencia de Alien en las películas del mismo nombre.

En Muirhouse nadie puede oírle a uno gritar… bueno, pueden oírte, sólo que les importa un carajo.

Mantuvo aquella expresión de zumbao y sentí que se me enrojecía la cara, y me ruboricé más que al principio.

—Vaya unos colores —se rió Tony.

—Ya, claro —solté yo.

La risa inundó la habitación, los estridentes tonos de Kim dominando sin ningún esfuerzo a los demás.

Sentí cómo me zumbaban las sienes y se me aceleraba el pulso. El olor de la comida era fuerte e intenso. Me llamo Roy Strang, joder. Me llamo… respiré hondo y recuperé la compostura.

—Se ha puesto rojo como una remolacha, ya lo creo. Lo dicho, como una remolacha —se rió mi viejo, pinchando el vacío con el tenedor.

—Tú serás el siguiente en casarte, Roy —dijo Kim con aquel estilo banal y nasal suyo—, porque no seré yo, eso seguro…

Su nauseabunda intervención tuvo el efecto deseado de hacer que todo el mundo se concentrase en su vida sentimental. Supongo que tendría que haberle dado las gracias. Resolví no volver a decir nada sobre El Polvazo. Había sido débil y era evidente que había roto, aunque no intencionadamente, una de mis propias reglas clave: no decir nada de nada a nadie.

Cuando nació el crío de Tony, parece que pasaba más tiempo que nunca en nuestra casa. Por alguna razón empezó a venir solo a cenar los domingos. Creo que Hannah iba a casa de su madre con el crío. No creo que a él le gustara su familia, pero nunca reuní el coraje suficiente para preguntarle qué pensaba de El Polvazo. Ahora era imposible. Estaba seguro de que se la había follado, o que al menos lo había intentado. Todo por la sencilla razón de que, conociendo a Tony tan bien como le conocía, no podía concebir que *no* lo hubiese intentado. Igualmente, era difícil imaginarse a El Polvazo negándose de haberlo intentado.

Tony se quedaba sentado en un sillón, distrayéndose con la televisión mientras Bernard declamaba amaneradamente sus poesías. Hubo una vez que levantó la vista y dijo:

—Poesía, vaya chorrada —mientras quitaba la anilla de una lata de export. Estaba echando un vistazo a las imágenes más interesantes del partido del Dundee United contra el St. Johnstone en Scotsport. En palabras del comentarista resultó «un partido con pocas jugadas interesantes».

—No entiendes nada, hijo —dijo Bernard con una sonrisa maliciosa.

—Entiendo que tu poesía no vale una mierda —sonrió Tony.

—Así que ahora eres una autoridad mundial en poesía, ¿no es así, Tony? Entonces, cuéntanos, ¿dónde adquiriste semejante pericia? Tony, autoridad universal en todo. Renacentista de salón. Tan en su salsa con los dardos como con el billar —le

espetaba burlonamente Bernard cuando oí girar la llave en la puerta. John había vuelto temprano del *pub*.

—Sé lo que es una mierda y lo que no. Tu poesía no es una mierda, eso te lo concedo. Tiene que mejorar un cien por cien antes de poder ser elevada a esa categoría.

John había entrado y se había sentado, y empezó a darse palmadas en los muslos.

—Ahí te ha pillado, Bernard. Ja, ja, ja. Lo dicho, ahí te ha pillado. Nunca le ganarás a nuestro Tony cuando se trata de palabras por eso.

—Me niego a dejarme arrastrar a una guerra dialéctica con estúpidos —dijo condescendientemente Bernard, cerrando la discusión con un ademán amanerado. Sospeché que disfrutaba de su número y sentí por él una punzada de admiración que sofoqué rápidamente, recordando que era un animal asqueroso y enfermo.

—¡Eh! —gritó John—. ¡A quién cojones llamas tú estúpido! ¡A ti te lo pregunto! ¡INTENTA CONSEGUIR UN EMPLEO DE VERDAD EN VEZ DE HACER TODAS ESAS MIERDAS DE MARICONADAS QUE NO LE INTERESAN A NADIE, JODER!

Se oyó un estrepitoso portazo

—¡John! ¡Tony! —se quejó Vet—. No podéis estar siempre regañando al chico. Dejadle en paz. Al menos su poesía es inofensiva. No como otros que yo me sé —dijo, mirándome con gesto enojado…

—¿Y eso qué se supone que quiere decir? —pregunté.

—Lo sabes. Esos puñeteros *casuals*. Acabarás en la cárcel. Tú, con ese trabajo en informática, además. Algo con futuro.

—¡Tienes razón, Vet! ¡Tienes toda la puta razón! —saltó John—. Putos *casuals*. Jugándose un empleo cojonudo por andar con esos desgraciaos. En informática además, como dice tu madre, algo con futuro. Tendrías que aclararte un poco las ideas, hijo. Te lo digo yo, aclárate las ideas.

Le miré con frialdad.

—¿Sabes lo que he estado haciendo en el trabajo los últimos seis meses? He creado un programa para transportar ficheros a la memoria cuando un hombre alcanza la edad de jubilarse a los sesenta y cinco y una mujer a los sesenta. Eso llevó alrededor de una semana de trabajo. Durante los seis últimos meses he estado tratando de entrenar a unos capullos descerebrados para hacer funcionar este sencillo procedimiento, que es como ir al retrete y echar una cagada, pero recordando que hay que quitarse los gallumbos primero y limpiarse el culo después.

Me da asco la reverencia que siente por ellos la gente que no tiene ni puta idea de ordenadores. De todos modos, para mí mi trabajo sólo era un refugio: un lugar al que ir donde mi familia no pudiese machacarme la cabeza. Cualquiera de mis dos familias, supongo, porque ahora los *cashies* también eran mi familia. Podía crear cualquier programa; eso era chachi, te limitabas a cumplir. Yo lo invento, y algún cabrón camandulero al que le pagaban cinco veces más se atribuía el mérito. Eso no

me molestaba, sin embargo. Lo que me tocaba los huevos era intentar enseñarle el sistema a unos capullos descerebrados.

—Ya, ¡pero sigue siendo un empleo! ¡Un empleo bien pagado! ¡No me digas que no estás ahorrando montones de dinero!

Vet cortó:

—Venga, John, eso no es justo, el chico aporta lo suyo.

El cabrón pisaba terreno resbaladizo. Siempre me entraba durante la semana; dinero para pitillos, priva.

—Sí, vale, pero es más de lo que puede decirse de otros. Ese puñetero Bernard. ¡Un puto bujarrón!

—Una vergüenza total que te cagas —dijo Tony.

—No es natural, os lo digo yo, no es natural, joder —dijo John—. ¿No iréis a decirme que os parece natural tener relaciones sexuales con otro hombre?

Nos miró a todos por turno, deteniéndose en Vet.

—¿Qué es natural? —dije yo encogiéndome de hombros, más por apoyar a mi madre, que parecía bastante alterada, que a Bernard, que me importaba un carajo.

—Menos mal que no es mío —dijo John.

Vaya morro el suyo, con Elgin todavía en la RESIDENCIA EMPRESARIAL PARA JÓVENES EXCEPCIONALES DE GORGIE, yo en los *casuals*, y Kim, con unos años de retraso permanente en las tareas escolares, trabajando en una panadería. Sumémosle a eso nuestro aspecto de espejos deformantes y la cosa tiene cojones, creer que ha engendrado una especie de raza superior.

Vet le miró fríamente:

—De ser tuyo podría haber salido igual.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? ¿Eh? ¡A ti te lo pregunto! ¿Qué se supone que quiere decir?

—¡Tu puto padre, a eso me refiero!

Aquello era un asunto delicado para papá. A su viejo le habían encerrado por enredar con chiquillos. En realidad, nadie sacaba el tema.

—Qué pasa con mi padre…

—A él le iba eso.

—¡A MI PADRE NO LE IBA NADA, JODER! ¡MI PADRE NO SE ENCONTRABA BIEN DE LA CABEZA! —Tony y yo tuvimos que retenerle cuando le levantó la mano a mamá. Había olvidado lo fuerte que era y me dejó fuera de combate de un codazo en la nariz. El dolor era abrumador y los ojos no paraban de llenárseme de lágrimas. Consiguió llevar a Tony al suelo en un tiempo record y lo tenía cogido por el pelo, amenazando con patearle la cara.

—¡No, papá! —grité, intentando detener la hemorragia, las lágrimas y los mocos que se me derramaban por la cara.

Soltó a Tony, y persiguió a mamá hasta la cocina. Ella había cogido el cuchillo de cocina y gritaba:

—¡VENGA YA, PUTA MIERDA! ¡TE MATO, JODER!

Subí corriendo las escaleras hasta su habitación y cogí la escopeta de debajo de la cama. Me planteé bajar otra vez y enfrentarme a él, con ayuda del arma, pero él estaba lo bastante grillao como para intentar quitármela y entonces alguien acabaría jodido pero que bien. Me encerré en el retrete con la escopeta, y no salí hasta que se apaciguaron los gritos. Oí el ruido de la puerta principal al cerrarse de golpe. Devolví la escopeta a su sitio. Tony estaba abajo, solo.

—Mamá y John se han ido al *pub*. Están en plan tortolitos otra vez. ¿Tú quieres subir? —preguntó, apagando la tele con el mando.

¿Que si pensaba subir? No. Pensaba ahondar. Ahondar en mis problemas. Ahondar en las pesadillas del Marabú.

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO ------ en aquel estrecho callejón con Jamieson, siguiendo el hedor de la infecta carroña en descomposición pegada al feo pájaro clueco. El callejón está a oscuras, el aire sorprendentemente frío. Algo se mueve entre las sombras y las enormes y apestosas pilas de desperdicios. Algo muy maligno y asqueroso.

—¡Da la cara, demonio asqueroso y retorcido! —grita Sandy en la oscuridad—. ¡No te creas que puedes destruir la partida!

—¡Ni de coña, Johnny Marabú! —digo entre dientes—. Sandy y yo estamos al tanto de tus pérfidos planes. Sabemos que quieres destruir el color, el ruido, la diversión y la alegría asociados a…

Las palabras se me quedan pegadas a la garganta cuando el gran depredador surge de la penumbra.

Sandy se adelanta, pero yo estoy clavado en el sitio.

Siento algo frío y húmedo	eh	qué cojones es esto
a un lado de la cara y	eh	—Sé que lo notaste, Roy.
puedo oler un perfume	eh	Mi pequeño bello durmiente…

es ella, esa tocina majareta que viene por mí… no…

—Apuesto a que eso lo notaste, Roy, apuesto que notaste ese beso.

Patricia. Joder, menos mal. ¿A qué juegas, tonta del culo?

—¿Sabes lo que pienso, Roy Strang? Creo que lo único que necesitas es sentirte querido, sentirte amado. Déjame entrar, Roy. Déjanos entrar a todos, Roy. Estás rodeado de amor, Roy. Tu familia, tus amigos. Déjanos entrar.

¡VETE A TOMAR POR CULO, GILIPOLLAS!

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO ------------------- pero no demasiado. De vuelta a ese puto

callejón con el Marabú, no. Aún no. Pero no, no subí al *pub* con Tony aquella noche, no fui a ver a mamá y a papá. Me quedé sentado solo, gozando de la maravillosa sensación de disponer de la casa para mí solo. Me dio tiempo para pensar.

Había tenido algunos pequeños agobios en el trabajo. Esa vacaburra de la Hathaway se encaró conmigo a causa de mis actividades con los *cashies*. Me habían fichado y multado por mi participación en lo que a mí me había parecido una bulla menor pero que la prensa calificó de motín. La Hathaway me llamó a la oficina de Colin Sproul.

Sproul era un tío de aspecto intenso y atormentado. Fue él quien me entrevistó para el empleo cuando empecé. Siempre daba la impresión de ser un tipo bastante equitativo, y tal. Era descaradamente obvio que la Hathaway le había empujado a escenificar aquel numerito.

—Eh… hola, Roy. Sólo queríamos tener una pequeña charla contigo, Jane y yo.

La Hathaway me regaló una falsa sonrisa de anuncio de dentífrico.

Asentí con la cabeza.

—Tu trabajo es excelente —empezó Sproul—, absolutamente de primera calidad —dijo, desplegando una sonrisa casi de asombro. Sacudió la cabeza con fingida incredulidad—. Aún no sé cómo lograste incorporar ese informe sobre las referencias geográficas cruzadas al sistema S. S. 3001. Fue genial.

Sentí que me ruborizaba en un acceso simultáneo de gratitud y resentimiento contra Sproul. Estaba a punto de decir algo cuando vi la cara de la Hathaway. Estaba furiosa y no podía contenerse.

—Sí, estaba bastante bien hecho —dijo rápidamente—, pero estoy segura de que Roy reconocería el tremendo apoyo y asistencia que tuvo por parte del resto del equipo.

Eso era mierda pura; había desarrollado ese procedimiento en el más absoluto aislamiento. Pero no dije nada.

—Ah, sí, claro —asintió Sproul.

El rostro de la Hathaway adquirió un aire más taimado.

—Verás, en Scottish Spinster's queremos que la gente se lleve bien, que crezcan con la organización. Eso lo entiendes, ¿no, Roy?

—Sí —dije.

Sproul sonreía benévolamente:

—Verás, somos una institución muy antigua, y todavía bastante conservadora a nuestra peculiar manera… alguna gente diría que un poco demasiado conservadora… —se volvió hacia la Hathaway, en busca de un gesto de respaldo, pero sólo recibió una feroz mirada de desaprobación—… pero eso no viene al caso —carraspeó nerviosamente—. Tu trabajo, sin embargo, es excelente, excelente. Y cuando estés fuera de este edificio, fuera del horario de la oficina, lo que hagas es asunto tuyo… pero al mismo tiempo…

La Hathaway sonrió implacablemente.

—Nos han informado que eres miembro de un grupo de *hooligans* futbolísticos.

—¿Eh? —dije con incredulidad. Grupo de *hooligans* futbolísticos. Puta y gorda tortillera imbécil.

—No te estamos acusando de nada, Roy. Simplemente, han empezado a circular ciertos rumores sobre ti, rumores que podrían ser perjudiciales para el desarrollo ulterior de tu carrera —me dijo Sproul.

—Ya, a veces voy al furbo, y tal. Pero yo no me meto en líos, eh.

—Roy —dijo la Hathaway, con tono y expresión sombrías—, hemos visto tu nombre en los periódicos. Dicen que le rompiste a un hombre la mandíbula.

La miré cansinamente y sacudí la cabeza con hastío.

—Estoy hasta más arriba de la coronilla de esos rumores. Sí, estuve en un partido en Glasgow con algunos amigos. Allí las cosas pueden llegar a ponerse bastante feas durante el encuentro, y unos hombres, evidentemente borrachos, empezaron a escupirnos al oír nuestro acento de Edimburgo. Nosotros nos limitamos a alejarnos. Pero uno de esos tipos me siguió y empezó a darme patadas. Le golpeé en defensa propia. Desgraciadamente, eso formó parte del incidente presenciado por un agente de policía. Sorpresa, sorpresa, la policía de Strathclyde aceptó la palabra de unos lugareños frente a la de un hombre de Edimburgo. Yo había supuesto, sin embargo, que mis propios jefes estarían un pelín más inclinados a concederme el beneficio de la duda al respecto.

Vi cómo a Sproul se le iluminaban los ojos y se le estiraban los labios hasta formar una sonrisa. La Hathaway parecía hundida. Ella quería que Roy Strang, el viejo arrabalero duro de mollera, se ahorcase a sí mismo, pero nah, no pensaba darle ese gusto a la cabrona.

A la semana siguiente me detuvieron en Middlesbrough en un partido de la segunda división inglesa. Sólo habíamos bajado a divertirnos un poco. Poca cosa podía pasar en un Hibs contra St. Johnstone; los del *baby crew* podrían manejar fácilmente a los gilipollas del Fair City Firm.

Nosotros nos largamos al sur para tomarnos un descansito y pusimos un *pub* patas arriba. Yo le pegué un botellazo a algún cabrón.

Me acuerdo de Lexo diciéndole al barman:

—Ocho Becks, colega. —Entonces se fijó en un pelotón de tipos con bufandas bajando de un autobús—. Nah, que sean Grolsch, eh —dijo. Se volvió hacia mí y me guiñó el ojo—. Son botellas más pesadas, ¿no?

Desde luego que sí.

Joder, menos mal que aquello no llegó a la prensa escocesa.

Así que las cosas estuvieron en orden durante un tiempo. Todo iba bien, medité, sentado, acariciando a Winston Dos y disfrutando de la soledad en casa.

—No soy un Hibby-Wibby Boysie-Woysie malo, ¿verdad, Winners? ¡No! Sólo soy Roysie-Woysie, el que trabaja en los ordenatas-natas, ¿eh? —Fuera estalló un petardo; Winston Dos gimió y fue a esconderse debajo del aparador. Pronto sería la

noche de Guy Fawkes. Winston odiaba los fuegos artificiales. Era algo a tener en cuenta. Todavía estaba por la labor de liquidar a aquel cabrón de perro y me apetecía que fuese muy pronto.

Aquella noche mamá, papá y Tony volvieron a casa bolingas. Kim llegó más tarde, con el cuello cubierto de chupones morados y una expresión aún más ausente y boba de lo normal.

—Deberías haberle comprado una bolsa de patatas fritas —le dijo Tony sonriendo.

Ella se tocó azoradamente el cuello y sonrió:

—Ah, ¿lo dices por esto? ¿Lo has notado? ¿Tanto se nota?

Papá parecía enojado pero no dijo nada. Le miré mientras los nudillos se le volvían pálidos de tanto apretar los brazos del sillón. Cuando Kim se subió a la cama, se volvió hacia Vet y dijo:

—Tendrías que decirle unas palabritas a esa chica. Se está portando como una guarra, lo dicho, como una puta guarra…

—John, no seas bobo, joder. Es una chica joven, pordiós.

Finalmente mamá se fue a dormir, dejándonos a John, Tony y a mí en el cuarto de estar. John nos miró, conmovido, como si estuviera casi a punto de llorar.

—Vaya una mujer, joder. Tu madre —dijo señalándome con el dedo y después a Tony—, la tuya también. Una gran mujer, joder, la mejor que probablemente lleguéis a conocer. —Levantó la voz—. ¡Recordadlo! Al margen de cualquier otra cosa que hagáis, tratad siempre con respeto a esa mujer, lo que os digo, con respeto. ¡Porque, joder, ésa es la mejor mujer que probablemente veáis en vuestras putas vidas! ¡Vuestra puta madre!

—Ya, papá, mamá está bien… —dije tétricamente.

—Como tú dices, John, es la mejor —asintió Tony.

Papá se levantó y se acercó a la ventana. Su voz adquirió un matiz compulsivo, burlón, al señalar con el pulgar por encima de su hombro al mundo exterior.

—Sé lo que piensan de nosotros esos cabrones. Conozco a todos esos cabrones. ¿Sabéis lo que son? Yo os diré lo que son, joder —dijo arrastrando las palabras—. Basura. Un puto cero a la izquierda. Eso es lo que son los cabrones ésos: un puto cero a la izquierda.

Siempre había sido un paranoico con los vecinos, habiendo empezado a llevar un *dossier* sobre los demás ocupantes de nuestro bloque y el de detrás. Hacía poco, le había comprado un ordenador a un colega en The Gunner, y me reclutó para enseñarle a montar archivos sobre los vecinos. No quería animarle a seguir con aquella locura sin objeto, pero una negativa a cooperar habría provocado aún más follón. Papá observaba las idas y venidas de los vecinos y registraba sus *modus operandii* en sus archivos, algunos de los cuales llegaron a ser bastante detallados.

Me gustaba echarles un vistazo de vez en cuando:

15/5 BROWN

Padre: Arthur
Madre: Francés
Hijos: Maureen (unos 10) y Stephen (unos 6)

Arthur trabaja en la Oficina Central de Correos. No parece mal tipo. Francés parece una mujer agradable, limpia. Los dos pequeños siempre van bien vestidos. A veces Arthur juega a los dardos en The Doocot.

Veredicto: Gente decente; ninguna amenaza real para la seguridad.

15/6 PEARSON

Padre: Alan (ya no vive allí)
Madre: «Vacaburra» Maggie
Hijos: Debbie (16) Gillian (14) Donna (11)

Esa gorda vacaburra intenta monopolizar el tendedor. Cabrona cochina que no mete la basura en bolsas antes de tirarla por el conducto. Dos veces la he pillado. Persona ignorante y deslenguada. Siempre dispuesta a llamar a la policía. Alan Pearson un ladrón. Le vendió CD inservibles a Jackie en The Gunner. Suerte tiene de haber salido por patas. Debbie es una vacaburra descarada con una boca como la de su madre. Una auténtica guarra, la clase de chica que acabará un día en una cuneta. Le he dicho a nuestra Kim que se mantenga alejada de esta puta. La otra hermana lleva el mismo camino. La pequeña es maja pero deberían internarla antes de que se vuelva como las otras.

Veredicto: Escoria. Máxima amenaza para la seguridad, repito, máxima amenaza para la seguridad.

Aunque era evidente que el comportamiento de papá era poco saludable, de hecho se le veía mejor después de obtener el ordenador; el esfuerzo de montar y mantener al día los archivos parecía disipar gran parte de su energía destructiva. Aquella noche, sin embargo, estaba borracho y mosqueado. Yo no podía dejar de pensar en mamá cantando aquella canción de Bond, *Nobody Does it Better*.

Like heaven above me,
The spy who loved me
Is keepin all my secrets safe tonight[29]

Tony levantó las cejas y me miró mientras papá empezaba a recorrer el cuarto de estar como una fiera enjaulada, murmurando maldiciones en voz baja. Justamente cuando parecía tranquilizarse, se lanzó hacia la ventana y la abrió de golpe. Gritó en mitad de la noche:

—¡ME LLAMO JOHN STRANG! ¡QUE OS DEN POR CULO A TODOS, PEDAZO DE CABRONES! ¡SI ALGÚN HIJO DE PUTA DE ESTE PUTO BARRIO TIENE ALGO QUE DECIRME A MÍ O A MI FAMILIA, ME LO PODÉIS DECIR A LA PUTA CARA!

—Calma, papá —le dije—. Conseguirás que venga la policía, eh.

Cerró la ventana y nos dijo a Tony y a mí:

—En el barrio ha habido gente que ha hecho muchos alegatos contra esta familia. ¡Pues bien, quiero oír lo que tales alegantes tienen que decir!

—Oí que se estaban poniendo un poco mordaces —reflexionó Tony.

Empecé a reírme disimuladamente mientras John le miraba con frialdad y sin entender.

—¿Eh? —dijo.

—Los alegantes[30], John —dijo Tony, abriendo las mandíbulas y haciendo exagerados movimientos de mordedura.

Hubo un tenso silencio durante un par de segundos, y entonces la cara de John prorrumpió en una sonrisa y todos empezamos a reírnos, Tony y yo con alivio al ver que se disipaba la tensión.

—Juh, juh, juh, no está mal, Tony, no ha estado mal. Fue el gran hombre en persona el que dijo que no se pueden tratar las cosas más serias del mundo si se es incapaz de comprender las más divertidas.

Sí, ya.

Entonces mi viejo acarició al servil Winston Dos.

—Les enseñaremos a esos cabrones, ¿eh, chico? Los Strang —dijo suavemente— les enseñaremos a todos esos cabrones. Saldremos adelante. Siempre lo hacemos, joder.

Al día siguiente compré unos petardos que guardé en el cajón de mi mesa en el trabajo.

Aparte de la curiosidad y el ocasional fragmento de información útil que aportaba (decidí que intentaría sacarle un polvo a Debbie Pearson, que era amiga de Kim: Tony ya se la había hecho), las bobas obsesiones del viejo tenían poco interés para mí. De todos modos, lo mío eran los *cashies*. La violencia era alucinante; diferente de la de casa. La emoción, el hormigueo, la sensación de tener el cuerpo cargado de todo aquello. Podías prepararte con los *cashies*, mentalizarte y eso, pero uno no querría vivir así en casa. Había que tener un sitio donde pudieses cerrar la puerta y olvidarlo todo.

Me gustaba salir de garitos, pero prefería el subidón de una bulla a cualquier otra cosa. No me gustaban las drogas. Lo pasé mal que te cagas con un ácido. Estábamos

en un club, en un sitio cerca de The Venue un jueves por la noche. A muchos de los chavales les molaba: tecno en el piso de arriba y hip-hop garajero en el de abajo. Yo odiaba ese tipo de música, porque a mí me iba más el rollo *indie*, pero me dejé llevar porque a los chavales les molaba y había muchos chorros sueltos por ahí. Me metí un secante y flipé. Al principio estaba bien, pero se hizo cada vez más fuerte y no podía mantener a raya los malos pensamientos. Pensé en ese mariconazo cabrón de Gordon y creí que se me acercaban unos perros y que iban a despedazarme. No dejaba de ver la cabeza de aquel flamenco en la boca del Marabú que me gritaba pidiendo ayuda, con una voz triste y enfermiza.

Ali Dempsey, uno de los chicos que estaba en los *cashies*, vino y me tranquilizó.

—Acuérdate, Strangy, no es más que una distorsión de luz y sonido. El ácido no es más que eso, por muy malo que parezca. Son sólo distorsiones de luz y sonido y la imaginación se te dispara para llenar los huecos.

—Tengo la cabeza llena de mierda, Demps —jadeé—. El corazón debe estar latiéndome demasiado deprisa… joder, voy a palmarla, tío…

—De eso, nada. Todo está bien. Quédate tranquilo. No pasa nada.

Demps me mantuvo anclado. Me tranquilizó. Después me llevó a su piso y se quedó despierto conmigo toda la noche. Un tipo legal, Demps. De todos modos, después de eso decidí que las drogas y yo habíamos terminado.

Los chavales trataron de convencerme de que me tomara un éxtasis, pero a mí sólo me iba la Becks, eh. Además, por lo que a mí respecta, los clubs sólo eran un sitio a donde ir a hablar de la bulla y a lo mejor largarse con un chorro. Me encantaban las bullas. Era fácil, además, una vez que habías superado tu segunda o tercera bronca, una vez que habías aprendido a superar el miedo y el dolor y te dejabas llevar, siguiendo sin parar, sin dejar de sacudir y de patear hacia cualquier cosa que se te aproximara, y comprobar los desperfectos después. Jamás me hirieron de gravedad; unas cuantas costillas magulladas y un profundo corte encima del ojo una vez en Pittodrie.

Había tipos mucho más duros que yo en los *casuals*, y tíos que peleaban mucho mejor. Ellos lo sabían, y yo también. Lo que yo tenía, no obstante, era la actitud que distinguía a la mayoría de los *top boys*; ni siquiera eran huevos. Era que te importara todo un carajo.

Como ya he dicho, uno de los mejores aspectos de ser un *casual* eran los chorros. La mayoría de los chavales eran tíos bien parecidos o normales. Aunque yo era feo y lo sabía, perdí algo de retraimiento al aumentar mi estatus como bronquista, y follaba más que la mayoría. Había perdido mucho tiempo durante mi adolescencia, después de follarme a aquel feto en la sala de reuniones, mirándome al espejo, preguntándome por qué tenía la cabeza demasiado grande para mi cuerpo, y por qué tenía un cuerpo demasiado grande para mis pequeñas y achaparradas piernas. La respuesta me miraba directamente a la cara casi todas las mañanas a la hora del desayuno por encima del *Daily Record*. Era el doble del viejo. Así que había desperdiciado mucho tiempo y

ahora lo quería más que la mayoría de cabrones. Tenía acceso a la mitad de los chorros decentes de la ciudad.

Una tarde, terminé pronto de trabajar y me hice con un jugoso hueso para Winston Dos en una carnicería de Leith Walk. Llegué a casa antes que nadie y el animal se acobardó nada más verme entrar. Resultaba curioso pensar que aquella cosa vieja y patética me hubiera dado de dentelladas.

—Winners… —jadeé, y el animal interpretó aquello como la señal para relajarse y menear el rabo. Me tendió la cabeza para que se la cogiera entre las manos y se levantó sobre las patas de atrás, dejando descansar las de delante sobre la encimera de la cocina. Meneaba el rabo y sacaba la lengua al oler aquel hueso cubierto de jugosa carne—. Sí, chico, es tuyo, ¿no es así?, todo para Winners… un regalo para Winners —le dije, mientras atravesaba el hueso y la carne con unos clavos de quince centímetros con ayuda de un martillo. Eché el hueso en la bolsa de Adidas y cerré la cremallera—. Más tarde, chico, más tarde —le dije mientras olisqueaba la bolsa. Siguió olisqueando. Mi bota golpeó su costado, soltó un gañido y se escabulló a toda prisa.

Justamente entonces llegó mamá de trabajar. Ahora preparaba las cenas en un hogar de la tercera edad. Kim llegó poco después, con algunos pasteles de la panadería. Dijo que iba a llevar a Winston Dos de paseo antes de cenar.

—Winners necesita estirar las patas por el erial. ¿Verdad que sí, verdad que sí? —dijo, poniéndose en cuclillas y retozando con el jadeante animal.

—Te acompañaré hasta el final de la calle, Kim, tengo que dejar unos discos en casa de Bri, eh. —Levanté la bolsa de Adidas.

Mientras caminábamos me fijé en unos perros asilvestrados que merodeaban por el erial. Uno era un asqueroso perro marrón que aullaba como un lobo sin parar.

—Escucha eso —dije, distrayendo a Kim.

—Es una pena que esos perros asilvestrados no tengan un buen hogar como Winston, eh, Roy, ¿verdad que es una pena? A veces quisiera poder acoger a todos esos perros, como adoptarlos a todos, ¿eh, Roy?

Mientras ella murmuraba mirando a los perros, saqué discretamente el hueso de la bolsa. Winston fue de cabeza por él.

—¿Qué es eso que ha encontrado Winston? —preguntó Kim.

—No sé, parece un hueso, ¿no? —respondí.

—Venga, Winston, eso no es justo, a ti te dan suficiente de comer y ahí están todos esos perros muertos de hambre… eres un chico con suerte, Winalot… —balaba Kim mientras el perro se volvía loco con el hueso. Winners, Winners, Winalot, Winners, Winners what you…

La expresión de Kim se trocó en otra de horror cuando Winston soltó un gañido y de pronto le asomó un clavo por la parte superior de la mandíbula.

El animal salió como una exhalación a través del erial gañendo y sacudiendo la cabeza, y el grupo de perros asilvestrados le persiguió de inmediato.

—¡WINSTON! ¡WIIIIGGHHHNNNNSTON! —bramaba Kim, pero el perro corría por ahí agonizando, perseguido por la jauría feroz, incapaz de librarse del hueso.

Los perros se le echaron encima, incapaces de diferenciar sus mandíbulas cortadas y ensangrentadas de la tierna carne que colgaba de ellas.

Le destrozaron la cara.

Kim empezó a gritar y darles patadas, y yo me tuve que sumar para evitar que la despedazaran también a ella, la muy imbécil. Finalmente conseguimos llevarnos a Winston Dos de allí a rastras. El hijo de puta marrón que aullaba era particularmente persistente, pero le solté un pisotón en el cuerpo con mis zapatos de pico perforados y se marchó tambaleándose y gimiendo.

El veterinario le recompuso la cara a Winston Dos con la aguja, pero había perdido un ojo, parte de la nariz y mucha piel y tejido de un lado de la mandíbula.

—Pobre Winners —dijo Kim con tristeza cuando el desdichado y afligido animal se puso a chillar lastimeramente al recuperarse de la anestesia—, ¡pero a nosotros nos sigues pareciendo hermoso! ¡Sí, sí, sí!

Todo el mundo estaba conmocionado por lo que le había sucedido al queridísimo animal doméstico.

—Hacerle eso a un animal indefenso —gruñó mamá—. ¿Qué clase de mente enferma hace eso?

—Una mente japonesa —dije riéndome disimuladamente detrás del periódico. Afortunadamente, nadie lo oyó.

John alucinó totalmente cuando descubrió lo que le había pasado al perro. Sabía que los indicios eran malos, porque escuchó mi relato de los acontecimientos y el de Kim completamente en silencio mientras acariciaba al triste y mutilado animal que tenía a sus pies.

Después de cenar salió al erial y mató a cuatro perros asilvestrados con las manos. Yo le seguí escaleras abajo para presenciar el espectáculo. Un grupo de chavales miraba atónito, y una chiquilla empezó a llorar cuando John, mostrando golosinas, se atrajo a un perro tras otro, para a continuación estrangularlos o partirles el cuello. El tío Jackie y un colega suyo llamado Colín Cassidy, que era un majaron, le ayudaron a hacerlo. Ellos sujetaban a los perros mientras las enormes manos de John les arrancaban la vida. El único que no quiso acercarse fue aquel malvado cabrón marrón, ése se mantuvo bien lejos. En cierto modo me complacía que hubiera escapado, pero supongo que me sentí un tanto culpable por la matanza que había provocado. Me gustaban los animales. Especialmente los pájaros, eran un símbolo de libertad, poder volar como un pájaro y todo eso. Pero también me gustaban otras clases de animales, aunque no me gustaban tanto los animales domésticos como los animales en estado salvaje. Casi me da un sofoco al fijarme en los cuerpos quebrados de los cuatro perros asilvestrados tirados en el erial, lejos los unos de los otros.

—Si el municipio no controla a las putas alimañas, lo haré yo, joder —me dijo

papá—. Citando al gran hombre en persona: en la guerra no tienes que ser amable, basta con tener razón.

Cassidy asintió con aire sagaz, y el tío Jackie intentó convencerme para ir a tomarme una pinta con ellos pero me encaminé a casa, volviéndome para ver sus espaldas desvaneciéndose, papá ataviado con aquel gabán marrón, mientras callejeaban hasta The Gunner.

12 Visita de Kim

Las cosas se están poniendo un poco fuertes en este tarro mío a medida que voy perdiendo el control y vuelven los recuerdos. No hay vuelta de hoja: es un rollo mangui que te cagas. Intento ocultarme en mi covachuela dentro del pozo oscuro, lejos de Sandy y los horrorosos marabúes, pero aún fuera del alcance de la repugnante realidad de ese asqueroso mundo que existe al otro lado de la escotilla que hay arriba. Pero este refugio mío se vuelve cada vez más precario. Lo percibo como una pequeña cornisa, un pequeño saliente, proyectándose a partir de una ladera del agujero. Cada vez que me siento en ella la noto más vacilante y estrecha. Algún día se desmoronará y me veré enfrentado a una inexorable opción: subir escalando hasta el mundo real o volver a caer en el país de las fantasías.

Hasta hace poco habría escogido esto último sin reserva alguna, sólo que ahora ya no es el país de mis fantasías. Ahora tengo tan poco control aquí abajo como tenía en el mundo real…

—Hola Ro-hoy…

El tono monótono y nasal me comunica que mi hermana Kim me visita. Cabe esperar un monólogo sobre algún tío; consistirá en un optimismo irreal y desmedido, o bien será el lamentable relato de un infortunio, pero lo pronunciará con el mismo tono de voz asqueroso y borreguil.

—Estoy viéndome con un tío y es un poco mayor y es como que está casado y tiene dos críos pero es como que la va a dejar porque ya no la quiere, y tal, y como que ahora me quiere a mí y vamos a buscarnos un piso en alguna parte…

Ya ya ya

—… como él tiene la hipoteca y los críos y con su puesto de responsabilidad en la administración y todo eso dice

Consíguete un puto cerebro, pedazo de tocina atontada

—… pero todavía sigo viéndome más o menos con Kevin, bueno no es que nos veamos pero nos encontramos en The Edge y estaba un poco bebida y en realidad sólo volví a su casa para ver una chaqueta de cuero que tenía pero una cosa llevó a la otra más o menos y acabé quedándome a pasar la noche, sabes, con Kevin, y tal… era como si me diese pena pero le dije no pienses que esto quiere decir que volvemos a estar juntos porque no es así, porque ahora tengo otro hombre… pero el caso es, Roy, sabes, se me ha vuelto a pasar la regla otra vez y no sé si estoy, pues, ya sabes, y si lo estoy ¿de quién será, Roy? Porque he estado con Kevin y este tío nuevo, pero hubo otro chico una noche en Buster's y volvimos a una fiesta en su casa así que realmente no estoy segura… pero eso sólo son palabras, sólo suponiendo que esté…

Lo estás *sin duda alguna*, pedazo de capulla empanada. ¿Es el bastardo mutante de Tony el que llevas dentro otra vez, Kim? Pedazo de tocina imbécil. El cuarto de reuniones, me juego lo que sea, joder. De pie o en el colchón saturado de pis de Tony… el olor a basura… las moscas…

—… pero el crío está perfectamente, Roy. Ahora está con la madre de Kevin, sólo para el fin de semana, porque como le dije a mamá, es la madre de Kevin y tienen derecho a ver al crío…

Kevin. Kevin Scott. El pobre puto julay de Kevin. Ligado a los Strang por el

matrimonio. Un puto desgraciao de primera, joder.

Clickity click, clickity click…

Alguien viene, Kim. Puedo notarlo. Sí, puedo oír esos zapatos de enfermera repiqueteando sobre el linóleo.

—Hola… lo siento, vamos a tener que molestarle mientras atendemos a Roy.

—Ah, no pasa nada, sólo le estaba contando unas cosillas…

El puto equivalente verbal de la tortura del agua china de Kim se ve interrumpido por la enfermera Patsy DeCline, que ha venido a «atenderme». Casi mejor así: estoy demasiado cansado y demasiado asustado para intentar cazar al Marabú ahora mismo. Todo el tema se está haciendo demasiado agotador. No puedo con toda esta mierda, simplemente no puedo. Pero tengo que aguantar hasta el final. Me quedaré sentado en mi pequeña cornisa, recuperando fuerzas, acumulando valor poco a poco, y después volveré a la lucha.

13 A la caza del Marabú

Maldita sea y que el diablo se lleve esta mierda…

Tengo algo en la garganta. Intento gritar desde el estrecho callejón del infecto barrio de chabolas pero las palabras parecen atascadas. ¡Maldita garganta!

El Marabú acorralado tiene un hatillo en la boca. No piensa morir sin luchar. Entonces dice algo entre dientes mientras se reanima y sale de estampida dejándonos atrás, pero Sandy lo derriba con un poderoso placaje deslizante. Mientras las delgadas piernas del animal se doblan y salen volando plumas sueltas, Jamieson se pone en pie de golpe y se da la vuelta, con las manos abiertas, con una expresión de inocencia en la cara. El Marabú se incorpora a sus espaldas.

—¡Sigue jugando, Sandy! ¡No ha sido falta! —chillé. Estamos jugando con las reglas de la SFA y nosotros llevamos las camisetas azules.

Mientras Jamieson se volvía, el Marabú, que medía más de dos metros, le lanzó una estocada al hombro con su imponente pico. Sandy gritó de dolor y cayó de espaldas. Desenvainé el machete y avancé, pero la criatura se dio la vuelta y echó a correr; batiendo aquellas enormes alas que abarcaban el callejón, cogiendo velocidad y consiguiendo despegar, elevándose lentamente sobre el recinto y llegando a la calle principal, donde esquivó por poco a un autobús, antes de desaparecer por encima de los tejados.

Por suerte para nosotros, el animal había soltado su carga. Aproximándome precavidamente, recogí y desenvolví lentamente el hatillo destapando un feto del tamaño de mi mano, ensangrentado y con aspecto de gamba.

—Tenemos que someter a este engendro del demonio al suplicio de la espada, Sandy —dije. Cogí mi machete y me pregunté quién o qué podría haber engendrado semejante cosa. Tenía una gran cabeza que se torcía hacia dentro a partir de la frente hasta llegar a unos rasgos achatados, saliendo luego en una curva hacia un enorme mentón plano. Me miraba de modo suplicante, chillando suavemente.

No tuve valor para darle un machetazo. En vez de eso lo puse en el suelo y fui por el jeep. Metiéndome en el callejón marcha atrás, pasé por encima del hatillo, no una ni dos, sino tres veces. Hizo un ruido al despachurrarse y abandoné el vehículo para inspeccionar el paquete aplastado del que ahora rezumaba un líquido oscuro.

—Hagas lo que hagas, Sandy, no mires.

No era un bebé. Era un puto

bastardo de lo más raro arriba

subiendo arriba--- ---arriba

—Pobre Dempsey, Roy.

Te acuerdas de Dempsey, ¿no?

Even though there’s something

of the cad About the boy…[31]

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO ---------- ---------- ------------------ ---------- ---------- ----------- ---------- ----------- ---------------- Más abajo, en aguas infestadas de tiburones. ¿Qué cojones hacemos aquí? Sandy parece reacio a ponerse el equipo de submarinismo mientras guiamos nuestro barco por el litoral, decididos a entrar en el parque de Emerald Forest por una ruta diferente. Nuestros esfuerzos por localizar el nido de la bestia en las orillas del lago Torto han resultado infructuosos. El animal siempre podía divisar nuestra llegada y cambiar en consecuencia el lugar de su nido.

Los del Evening News *iban a venir a hablar con Ghostie de su vida como casual. Envió a un par de los del baby crew a Thins y Waterstones a levantar unos cuantos libros sobre guerra de guerrillas y estrategia militar. Volvieron con una pila enorme: Che Guevara, Liddle Hart, Moshisma, todo eso.*

—Hay que dar una impresión correcta a los media —sonreía—. Quedarnos con esos tontos del culo que te cagas.

Se aseguró de tener los teléfonos móviles dispuestos, bien a la vista. Empezamos a usar los móviles sólo para seguir el paradero de las otras cuadrillas, pero en realidad los cabrones eran tan duros de mollera y previsibles que reducían todo el ejercicio a un puro capricho nuestro. A los follaovejas les teníamos cierto respeto, pero los esquivajabones eran simplemente cortos que te cagas. Los hunos esquivajabones hasta habían empezado a subirse capullos ingleses para intentar darles alguna clase de organización. Si tuvieses a una pandilla de Weedgies[32] *plantados en una pequeña isla desierta, serían incapaces de organizar una puta excursión a la playa.*

Joder.

Joder… ¿por dónde iba? El mar. La playa. La capacidad organizativa del Marabú.

NO TE APARTES DEL PUTO TEMA, ROY, PEDAZO DE CAPULLO ESTÚPIDO.

—Estas aguas están infectadas de tiburones —dijo Sandy, todavía reacio a ponerse el equipo de submarinismo y tirarse al agua. Yo había echado el ancla al borde del arrecife y la orilla estaba a pocas brazadas de distancia, pero podía oler el miedo de Sandy.

—Infestadas de tiburones es lo que creo que quieres decir, Sandy —le corregí, y entonces empecé a pensarlo—. Quizá el término infectado también tenga cierta relevancia.

—Quiero que sepas que soy un deportista profesional, y que como tal, no tomo drogas. Ni que decir tiene que no comparto jeringuillas y practico el sexo seguro. No soy seropositivo. Esto es para que cada uno sepa de dónde viene el otro, ¿vale?

—Como quieras, Sandy.

—Tampoco he cazado ningún león, Roy; eso no era más que un farol —dijo

despectivamente.

Estoy descontrolando de mala manera aquí adentro. Tanto como lo hice fuera. En una extraña fracción de segundo estoy otra vez en el callejón y allí está la mantis religiosa, la de la peluca rubia y el lápiz de labios en esas mandíbulas de insecto, y sostiene una tarjeta roja. Sandy se arranca la camiseta, a punto de estallar en lágrimas, y abandona el callejón, consolado por Diddy, mientras Dawson sacude la cabeza en un gesto de asco. La mantis anota su nombre en un cuadernillo negro, que lleva el título: *YOUTH IN ASIA*. Entonces noto la brisa en la cara y estamos otra vez en el océano.

Nos pusimos el equipo con dificultad, preparándonos para un chapuzón en las cristalinas aguas azul-claro del arrecife. Queríamos abrirnos camino hasta el litoral y nuestro punto de entrada alternativo a Emerald Forest. Era una estrategia arriesgada, pues limitaba nuestras armas a las que pudiésemos llevar en mano.

No me encuentro bien aquí; me zumban los oídos, y noto un olor extraño y estéril en las narices. El olor a hosp… no, a la mierda, domino la situación, domino la situación. Sandy se encuentra bien otra vez, es mi colega, mi guía. Yo y Sandy, somos cazadores. Somos los buenos de esta película.

Entonces Sandy dijo algo que me contrajo el estómago y los músculos del esfínter y me aceleró el pulso. Mientras nos disponíamos a tirarnos por estribor me miró y dijo sonriendo:

—Entraremos por la parte más apartada.

14 Winners y losers

Si mi viejo se llega a enterar de que fui yo el que jodió vivo a Winston Dos, me mata, el cabrón. Se mostraba aún más protector con el animal en estado convaleciente, y rara vez lo dejaba fuera de su vista. Winston llevaba uno de esos conos alrededor de la cabeza: para impedirle al tontolculo rascarse las heridas con las pezuñas. En estado salvaje, el animal habría muerto. Yo estaba plenamente a favor de la naturaleza.

A pesar del sufrimiento de Winston Dos, el resultado me había desilusionado. Quería verlo finiquitado del todo. Sólo mutilarle, como me había hecho él a mí, no bastaba. Mis remordimientos iniciales ante lo que había hecho se evaporaron rápidamente y tenía que ir por él de una vez por todas. Lo que me hizo decidirme fue una tía a la que me estaba tirando.

Julie Sinclair se llamaba. Vivía en Drylaw con su madre y su hermana. No tenía mal polvo, por lo que recuerdo, y solía follármela en su dormitorio y quedarme después viendo la tele con ella y su madre. A veces fantaseaba, no muy en serio, con echarle un clavo a su madre y a su hermana también. Pero en lo fundamental, simplemente estaba a gusto en su casa porque se podía ver la caja tonta en paz.

No sentía nada fuerte por Julie, pero la respetaba. Sólo quería que se la follaran y le gustaba que no veas, pero ella siempre tenía el control, nunca le comías el coco. Pero por mí, perfecto; no tenía intención de comerle el coco y no era pegajosa como algunas guarras. De todos modos, en una ocasión, después de tirármela me preguntó por las cicatrices de mi pierna. Eso fue lo que me hizo pensar en Winston Dos otra vez. Recordé lo mucho que odiaba a aquel monstruo, y a la puta familia que lo adoraba. Aún tenía mis petardos.

Follarme a Julie siempre me hacía pensar en la isla de Cramond, porque allí fue donde se la metí por primera vez. La isla de Cramond es una pequeña isla a menos de un kilómetro y medio del estuario del Forth. En determinados momentos se puede llegar allí caminando, antes de que la subida de la marea la aísle de tierra firme. No hay una puta mierda que ver allí, sólo viejos fortines de la segunda guerra mundial llenos de latas de cerveza y condones usados.

Entre los lugareños era una táctica frecuente llevarse a una tía hasta la isla y esperar a que subiera la marea de modo que hubiese que pasar la noche allí. Tony me lo contó. Ahora que era un *top boy*, en raras ocasiones me enredaba con Bri y esa peña, pero una vez Bri y yo salimos con Julie y su colega y nos quedamos «aislados» en la isla y nos las acabamos tirando.

Allí es donde me dirigiría con Winston Dos.

Afortunadamente, había acumulado un montón de horas libres en el trabajo; había

estado enseñándoles a los tontos del culo de una de las oficinas cómo hacer funcionar un nuevo conjunto de procedimientos del ordenador central que había instalado yo. Me picaban los ojos de tanto estar expuestos a la pantalla, y un examen ocular reveló que necesitaba gafas. Pero ni de coña iba a ser yo un gafotas. No sólo habría supuesto algo más de lo que avergonzarme, sino que además habría sido el vivo retrato de mi viejo.

Anda y que te den.

Me encargué unas lentillas.

El día que me tomé la tarde de fiesta para arreglar lo de las lentillas, decidí volver a casa y coger a Winston Dos. No le dije a nadie que me tomaba el día de fiesta, y me aseguré de que nadie, salvo Winners, estuviese en casa.

Salimos del barrio paseando y cruzamos la calle junto al campo de golf, pasando por el hotel Commodore y bajando por la explanada hasta la playa. Llevaba una pala grande que había comprado en el B&Q, con el extremo envuelto en una bolsa de plástico. Me entristecía un poco ver al perro con el cubo de plástico en la cabeza. Aquello no era vida para un animal. Empecé a acordarme de Winston Dos cuando era un cachorro, y ahora como compañero fiel. Quizá eso me hubiese detenido de no ser porque el silbante viento del mar del norte me atravesó a su paso hacia el estuario del Forth, escociéndome las viejas cicatrices.

Tenía mi pala, tenía mi cubo y aquí estaba, en la playa.

Aún era bastante temprano, una mañana otoñal, y la playa de Silverknowes estaba desierta. Estaba bajando la marea.

Hice desfilar hasta la isla a Winston Dos, dejando las huellas de sus patas en la suave arena. La marea no tardaría en llevarse las huellas de pisadas humanas y pezuñas.

Llegamos a la isla y até al perro a un gancho oxidado que sobresalía oportunamente del costado de un fortín de hormigón.

Un viento inhóspito silbaba a nuestro alrededor mientras le quitaba el cono a Winston y pegaba con cinta adhesiva un surtido de petardos a su rostro suturado. Se los sujeté fuertemente a la cabeza con cinta aislante y después le volví a poner el cono al animal, que se colocaba con un collar distinto. Le escuché hacer esos ruidillos de vaporizador-casi-vacío que hacen los perros cuando están que se jiñan.

Mientras Winston Dos forcejeaba, vi que un pequeño pájaro aterrizaba sobre el fortín. Era un petirrojo, el símbolo de la cristiandad primitiva…

… pensé en el significado de aquello durante un par de segundos, en poner la otra mejilla y el perdón cristiano y toda esa mierda. Pero ya nadie creía en esa bazofia. Eras tú contra el mundo, todo dios lo sabía: el gobierno hasta lo proclamaba. El viento pasó atravesándome los vaqueros, abrasándome las cicatrices otra vez. No, Winston tenía que morir. En términos cristianos, ésta era una guerra justa…

… miré al perro un rato, sencillamente me quedé mirándolo directamente. Resultaba extraño; un ojo brillándole desde detrás de la maraña de cinta aislante y

tubos colorados de cartón fijados a su cara, enmarcada por el cono de plástico. Lo curioso era que ahora había abandonado aquellos enternecedores pero fútiles intentos de rascarse con las patas de delante y estaba tumbado de costado, jadeando suavemente. Parecía casi contento.

Mi bota se estrelló con fuerza contra la caja torácica forrada en piel de aquel complemento de moda para barriobajeros…

TE TENGO JUSTAMENTE DONDE TE QUERÍA
UN CABRÓN INFANTICIDA ES LO QUE ERES
YO, LLENO DE PUTAS CICATRICES Y LISIADO DE POR VIDA

NO LE HAGAS DAÑO A WINSTON
NO LES DIGAS QUE FUE WINSTON

QUE TE FOLLEN PADRE
QUE TE FOLLEN
HABRÍA QUE HABER EXTERMINADO AL PERRO
¿ERA ESO LO QUE VALÍA YO? ¿ERA ESO CUANTO ME VALORABAS?

DESTROY
DESTROY

Winners…
Winners…
aquí chico
aquí chico

¿Qué pasa chico?
¿Eh chico?
Winners, Ganador, mi amigo leal…

Encendí un par de petardos por la parte de su rostro donde quedaban expuestas las mechas azules y, siguiendo las instrucciones de seguridad, me situé bien lejos. Lamentablemente, Winston Dos prefirió hacer caso omiso de las instrucciones.

MUY TORPE POR TU PARTE CHICO.

Hubo una pequeña explosión, y una rociada de sangre roja decoloró el cono de plástico. El perro luchaba, pero en silencio. Yo trataba de averiguar lo que pasaba y me acerqué un poco, cuando de pronto un cohete chirriante salió de la cara de Winston Dos trazando una estela de chispas anaranjadas…

… era como Krypto, el perro de Superboy… el perro tenía termovisión… debería haberme dejado ponerle aquella capa…

… Winston Dos se debatía ciegamente contra la correa…

… entonces hubo una explosión mayor y el perro se desplomó sin más mientras del cono salían disparados fragmentos de carne quemada y sangre. Me estremecí y me aparté de la trayectoria del viento cuando capté el aroma de un olor casi insoportable; más tenue, sin embargo, de algún modo distinto del de Gordon.

Preocupado por el ruido, miré hacia la costa pero la playa estaba vacía. Al otro lado había un pequeño bote de pesca, pero estaba demasiado lejos, junto a la costa de Fife.

Era como si Winston Dos no tuviera cabeza en absoluto; sólo un enorme pedazo de chamusquina negra y carbonizada envuelta en un trozo de plástico fundido.

¿Quién te ha hecho esto, Winston?, ¿eh, chico?
Enséñamelo chico
Enséñame quién fue

Winners
Winners

¿Quién lo hizo?
¿Quién le hizo esto a Winalot?
Dinos quién fue, chico Dínoslo

Winners Winners
Winalot
Winners Winners
what you got

Winners Winners Winners

Loser, Perdedor.

¿Quién lo hizo?

Pero no puedes contarlo
y eso es una
lástima para ti
capullo atontado

Silbé *A Four-Legged Friend* de Roy Rodgers mientras arrastraba el cadáver del perro, apestando y humeante en uno de sus extremos, hasta el otro lado de la isla, la parte que resulta invisible desde la costa de Edimburgo. Llevé el cuerpo hasta la arena húmeda y empecé a cavar con la pala. Le quité la chapa metálica redonda donde ponía WINSTON, con la dirección al dorso.

Qué era lo que el viejo había dicho sobre el tocayo del perro: en la guerra no tienes que ser amable, basta con tener razón.

Miré el agujero que había cavado y le eché una ojeada al cuerpo, antes de dar un vistazo hacia la costa de Fife. Pronto subiría la marea. Casi me cago encima al oír un ruido de roce: al mirar hacia abajo vi el cuerpo del animal temblando violentamente. Sin pensarlo, lo eché al agujero a patadas y empecé a cubrirlo de arena con la pala.

Parte de la arena quedó desplazada instantáneamente, pero seguí paleando y el movimiento se apaciguó y el forcejeo pareció cesar.

Subí escalando a un punto panorámico y observé la subida de la marea, que chapaleaba hasta el borde la isla cubriendo la tumba de Winston Dos, y corrí a continuación hasta la playa. Tenía que moverme con rapidez para evitar quedarme aislado mientras el agua empezaba a cubrir los desiguales montículos de arena que había alrededor de la isla.

Me deshice de la pala en los bosques que había junto al río Almond, que desembocaba en el estuario de Forth junto al viejo poblado de Cramond. Entonces fui a tomarme un café en un pequeño *pub* del pueblo. Una vieja bruja entró con un perrito que no paraba de lanzar agudos ladridos, uno de esos montones de pelusilla atados a un cordel. El animal me olisqueó y yo lo acaricié mimosamente.

—Me encantan los perros —le dije a la maruja.

Estuve sentado un rato, secándome la parte inferior de los pantalones junto al radiador. Entonces me marché y arrojé la chapa de Winston al Almond; encaminándome otra vez hacia el barrio, me detuve en el Commodore por el camino a tomarme una pinta. Fui caminando hasta Silverknowes y me tomé otra pinta en el club de golf. Entonces cogí un autobús hasta el centro y me fui a mirar las tiendas, comprándome un polo que no estaba mal en X-ile antes de volver a casa a la hora de cenar.

Cuando entré, habían vuelto todos. Intenté camuflarme entre el ambiente general de melancolía que llenaba la casa, aunque me costó mucho esfuerzo. No paraba de escuchar la voz del viejo:

—Pero no desaparecería así como así… el perro no podría desaparecer de la faz de la tierra sin más…

Sí que podría, padre.

Sí que podría.

Winston cometió un error. Le tocó los huevos a Roy Strang. Nadie le toca los huevos a Roy Strang.

Las pesquisas de papá, que tomaron forma de amenazas y severos interrogatorios a los lugareños, agobiar a la policía de Drylaw, pegar fotografías mal fotocopiadas de Winston (el borrón negro que salía en las copias se parecía extraordinariamente a él justo antes de morir) en las tiendas y en las farolas, y poniéndose fuera de sí cuando los críos las arrancaban; todo ello no dio fruto alguno.

Winston Dos había desaparecido.

Papá juró que nunca volvería a tener otro perro, pero se quedó pasmado aquellas navidades cuando Kim y yo le regalamos un cachorro de pastor alemán. A diferencia de sus dos alsacianos anteriores, era una hembra.

La llamó Maggie.

Maggie era, es,

un perro agradable.	arriba	—¡Otro movimiento intestinal, Roy!
Nunca me ha hecho	arriba	El Doctor Goss estará
--subiendo arriba	arriba	muy contento contigo

—dice Patricia—. Tienes muy buen aspecto últimamente. Como premio voy a ponerte un rato más la cinta de tu madre. Tiene una bonita voz.

No, por favor, Patricia, háblame, dime con quién has follado últimamente o lo que has estado viendo en la tele, cualquier cosa menos esa pu…

Even though there's something
of the cad About the boy…[33]

—Ojalá tuviera yo una voz como ésa.

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO ---------------- por la parte más alejada. El agua, hemos pasado por el agua, pero sólo me siento mojado hasta los tobillos. De locura.

Jimmy y yo escalamos la cima de la Colina Verde. Resulta una subida larga y ardua, pero la cumbre nos ofrece una perfecta panorámica del lago Torto. Sacamos nuestros prismáticos. Hay una imponente manifestación de color rosa mientras contemplamos los flamencos en el agua. Podían oírse, ese trompeteo tut-tut. Como las trompetas de los hinchas futbolísticos del continente o los coches de las ferias…

Justamente entonces Sandy dice, sin apartar nunca la vista del espectáculo:

—Mira, Roy, a la izquierda.

Había un grupo de alrededor de una docena de marabúes anadeando por las orillas del lago, dirigiéndose directamente hacia la colonia de flamencos.

15 Las masacres de flamencos

El Marabú constituye uno de los mayores peligros para los flamencos rosados y enanos. Camina por la orilla, provocando la estampida de las manadas de flamencos, presa del pánico; entonces efectúa un breve vuelo y da una estocada por la espalda a un flamenco de su elección. Una vez incapacitado, el flamenco es ahogado y después despedazado y devorado por uno o varios marabúes en tres o cuatro minutos.

La intervención de los marabúes ha tenido serios efectos en las colonias de flamencos, provocando su deserción en masa (se conoce un caso en que hasta 4.500 parejas fueron desbandadas por diecisiete marabúes). Los flamencos pueden tolerar y hasta repeler de uno a cinco marabúes, pero seis o más, siempre seis o más, provocan la desbandada general. La naturaleza es así de precisa en su aritmética.

Cuando se trataba de bullas, siempre nos dividíamos en grupos de entre seis y diez. Nos topamos con aquellos animales en el metro de Ibrox. Resultaban pintorescos, los hinchas aquellos. Ridículos, pero pintorescos, con aquellos atavíos rojos, blancos y azules. Sus chapas y sus enseñas; el Ulster y todas esas gilipolleces de mierda, necesitados de una excusa, una boba razón provinciana para desplegar la clase de violencia que nosotros habíamos aprendido a adorar por derecho propio, a tener siempre a mano. Eran algo del pasado. Miraban nerviosamente a su alrededor mientras caminábamos en grupos en su seno. Nosotros no llevábamos banderas; estábamos aquí con una tarea real que cumplir. No estábamos aquí por el furbo, ni por el sectarismo, ni por las poses, ni por el boato. Para nosotros aquello no era más que mierda. Estábamos aquí con una tarea entre manos.

El aire se llenó de estrepitosos y chirriantes gritos de pánico y muerte. A través de los prismáticos, Sandy y yo presenciamos la matanza que tenía lugar en la orilla norteña del lago. Los acontecimientos se sucedían con rapidez, estaba perdiendo el hilo. Más aún, estaba descontrolando. No dejaba de acordarme de otra cosa, no dejaba de ver otra cosa…

Los dispersamos y emprendimos la persecución de un grupo de jóvenes vestidos como árboles de navidad azules que tenían aspecto de haber salido de Fathell, Lanarkshire. Aquellos rollizos tíos de Glasgow con barrigas cerveceras salieron corriendo y se refugiaron medrosos en un pub, pero no tenían escapatoria. Tenían pintas distintas de las nuestras. Aunque yo siempre me había considerado bastante espantoso, aquellas criaturas eran inadmisibles. Entramos a saco y destrozamos el tugurio. Ghostie tenía a un tío de Glasgow tumbado sobre la mesa del billar y trataba de desollar su carnosa cabeza de huno con un vaso roto.

—¡Te arrancaré la puta cara, puto Weedgie cabrón! —gritaba.

Dempsey intentaba incrustarle una pastilla de jabón en la cara al follarratas.

—Date un puto fregote, apestoso cabrón Weedgie esquivajabones… es que vosotros no os laváis nunca, cabrones… ¡jodida basura barriobajera!

Lexo había dejado fuera de combate a un par de ellos, reventándole la cara a uno de aquellos hunos tarados y endogámicos cuando su voluminoso puño hizo impacto en ella como si fuera un tomate maduro alcanzado por un disparo de escopeta de aire comprimido.

—¿Dónde están ahora todos los putos tíos duros de Glasgow, eh? ¡Putos maricones!

Yo le había abierto el careto a un huno flacucho con mi afilado cuchillo de cortar losetas (Boston's, de Leith Walk) y después le derribé, y estaba inflándole a patadas debajo de la sinfonola de la pared. Recordé los discos del viejo, los discursos bélicos de Churchill, y recordé haberle oído decir que a los alemanes los tenías a tus pies o a tu garganta. Con los follarratas era igual. Si te achantabas ante esos cabrones, joder, los tenías encima tuyo por todas partes, si les plantabas cara gritaban mami papi policía… Me sentí un poco mal por haber tirado de faca, no porque tuviese reserva alguna en mejorar los rasgos de los hunos mediante la cirugía estética, sino porque la cuchillería era algo rastrero, como el palique de los capullos acojonaos de estos tíos de Glasgow, y en nuestra cuadrilla lo que nos molaba era pelear de igual a igual. La sinfonola empezó a tocar el Romeo and Juliet *de los Dire Straits, música descaradamente típica de esos matantes hunos descerebrados… me volví ante la puerta del pub semivacío con Norrie y Jacksie, sólo que la mayoría se cagaba encima de ganas de largarse, y grité:*

—¡ME LLAMO ROY STRANG, JODER! ¡RECORDAD ESE PUTO NOMBRE! ¡LOS HIBS BOYS, PUTOS CAPULLOS! ¡LOS NÚMERO UNO EN EUROPA! ¡PUTOS CABRONES FOLLARRATAS!

Qué demonios… veo un Marabú, que no es el nuestro, darle una estocada a un flamenco joven, y a continuación, después de darle un remojón a fondo bajo el agua, se lo traga entero.

Lexo se volvió hacia los camareros; un viejo, una maruja gorda y un tío más joven, que estaban allí de pie, cagándose, y va y dice:

—¡Seis putas, Becks, cabrón! Para llevar.

Le sirvieron y el muy chulo las pagó, además. No haberlo hecho nos habría rebajado a la altura de los esquiva jabones. Éramos, después de todo, esnobs de Edimburgo… pero ya no me daba tanto subidón de adrenalina como antes. Llevábamos demasiado tiempo haciendo aquello. Cogí un taco de billar y salté sobre la barra, sacudiéndole al aparador y a las botellas que había en él. El sonido de los cristales al romperse tiene algo…

Estaba descontrolando de mala manera, y estuve a punto de gritar: ¡BASTA! YA BASTA, JODER, cuando vi al nuestro, nuestro Marabú, y él a nosotros. La criatura bajó el cuello e hizo una breve carrera, batiendo las alas para despegar. Parecía torpe y desgarbado, pero prosiguió con su dificultoso ascenso hasta que logró acceder a las

corrientes térmicas, donde se elevó rápidamente a una altura desde la que se hizo casi invisible.

—Maldito seas, Johnny Marabú —juró Sandy.

Pese a la huida de nuestra presa, sentí una extraña euforia en los huesos. Aquel era el terreno de la bestia; el muy maricón volvería pronto.

—¡VÁMONOS A LA PUTA CALLE! —rugió Lexo, con el cuello tirante, la cara con aspecto de no ser más que un enorme agujero negro. Distribuyó las Becks mientras dejábamos atrás el pub en ruinas y a sus aterrorizados ocupantes cuidándose las heridas. Ghostie se volvió hacia mí mientras salíamos del pub y nos escabullíamos calle abajo.

—Eso no estuvo mal. Algo menos de cuatro minutos, eh —dijo, señalando su cronómetro.

… Veo con claridad otra vez… tomamos nota de que bastante cerca de nosotros otra pareja de grandes marabúes se había introducido discretamente entre una manada de buitres graznantes que devoraban el cadáver irreconocible de un animal. Parecía el cuerpo de una mujer.

no era como el cuerpo de una mujer

no

no… tenía que ser otra cosa. Un gran águila leonada le había pirateado un trozo de carne a uno de los marabúes…

Había otro Marabú en las cercanías del grupo, que de vez en cuando se acercaba corriendo a recoger bocados que se caían, pero sus amigos más atrevidos estaban ahí mismo con los buitres, desgarrando el cadáver junto a ellos. Uno de ellos incluso trataba de dominar a aquellos otros carroñeros, con cierta fortuna. De hecho, la agresividad de los buitres parecía pura pose. Los marabúes les asustaban.

—Los buitres parecen agresivos, pero han desarrollado elaborados despliegues de amenazas para defenderse de sus rivales —hizo notar Sandy, sintonizando con mis pensamientos como si se tratara de telepatía—. Así evitan el riesgo de una fractura del cúbito en combate… siendo el cúbito, por supuesto, el más recóndito de los dos principales huesos del ala.

Una botella rota se estrelló a nuestras espaldas mientras una pandilla de hunos nos gritaba. Nos volvimos y arremetimos contra ellos y salieron corriendo que te cagas.

—Sí, Sandy —asentí, limpiando una de las lentes de mis prismáticos, pues no puedo fiarme de mi sentido de la vista—, aunque el cúbito sea el mayor de los huesos del ala tiene tendencia a fracturarse con mayor frecuencia que el radio debido a su menor elasticidad. Por cierto, si no recuerdo mal, hubo una encuesta que mostraba que alrededor del veinte por ciento de una manada de buitres cabeciblancos mostraba indicios de tener un cúbito fracturado.

Todavía tenía el puto taco en la mano, un apestoso comerratas que se había quedado rezagado durante la huida de sus colegas intentó bloquear mi golpe y le oí llenar el rancio aire del de Glasgow con un grito estridente al resquebrajársele el hueso del brazo…

—Sí —sonreía Sandy—, es asombroso que logren sobrevivir.

—Afortunadamente, aunque sea una de las aves voladoras más grandes, el peso óseo del buitre es muy pequeño, aproximadamente un siete por ciento de su peso corporal…

—… lo que permite al animal vivir de sus reservas mientras los huesos se remiendan…

—¡Mira, Sandy! —le corté—, ¡allá, en la orilla más alejada!

Algunos marabúes volaban en círculo alrededor de una espiral de humo que procedía del otro lado de la Colina Verde.

—Es como si estuviesen sobrevolando un asentamiento… —dijo Sandy.

—Sí, pero el único asentamiento que hay allí es el refugio de Fatty Dawson en el Jambola. ¡Vayamos a comprobarlo!

Cuarta parte

Los caminos de la redención

16 Respeto

Ya empiezo a recordar. Lo recuerdo todo. Ojalá no fuera así, pero lo es.

Supongo que a ninguno de nosotros dejaron de juzgarle jamás. Fue culpa suya; joder, ella se lo buscó, vaya que sí. Ella y Lexo; ella, la gran calientapollas, y él, el triste pervertido que no lograría echar un polvo ni en un burdel con una tarjeta Gold Amex metida en los gallumbos. Si yo no me hubiera mezclado con esa peña, nada habría sucedido, no me habría visto involucrado. Salvo que algún otro cabrón le hubiera hecho lo mismo, a juzgar por el modo en que se comportaba. Nada más seguro.

La primera vez que la vi, reconocí su tipo a la perfección. El tipo Caroline Carson; la que iba al colegio conmigo. A las guarras como éstas hay que darles una lección, o se te mean encima. Se las daba de *top girl*, de gran calientapollas que te cagas. Andaba con los muchachos pero ni dios podía metérsela. Lexo y yo habíamos hablado de ella una tarde, tomándonos unas Becks, como suele ocurrir. Creo que estábamos en el Black Bull, eh.

—Tiene un polvazo que te cagas, esa pécora —dijo.

—¿Te la has tirado? —pregunté.

—Y una polla. Nadie se ha hecho a esa guarra, que yo sepa. Manda a paseo a todo dios. Una cosa te diré, como venga a Buster’s la semana que viene y se pase luego por la fiesta de Dempsey, me la voy a follar por el culo. Aunque sea virgen, no tendrá el chocho tan estrecho una vez que le haya pegado yo un par de rabazos —se reía.

Yo también me reí con el menda.

Estaba pensando en la vez que fui a sacarla a bailar una lenta en Buster’s. Aquella noche estaba ruidosísimo, y tal, pero le grité:

—¿Quieres bailar? —Se levantó y la seguí hasta la pista de baile. La muy guarra se limitó a seguir caminando, cruzando toda la pista hasta el meadero de tías, dejándome de pie como un mamón en mitad de la pista de baile, y todo dios venga a hacer risitas. Se trataba de *mí*, de Roy Strang. Estamos hablando de un puto *top boy*. Me acuerdo de esa noche porque ésa fue la noche que rajé al capullo de Gilchrist.

Me acordé de aquella ocasión, ya lo creo, mientras estaba sentado cascando con Lexo.

—Los muchachos tienen derecho a hacer cola —le dije.

Ella me recordaba aquella vez en el colegio; todas esas listillas, todas iguales, joder. Pues de mí no se ríe nadie, nadie. Me la imaginé llevándose por fin lo suyo, viéndola sufrir, viéndola sangrar, viéndola pedir por favor.

Pide por favor, puta guarra, pídele por favor a Roy Strang. Así es como me llamo y ni dios se ríe de mí. Pide por favor, zorra puta guarra

pide, joder

La muy puta debía creerse que nunca la vi mirándome con Pauline, la periquita de Ghostie. Pensaba que nunca me había fijado en sus risitas disimuladas ante mi cara del revés, mis putas orejas de taxi con las puertas abiertas. Por supuesto, todo aquello sucedía a mis espaldas. Desde que volvimos de Suráfrica y rajé a aquel gordo cabrón de Mathews, y después le di una lección a la guarra de la Carson, siempre sucedía a mis espaldas. Pero la cuestión era que seguían haciéndolo. Yo ni les oía ni les veía, pero sabía que seguían haciéndolo. Simplemente lo notaba, podía sentirlo. Todos tenían que aprender quién era yo, joder; todos aquellos cabrones. Como aquel cabrón que se creía tan duro en el colegio, el capullo ése de Gilchrist, el de Pilton. Era el que estaba con

Ferguson, y Carson y El Polvazo; aquella puta guarra fofa la vez aquella del *chippy*. Acababa de volver de un viaje a Millwall con algunos de los muchachos. Nos lo pasamos chachi, joder, se nos cruzaron los cables del todo en Londres. Hubo una bullanga acojonante en New Cross: al margen de los follaovejas, ellos eran los mejores rivales con los que habíamos topado nunca. Habíamos estado cascando sobre aquello, emocionándonos al recordarlo, cuando me encontré con el capullo de Gilchrist en la Milla Real, fardando con sus colegas.

Él no había sido el peor. El peor, ni de lejos. Pero estaba allí, ahí mismo en el *pub*, donde le dejé sudar un rato. Entonces le rompí la nariz de un cabezazo, y le abrí la mejilla con mi cutter. (Adquirido donde siempre compro mis armas). Sólo era mi modo de decirle: «Me llamo Roy Strang: ¿te acuerdas de la noche aquélla con las patatas, cacho cabrón?».

Lo único que pido es un poco de respeto. Estoy en mi derecho, joder.

Sí, vi sus putas miradas de soslayo cuando íbamos camino del Red Hot Pepper Club. Poniendo en evidencia mis piernas cortas, mi gran cabeza, mis orejas, todos y cada uno de los defectos de mi pellejo. Haciéndome sentir como un anormal.

—Oye Lexo, si estás por violar entre todos a esa guarrilla, acuérdate de avisarme —sonreí.

—Una guarra tiene que darse cuenta de que si anda por ahí con los *top boys,* tiene que cumplir. Hay que dar un escarmiento de vez en cuando —sonrió, su boca dibujando una medialuna en aquella cabeza cuadrada.

Eso fue todo. Esa era la magnitud de nuestro complot; una pequeña fantasía boba y medio bolinga en un *pub*. Yo no sabía que el cabrón hablaba en serio: no sabía que había hablado con Cally y Demps al respecto.

No es que yo estuviese por hacer nada. Ya tenía suficientes problemas de chochos; había hecho un poco el capullo en el trabajo, eh. Fue aquella navidad; resultó bastante extraño. Había una tía llamada Sheena Harrower que trabajaba en Scottish Spinster's. Iba a Buster's y conocía a algunos de los muchachos. Yo no iba jamás a las fiestas del curro, pero estaba cascando con la Sheena ésta en la cantina y ella dijo que se iba. Me apetecía calzármela, pero otro par de chicos, uno de ellos

Demps, creo que el otro era el tío éste, Alto, habían hablado de intentar tirársela también. Por ese motivo pensé que sería mejor quedar con ella en la fiesta de Scottish Spinster’s; por aquello de tener el campo libre. Parecía una oportunidad demasiado buena como para desperdiciarla.

Nunca se presentó. Me enteré más tarde que el cabrón de Demps se la había encontrado en un *pub* la noche anterior y había quedado con ella antes. Así que ahí estaba yo solo en una fiesta navideña de Scottish Spinster’s. Era realmente curioso ver a rodos aquellos puretas totalmente pasados de alcohol. La mayoría no estaban acostumbrados y todos iban totalmente tajados.

Bueno, pues me limité a pimplarme unas latas de cerveza de puro aburrimiento. Era cerveza de Scottish & Newcastle, que es una mierda; normalmente yo sólo bebía Becks, pero era lo que había. Tenían el ponche ése también, que no estaba mal. Al poco rato iba algo pedo. De hecho, debía ir muy pedo porque empecé a morrearme con Martine Fenwick. No recuerdo cómo empezamos. Fue un rollo cutre porque nunca nos entendimos bien y me llevaba unos cuantos años, pero ella también iba bebida.

Vaya rabo que se me había puesto, joder; sólo quería soltarle el chorromoco dentro a la Fenwick, y después abrirme de todo aquel montaje deprimente. Pensé en llevarla a la oficina y meterla en el trastero, donde guardábamos las cajas de *hardware* de ordenador y material de oficina. Allí había una mesa y podría echarle un clavo encima. El problema era que a la muy guarra le molaba que le diera besos con lengua en público, pero cuando se coscó de que quería llevármela de ahí, me mandó a cascarla. Para entonces la cabeza me zumbaba tanto como los huevos, y no dejaba de notar un fuerte olor a orina. Le lancé un gruñido insultante a la Fenwick y me fui para la barra.

Después de un par de copas, me embolsé un mechero de plástico barato que guipé sobre una mesa. Luego me fui a dar una vueltecilla por las oficinas desiertas. Revolviendo en uno de los almacenes encontré algo de líquido inflamable, para limpiar el equipo eléctrico. Perfecto.

Volví a la fiesta, que no duró mucho más antes de que se disparase la alarma contra incendios y montones de capullos borrachos salieran a la calle tambaleándose. Llegaron dos camiones cisterna y apagaron las llamas, pero sólo después de que varias oficinas quedaran destruidas. Hubo un julandrón que se emborrachó y perdió el conocimiento y le llevaron al hospital por inhalación de humos. Por lo que a mí respecta, al muy julay le estaba bien empleado. Los daños por incendio fueron considerables y provocó una circular del Director de Personal prohibiendo el uso de los locales para fiestas navideñas. Por mí, aquello estaba por su sitio, no tenía el menor interés en las fiestas de aquellos cabrones.

Poco después de aquello me ascendieron. Jane Hathaway obtuvo un empleo mejor en otra parte y, como suele decirse, «se llevó» con ella a la Fenwick. Des Frost se hizo cargo como supervisor y me dieron su empleo. Con eso quedaba convertido

en analista de sistemas oficial. Suponía más guita, pero en realidad hacía el mismo trabajo. Me demostró lo explotado que estuve durante mis tres años de aprendiz. Cogimos a dos aprendices nuevos, ambos tíos jóvenes, uno de los cuales pertenecía al *baby crew*. Había mejor rollo en la oficina.

Sucedió pocos meses después.

Estábamos en Buster's otra vez, y pasando una buena noche. Incluso en la disco, cuando Lexo nos señaló cómo bailaba y nos dijo: «Esta noche ese chorro será nuestro», yo sólo pensé que de ilusión también se vive.

Se la veía tan chula y orgullosa con esa forma de bailar, con aquel pelo largo y suelto, con la boca dispuesta en aquella mueca que parecía vomitar su desprecio por el mundo entero, con aquel cuerpo ágil contorsionándose

en sintonía	subiendo	—Lo subo un poco, ¿eh, Roy?
con la música	subiendo	A LA MIERDA
Llevaba aquella	subiendo	I've seen faces, places,
blusa ajustada	subiendo	and smiled for a moment,
y una falda	subiendo	But oh You haunted me so.
corta, la muy	subiendo	Still my tongue-tied Young
calientapollas	subiendo	pride Would not let my love
se lo	subiendo	for you show in case
merecía	subiendo	you'd say no[33]

NO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO --------- No profundizo lo bastante para ir por el Marabú ------ sólo ella -------- porque estábamos todos bastante pasados…

Sí.

Estábamos todos bastante pasados cuando volvimos a casa de Dempsey. Lexo le puso un tripi, y ella flipó. Fue un rato de locura. Había una torre en el cuarto de estar con la mierda ésa del puto tecno a todo trapo, y en uno de los dormitorios teníamos lo que me molaba a mí, los Stone Roses y los Happy Mondays y todo el rollo *indie*. Lexo me hizo una señal a mí y después a Ozzy, que se aproximó a ella. No creo que ella supiera realmente lo que estaba pasando cuando Ozzy la escoltó hasta el dormitorio. Para cuando la hubo conducido allí, Lexo y yo estábamos esperando, con Demps, que cerró la puerta con llave. Recuerdo que ella siguió riéndose, hasta que Lexo la tumbó en la cama de un empujón. Demps y Ozzy la inmovilizaron y Lexo le puso un cuchillo en la garganta.

Comprender lo que estaba sucediendo fue un duro golpe para ella.

—Por favor, no me matéis —dijo silenciosamente.

—Abre la boca y eres historia —dijo Lexo.

Le subió la falda. Ella forcejeó un poco, diciendo:

—No, por favor, no, por favor —una y otra vez.

Yo le dije a Lexo:

—Venga, Lexo, ya le hemos metido bastante susto, tío…

Se volvió y me echó una mirada como nunca antes había visto, como nunca sospeché que podría mirar un ser humano.

—Le vamos a meter algo más que un susto, eh —se mofó. Yo tenía miedo: miedo de Lexo. Si me rajaba, era hombre muerto. Eso es lo que pensé. Demps, Ozzy, no hacían más que reírse.

—Considéralo como una iniciación —dijo Ozzy.

—Eso, aún no se te ha hecho nadie —sonreía Demps—. Los muchachos tienen derecho a hacer cola.

—Gajes de *top boy* —se reía Ozzy—, qué más se puede decir, eh.

Lexo le cruzó la cara y le apretó el cuchillo contra la garganta. Ella dejó de forcejear y volvió la cabeza a un lado. Empezó a subirle la ajustada blusa de *lycra*, lenta y cuidadosamente, casi con ternura. Ozzy y Demps le levantaron los brazos para pasarle la blusa por encima de la cabeza.

—No queremos indicios de resistencia —se reía. Le bajó el sostén y le sacó las tetas al mismo tiempo. Durante todo aquel tiempo, ella tenía una expresión gélida, los ojos mortecinos salvo por un reguero constante de lágrimas. Entonces soltó un grito, pero la música estaba tan alta que ni dios la habría oído. Lexo la golpeó en un lado de la cara, y después le apretó una de sus enormes manos alrededor del cuello.

—Te cortaré la puta lengua la próxima vez que hagas un puto ruido —le cuchicheó. Todos sabíamos que no bromeaba. Lexo estaba poseído.

Joder si lo estaba, el cabrón.

—Echadles un tiento a esas tetitas, chicos, no están mal —dijo evaluando un abultado pecho en la palma de la mano.

—Es un hermoso pedazo de carne —sonrió Ozzy, pellizcándole cruelmente el pezón entre el índice y el pulgar.

—Sólo las mejores tajadas para los *top boys* —sonrió Dempsey.

Lexo le había bajado la falda, y me hizo señal de quitarle los zapatos de los pies, cosa que hice, y a continuación él la despojó de sus bragas de algodón.

—¿Te han comido el precioso coño alguna vez? —Estaba otra vez sobrecogida por el terror, pero cerró las piernas cuando las manos de Lexo se abrieron paso ásperamente entre ellas. Lexo estaba echado sobre ella con toda su mole.

—¿Te lo han comido alguna vez? —le preguntó directamente a la cara.

Ella intentó decir algo pero empezaron a darle arcadas. Se le estaba corriendo el maquillaje de los ojos. Ya tenía un aspecto repulsivo. Nada que ver con el que tenía en el club. El miedo había retorcido y distorsionado sus facciones. No valía la pena…

Lexo se desabrochó los vaqueros y los calzones, dejando ver un enorme culo lleno de granos. Ozzy y Demps le soltaron los brazos y agarraron cada uno un muslo, separándole las piernas a la fuerza. La oía alternar entre súplicas lamentables y

amenazas insípidas.

—… no… por favor, Lexo… Alex… no lo hagas… por favor… se lo diré a la policía… iré a la policía… por favor… no me hagáis daño… no me matéis…

Lexo le abrió los labios con los pulgares y le olisqueó el potorro. Alzando la cabeza, arrugó la nariz y puso cara de catador de vinos:

—¡Va a haber mucho folleteo esta noche!

Le sorbió el coño ávidamente durante un rato, y, a continuación, imperturbablemente, de modo continuado, con gran cuidado para no dejar ninguna señal de violencia, le introdujo el dedo en el coño, poniéndolo a punto con suavidad. Ozzy y Dempsey todavía la tenían cogida de los muslos.

Gritó cuando Lexo le introdujo su polla a la fuerza. De nuevo, no obstante, lo hizo lenta y deliberadamente. Lexo sabía lo que hacía. La expresión que ella tenía en la cara era… recuerdo que vi un documental sobre algún animal al que se comían por detrás mientras su cara parecía dejar constancia de su incredulidad, de su miedo y de la repulsión que le producía su propia impotencia. Eso era lo que me recordaba. El ñu…

Ozzy y Dempsey le escrutaban la cara, Ozzy echaba su largo cabello negro a un lado mientras Lexo empujaba.

—Aún no hay ninguna señal de que se haya puesto cachonda, Lexo —sonreía.

—Puede que me haga falta un poquitín de apoyo, chicos —gruñó Lexo—. Para mí, que hay tres agujeros y sólo uno ocupado.

Ozzy se bajó la cremallera de los vaqueros y se sacó la polla. Atrajo la cabeza hacia sí y, colocándole el cuchillo de Lexo en la garganta, la obligó a abrir la boca.

Yo estaba de pie en un rincón, temblando, preguntándome qué cojones hacía allí, mientras a continuación la poseía Ozzy, y después Dempsey, y para entonces ella casi había perdido el conocimiento. Cuando le tocaba a Dempsey, alguien intentó entrar en la habitación. Llamaron insistentemente. Ozzy quitó el cerrojo de la puerta y asomó la cabeza.

—¡Vete a tomar por culo! ¡Fiesta privada! —saltó.

—Nos vamos a Murrays. Tienen torres, sabes —dijo un tío llamado Nezzo.

—Luego os vemos —dijo Ozzy, echando el cerrojo otra vez.

Finalmente, Dempsey se corrió.

—Fuá, hija de puta —gruñó, antes de sacarla.

—Bien lubricada para ti, Strangy —sonreía Ozzy.

—Ni de coña voy a meterla ahí dentro después de vosotros, cabrones… —me estremecí, tratando de mantener un tono suave. No había un solo condón a la vista.

—Aquí no se raja ni dios —gruñó Lexo.

Me desabroché la bragueta.

Ozzy miró con mala cara y desdén hacia su vagina.

—Como una puta esponja enjabonada ahí dentro, tío, ya te digo.

Me eché sobre ella. No se me habría puesto dura de todos modos, pero me eché

sobre ella y lo fingí, empujando rítmicamente.

—No creo que el mundo le diese vueltas precisamente, Strangy —se rió Dempsey, mientras yo gruñía débilmente y me apartaba de ella.

—El último de los amantes al rojo vivo, sí señor —dijo Lexo desdeñosamente.

Creí que habíamos terminado, pero su calvario no había hecho más que empezar. Lexo quería aprovechar la circunstancia de que todo el mundo había abandonado la fiesta.

—Vigiladla —ordenó, y a continuación desapareció. Volvió del patio trasero con un trozo de cuerda del tendedor que pasó, con un nudo corredizo en el extremo, por las grandes vigas paralelas del cuarto de estar. La habitación estaba sembrada de latas de cerveza vacías y botellas, ceniceros llenos a rebosar y fundas de discos y de casete vacías. Lexo regresó al dormitorio y le ató las manos detrás de la espalda de forma tosca pero firme, haciéndola desfilar por el piso desierto hasta el cuarto de estar. La obligó a ponerse en pie sobre una banqueta, casi de puntillas, con la cuerda alrededor del cuello. Le metió una gran bola de algodón hidrófilo en la boca y se la tapó con un esparadrapo.

—¡Si se cae y se ahorca, estamos jodidos! ¡Este es mi piso! —dijo Dempsey.

—Que se joda —dijo Lexo—. Si se cae y se asfixia, simplemente nos la llevamos a la costa y nos deshacemos de ella. —Se frotó las manos—. Vámonos para una farmacia de guardia por un poco de vaselina. Me muero de ganas de metérsela por el culo. El coño ya lo tiene bastante bien follado. Nos tomaremos un par de cervezas en el club primero, eh. ¡Este trabajo da una sed que te cagas!

Se acercó a ella y se puso de puntillas para besarla en la barbilla.

—Ahora eres nuestra, so guarra. —A continuación adoptó un teatral acento americano—. No te vayas, muñeca, ¡los muchachos volverán!

La dejamos allí sin más. Ozzy nos llevó en coche hasta el West End y Lexo compró vaselina en la farmacia. Entonces fuimos a nuestro club en Powderhall. Era una sala de billar que había cerrado hacía siglos, pero nosotros teníamos llave y Ozzy puso la gramola mientras Demps sacaba unas Becks.

—¡Salud, chicos!

Ella, allá en el piso atada de aquella manera. Ahogándose con la mordaza, luchando para poder respirar. Con miedo de intentar moverse siquiera. Sin saber cuándo volveríamos o si lo haríamos. Quería terminar aquella ronda rápidamente. Quería salvarla.

—¡Por las guarras que tienen putas lecciones que aprender! —Ozzy propuso un brindis.

—Guarras —asentimos todos a una, entrechocando las botellas.

¿Cómo se sentiría, atada de aquella manera, con el nudo corredizo alrededor del cuello? ¿Con nuestra lefa escurriéndole hacia abajo por las piernas desnudas?

Yo me cagaba pensando que algo le había pasado. Demps también; el piso era suyo. A Lexo y a Ozzy no parecía importarles una mierda. Lexo captó mi ansiedad.

—No te nos amaricones, Strangy. Será pedagógico para esa guarra. La convertirá en una mujer hecha y derecha.

—Pero tú eso no lo sabes… puede quedarse hecha polvo… puede que nunca más pueda ir con un tío, y tal.

Me miró con un desprecio arrollador.

—La única puta razón por la que no podrá volver a hacerlo es porque ha probado las mejores, y las demás sencillamente no dan la talla, joder.

Lexo quería quedarse a tomar otra, pero le convencimos para volver. Se metió en el coche y cruzó la ciudad en dirección al queo de Dempsey. Sin embargo, Lexo detuvo el coche antes de llegar.

—Eh… —dije débilmente. ¿Qué estaba haciendo?

Había muerto. Se había caído y estaba muerta. La habíamos matado. Lo sabía. Simplemente acabaría abandonando, dejándose ahorcar. ¿Para qué aguantar?

Sabía que estaba muerta.

—¡Venga Lexo! ¡Qué pasa aquí! —se quejaba Demps.

Lexo señaló a un grupo de borrachos sentados en un banco del parque en aquella desierta calle nocturna. Bebían unas latas de Lager fuerte.

—Hay que saludar, eh.

—¿Eh? ¡Vete a la mierda! —jadeé.

—No cuesta nada ser amable —dijo Lexo, saliendo del coche. Ozzy también empezó a salir.

No estábamos de humor para aquello, al menos yo y Dempsey no, pero salimos del buga detrás de ellos, barruntando que sería más fácil intentar camelarlos para que volvieran a entrar. Nos aproximamos a los borrachines, que nos miraban con prevención.

Había dos tíos y una mujer. Uno de los tíos era corpulento y grande, con pelo rizado y plateado pero unos ojos sorprendentemente apacibles y furtivos. El otro era un tío que, me di cuenta, era mucho más joven de lo que había pensado. Tenía la cara descolorida por la bebida y la intemperie, además de muchas cicatrices y postillas. Su pelo era oscuro y espeso. Tenía aquel aspecto ligeramente perplejo que parecen tener muchos borrachos que aún no han bebido lo bastante para ponerse pallá.

Quería volver con ella. Quizá se hubiese desatado, quizá la había oído algún capullo. La policía…

—¿Qué tal, caballeros? —dijo Lexo y, volviéndose hacia la mujer, sonrió—, y damas también.

La mujer tampoco era tan vieja. Era delgada y estaba pálida y probablemente andaba por los treinta y pocos. Tenía el pelo de color marrón-grasiento, pero sus ropas parecían estar en bastante buen estado, y no parecía sucia.

Nos saludaron con bastantes reservas.

Ozzy miró a la mujer.

—¿Cómo te llamas, muñeca?

—Yvonne —dijo ella.

—Es legal —sonrió el tío más mayor, alzando su lata hacia nosotros.

—Apuesto a que tienes un buen polvo, eh, Yvonne —preguntó Ozzy, guiñándole un ojo.

El tío mayor arrugó los ojos y frunció los labios, chupando aire, y me sonrió.

—Claro —dijo sonriente.

Me gustaba aquel viejo capullo. Sentí deseos de protegerle de los muchachos.

—A lo mejor podríamos llevarnos a Yvonne a nuestra fiestecilla, eh, Lexo. Montar un numerito lésbico. ¿Has follado alguna vez con otra tía, Yvonne? ¿Eh? —preguntó Ozzy.

Yvonne no dijo nada, se limitó a quedarse sentada en el banco, entre los dos tíos. El tío mayor se volvió hacia otro lado.

—Déjala, Ozzy —dijo Demps.

—Oye, pero si fueras a follar con otra chica, Yvonne, es un suponer, no estoy diciendo que lo harías ni nada de eso, eh, pero si fueras a hacerlo, suponiendo que así fuera: ¿usarías los dedos o la lengua? —preguntó Ozzy, introduciéndose el dedo índice dentro del puño y haciendo chasquear la lengua dentro y fuera de la boca.

La chica se encogió de hombros y miró al suelo.

—¡Vete a tomar por culo, Ozzy! ¡Venga! ¡Vámonos! —gritó Demps.

Quería verla. Tenía que verla. Teníamos que volver.

—A lo mejor me das un besito nada más, ¿eh, Yvonne? —preguntó Ozzy. Se inclinó sobre ella. Ella se volvió para otro lado, pero él seguía girando al compás y ella, finalmente, dejó de mover la cabeza y le permitió besarla en la boca. Lexo soltó unos ruidosos alaridos. El otro tío le había pasado su lata de Carlsberg Special, de la que ahora estaba bebiendo.

—Eso no estuvo tan mal, ¿eh? —dijo Ozzy. Como el día de año nuevo. Todos besamos a los desconocidos el día de año nuevo, por la calle, y eso, en el Tron[34]. No cuesta nada ser amable… ¿Qué tal un vistazo rápido de la teta, pues, Yvonne? ¡Para los muchachos!

—¡Vete a tomar por culo, Ozzy! —dije yo.

—Cállate, Strangy —se reía—, sólo le estoy dando una pequeña opción a Yvonne. Un vistazo de la teta o volver a la fiesta con nosotros. ¿Qué va a ser, Yvonne?

La mujer se desabrochó patéticamente unos botones de la blusa y sacó rápidamente una teta antes de volverla a cubrir. Ozzy se reía. Lexo miró para otro lado, asqueado.

Entonces Yvonne se puso de pie de repente. Sólo entonces me di cuenta de lo que había ocurrido. Lexo le había pegado un puñetazo al tío joven, haciendo un ruido demoledor con su enorme puño al impactar con la cabeza del muchacho. Se quedó sonriendo al gachó, manteniendo rígidos los brazos y golpeando el aire enfrente de la cabeza del tío. El chaval se llevó la mano a la cara; temblaba de dolor y miedo en el

banco. Yo quería que el muy tonto del culo se levantara y saliera corriendo, o intentase meterle una a Lexo. Quería que hiciera algo, no que se quedara ahí como una puta oveja. El viejo miró para otro lado y cerró los ojos.

—Esa ni la viste, colega, a que no —se reía Lexo—. Demasiada priva. Te estás volviendo lento. Apuesto a que podrías haber sido aspirante al título en tiempos, ¿eh?

El estúpido capullo mantiene la mano delante de la cara, pero, asombrosamente, logra forzar una mísera sonrisa ante Lexo. Lexo le envía juguetonamente un jab corto contra la guardia:

—Ésta… ésta… —dice, y a continuación le sacude al chaval en la cara con la otra mano—, nah, es aquélla… —se ríe, meneando la izquierda—. Esa otra vez… —su puño izquierdo hace impacto de nuevo con un crujido espantoso. Le siguió la derecha.

Yo lo estoy viendo y estoy a punto de patear al capullo del banco por ser tan jodidamente estúpido y limitarse a absorber este indigno castigo; sólo por poner fin a sus sufrimientos rápidamente. Quiero marcharme. Quiero ir a verla. Ahora el tío tiene la cabeza entre las manos. Lexo ha perdido interés. Está mirando a Ozzy, que está morreándose con la mujer ésa, Yvonne. Yo me encojo de hombros delante del viejo borrachín, que parece asustado. Intento mandarle la onda de que no pasa nada, de que nadie va a molestarle.

Lexo se le acerca y saca la cartera. Le incrusta un billete de cinco libras en la mano al borrachín.

—Por la mañana le pagas unas copas a tu colega, eh. Anestesia —sonríe.

—Mi oficio era el cobre. Rosyth[35]. —le dice el viejo, cogiendo el dinero.

—Tienes buenas manos, colega. Manos fuertes —sonríe Lexo.

—El Ministerio de Defensa. Antes éramos funcionarios.

—¿Conoces a Benny Porteous? —pregunté.

—Sí… ¡conozco a Benny! —Al viejo se le iluminaron los ojos.

—Es mi tío. Estaba en el cobre en Rosyth.

—¡Yo trabajé durante años con Benny! Alec, así me llamo yo. Eck Lawson. Dale recuerdos a tu tío. ¿Qué hace? ¿Dónde trabaja?

—No hace nada. Sólo apostar a los caballos, o sea.

—¡Típico de él! ¡Dale recuerdos de mi parte! ¡Eck Lawson!

—Descuida, Eck —dije. Quería marcharme.

—Venga, vosotros —saltó Lexo, y volvimos a meternos en el coche—. ¿Qué haces con esa vieja perra, so guarro? —se reía de Ozzy.

—Podía habérmela llevado al piso, eh. A ver qué le parecía a esa guarra que le comiera el coño un viejo callo borrachín —sonrió Ozzy.

Era como si pudiese ver las posibilidades que le pasaban por la cabeza a Lexo.

—Nah —dijo—. Lo que hace falta es disciplina, joder. Se complicaría la cosa un poco más de la cuenta, la policía, y eso.

—¡Eso último fue una idiotez! ¡*Ellos* podrían haber llamado a la policía! Hostiar

al borracho ése… ¿A eso cómo cojones lo llamas? —gruñó Demps.

Nos metimos en el coche. Volvíamos a donde estaba ella. Por favor, que esté viva.

—No llamarán a la puta policía, tonto del culo —se burló Ozzy.

Lexo se dio la vuelta, iluminándonos con su enorme sonrisa.

—Eso no han sido más que unos pequeños preliminares. ¡Para ponernos todos a tono para el culo de esa guarra, eh!

Miré la cara crispada de Demps, en el asiento de atrás del coche, donde estábamos sentados los dos. Tenía la boca torcida y podía oír cómo le rechinaban los dientes, pero no podía ver sus ojos a causa de su largo flequillo. Regresamos a su piso alrededor de una hora después de habernos marchado.

Yo estaba aterrado mientras subíamos las escaleras, cagado de miedo en caso de que hubiera intentado liberarse y se hubiese ahorcado.

Temblaba que te cagas. Miré a Demps. Él miró para otro lado.

Ozzy abrió la puerta de la cocina. Estaba allí. Durante un segundo estuvo tan quieta que parecía haberse caído. Estuve a punto de gritar al sobrecogerme una abrumadora ola de temor, pero volvió la cabeza hacia nosotros, con ojos suplicantes y llenos de pánico. Seguía con vida.

La bajamos, pero en vez de llevarla de vuelta al dormitorio, Lexo trajo el colchón a rastras y lo puso en el suelo.

—Aquí estará mejor, eh —sonreía—, podremos ver los dibujos animados en la tele a la hora de desayunar mientras le damos lo suyo.

Yo no me metí nada de droga, pero Lexo y Ozzy se metieron un éxtasis y los tres se hicieron un par de rayas de speed cada uno, y la tuvimos con nosotros, poseyéndola una y otra vez. Conseguí simular otro fingido golpe de riñones más, pero los demás estuvieron metiéndosela toda la noche. Dempsey y Lexo la tenían metida en el coño y el culo al mismo tiempo, con las pelotas apiñadas.

—Puedo sentir tu polla, Lexo —jadeó Demps.

—Ya, yo también siento la tuya —dijo Lexo.

Dempsey había puesto un vídeo de goles de los Hibs y vimos a George McCluskey estrellar un hermoso balón en la red contra Dunfermline.

—Pero qué guapo el que acaba de meter Beastie… —gruñó Lexo mientras le vaciaba su carga en el recto por enésima vez aquella noche. Cuando nos aburríamos de follárnosla de distintas maneras, poníamos un vídeo o algo de música. Vimos *Pesadilla en Elm Street*, segunda parte, que Demps tenía grabada en vídeo.

Por la mañana la obligamos a ducharse un par de veces, comprobando que se lavaba a fondo. Era tan sumisa, parecía tan destrozada y desdichada, que pensé que habría sido mejor darle matarile. Cruzó las piernas y mantuvo los brazos sobre el pecho, como una de aquellas mujeres prisioneras de las películas de los campos de concentración. Su cuerpo, que siempre había tenido tan buen aspecto, esbelto, atlético y lleno de curvas cuando bailaba con ropa ajustada y diáfana, ahora parecía quebrado y combado, retorcido y escuálido.

Me di cuenta de lo que habíamos hecho, de lo que le habíamos quitado. Su hermosura tenía poco que ver con sus pintas, con su atractivo físico. Tenía que ver con su forma de moverse, con su forma de comportarse. Residía en su confianza, su orgullo, su vivacidad, su falta de temor, su actitud. Era algo aún más fundamental y menos superficial que aquello. Era su yo, o su sentido del yo.

No teníamos derecho. No nos dimos cuenta… yo no pensé… Apartémonos. Apartémonos de esto un poco. Apar…

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO --------------- más abajo para que pueda ver a Sandy Jamieson, que ahora está sentado fuera de nuestra tienda en la pendiente arbolada que sube en terrazas a partir del lago.

—Sandy, ¿has pensado alguna vez en lo que vas a hacer cuando todo esto haya terminado, viejo?

—Creo que probablemente acabaré haciendo más de lo mismo. Me gustaría seguir en el negocio con alguna función… quiero decir, no me veo tirando pintas en un *pub*. Echaría de menos la camaradería de todo esto… oh, es algo más que compartir la bañera con un grupo de hombres desnudos… ¿pasa algo, Roy?

—Creo que iré a dar un paseo, Sandy, eh, a buscar más leña para el fuego —dije. Me sentía nervioso e intranquilo, tenía que alejarme de todo aquello.

—Un agujero de primera —gritó Sandy, guiñándome el ojo mientras me marchaba nerviosamente. ¿A qué venía aquello?

Me estaba adentrando cada vez más profundamente en la espesura del bosque.

Me agaché en un claro e intenté retomar
el hilo de mis pensamientos Sin
embargo, no paraban de remitirme
al pasado; de vuelta a mis

recuerdos
de algún otro
mundo.---allá

en
--arriba

algún otro mundo
¿qué otro mundo?
Una ciudad. Un coche
atravesando las calles
desiertas de una ciudad.

La áspera luz del día.

La llevamos en coche hasta el centro y se fue a casa. Le costó algunos días denunciarlo a la policía. Nosotros estuvimos ensayando nuestra coartada, que era sencilla. Habíamos tomado un poco de alcohol y drogas y montamos una fiesta. Ella tenía ganas de marcha, y se enrolló con un par de nosotros. Fue sólo por la mañana, cuando empezamos a decirle en broma que era una guarra asquerosa, que se volvió amarga y retorcida y empezó con todo el rollo de la fantasía de violación. Nos deshicimos del vídeo que habíamos visto y los discos que habíamos escuchado

aquella noche, para que quedase como una capulla si le decía a la policía lo que teníamos puesto.

Nos llamaron para interrogarnos, pero todos éramos veteranos de los interrogatorios de la pasma. Ni de coña iban a sacarnos nada, sobre todo en compañía de nuestro abogado. Habíamos contratado a Conrad Donaldson para defendernos. Donaldson era el mejor abogado criminalista de la ciudad, y nos aseguró que no tenían caso. Sólo teníamos que echarle valor. Incluso cuando nos acusaron formalmente, no nos preocupó demasiado. La policía se lo tomó sin ganas, no se esforzaban de corazón; los que más brasa me dieron fueron mis padres.

—Bueno, ahora ya está, mi propio hijo —dijo papá—. Un enfermo. Un enfermo mental. Lo dicho, un delincuente común.

—Pero fue ella, papá… bueno, Lexo se pasó un poco, pero fue ella… lo estaba deseando… —alegué.

Recuerdo a Bernard alzando sus asquerosas cejas de maricona y haciendo una mueca de repugnancia. No tenía una puta mierda que ver con aquel marica. Quise borrar del mapa a ese maricón. Mamá, sin embargo, acudió a socorrerme:

—¡No es esa clase de chico, John! ¡No es esa clase de chico!

—¡Vet! ¡Cierra la puta boca! Lo dicho, ¡cierra la puta boca! —soltó papá, con los ojos colorados. Se volvió hacia mí y sentí el retorno de un temor infantil cuando aquellos enormes y enloquecidos faros me atravesaron de parte a parte, hurgándome en el alma…

—Voy a preguntártelo una vez, y sólo una. ¿Le pusiste la mano encima a esa chavalilla? ¿Le hiciste daño a esa chavalilla?

—Papá… no fue así… yo nunca la toqué… yo sólo estaba por en medio cuando empezó a acusar a todo el mundo. Era una fiesta… todo el mundo se estaba divirtiendo. Esa chica estaba loca, a tope de drogas y eso, sólo quería follarse a todos los que había allí. Luego, por la mañana, alguno de los muchachos empezó a llamarle guarra, y comprendo que eso es pasarse un poco, pero se puso toda rencorosa y empezó a tomarla con todo el mundo. Yo nunca hice nada…

—¡Eso fue! —le gritó mamá a John—. ¡Una guarra! ¡Una puta guarra va a arruinarle la vida a mi chico! ¡Y tú vas a quedarte ahí de pie aceptando la palabra de esa guarra contra la de tu propia sangre!

John dejó que le calasen aquellas inferencias. Siempre había dicho que los Strang debían mantenerse unidos y Vet se había hecho fuerte en el santuario de la moral.

—No estoy diciendo eso, Vet, como decía, no digo eso… no era eso lo que quería decir, lo dicho, no era eso lo que quería decir…

—¡Es un buen chico, John! Trabaja con ordenadores… una profesión con futuro. ¡Siempre le educamos correctamente! Es sólo esa basura con la que anda, los idiotas esos del furbo…

Los ojos de papá resplandecían como faros y su nuez se bamboleaba como una boya en un mar tempestuoso.

—Nos ocuparemos de esos cabrones… ahora voy por la puta escopeta…

Copón, menos mal que Tony estaba allí con uno de sus chicos, el pequeño Sergio.

—No, John, no. Si nos metemos ahora sólo causaríamos más follón. Ya está en los tribunales. Podría influir en el caso.

La cara de papá se crispó al captar aquello poco a poco. Resopló un poco *in situ* y pensé que iba a pegarle a alguien. A continuación pareció tranquilizarse.

—Podría influir en el caso… tienes razón, Tony… sí. Nadie va a hacer nada. Los Strang librarán su batalla en los tribunales. Ahí es donde hay que dar la batalla, lo dicho, en los tribunales.

Me apretó la mano, casi aplastándome los huesos en un arrebato de fervor.

—Es que tenía que preguntártelo, hijo, tenía que saberlo. Pero nunca dudé de ti, hijo, ni por un minuto. Pero tenía que preguntártelo, hijo, tenía que oírlo de tus propios labios, como te digo, de tus propios labios. ¿Lo entiendes, hijo?

Asentí con la cabeza. En realidad, no entendía. No entendía una puta mierda. No entendía por qué me sentía tan mal. Odiaba a aquella guarra. Odiaba a todo dios: a todos los que iban jodiéndome por ahí. Yo contra ellos. Yo. Roy Strang.

No entendía por qué cada vez que pensaba en ella quería morirme.

Yo nunca hice nada.

—¡Vamos a limpiar tu nombre! Los Strang vamos a estar unidos. ¡Vamos a ganar! Roy, Vet, Tony, ¡vamos a ganar!

Le recuerdo sacudiendo el puño en el aire.

17 Tolerancia Zero

Pasó mucho tiempo hasta que el caso llegó a los tribunales, y parecía haber pasado más aún. No podía trabajar. Cogí todos mis permisos anuales de trabajo —un mes— y me quedé sentado en casa. Kim estaba allí conmigo. Había perdido su empleo en la panadería; la pillaron con las manos en la masa. Nos quedábamos sentados en casa y fumábamos un cigarrillo detrás de otro. Yo nunca había fumado antes, sólo porque en casa todos los demás lo hacían. Odiaba a los capullos que fumaban cigarrillos: capullos ahumados por los trujas, les llamaba. A mí me parecía que eran los pitillos los que les fumaban a ellos, cubriéndoles de un humo asqueroso, rancio y alquitranado.

Ahí estaba yo ahora.

Jamás me había sentido tan deprimido, tan agotado. Lo único que quería hacer era sentarme y ver la tele. Kim hablaba sin parar, siempre sobre los tíos con los que había estado viéndose. La cosa llegó al punto de que no podía distinguir lo que decía, no podía captar las palabras, sólo podía oír una especie de eeehhheeeehhhheeeehhh, un mismo tono nasal constante como telón de fondo; una aburrida e inexorable banda sonora para acompañar mi depresión.

Siempre que salía, cerca de casa, y tal, a las tiendas, sentía que todo el mundo me miraba y sabía lo que estarían diciendo en voz baja: Dumbo Strang tarado endogámico mutante hecho polvo asqueroso alimaña violador psicópata… me quedaba en casa todo lo que podía.

Pero no podía quedarme en casa para siempre. Era demasiado agobiante. Traté de mantenerme en contacto con los demás muchachos por teléfono. Lexo y Ozzy siempre estaban por ahí, de bulla, de fiesta, comportándose como si no hubiese ocurrido una puta mierda. Demps también estaba hundido. Cuando le llamé y oyó mi voz, colgó el teléfono. Después de aquello, dejó de contestar; poco después se lo desconectaron.

Me sentía como un puto prisionero en aquella casa de locos. Kim era un puto dolor durante el día, pero la depresión me había habituado a sus balidos, que no eran nada en absoluto en comparación con el circo enloquecido que transcurría a mi alrededor todas las noches cuando mamá volvía de su trabajo en el hogar de los viejos y papá de John Menzies. Normalmente venía tarde, hacía todas las horas extras que podía. Menos mal que Bernard se había ido por fin a vivir a un piso, pero Tony venía mucho por casa.

Una vez papá llegó especialmente boyante.

—Cogí a un escurridizo cabroncete hoy, Vet, tratando de robar cómics. Estalló en lágrimas, como te digo, en lágrimas. Por ahí empieza Vet, las clases peligrosas, lo

dicho, las clases peligrosas.

—Pobrecito…

—Le dije: ahora no eres tan mayor, verdad, ¡so cabroncete cagao y chorizo! ¡Lo dicho, ahora no eres tan mayor!

—Ayy, qué lás-ti-ma… —gimió Kim—, un chavalín…

—Ah, pero ésa no es la cuestión, Kim. Lo hice por su propio bien. Psicología, Kim, tienes que entenderlo, psicología. Si les dejas que se salgan con la suya, nunca aprenderán. Quien bien te quiere te hará llorar, lo dicho, te hará llorar. ¿Acaso tendría que haberle dejado escapar así sin más? ¿Y si alguien me hubiese visto y hubiera perdido mi empleo? ¿Tendría que haberlo hecho? ¡A ti te lo pregunto! ¿Tendría que haberle dejado escapar?

—No… pero… —protestó Kim.

—¡No hay peros! Si hubiera perdido mi empleo, ¿entonces qué habría pasado? ¡Gracias a Dios que hay alguien en esta casa capaz de conservar un empleo! ¡No te digo!

Ese tipo de mierda se oía continuamente.

Lo peor del viejo era que se quedaba viendo la tele toda la puta noche; parecía que no dormía nunca. Cuando yo bajaba las escaleras, sufriendo de insomnio a causa de la depresión, me lo encontraba ahí, boquiabierto delante de la caja tonta. Si se oía cualquier ruido en el exterior salía disparado hacia la ventana, a ver de qué se trataba. Sus ficheros iban ampliándose; había abierto otros nuevos sobre el bloque de pisos que estaba a dos manzanas del nuestro.

Le eché otra mirada a algunas de sus obras.

23/8 MANSON Madre Soltera: Donna (17)
Criatura: Soma (menos de seis meses)

Siempre siento lástima por las chicas jóvenes en esta situación, incluso aunque la mayoría sólo lo haga para que los estúpidos capullos comunistas del municipio les den un piso. Parece buena chica y el bebé siempre está limpio. Suele haber un riesgo de drogas en estas situaciones, no obstante, dada la escoria que suele rondar a las muchachas en tales situaciones.

Veredicto: Posible riesgo de drogas. Continuar vigilancia.

Papá se había comprometido con un grupo local llamado Muirhouse Contra la Droga: Jeff, el viejo de Brian, era el presidente; Colín Cassidy era el secretario. No creo que Jeff supiera en qué se estaba metiendo, al involucrar a aquellos cabrones.

—Tengo ficheros detallados, Jeff, lo dicho, ficheros detallados, sobre muchos de los cabrones del barrio. Estoy dispuesto a ponerlos a disposición del grupo en

cualquier momento —le dijo una vez papá.

Ahora el grupo antidrogas era lo único de lo que hablaba mi padre.

—Creo que lo que pasa ahora con Muirhouse es que las cosas han llegado a un punto en el que hay que quitarse los guantes de seda, Jeff. No sirve de nada expulsar del barrio a estos cabrones; el municipio agarra y los vuelve a colocar aquí. Lo que hace falta son cinco hombres buenos con escopetas, como la que tengo yo arriba. Salir y volar a esos cabrones en pedacitos, sin más, lo dicho, volarlos en pedacitos sin más. Eso es lo que me gustaría hacer a mí, lo que pasaría en un mundo cuerdo.

—Eh… ya, John —dijo Jeff nerviosamente—, pero éste no es un mundo cuerdo…

—¡A mí me lo dices! Ahí está mi chico, trabajando con ordenadores y le tratan como un leproso en este puto barrio por culpa de una guarra. ¡Ahí están todos esos putos yonquis dando tumbos por ahí, protegidos por la policía y subvencionados por el Ayuntamiento! Sólo se puede arreglar a tiros, lo dicho, a tiros. Y oye, Jeff, te diré otra cosa, después de liquidar a toda esa escoria yonqui, ¡me iría de cabeza al Ayuntamiento y también los volaría en pedazos! Joder que si lo haría. Porque los yonquis y las madres solteras, y eso, no son más que el síntoma de la enfermedad, lo dicho, no son más que el síntoma. La verdadera fuente son esos cabrones del Ayuntamiento. ¡Un puto cero a la izquierda, esos cabrones!

No podía salir pero tampoco podía quedarme; no con aquella mierda transcurriendo a mi alrededor.

Así que un día me aventuré y cogí un autobús hasta el centro. Caminando por Princes Street, me llamó la atención una serie de pósters negros con una enorme Z blanca. Colgaban de unas vallas publicitarias por el lado de la calle donde están los Jardines.

El primero decía:

TOLERANCIA ZERO

Z.

NINGÚN HOMBRE TIENE DERECHO.

Me sentí como si me hubieran dado un fuerte puñetazo en el estómago. No podía respirar, la sangre parecía desertar de mi cabeza a toda prisa. Me quedé en medio de Princes Street, temblando.

—¡NO LO ENTIENDEN!, ¡no entienden las circunstancias! ¡NO ENTIENDEN CÓMO SON LAS COSAS! —me sorprendí gritando, atrayendo miradas perplejas y furtivas de los turistas y de la gente que estaba de compras, que se apartaban para evitarme. Un grupo de visitantes japoneses se quedó mirando unos segundos, y uno llegó a hacerme una foto: como si fuese un puto número de teatro callejero del Festival—.

¡IROS A TOMAR POR CULO CABRONES DE OJOS RASGADOS! ¡PUTOS HIJOS DE PUTA TORTURADORES! —grité. Me volvieron la espalda y se fueron rápidamente calle abajo, sin duda maldiciéndome en japonés.

Recuperada la compostura, seguí deambulando por ahí. Todo Princes Street, por el lado de los Jardines, y tal, estaba engalanado con aquellos putos pósters de la Z. Cada uno de los lemas me desgarraba como un machete psíquico, pero me sentí forzado a leerlos todos:

EL ABUSO DE PODER MASCULINO ES DELITO.

Z.

NO HAY EXCUSA ALGUNA.

CUANDO ELLA DICE NO QUIERE DECIR NO.

Z.

NO HAY EXCUSA ALGUNA.

Había más; fotos de críos. Críos que habían padecido abusos, haciendo ver que lo que habíamos hecho nosotros era como lo que hacen todos esos cabrones asquerosos que toquetean a los críos… como Gordon en Suráfrica conmigo… cuando quise llorar y él dijo que yo era sucio y que nadie me creería porque con ese cabrón de Gordon las cosas no fueron como lo he contado, no fue así en absoluto, eso fue en la superficie, había otra parte de mí…

NO

Me fui corriendo hasta Rose Street, y me metí de cabeza en el primer *pub* que encontré. El camarero joven me miraba con aprensión. Debió reconocerme como uno de los *cashie*. Pedí un whisky doble. Me lo bebí de un solo trago. Me hizo sentir náuseas; yo sólo bebía Becks, y tal. Miré alrededor del *pub*. Estaba cubierto de pósters del Festival. Todos los putos espectáculos a los que iban aquellos tontos del culo. Entonces lo vi otra vez. El póster de la Z, con dos chiquillas jugando:

PARA CUANDO LAS DOS TENGAN QUINCE AÑOS UNA DE ELLAS

HABRÁ SUFRIDO ABUSOS SEXUALES

Z.

NO HAY EXCUSA ALGUNA.

Salí pitando de aquel *pub*. Entré en otro sudando profusamente, con las sienes latiéndome. Comprobé los pósters. No había de los de la Z. Pedí un whisky y una Becks. Me senté en una esquina. El *pub* estaba ocupado; era la hora de cenar. Estaba demasiado metido en mi propio mundo como para fijarme en las voces que había a mi alrededor.

—¿Vacaciones de mentirijillas, Roy? —Me volví y vi a un capullo de pelo blanco y cara colorada en traje y corbata. Era el señor Edwards, mi jefe, o más bien el jefe de mi jefe.

—Eh… eso es…

—Sencillamente, pensé que buscarías un sitio algo más exótico que el *pub* de al lado de la oficina para tomarte unas copas durante tu permiso anual —sonrió maliciosamente.

Ni siquiera había caído en ningún momento en que aquel *era* el *pub* de al lado de la oficina. Los cabrones de Scottish Spinster’s eran aburridos que te cagas; nunca había hecho vida social con aquellos grises gilipollas de clase media.

—Eh… ya…

—Lo siento, éste es Roy… em… Roy; Roy, de la sección de Colín Sproul —le dice el capullo de Edwards a un gran putón trajeado con toneladas de maquillaje, y a un capullo viscoso y trajeado con cabello oscuro y engominado y bigote.

Intercambiamos gestos de reconocimiento con la cabeza.

—La gente de Roy está haciendo una labor estupenda para sacarnos de la edad media y guiarnos hacia una nueva y excitante era feliz de tecnología avanzada, ¿no es así, Roy? —dijo, con aquella pastosa voz de escenario dramático que es un accesorio obligado para el ejercicio del ingenio burgués de Edimburgo.

—Eh… sí… —salgo yo, mientras los otros se ríen.

—¿Así que eres uno de los de la cuadrilla de Colín Sproul en Control de Sistemas? —dice el capullo engominado en tono acusador. Esa voz pija y cortante siempre suena como una puta acusación. Tenía ganas de decirle: nah, soy Roy Strang, cabrón. El puto Roy Strang. De los Hibs Boys. Me daban ganas de estrellarle la botella de Becks contra la cabeza, y después incrustársela en esa puta jeta presuntuosa.

Pero no lo hice. Con estos cabrones es como si yo fuera invisible para ellos, y

ellos para mí. De pronto lo vi todo claro; estos son los cabrones a los que tendríamos que hacerles daño, no los chavales a los que inflamos a hostias en el furbo, no las periquitas a las que vamos jodiendo por ahí, no a nuestras madres y padres, a nuestros hermanos y hermanas, a nuestros vecinos, a nuestros colegas. Estos cabrones. Pero no; nos trollamos las casas unos a otros cuando no hay una puta mierda en ellas, aterrorizamos a nuestra propia gente. Pero estos cabrones: a estos cabrones ni los vemos, joder. Ni siquiera cuando los tenemos por todas partes, rodeándonos.

—Eh, sí, Control de Sistemas… —fue todo lo que pude decir.

Control de Sistemas.

¿Por qué fue eso todo lo que pude decir? ¿Por qué necesitaba a mis colegas para darme un contexto? ¿Por qué no podía poner ese sitio patas arriba como hice en aquel *pub* de clase trabajadora en Govan? ¿Por qué no podía aterrorizar a estos cabrones ahora, cuando los tenía en el punto de mira, sabiendo que se cagarían encima?

—Tengo algunas desavenencias con C. S. en estos momentos. ¿Sabes algo de esa red de sistemas de subsidios por defunción que instaló tu gente?

—Eh…

—Ah, ah, Tom —sale Edwards—. Roy está de vacaciones. No querrá oír hablar de esas cosas.

—¿Eres programador, Roy? —pregunta el putón trajeado.

—Eh, sí. Analista de sistemas.

—¿Te gusta trabajar aquí?

—Eh, sí.

Joder si lo odiaba.

No. No lo odiaba. No suscitaba en mí emociones bastante fuertes como para odiarlo. No era más que un sitio al que ir durante el día, porque te pagaban por hacerlo. Cuando estaba allí, me limitaba a flotar en un vacío de indiferencia.

—Roy acaba de ascender recientemente desde la categoría de aprendiz, ¿no es así, Roy? —sonríe Edwards.

—Eh, sí —dije, sintiendo como una opresión en el pecho. Tenía un extraño zumbido en los oídos, como cuando se acaba la tele. Me terminé la copa de un trago —. Disculpadme, tengo un poco de prisa —dije, poniéndome en pie—. He quedado con alguien.

—Vaya, debe ser alguien muy especial, para que salgas de esa forma —se rió Edwards.

El putón trajeado me miró con una expresión que tenía un leve y travieso barniz de coquetería pero que no lograba ocultar su desdén subyacente.

Salgo de ahí, y luego me bajo	huevos	Esto lo hago
a la parada del bus	los	por ti, Roy.
---zumbido en las orejas--	huevos	Sé que puedes
en los huevos--	-----los	sentirlo.

¿Por qué tendrías que verte privado de contactos sexuales? Sé lo que sientes; estuve en un cursillo sobre sexualidad y discapacidades… quiero hacerte sentir algo, Roy… sé que dirían que es poco profesional pero será nuestro secretito. Puedo contactar contigo, Roy… se te está poniendo más dura mientras te la toco así. ¿Te gustaría que me la metiera en la boca? ¿Te gustaría?

No, por favor, no lo hagas Patricia, no lo hagas por favor… no quiero ningún…

—Eso voy a hacer, Roy. Te la voy a chupar…

No… que venga corriendo alguien a ayudarme

que venga alguien

que venga alguien

alguien

por favor

corriendo

oooooohhhhhhhhhhhhhhhhhh

—Mmmm… ¡parece que alguien se ha corrido! ¡Puedes hacer contacto, Roy! ¡Vas a salir de ésta!

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO ------------- Sigo en el bosque, solo. Me sobrecoge ver que tengo sangre por todas partes; estoy cubierto de sangre. Tomo aliento. Dejo pasar unos segundos. No me duele nada, ni estoy herido. La sangre no es mía. No es mía. Sigo su oscuro rastro, internándome en el bosque, pero oigo un ruido, el ruido de algo que cruje y que avanza entre la maleza, y me echo a correr.

Atravieso corriendo los arbustos hasta dar con la pista y la sigo hasta llegar a las orillas del lago. Ese hermoso lago. Me adentro en sus suaves y templadas aguas, y me lavo la sangre que tengo en el cuerpo y en la ropa. Después de un rato salgo del agua y me voy para el calor y estoy caminando por la pista de vuelta a nuestro campamento, cuando me topo con Sandy, que parece perturbado.

—¡Roy! ¿Estás bien? ¿Qué demonios ha pasado?

—Sandy… no lo sé… no hice más que adentrarme en el bosque y de pronto me encontré débil… me agaché y debí desvanecerme. Me desperté cubierto de sangre, y era como si un animal o algo así me hubiese atacado… no me acuerdo.

—¡Dios mío! ¡Volvamos al campamento! —Sandy me rodeó con el brazo y me ayudó a subir atravesando el bosque.

Volvimos a encontrar los rastros de sangre.

—Oh mierda —dije, pues tan pronto como levantamos la vista vimos el cuerpo desnudo y postrado de un joven muchacho nativo.

El cuerpo estaba semicubierto por hojas y arbustos. Le habían sacado los ojos y mutilado los genitales.

—Dios mío —dije. Tuve la sensación de que iba a vomitar, aquella extraña sequedad en la garganta, pero no pude. Sólo caí en que se trataba del pequeño con el que nos habíamos encontrado antes cuando vi los pantalones azules abandonados entre los arbustos.

—Obra de terroristas, me apuesto algo —dijo Sandy con aire sagaz—. Ni siquiera me atrevería a culpar de esto a nuestros amigos los marabúes. Eso sí, los ojos tienen aspecto de haber sido extirpados por el pico de un Marabú, o quizá un cuchillo mellado… posiblemente adquirido en Boston’s, de Leith Walk…

Pero qué…

—Sandy, todo este jodido asunto… es una puta mierda, tío, ¿te das cuenta?, ¡es una puta mierda!

—Tarjeta amarilla. Puta tarjeta amarilla —gimoteó Sandy.

¿Qué es toda esta mierda? ¿Qué me está pasando? ¿Qué pasó cuando volví del centro a casa

después de haber	arriba---	Ya recuerdo.
visto a aquellos cabrones	arriba	Ya recuerdo
del trabajo?	---arriba	lo que pasó, joder.

Joder, vaya si recuerdo lo que pasó.

Cuando llegué a casa, parecía que no había nadie. Entonces oí voces procedentes de arriba, risitas. Cuando fui a mear escuché fuertes jadeos que salían de la habitación de Kim. Tenía a alguien en el dormitorio; alguien se la estaba metiendo. Sin duda, algún capullo del barrio.

Me hice unas tostadas y puse la tele con el volumen bajito, pero tuve que apagarla porque una de las chicas del culebrón australiano me hizo acordarme de *ella*.

Unos veinte minutos más tarde bajó Kim. Pareció sobresaltarse al verme, como si no me hubiera oído entrar. Pude ver por qué estaba tan alterada, porque Tony entró justo detrás de ella. Iba vestido con traje y corbata, y estaba ajustándose esta última.

—¿Qué tal, Roy? —dijo.

—Tony —salgo yo.

—Tony vino a comerse un bocadillo —dijo Kim, con un gemido nervioso.

Ya, y también sé de qué era el relleno, cacho capulla.

—Me sentía fatal de verdad. —Tony sacudió la cabeza de modo taciturno—. Es la tapicería del coche nuevo: me da arcadas. Entonces, la cabrona ésta —indicó a Kim con la cabeza— entra y empieza a hacerme cosquillas.

Tony sabe mentir. Lleva años ya engañando a su mujer con todo. Le metería la polla a cualquier cosa que se moviera.

—Sólo estaba enredando, Tony, sólo estaba enredando… —dice ella, de forma torpe y teatral.

Kim no sabe mentir.

Tony se marchó después de que quedáramos provisionalmente en ir a tomar un par de pintas y luego al partido juntos el fin de semana siguiente. No podía quedarme sentado viendo a Kim. Era su estúpida y enorme cabeza de patata; su jodida imbecilidad me afrentaba que te cagas. Me fui escaleras arriba, y cuando llegué a mi habitación me sorprendió notar que estaba llorando.

¿Había algún otro capullo que viviese como yo? ¿Lo había?

En realidad nunca había llorado antes; no desde que era un crío pequeñísimo. De niño aprendí a no hacerlo. John y Vet no te hacían caso por que llorases, o te zurraban por ello, así que carecía de compensación emocional alguna. Ahora sentaba bien, resultaba terapéutico abandonarse sin más a toda aquella mierda y dejarla fluir. No era Roy Strang.

No era un *top boy*. Ni siquiera era Dumbo Strang. No tenía ni puta idea de quién era y no me importaba.

La única otra ocasión en que me aventuré en el exterior fue para visitar a Elgin. No sé qué fue lo que me impulsó a hacerlo. Hacía mucho que había dejado de considerar a Elgin como mi hermano, si es que alguna vez lo hice; siempre me encogía cuando John o Vet se referían así a él. Para mí no era más que algo que se meaba, se cagaba y se babeaba encima, y que hacía preguntas en un lenguaje secreto que ningún otro capullo había aprendido jamás.

Una vez más iba paraca que te cagas durante el trayecto. Podía ver a todos aquellos cabrones, todos esos jodidos hijos de puta arrabaleros que vivían en este estercolero, todos mirándome. La palabra «*casual*» en sus labios no me molestaba, significaba que sabían que más les valía andar con ojo, pero ahora la palabra era «violador», lo cual era peor que «Dumbo».

Cuando llegué a la RESIDENCIA EMPRESARIAL PARA JÓVENES EXCEPCIONALES DE GORGIE vi un muchacho o un hombre; no sabía cuál de los dos, podría haber tenido cualquier edad. Tenía la cabeza más grande que había visto en mi vida. La mía, la de Kim, incluso la del viejo, palidecían de insignificancia al lado de aquello. Elgin seguía babeando incesantemente, más que nunca. Había olvidado su cara, la expresión que tenía, o quizá es que nunca antes le había mirado verdaderamente. Eso era; todos aquellos años en la misma puta casa y nunca me había fijado de verdad en su cara, quiero decir que se la había mirado, pero en realidad nunca vi lo que allí había. Todo lo que había de humano en aquella cara se lo habían extirpado. No hacía más que sentarse en esa silla marcando un monótono ritmo sobre sus muslos.

Ni siquiera intenté hablar con él; ni siquiera me molesté en pasar por la mierda paternalista y testimonial a la que los denominados expertos se refieren irónicamente como comunicación, como terapia, como interacción significativa. No fue nada semejante ni para mí ni para Elgin. Simplemente me quedé sentado, mirándole durante un rato. No sé dónde estaría Elgin, pero yo me quedé mirándole, pensando en mi situación y que dondequiera que él estuviese no parecía tan mal sitio.

La víspera del juicio, John y Vet recibieron un nuevo golpe. Nos enteramos de que Kim estaba embarazada. Yo sospechaba que era de Tony, pero prácticamente todo el barrio se había calzado a Kim: al menos eso me parecía a mí. No era culpa suya. Era simplona e impresionable. No, eso es ser demasiado bondadoso. Sencillamente, era corta que te cagas, más dura de mollera que los pilares de hormigón de un aparcamiento de varias plantas. John se enfureció con ella.

—¿De quién es? ¡Te lo estoy preguntando, Kim! Lo dicho, ¡de quién es! —Tony, que normalmente nunca andaba lejos de casa, adoptó por aquel entonces una actitud discreta, y Kim no dijo nada. Su drama, que parecía sentarle estupendamente, no me preocupaba en realidad. Tenía mis propios problemas.

Nuestro abogado, el letrado Contad Donaldson, estaba pictórico de confianza. Era el mejor de su clase. Creamos un fondo para pagar sus honorarios, gestionado conjuntamente por Ghostie y el socio de la tienda de muebles de segunda mano de Lexo en Leith, un psico llamado Begbie. Eran muchos los dueños de *pubs* y clubs más que dispuestos a contribuir a los honorarios legales de Donaldson.

Donaldson era un hombre coloradote con una boca floja y enormes labios gomosos.

—La violación es una jodienda curiosa —nos dijo en sus oficinas del New Town —. Cuando violan a alguien, lo primero que la víctima quiere hacer es borrar toda huella del agresor. Sólo quieren limpiarse. Después, por lo general les cuesta mucho tiempo recuperarse suficientemente del *shock* como para denunciarlo. La primera respuesta de la policía es interrogar al denunciante: en general, eso hace desistir a la mayoría. Pero su muchachita parece perseverante. Lo único que puedo suponer es que le están aconsejando mal. Se halla en una posición bastante difícil. Incluso si la policía remite el caso a la Fiscalía, en más del treinta por ciento de los casos ésta sencillamente se niega a iniciar los trámites. Aun así, sólo la cuarta parte de los acusados son condenados. A la mayoría se lo dejan en abusos deshonestos y aproximadamente la mitad de éstos no recibe penas de cárcel. Estadísticamente hablando, el violador que va a parar a la cárcel es un pobre cabrón muy poco afortunado. Las probabilidades de que eso suceda son muy pequeñas.

—El caso es que nosotros no hemos violado a nadie —dijo Lexo, sonriendo y mascando chicle.

—Cierto —contestó trilladamente Donaldson. Era obvio que no creía una palabra de lo que decíamos.

Nos explicó que la acusación no tenía verdaderos testigos, nadie que pudiera decir que tenía pruebas reales que sugiriesen que había sido violada o retenida en contra de su voluntad.

—Para una muchachita es un campo minado. Si yo fuera ella, no lo removería ni con un palo de tres metros. No sé quién la está azuzando, sin duda algún grupo de bolleras feministas que intentan convertir a la infortunada mozuela en una *cause célèbre*. Pues bien, tiene dos posibilidades; pocas o ninguna. Yo sostengo que ella no puede ganar; sólo nosotros podemos perder. Sólo nosotros podemos echarlo a perder. Así que espero de ustedes, muchachos, una conducta ejemplar. Pónganse en mis manos, y se la meteremos pero que bien —dijo presumidamente, mientras la sonrisa que tenía en las comisuras de los labios se desmoronaba al reparar en la pobre metáfora que había escogido.

Yo me encogí y miré para otro lado, pero algo me hizo echarle un vistazo a Lexo,

que se limitó a sonreír con satisfacción y decir en voz baja:

—Otra vez.

Demps miró hacia arriba y Ozzy se rió.

—Otro factor añadido, muy a nuestro favor —dijo Donaldson, ansioso por pasar a otros asuntos—, es el juez. Las actitudes del juez Hermiston están muy influidas por su práctica del derecho criminal en los cincuenta, cuando la escuela de criminología dominante era el modelo freudiano. En esencia, esta escuela elimina el concepto del delito de violación mediante la demostración de que no existen víctimas. Considera que la sexualidad femenina es masoquista por naturaleza, luego la violación no puede lógicamente tener lugar puesto que contradice directamente el argumento de que todas las mujeres la desean de todos modos.

—Eso lo creo —opinó Lexo—. Es sencillo cuando lo piensas. Los chicos tienen polla, las chicas tienen coño. Están hechos para juntarse.

—Eso es —saltó Donaldson, el asco asomándose por vez primera a sus gruesos labios—, creo que nos entendemos.

Para el juicio tuvimos que dejar de ser Lexo, Strangy, Ozzy y Demps, *top boys*. Ahora éramos Alex Setterington, hombre de negocios (Lexo tenía su tienda de muebles de segunda mano en Leith), Roy Strang, analista en una acreditada compañía de seguros de Edimburgo, Ian Osmotherly, manager de ventas con un gran minorista a escala nacional, y Alian Dempsey, que era estudiante. Demps se había matriculado en un cursillo de asistencia social en el Stevenson College antes del juicio. Causaba mejor impresión que amorrado al paro.

Así que era su palabra contra la de nosotros cuatro. Donaldson nos describió como «muy distintos del cuadro de gamberros futbolísticos desbocados que tan poco convincentemente ha intentado pintar mi docto colega; en realidad, jóvenes profesionales decentes, elocuentes y gallardos, con excelentes perspectivas de futuro, procedentes de buenas familias».

Vi por el rabillo del ojo al viejo, al otro lado de la sala, asintiendo severamente ante aquella declaración.

Lo peor para ella fue que numerosos tíos que estuvieron en la fiesta atestiguaron lo coqueta y hasta el culo que iba. También lo hicieron varias mujeres; chicas de los *top boys* a las que habíamos aleccionado, o simplemente vacaburras celosas porque todos le tenían más ganas a ella que a ninguna otra.

Teníamos nuestras propias habilidades, nuestra organización, nuestro aplomo. En la sala, Lexo se metamorfoseó en un enorme y manso gigantón; un niño de coro con expresión ceñuda, ligeramente nerviosa y desconcertada, amable y respetuoso con el juez.

Aún más importante, teníamos al mejor abogado. El letrado Conrad Donaldson dictó con maestría toda la orientación del juicio. Fue como si la que estuviera siendo juzgada fuese ella; su pasado, su sexualidad, su conducta. Tenía una compostura realmente extraña en la sala. Era su forma de moverse. Andaba como si el centro de

gravedad de su cuerpo se hubiera desplazado irremediablemente, como se movería alguien que hubiese salido de debajo del cuchillo del cirujano y estuviera recuperándose de alguna enfermedad crónica y en última instancia terminal.

Donaldson martilleó y confirmó algunas proposiciones clave:

Bailó con varios hombres durante la fiesta.
Eso quedó demostrado.

Su inexperto asistente letrado, tartamudo y con granos, intentó decir que todo el mundo había bailado con varios hombres, incluyéndonos a nosotros, los acusados. La mayoría de la gente que había allí iban de éxtasis o de tripi, pero yo no, yo nunca tomaba drogas. Odiaba la sensación de perder el control. Como en la fiesta. Pero sí, allí todo el mundo había bailado con todo el mundo. Era esa clase de fiesta. Pero se notaba que el capullo senil del juez no conseguía meterse ese concepto en la cabeza.

—Cuando yo asistía a fiestas, una dama rara vez bailaba íntimamente con varios hombres —dijo.

Llevaba ropa provocativa. Eso quedó demostrado.

Eran los típicos trapos Ms Selfish, Chelsea Girl, X-ile. Todas las mujeres que había en la fiesta iban vestidas de la misma manera.

Tenía experiencia sexual. Eso quedó demostrado.

También la tenía el noventa y nueve por ciento de los asistentes al juicio, y ella era probablemente la que menos tenía. Pero unido al reconocimiento de que había tenido dos novios anteriores y el pelotón de *cashie* que nos trajimos para que dijeran que todos se la habían metido, Donaldson la hizo picadillo. Me acuerdo del cabrito con granos diciendo con su voz de pito que su historial sexual, falso por lo demás, carecía de toda relevancia.

Donaldson meneó tristemente la cabeza:

—Mi docto colega convendrá en que esta clase de preguntas, realizadas con delicadeza, son una práctica bien asentada, basada en que la experiencia sexual previa de una denunciante puede ser relevante en lo relativo a la cuestión del consentimiento. Sin duda ése es el meollo de la cuestión, la cuestión del consentimiento.

Entonces desfilaron más *cashies* por el estrado.

La siguiente táctica de Conrad Donaldson fue preguntarle sobre «fantasías de violación»; una aproximación estándar, nos dijo después. Esto rindió sustanciosos dividendos cuando un tío que había salido con ella, un tío llamado Bruce Gerber, le

hizo mucho daño a su causa al decir que en ocasiones había hablado de tales «fantasías de violación». De hecho, probablemente fuera aquello lo que nos dio la victoria.

—Supongo que sí decía que le gustaba provocar a los tíos —atestiguó—; me desilusionó cuando empezó a andar por ahí con los *casuals* ésos.

—¿Le desilusionó porque pensó Ud. que ella llevaría a la práctica sus fantasías de violación con aquellos jóvenes? —preguntó Donaldson.

—Supongo… —se encogió de hombros—… .en realidad no lo sé. Sólo veía que de ahí no podía salir nada bueno.

—Algo debió de darle a Ud. esa impresión. La impresión de que «de ahí no podía salir nada bueno». —Donaldson indagó más.

Gerber era un hombre amargado, y también atemorizado. Sabía que con nosotros no se jugaba.

—Simplemente empezó a… ¡a comportarse como una guarra! —saltó.

El capullo del letrado asistente, tratando de reparar los daños, sólo empeoró las cosas.

Entonces Donaldson presentó a un «experto» que decía que las violaciones en grupo eran una fantasía femenina habitual. Repartió un montón de literatura académica para apoyar aquello, incluso alguna que describió como «feminista». Entonces nuestro abogado concluyó:

—Los testigos han declarado que esta joven, impetuosa, emocionalmente inmadura, se comportó de una forma que hacía pensar que coqueteaba con esa fantasía.

Su abogado intervino:

—Incluso si se acepta lo que sostiene la defensa, es indudable que reconocer las propias fantasías no es lo mismo que llevarlas a la práctica. ¡Ella dijo no!

—Eso no es lo que sostienen los cuatro acusados —dijo Donaldson de manera asertiva—. No son esas las inferencias que nos proporcionan los testigos. Andando por ahí con un grupo de chicos jóvenes, flirteando con ellos, ¿no es acaso posible que haya estado emitiendo las señales equivocadas? ¿No era el caso que la señorita X ya actuaba en base a sus fantasías?

Dejó aquello suspendido en el aire durante un rato y pude ver cómo los puretas del jurado lo absorbían como esponjas secas sumergidas en una bañera llena de agua.

Estaba intoxicada y mostró coquetería afectuosa hacia varios hombres. Eso quedó demostrado.

Todos los chochos que había allí lo habían hecho.

Alegó que había sido «drogada», pero la señorita X tomaba drogas

regularmente. Eso quedó demostrado.

Al ser interrogada reconoció que fumaba marihuana. Dijo no tomar productos químicos jamás. Donaldson hizo notar que aquello confirmaba que sí tomaba drogas ilícitas. Eso zanjó el tema. Vi cómo aquello se le quedaba grabado descaradamente al juez, que torció la boca.

Entró voluntariamente en el dormitorio con Osmotherly. Eso quedó demostrado.

Iba hasta el culo después de que le deslizáramos el tripi en la bebida. Habría ido a cualquier parte con cualquiera.

El caso es que se duchó a fondo después y nosotros tuvimos buen cuidado de no dejar marcas. Los informes médicos no resultaron concluyentes.

Donaldson hizo saltar su caso por los aires. Verificando cuidadosamente aquellas proposiciones clave, levantó un vendaval de irrefrenable ímpetu, alimentado por su retórica florida y su dominio de la jurisprudencia, que atravesó su defensa como un *bulldozer*. Digo defensa, porque como he dicho, era evidente desde el primer momento que era ella la que estaba sometida a juicio. Sencillamente, ésa era la impresión que daba todo el montaje. Principalmente tenía que ver con todo el montaje, pero su abogado era un pésimo actor y empeoró las cosas. No logró obtener empatía alguna entre el tribunal ni hacer mella tratando de atacar nuestras reputaciones.

Así que Donaldson estableció la premisa de que había pocas pruebas de que la hubiesen forzado a mantener relaciones. Ozzy alegó que ella consintió en el sexo anal con él.

—Yo no quería hacerlo así, no… pero era como si nos estuviese retando para ver lo lejos que estábamos dispuestos a ir. Estaba muy bebida, y creo que había tomado… alguna cosa. La verdad es que no sé mucho de drogas, pero parecía que hubiera tomado algo…

Lexo, perdón, Alex Setterington, reconoció haber tenido relaciones sexuales completas con ella, con su consentimiento.

—No creo que la palabra consentimiento sea bastante contundente. Insistencia sería el término que emplearía yo —dijo, poniendo cara de desconcierto.

Dempsey hizo lo mismo, y Strang alegó que lo intentó y que ella estaba dispuesta, pero él estaba bebido.

Yo no lo hice tan bien como los demás, allí en el banquillo. Era el más nervioso. Simplemente no me salía, pero después salió a raudales y despotriqué acusadoramente.

—Yo no quería hacerlo. Pensé que todo aquello era… asqueroso. Fue horrible. Si

no hubiéramos sido más que ella y yo juntos, pero era como si deseara a todo el mundo. Podría haber sido cualquiera. No hacía más que reírse de mí.

Aquello fue secundado por Ozzy.

—También se mofó de mi actuación, su señoría. Estaba pasadísima. Todo aquello resultó bastante degradante para todos nosotros. Algunos de los chicos no parecían demasiado molestos. Algunos tíos piensan «un polvo es un polvo». Yo, no. No me gusta que se burlen de mí cuando no se me levanta.

Durante todo ese tiempo, ella parecía un zombi. Era obvio que estaba tomando sedantes. Eso no le impidió derrumbarse con frecuencia. Yo intentaba no mirarla. Sólo Lexo la miraba, la miraba constantemente. Con cara de tristeza, inclinando levemente la cabeza de tanto en tanto. Era como si estuviese preguntando: «¿Por qué? ¿Por qué nos haces esto?». Encajaba a la perfección en su papel de víctima.

Resumiendo, el letrado Conrad Donaldson dijo:

—Ha quedado demostrado que la señorita X se hallaba ebria y, como generalmente sucede en tales circunstancias, no tenía pleno control de sus emociones. Se mostró beligerante, agresiva y despectiva hacia los acusados. Estaba fuera de control, concediendo favores sexuales cuando en circunstancias normales no lo habría hecho. Quizá algunos miembros del jurado piensen que uno o más de los acusados se comportó de forma cínica y oportunista cuando se les presentó una joven ebria y vulnerable dispuesta a conceder favores sexuales, aunque en el momento, como hemos oído decir a los testigos, parecía todo menos la triste y desamparada figura que hoy se sienta en la sala. Pero comportarse con semejante cinismo oportunista y mostrar lo que otros quizá consideren una falta de ética sexual y de consideración hacia los demás está muy, muy lejos de los espantosos y premeditados crímenes consistentes en drogar, secuestrar y violar repetidamente a alguien. El jurado debe concluir, y estoy seguro de que lo hará, que éste es el caso.

Lo hicieron. Nos declararon inocentes.

Cuando la miré, tenía la expresión que llevaba cuando acabamos con ella. Se desplomó en brazos de su padre.

Lexo le guiñó un ojo y le mandó un beso. Su hermano se levantó y empezó a gritarle y tuvo que ser contenido a la fuerza.

—Ese capullo es hombre muerto, por cierto —me bufó en voz baja, y su cara volvió de sopetón a su expresión ceñuda.

Fuera de la sala, mi viejo daba puñetazos al aire para celebrar la victoria.

—¡Podéis decir lo que queráis de la justicia británica, pero sigue siendo la mejor del mundo! ¡Hay países donde chicos inocentes estarían pudriéndose detrás de unos barrotes! Lo dicho, Vet, detrás de unos putos barrotes estarían en algunos putos países… en un país de negros, o así.

A continuación cogió a Donaldson por el cuello y le estrechó la mano vigorosamente.

—¡Acojonante! ¡Acojonante que te cagas, colega! —dijo—. Por citar al gran

hombre en persona: nunca, en el campo de los conflictos humanos, tantos le debieron tanto a tan pocos.

—Gracias —dijo secamente Donaldson.

—Escucha, vamos a celebrar una pequeña fiesta luego por la noche, allá en casa. En el barrio, ¿sabes? En Muirhouse, y tal. Eres bienvenido si quieres venir a tomar una copa. Nada lujoso, ya te digo, sólo unas copichuelas. Allá en Muirhouse, por donde Silverknowes, y tal. Cerca de D-Mains, eh.

—Muirhouse… —repitió lentamente Donaldson—, lo siento, no creo que pueda. Estoy muy ocupado en estos momentos.

—Me lo imagino, colega, me lo imagino. De todas formas, bien hecho. Me di cuenta a la primera que veías que nuestro Roy es inteligente, que tenía seso. Trabaja con ordenadores, ¿sabes? Ahí es donde está el futuro. Eso es lo que este país necesita. Y ese pendón iba a hacer que lo mandaran a la cárcel…

—Bueno, pues afortunadamente la cosa no ha sido para tanto. —Donaldson forzó una sonrisa.

—Gracias a ti, colega, lo dicho, gracias a ti. Puta magia, hablando en plata.

Tenía que alejarme de él, poniéndose en ridículo, poniéndome en ridículo a mí. Me fui a Deacon’s a celebrarlo con los muchachos, o al menos con Ozzy y Lexo. Dempsey se fue directamente a casa.

—Tirado que te cagas —rugió Lexo.

—Nos sobramos un poco, pero ella se lo buscó, joder. Quiero decir, tuvo suerte de que la cogieran unos cabrones como nosotros, podría haber sido un puto psico como el cabrón ése del Destripador de Yorkshire o algo así, eh. Así es como debería mirarlo —dijo Ozzy.

—Exacto. La muy guarra salió bien librada —sonrió Lexo.

No podía ponerme en onda. Me fui, poniendo como excusa la fiesta que había en casa. Me fui a tomar unas copas de solateras, y después llegué y vi que la fiesta estaba en plena marcha. Había montones de alcohol circulando y bastante tate. Papá se había aficionado a él por vía de Tony. Le sentaba bien, al cabrón le ponía más meloso. No lo consideraba una droga.

—La estrella del espectáculo —dijo, envolviéndome con el brazo como una boa —, ¡pero han demostrado que eras inocente, hijo! ¡Te han declarado inocente, joder! Lo que yo he dicho siempre: ¡la justicia británica! —Puso los discursos de la victoria de Churchill a toda pastilla, y después de un rato empezó a sollozar. El tío Jackie y la tía Jackie lo flanqueaban. Temblando de emoción, gritó, levantando el vaso—: ¡ÉSTE SIGUE SIENDO EL MEJOR PUTO PAÍS DEL MUNDO!

La mayoría de la gente cabeceó en señal de aprobación, pensando que quería decir Escocia. Yo era uno de los pocos presentes que sabía que había querido decir Gran Bretaña.

18 Huyendo

Estuve rellenando solicitudes para conseguir un empleo en otra parte; lejos de este puto sitio. Hacerlo fue mucho más duro de lo que parece. Tal como me encontraba, el solo hecho de rellenar una solicitud era una empresa mastodóntica. Me sentí aliviado y sorprendido cuando logré completar una, y aún más sorprendido cuando obtuve un puesto, con una ligera disminución en el salario, en una sociedad inmobiliaria con base en Manchester. Tenía que irme: tenía que alejarme de aquí. El dinero no importaba.

—¿Pero cómo, hijo? ¡Cómo vas a ser tú el que salga huyendo! Es a ella, la guarra ésa, a esa puñetera Jezabel a la que deberían señalar con el dedo, no a un chico que tiene un buen empleo y trabaja duro.

—Trabaja duro y juega duro, como su padre —dijo papá. Él seguía trabajando en Menzies.

—Es un buen trabajo el que he conseguido allí, mamá. Aquí no puedo estar tranquilo desde todo aquello.

En el curro todos conocían el percal. Hablé con Sproul y me dejó cogerme dos meses de baja. Pero no sirvió de nada. Tenía que empezar de cero, lejos de todos los cabrones.

—¿Levantando el vuelo? ¿Luces de neón, y eso? —dijo Tony. Había subido con sus hijos, Marcello y Sergio.

Qué luces de neón esperaba ese capullo de Manchester era algo que se me estapaba.

—Sólo para alejarme, y volver a empezar. Tampoco me va ya el andar por ahí con los *casuals*, eh. Demasiado follón.

—Vaya, es lo más sensato que te he oído decir en mucho tiempo, Roy, ya te digo, lo más sensato —dijo el viejo.

—Pero Manchester, John… —balaba mamá. Odiaba la idea de que cualquiera de nosotros no estuviese estrechamente próximo a ella. Tony vivía cerca y siempre estaba aquí. Bernard, aunque tenía un piso en el centro, siempre estaba peleándose con los otros maricones con los que convivía y venía a sobar con frecuencia a casa de mamá y papá.

—Mira quién habla, la que se fue a Italia —dijo papá. En realidad nunca había perdonado a mamá por darse el piro a Italia todos esos años atrás, pero últimamente parecía molestarle más que nunca.

Eso inició la previsible discusión. Duró y duró, hasta que papá gritó:

—¡YA BASTA, VET! ¡TE LO ESTOY DICIENDO, JODER!

JODER, ESTO NO LO PUEDO SOPORTAR…

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO -------------------- Así pues, Sandy y yo habíamos visto a los marabúes volando en círculos, pero están mucho más profundamente internados en el bosque de lo que habíamos imaginado. Al parecer, no es el Refugio 1.690 el que están sobrevolando, sino el escondrijo de Dawson en el bosque. Aun así, nos dirigimos hacia el 1.690 mientras Sandy contaba otra aventura de leones.

—Este tipo de monte, con su espesa maleza y sus pistas abiertas, me recuerda al terreno con el que me topé cuando tuve una refriega particularmente desagradable con Johnny León.

—¿Sí? —le animé, metiéndome una galleta de chocolate entera en la boca. Estaban derritiéndose con el calor y había que consumirlas con rapidez. Entonces le di de bocados a un *jammy dodger*, la parte de mermelada con un extraño sabor a jarabe para la tos, mientras Sandy desgranaba su relato.

—Regresábamos a nuestro campamento tras un mes explorando el bosque. Estaba cayendo la noche y nos hallábamos aún a cierta distancia de nuestro punto de destino. Los nativos empezaban a inquietarse un poco. Como líder, decidí seguir adelante, por delante de los porteadores y las acémilas, acompañado únicamente por mi fiel perro Gladstone.

Jamás había oído a Sandy nombrar anteriormente un perro. Aquello me incomodó pero le dejé continuar.

—Pues bien, Gladders empezó a ladrar y yo miré hacia la causa de su agresividad, discerniendo una vaga silueta moviéndose en la oscuridad junto a los cañizales que bordeaban ambos lados de la pista que seguíamos. «¡Basta chico!» salté, imaginando que mi fiel compañero había olfateado algo de caza. Un par de segundos más tarde distinguí la silueta de nuevo. No era un puñetero antílope ni nada semejante, ¡era un cabronazo de león y venía corriendo rápidamente hacia mí!

—¡Hostia puta, Sandy! ¿Qué hiciste?

—No tuve tiempo de hacer nada. Sentí un fuerte impacto, como si me hubiese golpeado un puñetero coche a alta velocidad, y acto seguido me doy cuenta de que aquella fiera me arrastraba boca arriba por la pista, ¡con el brazo y el hombro en su boca, y el cuerpo y las piernas a rastras bajo ella!

—¡Dios mío!

—Mientras el cabronazo iba caminando, me pisoteaba constantemente con las zarpas de delante, causándome considerables heridas en la parte frontal de los muslos y haciéndome jirones los pantalones. Mientras me arrastraba, unos gruñidos felinos emanaban de la garganta de la bestia, como los de un gato hambriento anticipando una comida. ¡Siendo un seguro servidor, por supuesto, el sabroso bocadito que tenía

en mente!

—¡Cielos! Parece una situación de lo más peliaguda, Sandy.

—¡Dímelo a mí! No parecía haber escapatoria. Entonces me di cuenta de que llevaba mi cuchillo de funda de veinte centímetros, que extraje del estuche de cuero que pendía de mi cinturón, haciendo uso de mi brazo libre. Escogí mi blanco en el cuerpo de la fiera. Cuando el animal se detuvo, disponiéndose a soltarme ya fuera para cambiar de presa o para iniciar el festín, se lo clavé al cabrón dos veces detrás del hombro. Me soltó, pero seguía encima de mí, gruñendo. Entonces, con todas las fuerzas que pude reunir, se lo clavé en la garganta. Su sangre me cayó encima en cascada y supe que había alcanzado, con bastante fortuna, una vena grande o una arteria. Pues bien, el cabronazo dio un salto de unos cuantos metros hacia atrás y yo me puse en pie como pude y empecé a gritarle obscenidades. Tras algunos segundos el devorador de hombres se alejó lentamente, volviéndose de vez en cuando para gruñir en mi dirección.

—¡Cielos, Sandy, fue valiente por tu parte plantarle cara a la fiera!

—No tenía opción, Roy. El valor no tiene nada que ver. En semejantes circunstancias, uno opera, como sabrás, sobre instintos puramente primarios. Con gran dificultad, debido a mi brazo herido, me subí a un árbol cercano. Menos mal que lo hice, pues un segundo león había cogido a Gladstone y me vi obligado a observar mientras él y aquel al que había herido daban buena cuenta del pobre animal.

—Debió ser muy desolador —dije, intentando simpatizar pero sin poder impedir que se infiltrase una nota de júbilo en mi voz. De algún modo la muerte del perro de Sandy me reconfortó. África le afecta a uno en cierta medida; el calor, el silencio al descender el sol tras las montañas, los árboles o el horizonte. Hay que haber experimentado el silencio de una jungla africana en una noche oscura para creerlo. Lo que este lugar estaba haciéndome a mí era algo que no quería ni pensar.

—Pasé toda la noche en aquel puto árbol —prosiguió Sandy relatando su historia —. Los nativos me encontraron al salir la primera luz del sol. Me llevaron de vuelta al campamento y me vendaron superficialmente las heridas. Les costó un par de días llevarme a un hospital. Se me habían infectado las heridas y la sangre debido a la materia putrefacta alojada en las garras del devorador de hombres que me hirió. Las heridas no fueron nada en comparación con la fiebre que tenía… ¡maldición!

Nuestro jeep viró peligrosamente al golpear una de las ruedas delanteras contra una piedra en la penumbra. Sandy recuperó rápidamente el control y detuvo el vehículo un rato para tranquilizarse. Sólo nuestra pesada respiración y los suaves sonidos de algunos murciélagos, que sorbían las límpidas aguas del lago en una sucesión de besos voladores, rompían el mortal silencio de la noche. Decidimos que centraríamos todas nuestras energías en conducir. Me puse al volante un rato.

Cuando llegamos al Refugio 1.690 había un fuego de campamento en el exterior. Dawson se pavoneaba y vi a dos nativos aparentemente abrazados cada uno a un árbol. Me di cuenta, al acercarme, de que Dawson y Diddy habían hecho que los

pusieran en cueros y con los brazos extendidos alrededor de los árboles y atados por las muñecas.

—¡Roy! ¡Sandy! Llegan justo a tiempo. Algunos de nuestros sedicentes amigos rebeldes están a punto de darse cuenta de lo que significa contrariar a Lochart Dawson.

Incluso de espaldas y en estado de desnudez, Sandy y yo reconocimos de inmediato a uno de los prisioneros.

—¡Mira, Sandy! —dije.

—Así que volvemos a encontrarnos, amigo mío —sonrió Sandy, estudiando la silueta desnuda de Moisés, el ladrón que nos había robado todo el equipo.

—¡Ya lo creo! ¡Y en circunstancias bastante más ventajosas para nosotros! —canturreé de modo triunfal.

Moisés se volvió para mirarnos, suplicándonos con aquellos enormes ojos:

—No, Bwana —rogó.

—Algún día me lo agradecerás —sonreía ampliamente Dawson, relamiéndose los labios. Se acercó al otro nativo y sacó un bote de vaselina, que comenzó a extender sobre las nalgas del muchacho. Yo supuse que aquello era para prepararlo para los golpes del látigo, pero me quedé un tanto sorprendido al ver a Dawson sacar un pene que iba endureciéndose y aplicarle la jalea. A continuación introdujo profundamente un dedo en el esfínter del nativo—. Estrecho. Como a mí me gusta —dijo.

Diddy, el ayuda de cámara enano, le dijo a Sandy:

—¿Recuerdas que siempre te dije que había que mantenerse firme?

Sandy le ignoró.

—Hace falta, por supuesto, una cierta resistencia, eh, Roy. —Dawson se volvió hacia mí con una ancha sonrisa—. Después de todo, sólo a través de la resistencia puede uno sentir su propia fuerza: mediante la superación de esa resistencia. El poder siempre va más y más lejos hasta hallar su límite. Venga Roy, venga Sandy. Bájense los pantalones y únanse a la cola.

Desabrochamos nuestros cinturones y nos bajamos los calzoncillos. Yo la tenía morcillona, pero Sandy ya estaba en erección; no, tengo que detener todo esto…

—¡DAWSON! —grité, cuando estaba a punto de hincarle su erección al nativo.

Se detuvo y se volvió hacia mí.

—¡No tenemos tiempo para esta clase de juegos! ¡No hay tiempo que perder! ¡Se trata de los marabúes! Sabemos dónde están.

—Será mejor que esto valga la pena, señor Strang —saltó, guardándose la menguante erección en los calzoncillos—. ¡Diddy, vigila a estos traidores, pero no les pongas un dedo encima hasta que yo lo diga!

Gesticuló en dirección al Refugio

y lo que sucedió arriba------ después de que mamá

fue ----- estoy volviendo arriba--- y papá tuvieran

aquella pelea, la cosa continuó. La cosa continuó, eh.

Mamá sentada en la silla como un muelle fuertemente comprimido, con cara de sofoco. Chupaba violentamente un pitillo y lanzaba iracundas miradas a la caja tonta. Estaban echando uno de esos programas en gaélico auténticamente mierdosos de la televisión escocesa; de ésos donde siempre tienen a algún pureta que parece un puto teleñeco cantando alguna boba canción en una lengua que nadie entiende sobre un fondo de montañas y ríos. Le eché una mirada al viejo y podía notar que recelaba. Tony y yo sabíamos que la vieja explotaría en seguida.

Empezó a emitir un suave, largo y ondulante sonido que se fue convirtiendo en un grito todopoderoso contra la imagen que salía por televisión:

—¡PUTA ZORRA! ¡PUTA Y ASQUEROSA TRAIDORA FOLLAJAPOS! —Se lanzó hacia delante y le echó un lapo a la pantalla de la tele. Un escupitajo grasiento se fue escurriendo sobre la imagen de la cantante gaélica Mary Sandeman.

—¿Qué haces, Vet? Lo dicho, ¿qué cojones haces? Sólo es una mujer cantando en gaélico, y tal, eso es todo, ¡una mujer cantando en el gaélico de los cojones! ¿Qué pasa? ¡Te estoy haciendo una pregunta!

—Es la puta guarra ésa que se vistió de japonesa y cantó la canción ésa de *Japanese Boy*…

—Nah… es la chavala gaélica ésa… te has equivocado de mujer, Vet… lo dicho, esto es gaélico, una chica escocesa, no una japo. ¿Tiene pinta de ser una puta japonesa? A ti te lo pregunto: ¿tiene pinta de ser una puta japonesa? —Papá gesticuló hacia la pantalla.

Mamá le echó una mirada encendida y señaló hacia Mary Sandeman.

—¡Ésa es peor que una japonesa! Una japonesa no puede remediarlo, pero ésa, vestida como una puta japonesa, ensalzando a esos pequeños hijos de puta asquerosos y torturadores…

—Pero si no va vestida de japonesa, Vet, es la chica escocesa ésa que hace los programas en gaélico…

—Nah —dijo Tony—. Mamá tiene razón. Ella interpretó la canción ésa de *Japanese Boy*. Se vistió de japonesa para el *Top Of The Pops*, ¿te acuerdas?

—Sí… de eso me acuerdo… —Papá empezó a cantar y Tony se sumó:

Won’t somebody tell me where my love has gone,
He’s a Japanese Boy.
I woke up this morning and my love had gone,
He’s a Japanese Boy.
Was it something I said or done?
Ohhhh
He’s breaking up a happy home…[36]

—¡Callaos de una puta vez! ¡CERRAD LA PUTA BOCA, PUTOS cabrones! —gritó mamá.

—Pero si sólo es una canción, Vet, sólo es una canción. *Japanese Boy*, y tal. —John volvió las palmas hacia fuera, como apelando.

Aquello era de lo más cutre. Así vivían estos cabrones.

Ya iba siendo hora de largarme.

Pero no pude huir. En Manchester, no. Aquí dentro de mi cabeza, no. Aquí dentro de mi cabeza ella vendría por mí. Siguió yendo por mí. Las pesadillas, las pesadillas del Marabú…

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

dentro

de

las

pesadillas

del

Marabú-------

---- —nos estamos aproximando al nido —le dije a Dawson después de volver al invernadero del Refugio 1.690.

—Los marabúes han estado sobrevolando este lugar. Parece que el único lugar en el que podrían estar es su alojamiento secreto, Lochart. Probablemente lo hayan ocupado y establecido ahí sus nidos —explicó Sandy.

—Mi sala de entretenimiento… —Dawson se quedó mudo de asombro…— convertida en zona de nidificación para estos monstruos… Sadie… los revoltosos del Jambola… claro. Ahora lo entiendo todo. Han camelado a Lochart Dawson. Pues bien, vamos a enseñarles…

Su arenga fue interrumpida por el estrépito de los cristales al romperse y la cacofonía de frenéticos graznidos, cuando un enorme Marabú, y después otro, y luego más, entraron haciendo pedazos las puertaventanas.

Estábamos desarmados; nuestras armas estaban fuera, en el jeep. Retrocedimos instintivamente ante el vil y chillón estruendo, y estuve a punto de echar a correr hacia la puerta principal cuando ésta se vino abajo estrepitosamente, dejando ver en el marco a un monstruoso Marabú. Seguí a Dawson y a Sandy por unas escaleras endebles hasta un sótano, pero los marabúes continuaron persiguiéndonos y nos encontramos acorralados.

El sótano era una habitación oscura, húmeda y malsana. Se podía oír el sonido del agua corriente bajo las putrefactas tablas del suelo. Nos rodeó un grupo de gigantescos marabúes, arrastrando los pies como unos viejos mendigos asquerosos. Las narices se me inundaron del olor a carne quemada y carbonizada. Desarmados, éramos impotentes. El mayor de los marabúes se adelantó.

—Parece que la balanza se inclina a nuestro favor, eh, chicos —observó la

criatura.

Arrancó un trozo de un cadáver de flamenco ensangrentado con un sonido desgarrador y se lo tragó entero. Otro llevaba en el pico el cuello y la cabeza cercenados de un flamenco. Me empezaron a dar arcadas.

Dawson enderezó la espalda y se irguió:

—Como empresario que pretende ser el inversor mayoritario en esta empresa, este parque de ocio no necesita a gente de vuestra calaña, gente a la que no le importa nada el…

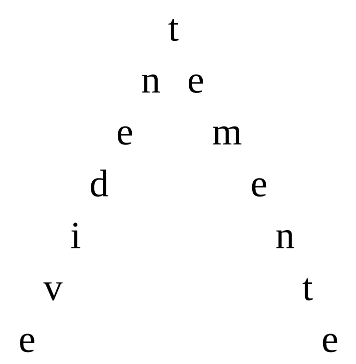
Los pequeños y brillantes ojos negros del Marabú lo enfocaron.

—¡Calla la boca, puto gordo! ¡Quién es este cabrón!

Los ojos de Dawson se ensancharon de miedo brevemente antes de que la vanidad herida lo reemplazase como emoción dominante.

Temblando nerviosamente, dijo en voz baja:

—Evidentemente, ustedes no entienden el procedimiento propio del debate…-----



—Evidentemente, me resultó muy difícil acudir a la policía. Dicen que han cambiado de procedimientos, pero allí no obtuve demasiada comprensión. Debe de tener algo que ver con el entrenamiento que reciben, ¿eh? Déjame que te cite un fragmento de los consejos que dispensan a los agentes de policía encargados de interrogar a las denunciantes de violaciones, tal como aparece en la *Police Review*:

> Debe tenerse presente que, salvo tratándose de una criatura muy pequeña, es extremadamente improbable que el delito de violación sea cometido contra una mujer que no muestra signos de extrema violencia. Si una mujer entra en una comisaría de policía y denuncia una violación sin señales de violencia, debe interrogársele cuidadosamente. Permítasele hacer una declaración a una mujer policía y a continuación pasarle la apisonadora. Siempre es aconsejable llamarla embustera abiertamente si existe la más mínima duda respecto de la veracidad de sus alegaciones… ojo a la muchacha embarazada o que llega a casa tarde por la noche; tales personas son conocidas por alegar violación o abusos deshonestos. No hay que simpatizar con ellas. Si no está mintiendo, después de que el interrogador la haya perturbado acusándola de hacerlo, entonces al menos se comprueba la verdad… el buen interrogador raras veces se gana el afecto de su sospechoso.

Pero todo el montaje fue cosa de Lexo… él lo preparó… yo ni siquiera…

—Así que era reacia a convertirme en sospechosa, Roy. Sospechosa de mentir acerca de haber sido mantenida prisionera, embrutecida, torturada y humillada. Sospechosa de ser una mentirosa y declarada tal; declarada como tal por un tribunal de leyes. Todavía tengo *flashbacks*, Roy. Dos años después. Estos *flashbacks* no tienen nada que ver con el ácido que me disteis. Alguna gente los sigue teniendo diez años después. En realidad nunca termina, Roy. En realidad nunca termina.

¡Fue Lexo el que te dio el ácido! ¡Fue culpa de Lexo! Alex Setterington. Se lo ha

hecho a otras tías antes, probablemente sigue haciéndolo. ¡No te acordarás, pero traté de detener aquello! ¡YO ERA EL CAPULLO QUE INTENTABA DETENERLES! ¡SE LO DIJE! ¡ACUÉRDATE QUE SE LO DIJE!

MÁS ABAJO, POR FAVOR POR FAVOR MÁS ABAJO

Ah, joder, veo la luz entrando por esas finas membranas que son mis párpados… voy a abrirlos y mirarla a la cara, joder… por favor no no no no no MÁS ABAJO… puedo oler el desinfectante ése… esto es el puto hospital…

—Fui una estúpida, Roy. Una estúpida por pasar por el juicio. Fue peor que la propia violación. El juez. Peor que una broma pesada; una broma pesada que me gastasteis. Todo aquello fue una pantomima. Una pantomima para humillarme y embrutecerme otra vez desde cero. Qué fue lo que dijo el juez Wlld en Cambridge en 1982: «No es sólo cuestión de decir no»…

NO

—es cuestión de cómo lo dice, de cómo lo demuestra y lo deja claro.

NO

—si no lo quisiera sólo tendría que mantener cerradas las piernas y no tendría lugar si no fuese por la fuerza, y en tal caso habría marcas del empleo de la misma. Otro buen juez, como nuestro juez Hermiston. Así que fue culpa mía, Roy. No dije no como era debido…

NO

—tendría que haber mantenido las piernas cerradas, incluso drogada, incluso con aquel cuchillo en la garganta, incluso con dos hombres separándome las piernas a la fuerza…

NO

NO

No puedo despertarme ahora

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO ----- Ahora estoy lejos de ti… estoy resbalando pozo abajo, más allá de mi cornisa, fuera del túnel de la oscuridad hasta llegar a un cielo azul claro sobre la sabana tropical africana, el país de mis fantasías, de mi libertad… pero oscurece de nuevo y estoy otra vez en esta habitación con Dawson y Sandy, acorralados por los marabúes.

—Tiene que haber algún acuerdo al que podamos llegar —le suplicó Dawson a la bestia de ojos mortecinos—. Soy un hombre bastante acaudalado. ¡Tengo familia!

El enorme Marabú se volvió hacia sus amigos y graznó ruidosamente. El aire se volvió áspero con el sonido de sus histéricos chillidos y sus plumas revoloteando y el polvo esparciéndose, desprendiendo un pestazo infame e irritándome, de modo que estornudé ---------- ---------- ----------- ---------- -------------

—¡Joder, Vet, se ha movido! ¡Lo dicho, el chico se ha movido! ¡Es como si hubiera estornudado, o algo! ¡Roy! ¿Puedes oírme? ¡Te lo estoy preguntando, hijo, puedes oírme!

—¡No grites, John, el chico está malo, no se encuentra bien!

—¡Pero puede estornudar, Vet! ¡Rápido! Pon la cinta, la nueva… Salgo yo cantando *Born Free*, hijo. Mi película favorita de todos los tiempos. ¡Te acuerdas, Roy, te la puse en el vídeo! Lo dicho, es mi película favorita de todos los tiempos: Baw-rn freee - as free is as the wind blows…[37] ¿te acuerdas hijo? ¡La cantaba Matt Monro! ¡Te acuerdas! La película, Roy, te acuerdas; Joy Adamson y su hombre, ¿cómo se llamaba el cabrón, otra vez? ¿El hombre de Joy Adamson? ¡Basada en una historia real! Elsa, el cachorro de leona, sabes, ¡pero que creció hasta convertirse en un león enorme! ¡Puedes

oírme, Roy! ¡Born Free! ¡Acuérdate! ¡Vet! ¡Venga con esa cinta!

—¡Ya voy, John!

I'd like to run away from you,
But if you never found me I would die…[38]

—Ésa eres tú cantando canciones de la puta Shirley Bassey otra vez, Vet, no yo cantando *Born Free*. ¡Ponme a mí cantando *Born Free*!

Voy a despertar si no bajo más, joder… MÁS ABAJO

—Pero es una nueva de Shirley Bassey, John, otra Shirley Bassey…

—Ya, pero estaba hablándole al chico de *Born Free*. Seguro que se acuerda de ese vídeo. Joy Adamson. Lo vio bastantes veces.

—Nah, no estoy de acuerdo con eso, John. El chico creció oyéndome cantar como Shirley Bassey, así que deberíamos ponerle eso…

—Como te digo, *Born Free*… y además, hay un trozo donde salgo cantando una de Tom Jones… *Operación Trueno*… era una canción de James Bond, lo dicho, *Operación Trueno*. Eso. *Operación Trueno*…

Preferiría enfrentarme al Marabú que escuchar a estos cabrones…

MÁS ABAJO MÁS ABAJO

No puedo profundizar más…

—¡Allá vamos!

He always runs while the others walk,
He acts while the other men just talk…

—¡Ésa es, Vet! Yo cantando una de Tom Jones… como Operación Trueno, y eso. Lo dicho, Operación Trueno.

—Ya…

He looks at the world and he wants it all,
So he strikes like Thuuuunder-ball…

—Uno de mis temas de Bond favoritos de todos los tiempos, éste. Vaya un cantante Tom Jones, ¿eh, Vet?

—Sí…

A LA MIERDA A LA MIERDA A LA MIERDA A LA MIERDA A LA MIERDA A LA MIERDA

—Un tema estupendo, como te digo, un tema estupendo.

—Pero ése no me gusta demasiado, John, me gustan las otras cosas de Tom Jones… anoche fui a dormir en Detroit City.

—Pero escucha, Vet…

Any woman he wants he'll get…

NO

He'll break any heart without regret,
His days of asking are all gone…
His fight goes on and on and on…[39]

MÁS ABAJO POR FAVOR MÁS ABAJO

—Pero en realidad yo no diría que tengo un chorro de voz, Vet. Soy más bien un crooner, ¿sabes?

Me tiran más las baladas *soul*, y tal.

—A lo mejor ahora podemos poner mi cinta, John.

—Baladas *soul*, como te digo.

—Mi cinta, John.

—Sí, baladas *soul*.

MARCHAOS POR FAVOR

—Cambia ya la cinta, John.

—Eh… ya, pero ahora tenemos que irnos, Vet. Va siendo hora de marcharse. ¡Hasta luego, Roy!

El perfume barato de mamá apesta cuando se inclina para besarme.

—Hasta luego, cariño.

Gracias y adiós.

ADIÓS.

19 Las confesiones de la señorita X

Noto que vuelvo a estar en posesión de mis sentidos. Esto está más allá de la percepción. Sé que ella está en la habitación antes de que hable; observándome, jugando conmigo. Estoy a su merced de la misma manera que ella estuvo a la nuestra. ¿Cómo ejercerá su poder? ¿Se mostrará compasiva o será exactamente igual que nosotros? ¿La hicimos nosotros lo que es ahora? Sé quién eres, señorita X. Sé quién eres, Kirsty.

Kirsty Chalmers. La señorita X.

Pero yo no… fue Lexo. Yo no quise hacerte daño.

NO FUE MI PUTA CULPA

La forma en que te desmadraste
lo estabas pidiendo a gritos
íbamos todos pedos

ÉCHALE LA CULPA A LAS MUJERES

ÉCHALE LA CULPA A LA BEBIDA

ÉCHALE LA CULPA AL TIEMPO QUE HACE

Z.

NO HAY EXCUSA ALGUNA

Quiero marcharme.

You only live twice
Or so it seems
One life for yourself
And one for your dreams…

—Tienes unos gustos musicales raros, Roy Strang. Raros que te cagas, igual que el resto de tu persona.

NO SON MIS GUSTOS, SON LOS CABRONES ÉSTOS

You drift through the years
And life seems tame,
Till one dream appears
And love is its name…

—Lo curioso, Roy, es que llegaste a gustarme. En serio. De locura, ¿eh? Realmente pensaba que eras un poco distinto. Parecías un tipo agradable. Sé que tus orejas te cohibían, cualquiera podía verlo, pero me gustaban. Se parecen a las de Shane de los Pogues, solía decir. Me parecía que tenías estilo. Eras diferente, tranquilo, no estabas pagado de ti mismo como los otros. Serio. Profundo. Ja ja… Me parecías profundo. En coma profundo.

MÁS ABAJO

And love is a stranger
Who'll beckon you on…

MÁS ABAJO

Don't think of the danger,
Or the stranger is gone…

MÁS ABAJO

—Pero me daba miedo hablar contigo. No mostrabas ningún interés por mí, a diferencia de los otros. No babeabas. La única razón por la que andaba por ahí con esos cretinos era para poder aproximarme a ti. Pero qué loca estoy, ¿eh?

This dream is for you
So pay the price
Make one dream come true
You only live twice…[40]

MÁS ABAJO

No consigo apartarme, no consigo profundizar… joder, esto es… si no tengo cuidado acabaré despertándome, acabaré otra vez en su puto mundo donde tengo que enfrentarme a todo esto… y por qué dice eso de mí, Dumbo Strang… por qué me cuenta estas mentiras, intentando liarme la cabeza…

—He decidido ir por todos, Roy. Tu colega Dempsey sólo fue el primero. Fue tan fácil. Me limité a esperar que volviese a casa del *pub*, últimamente pasaba mucho tiempo allí, y me lancé contra él a toda velocidad. Quedó desparramado por toda la calle. Aguantó un par de días como coliflor, igual que tú. Me entristeció que estirara la pata; hubiera sido agradable teneros a todos tendidos ante mí como el género expuesto en los mercados de frutas; el puesto de los vegetales. Así podría inspeccionar los vegetales a mi antojo.

MÁS ABAJO

—Sería estupendo que pudieses oírme, Roy, aunque supongo que eso no es más que un piadoso deseo por mi parte. Eso sí, el doctor Goss dijo que mostrabas mayores indicios de conciencia que nunca, y espera que salgas de ésta algún día. Aunque yo no estaría tan segura.

QUIERO APARTARME

—Te diré, Roy, si es que puedes oírme, que aún no habrás podido enterarte de cuánto te odio y te detesto. En realidad nunca podría decirte cuánto. Probablemente no tengas ni idea de lo mucho que cambiaste mi vida, de cuánto podrías haberla arruinado, si te hubiera dejado. Nunca volveré a ser la misma, Roy. El sexo y los hombres… ya no me funciona. Pero algo he encontrado en todo ello, Roy. Me he encontrado a mí misma. Te odio por lo que me hiciste. Ese odio lo entiendo. Lo que me gustaría de verdad es que fueras capaz de explicar cómo es que me odiabas tanto como para hacer lo que hiciste. ¿Qué te pasó? ¿Cuál era tu puto problema, pedazo de lamentable coliflor, so hijo de puta hecho polvo? ¿Por qué me odiabas tanto, Roy?

Yo no te odiaba… te deseaba… quería que nosotros…

NO HAY EXCUSA ALGUNA

NO NO NO NO

FUE LEXO… LEXO… FUE EL PUTO LEXO EL QUE INSTIGÓ TODO EL ASUNTO YO NI SIQUIERA TE TOQUÉ NUNCA EN REALIDAD NO TENÍA NADA QUE VER CONMIGO JODER TENÍA MIEDO, MIEDO DE LEXO EL CABRÓN ES UN PUTO ASESINO

Make one dream come true
You only live twice…[41]

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

—-y

está

sucediendo ahora… y Dawson está pegando saltos y pataleando, diciendo que no quiere morir y por ello atravesamos el suelo de maderos podridos y corremos a través de una serie de túneles cavernosos.

—Espérenme —resuella Dawson, mientras oímos los graznidos de los marabúes lanzados en nuestra persecución.

Corro y corro hasta que no puedo ver nada a mi alrededor o enfrente de mí. Entonces es como si mis dos pulmones se colapsaran y me desvanezco. Tengo una agradable imagen de nosotros dos, yo y Dorie, en un club, bailando juntos, realmente puestos, siento la música dentro de mí, siento los subidones, la euforia desinhibida… me despierto y poco a poco enfoco la amable cara de Sandy delante de mí. El polvo levantado por un remolino de viento me pica los ojos y la garganta. Sandy tiene una recortada. Es una escopeta de repetición de dos cañones.

—Tenemos que irnos, Roy —dice. Me levanto sin esfuerzo y veo el refugio a lo lejos. Corremos hacia él.

—Vayamos por ese puto Marabú, Sandy, estamos tan cerca,

tan cerca de la solución a todo el puto problema ----- subiendo ---- tan cerca de la superficie -------------------- Totalmente deshecha, Roy. Me culpaba a mí misma. Durante todo un año no fui mejor que tú, un puto cadáver ambulante.

QUÉ COJONES HACES AQUÍ SE SUPONE QUE SOMOS SÓLO YO Y SANDY

SANDY

Sandy

Diamonds are forever…
They are all I need to please me,

They can stimulate and tease me,

Sandy

They won’t leave in the night,
I’ve no fear that they might desert me…

JAMIESON

Diamonds are forever…
Hold one up and then caress it,
Touch it, stroke it and undress it,
I can see every part,
Nothing hides in the heart to hurt me…[42]

¡DÓNDE COJONES ESTÁS, JAMIESON!

20 Redención con una bolsa de plástico

En Manchester no pude escapar. Las pesadillas; por extraño que parezca, lo peor fueron las pesadillas del Marabú. ¿Por qué tenía que ser así? Quién sabe. Quién coño sabe. Los marabúes. Los vi en el parque Kruger en Suráfrica, el único lugar de la República donde se pueden ver. Cuando aquel ejemplar mató al flamenco, fue horrible que te cagas. Me dio náuseas. Era la manera en que sostenía la cabeza del flamenco, cortada por el cuello. El flamenco no es un pájaro hermoso. Es una criatura fea y estúpida que casualmente tiene un plumaje hermoso. Mira al flamenco a la cara, ¿y qué es lo que ves?

Ves un hermoso pa

Ves

La sangre del flamenco, la sangre de ella. Su sangre sobre mí.

No. No había sangre.

Sólo mi sangre. Mi sangre

cuando él me hizo aquello en

the city of gol ---------------- den words he will pour in your ear,

But his lies can't disguise what you fear,
For a golden girl knows when he's kissed her,
It's the kiss of death from mis-tah
Gold-fing-ah.
Pretty girl, beware of his heart of gold,
This heart is cold[43]

JODER, ESTOY CASI DESPIERTO, PODRÍA ABRIR LOS OJOS…

No.

Ni de coña. Este es mi hogar. Mi refugio. Como Manchester.

Manchester fue mi refugio. Me quedaba en mi piso de Ancoats manteniéndome alejado de todo el mundo, salvo para ir a trabajar. Veía vídeos y empecé a leer otra vez. No sólo libros que tenían que ver con mi trabajo, como tecnología informática y diseño de *software*; libros de política, y eso, y nada de libros sobre la naturaleza, nada de libros de ornitología. Aparte de eso, de todo en realidad; mogollón sobre África, el imperialismo, el *apartheid*. Quería volver, no tal como es ahora sino como me la imaginaba o como podría llegar a ser. Una vez que hubiesen dado la patada a esos putos cabrones blancos. Era lo único que hacía en Manchester, leer y ocuparme de mis propios asuntos.

Entonces apareció ella.

La había visto en el trabajo; hasta sabía cómo se llamaba. Trabajaba en la Sección de Pensiones. Se llamaba Dorothy. Siempre tenía una sonrisa para todo el mundo, una

sonrisa que no podías evitar devolverle. Pero no era una sonrisa sosa, estúpida o indiscriminada. Era una sonrisa atractiva y penetrante; la sonrisa de alguien que busca lo bueno que sabe que todo el mundo tiene, y lo hallaba invariablemente.

Sucedió cuando fui coaccionado para asistir a una fiesta de despedida de la oficina. Coaccionado por una vacaburra de mediana edad, mandona y dominante, a la que le gustaba organizarle la vida a todo dios. Siempre parecía haber montones de ellas en la clase de sitios donde trabajaba yo. Una de esas personas que se considera y es considerada por los demás como amistosa, pero que es todo menos eso, sólo otra puta maníaca del control. Como yo era nuevo, o relativamente nuevo en aquel entonces, aquella persona insistió en que fuera. Así podría conocer mejor a la gente. Lo último que yo quería era llegar a conocer a ningún capullo. No sé por qué, pero fui. Probablemente se debiese a que estaba tan deprimido que no tenía fuerza de voluntad para decir no, o para enfrentarme a las excusas que tendría que dar el lunes. Roy Strang. *Top boy*. Ja ja ja.

Todo el montaje no era más que otro montón de mierda por el que había que pasar. Me tomé mi Becks y me quedé sentado charlando de trivialidades, tratando de ser lo menos conspicuo posible. La gente parecía encontrarse a gusto hablando conmigo durante el obligado par de minutos, antes de decidirse a buscar mejor compañía. Era como si llevara puesta una gorra de béisbol con luces intermitentes que dijeran: HECHO POLVO.

Entonces Dorothy vino y se sentó a mi lado. Me sonrió y me sorprendí devolviéndole la sonrisa. Sentí que en mi pecho se relajaba una cierta tensión.

—Ya iba siendo hora de que me presentara. Te he visto por ahí. Soy Dorothy, de Pensiones. Ah, al infierno, eso me hace parecer una vieja. En realidad soy Dorothy, de Warrington. Odio cuando la gente dice qué haces, y no hacen más que hablar de su puñetero trabajo todo el tiempo. ¿Qué haces? Como, duermo, cago, meo, hago el amor, me pongo hasta el culo, voy a clubs, eso es lo que hago, puñeta. Perdón, estoy empezando a divagar. Tú, ¿cómo te llamas?

—Eh, Roy.

Dorothy era bonita. Tenía una cara agradable y un pelo rubio tirando a corto. Lo bastante bonita como para clasificarla más como rellenita que como gorda. No era de Fathell, Lancashire. No parecía estar bebida, pero sí de algún modo eufórica.

—Mira, Roy, lo siento, pero voy hasta el culo de éxtasis. Si estoy en un club y hay buen sonido, no molesto a nadie, sólo bailo. Pero si estoy en este tipo de ambiente, sólo quiero hablar con todo el mundo. La vida es demasiado corta para estarse calladito y refunfuñón, ¿no?

La vida es demasiado corta. Su entusiasmo era contagioso. A mi pesar, disfrutaba hablando con ella.

—¿Qué es lo que te hace?

—¿No te has metido nunca un éxtasis? Pensaba que allí arriba, en Escocia, erais todos unos *ravers* totales.

—Nah, a mí me gusta más el rollo *indie*, ¿sabes? No estoy demasiado metido en lo del dance y eso.

Yo era un anormal. Piernas demasiado cortas. Con una pata chula gracias al puto Winston Dos. Descansa en paz, pedazo de cabrón canino. Siempre quise bailar, quiero decir bailar de verdad, yendo por todas, pero nah. Nunca me molesté, eh.

—Estas pirulas son alucinantes. Ahora no bebo nunca, ya no lo soporto, y en la vida me lo he pasado mejor —sonrió. Sin duda se lo estaba pasando mejor que yo. Acababa de tomarme dos Becks, el resto de la noche había ido de cocacolas. No quería emborracharme y descontrolar. Me quedaba mirando a los demás: caras taciturnas, hostiles y cerveceras. Ellos tampoco parecían estar pasándoselo bien.

Pero ella sí.

Muchos de los chicos que estaban en los *cashies* tomaban X, y otros no. Yo nunca le vi mucho sentido. Siempre me había gustado la Becks, y no lograba que me molara aquella puta música. Era una mierda, el tecno ése, no tenía letras, siempre la misma jodida máquina de percusión, venga a machacar todo el rato. Odiaba bailar. Era como jugar al furbo. Me convertía en el blanco de todas las miradas; mis piernas mutiladas y achaparradas, mi enorme cuerpo y mis largos brazos de simio balanceándose. Las broncas siempre fueron mi forma de bailar.

Supongo que había desarrollado una animadversión hacia todo tipo de drogas por el modo en que mi madre y mi padre le pegaban a la priva y la forma en que les hacía comportarse. Sin embargo, ahora aquello no parecía tener importancia. Le cogí una; quince libras por una capsulita.

—Son R&B —dijo ella.

Hablaba con ella sin parar, pero el éxtasis no me decía una puta mierda. Seguí disfrutando, no obstante, hasta que me di cuenta de lo a tope que iba, realmente cabalgando la cresta de la ola. Entonces noté cómo me elevaba y parecía que la música estaba dentro de mí. Me sentí mareado y revuelto, pero jamás había experimentado un colocón tan estimulante. Tuve ganas de cagar durante un rato, pero se me pasaron. Las bullas eran una puta mierda comparado con aquello; sentí que tenía toda la fuerza del mundo, pero era positiva. Sentí un vínculo con Dorothy, o Dorie, como le gustaba que la llamaran. Su cara parecía tan luminosa y fresca y hermosa, tenía los ojos tan vivos. Su pelo estaba, empezó a sonar un tema de 2 Unlimited y sentí el golpe de los tambores atravesándome y las líneas de sintetizadores levantándome de la silla. No me había dicho una puta mierda antes.

—Fuaahhh —jadeé.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Empiezo a ver de qué va todo el follón…

—Paula —le gritó a su amiga—. Roy acaba de perder la virginidad. Venga, vámonos de aquí. Necesitamos un marco más memorable para hacerle justicia a esta experiencia.

Yo no quería más que aquella música. House, tenía que ser house. Cuando Dorie

me dijo que había más en un club llamado the Hacienda, sólo que muchísimo mejor y a toda pastilla por un equipo de sonido, con luces que te achicharraban los sesos y rodeado de gente que se sentía de la misma manera, me entusiasmó instantáneamente.

El club era impresionante que te cagas. Estaba perdido entre la música y el movimiento. Fue una experiencia increíble, más allá de cualquier cosa que hubiera conocido. Nunca pude bailar, pero iba perdiendo las inhibiciones a medida que la droga y la música me ponían en contacto con una parte desconocida de mí mismo, una parte que de algún modo siempre había reprimido. Los músculos de mi cuerpo parecían armonizar unos con otros. Me latían los ritmos internos del cuerpo, pude oírlos por vez primera: estaban cantándome. Me cantaban: «Eres guay, Roy Strang. Tú eres guay, nosotros somos guay». Gente, desconocidos, se me acercaban y me abrazaban. Periquitas, chicas guapas, y eso. Tíos también —algún que otro menda con pintas de listo—, a los que antes habría hostiado sin más. Sólo quería abrazarlos a todos, darles la mano. Estaba sucediendo algo especial y estábamos todos en el mismo barco. Me sentí más cerca de aquellos desconocidos que de nadie. A Dorie y Paula las quería; las quería y ya está. No podía dejar de abrazarlas, como siempre había querido abrazar a los amiguetes, pero quedaba demasiado bobo, demasiado maricón. Sabía que después de la bajada seguiría queriéndolas. Algo fundamental había sucedido aquella noche; algo se había abierto en mi interior.

Yo era Estela Plateada, miré hacia el láser y crucé el universo a toda pastilla unas cuantas veces, cabalgando y navegando con la música. Se iba acumulando hasta llegar a un *crescendo* y Dorie, Paula y yo, era como si fuéramos el mundo, nosotros y la gente que había a nuestro alrededor. Estaba en sintonía con ellas y conmigo mismo y no quería perder ese punto nunca. Incluso cuando se acabó la música —fue horas más tarde pero parecieron minutos—, yo seguía con ganas.

Estaba atónito. Todas las chorradas que soltaba Bri, él y algunos de los chicos que estaban en los *cashies*, que decíamos que se habían ablandado por culpa de los *raves*, era la puta verdad y muchísimo más. Era euforia… era algo que todo el mundo debería experimentar antes de morir si en verdad pueden decir que no han desperdiciado su vida en este planeta. Yo les veía a todos en nuestras oficinas, pobres y lamentables necios, los veía en sus suburbios, sus colas del paro y sus profesiones, sus tiendas de apuestas y sus clubs náuticos… no importaba una mierda. Vi sus limitaciones, la absoluta vacuidad de lo que tenían que ofrecer frente a aquella alternativa. Habría riesgos, lo sabía perfectamente. Nada tan bueno puede obtenerse sin riesgos. Sin embargo, no podía volverme atrás. De ningún modo. No había nada a lo que regresar…

… igual que ahora no hay nada por lo que subir------sólo tus ojos

Can see me in the night.
For your eyes only
I never have to hide.

You can see so much in me,
So much in me that's new
I never felt until I looked at you…[44]

Ay joder, por todas Roy, capullo acojonao, baja más, ve adelante, vuelve hasta el Marabú o sigue con estas reminiscencias porque no importa, es la misma triste historia, joder,

siempre va a ser la misma triste historia, joder ------ así que vete más abajo

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO ----- y ahora Sandy ha vuelto, y pienso para mis adentros que les jodan, que les jodan a todos.

—Esperemos un poco, Sandy —digo yo.

—¿Qué? —contesta él, un poco aturullado.

—Estoy pensando ¿por qué tenemos que darnos prisa en entablar batalla con Johnny Marabú? ¿Por qué tenemos que ir corriendo al refugio para intentar arreglar este asunto? Esto es entre Dawson, los terroristas y los marabúes… quiero decir, ¿qué nos ha hecho a nosotros el viejo Johnny Marabú? ¡Disfrutemos de nuestro picnic! Tenemos mermelada, y miel y mantequilla, y montones de pan casero absolutamente maravilloso. Nosotros…

—Corta el rollo, Roy. Tiene todo que ver con nosotros —salta Sandy, con expresión severa.

—¿No podemos hacer un pequeño picnic, primero? ¿No puede ser como en los viejos tiempos?

—No, no puede ser, Roy. Nunca volverá a ser como en los viejos tiempos —dice Sandy con frialdad.

—Nunca como en los viejos tiempos —repito cautelosamente—… nunca como en los viejos tiempos. —Me sentí abatido. Sencillamente, no me importaba—. Bueno, vámonos.

Iniciamos el ascenso hasta el refugio, pero Sandy se vuelve hacia mí y dice:

—Lo siento, Roy, he estado un poco brusco. Creo que ya te habrás dado cuenta de cuál es la situación. Creo que podemos sacar un poco de tiempo para parar y hacer un pequeño picnic antes de marchar. Por los viejos tiempos —sonrió.

—Gracias Sandy, se agradece. Por los viejos tiempos —sonreí. Sandy era un tío legal, de eso no había ninguna duda, era todo un --------- diamante --------------- s son para la eternidad…

Sparkling round my little finger,
Unlike men the diamonds linger.
Men are mere mortals who
Are not worth going to Your grave for…[45]

No. Devuélveme a los viejos tiempos…

Nunca será como en los viejos tiempos -------- nunca como allá en Manchester -------- aquella noche después del club -------- porque afuera, en la calle, las farolas eran increíbles. Supongo que yo estaba ligeramente cagado por haber tomado X por el rollo malísimo que me dio el ácido una vez, pero esto era distinto. Sentí que tenía el completo control. Jamás me había sentido así.

Me puse tristísimo cuando se acabó la música. Me lloraban los ojos y no importaba. No me avergonzaba pasar por bobo. Vi qué capullo tan cobarde, tonto, triste y lamentable había sido por haberme avergonzado alguna vez de expresar mis emociones. Pero ni siquiera fui duro conmigo mismo; no importaba.

De vuelta en el queo de Dorie, tomamos té, y yo les hablé de mí mismo; más de lo que jamás le había contado a nadie. Hablé de mis temores e inseguridades, de mis inhibiciones. Ellas hablaron de las suyas. Fue algo solidario, empático; estuvo bien. No como las terapias cobistas, falsamente íntimas, de clase media, o como un inmenso viaje de bazofia *hippy* estrafalaria y colgada. No se trataba más que de unos elementos hablando de lo que sentían ante la vida. Podía hablar de cualquier cosa, casi cualquier cosa, la violación y mi familia eran tabú, pero ésa era mi opción.

No era problema. Nada era problema.

Todos los fines de semana después de aquello fui de clubs y hasta el culo de X. Tenía más amiguetes en Manchester en unos pocos meses de los que jamás había tenido en casa.

El problema era que aquello era tan bueno que hacía que todo lo demás pareciera una mierda. No, eso no es del todo exacto: mostraba que todo lo demás *era* mierda. El trabajo era una mierda; sólo algo que había que aguantar.

Con el tiempo, Dorie y yo empezamos a acostarnos. Nos sentíamos bien juntos y no había nadie más de por medio. Sólo era cuestión de tiempo. Me preocupaba el sexo, porque no había estado con nadie desde el incidente. Cuando follamos por primera vez, yo iba de éxtasis y no supuso diferencia alguna, así que siempre hacíamos el amor cuando yo iba de X. Un día ella dijo:

—No hace falta que vayas de éxtasis para hacerme el amor, ¿sabes?

Nos fuimos a la cama. Yo temblaba, temeroso de mostrarme a mí mismo sin la química. Nos besamos un rato y dejé de temblar. Jugamos durante largo rato, y después de acoplarnos, mi polla y su coño sencillamente se convirtieron en una misma cosa, que después pareció desaparecer cuando despegamos juntos en un largo viaje psíquico. Eran nuestras almas y nuestras mentes las que lo hacían todo; nuestros genitales, nuestros cuerpos, no eran más que las rampas de lanzamiento, y pronto resultaron superfluos a medida que recorríamos el universo juntos en nuestro viaje compartido, entrando y saliendo de la cabeza del otro y sin hallar en ellas nada más que cosas buenas, nada más que amor. La intensidad aumentó hasta hacerse casi insoportable y estallamos juntos en un orgásmico aterrizaje forzoso en el naufragio de la cama, procedentes de alguna clase de espacio lejanísimo. Nos abrazamos con

fuerza, empapados de sudor y temblando de emoción.

Para sorpresa mía, resultó igual de bueno que con el éxtasis.

Dorie me dijo después que yo le parecía hermoso. Me quedé pasmado al descubrir que no bromeaba. No paraba de mirarme en el espejo.

—Tienes unas orejas grandes, pero bellas. Tienen carácter. Tienen distinción. No son tan grandes como crees; además, desde que eras un chavalín la cabeza te ha crecido, sabes.

Íbamos a the Hacienda todos los fines de semana. Siempre había una fiesta en el queo de alguien después. Normalmente fumábamos hierba para bajar. Skunk, si podíamos conseguirlo. Me encantaba estar de palique sin parar; pero más que eso, me encantaba escuchar; escuchar a toda la peña, su labia, oírles contar cosas de sus vidas, ponernos a hacer todo tipo de trastadas unos a otros. Le pegaba una profunda calada a un petardo y la retenía hasta que un enorme y maduro tomate de placer me estallaba en la cara.

Dorie y yo nos comprometimos. Fue estúpido y arrogante, sólo hacía unos meses que nos conocíamos. Fue raro, pero quería tener un gesto con ella, mostrarle cómo me sentía.

La vida estaba bien; mejor que bien. Leía mucho entre semana, y me iba a ver películas de arte y ensayo con Dorie en el Cornerhouse. El fin de semana íbamos de clubs y de fiestas. Algunos sábados iba al fútbol con un par de colegas, Jimmy y Vince. Bajábamos al Moss para ver al City en Maine Road. El fútbol no era tan bueno como en Old Trafford, pero la impresión que daba era mejor, más de verdad. El palique de antes y después en el *pub* era estupendo. Manchester era un sitio de puta madre, fue la época más feliz de mi vida.

Entonces sucedió algo que mandó a pique mi mundo y me recordó quién era. Era un artículo en el *Manchester Evening News* sobre la exitosa campaña Tolerancia Zero en Edimburgo.

DOS DE CADA CINCO MUJERES SUFRIRÁN

ABUSOS SEXUALES O SERÁN VIOLADAS.

Z.

NO HAY EXCUSA ALGUNA.

Perdí del todo el control.

Aquella noche en the Hacienda me abracé a Dorie durante la mayor parte de la noche hasta la llegada del amanecer; la estreché con fuerza. La estreché como si pudiera hacer que su amor me invadiese a la fuerza, expulsando la mierda de mi interior, de mi mente y de mi cuerpo, pero lo que estaba haciendo era contagiarla a

ella; contagiándola de mi sufrimiento, mi dolor, mi ansiedad. Podía sentir la enfermedad y la duda transmitiéndose en nuestro abrazo mientras mi mentón descansaba sobre su cabeza y mis fosas nasales se llenaban con el aroma de su champú y su perfume. Las vibraciones de duda volvían a subir atravesándola, directamente por el cráneo y entrando en mi mentón y mi cabeza. Ella bufaba por las narices con irregular incomodidad, haciendo un sonido áspero contra mi cuello. Aquella noche el éxtasis me resultó inútil.

—No te preocupes, Roy, no siempre funciona —dijo Dorie.

Había perdido del todo el control. Lo único que podía hacer era tratar de ocultar hasta qué punto era así.

Entonces perdí a Dorie.

Me deprimía cada vez más. No podía moverme, como suena. Sólo me deprimía más y más y más. El médico dijo que padecía ME, la gripe *yuppie*, la puta fatiga posvírica ésa o como sea que la llamen. Por vez primera, mi relación con Dorie fue puesta a prueba y declarada insuficiente. Nos quedábamos en casa y comíamos, no hacíamos más que comer comida basura mientras veíamos vídeos. Apenas podía articular una frase completa. Engordamos kilos. Decenas de kilos. Ella no pudo acostumbrarse a vivir con un depresivo hecho polvo que no podía salir. Dorie era una chiquita marchosa. Sólo quería pasárselo bien… quizá esté siendo duro con ella. No era tan frívola. Probablemente supiera que le escondía algo, le ocultaba algo, que no le mostraba todo mi yo. Quizá si hubiera sido franco con ella, ella hubiese

No.

—Ahora voy a poner la otra cara de la cinta, Roy. Tu madre tiene una gran voz.

Gracias, Patricia. Tu voz suena diferente. Más clara. Más alta. Más cercana. Tu tacto al levantarme la cabeza para hincharme la almohada. Tu perfume. El desinfectante huele a hospital. Las dimensiones de esta pequeña habitación. Las percibo por vez primera. El gotero de mi brazo. El tubo que tengo en la garganta, el que tengo en la polla. Todo eso no me importa. Perdí a Dorie.

Nobody does it better,
Makes me feel sad for the rest.
Nobody does it half as good as you do,
baby you're the best[46]

—¿Eres tan buen cantante como tu madre, Roy?

Perdí a Dorie…

Acordamos irnos cada uno por su lado. Yo me fui a vivir a un piso nuevo en Eccles.

I wasn't looking,

But somehow you found me.
I tried to hide from your love.
Like heaven above me,
The spy who loved me
Is keeping all my secrets safe tonight[47]

Recuerdo cuando me marché del piso. Intenté hablar con ella, pero las palabras se negaron a salir. Incluso en esa etapa tardía me miraba como si quisiera oír palabras que hubieran supuesto una diferencia. Yo ni siquiera podía imaginarlas. Era como si tuviese el cerebro flotando en una sopa espesa y tuviera el pecho más tenso que un tambor. No salía nada.

—Siento no haber podido ayudarte, Roy. Pero eres tú quien tiene que ayudarse primero a sí mismo. Siento que las cosas no salieran bien —gimió sin poder ahogar un sollozo—. Ya he pasado por esto antes y no quiero hacerlo otra vez. Es mejor hacer borrón y cuenta nueva… pensé que eras diferente, Roy…

—Ya nos veremos —dije, recogiendo mi bolsa de deportes. Salí por la puerta y no miré atrás. Odiaba a esa cabrona. Joder si la odiaba.

No.

No Dorie que follen a Roy Strang capullo idiota *top boy* pastillero apuesto tan fino Dumbo Strang

The way that you hold me,
Whenever you hold me,
There's some kind of magic inside you…[48]

Ay Dios qué cojones he hecho

Ay Dios mío

Me quedé en casa.

Me quedaba en casa los fines de semana, viendo vídeos. Entonces pasé lo peor. Empecé a salir otra vez, aunque no con tanta regularidad. Cuando lo hacía, evitaba the Hacienda y tomaba montones de X. Empecé a tomar pastillas para dormir para la bajada. Me follé a todas las tías que pude; había muchas en los clubs que estaban por echar un polvo. Las respetaba, había un respeto inmenso, pero nunca nos engañamos pensando que se trataba de otra cosa que sexo. Sin camelos. A veces te daba la ilusión de la felicidad, pero yo no era feliz, no de la misma manera. Es sólo que me quitaba el dolor. Puedes utilizar las drogas como una proclamación de la alegría de vivir o puedes utilizarlas para escapar de los horrores de la vida. Tienes que hacerte suficientemente sensible como para llegar al punto en que una cosa se desliza en otra. Yo no lo era, y lo pasé bastante mal.

Debí pasarlo bastante mal porque empecé a escribir a casa. Recibí respuestas. Me

escribían todos en una misma hoja de papel. Antes me habría avergonzado, ahora resultaba extrañamente conmovedor. Era de locos, pero hizo que quisiera estar cerca de ellos.

Querido Roy,

Espero que todo vaya bien allí en Manchester y que no te estés volviendo demasiado inglés. Ni se te ocurra, o no eres un escocés como está mandado y no te dejaremos volver aquí arriba. (¡Es broma!) Los nuevos vecinos de arriba han salido un poco respondones, Tony y yo les hicimos una pequeña visita y les enseñamos el significado de la palabra respeto. Tuvimos una pequeña reunión la otra noche y estuvimos de canturreo. Nos acordábamos de la vez aquella en Año Nuevo que conseguimos que cantaras A View ToA Kill. ¿Te acuerdas? ¡Te gustaban los Duran Duran cuando eras más joven! ¡No lo niegues! Yo canté algunas de Tom Jones y tu madre hizo sus versiones de Shirley Bassey. Una noche estupenda. Colin Cassidy y yo les enseñamos a los Hope, no sé si los conoces, una familia yonqui del barrio, bueno, les enseñamos una lección que tardarán en olvidar. Baste decir que nuestros amigos los Hope ya no residen en el barrio. De todas formas, aquí está mamá.

Con mis mejores deseos, papá.

Hola Roy, hijo,

Aquí mamá. No parece que haya pasado más de un año desde que te fuiste. El tiempo vuela, ya lo creo. Aquí todos están bien, y la gran noticia que tenemos es que Kim se casa y va a ser mamá. Estamos todos muy emocionados. No sé si conoces a Kevin, es un chico muy majo. ¿Y tú qué? ¿Alguna novia a la vista?
El otro día tomamos espaguetis a la boloñesa (¿sigue siendo tu plato favorito?) y eso nos hizo pensar en ti. Me abandoné a lo que tu padre llama mi «lloriqueíto habitual» al pensar en lo lejos que estabas y espero que puedas volver pronto a casa para que sea como en los viejos tiempos.
Con todo mi amor, hijo,

Mamá XXXXX

P. D. Aquí tienes unas palabras de la madre en ciernes, la futura señora Scott.

Hola Roy,

Debería yamarte tío Roy por el bebe que nacera en febrero y se yamara Jason si es chico y Scarlet o Dionne si es una nenita y la boda sera en diciembre en el hotel Commodore y he escojido un bonito bestido
Kevin dice que tiene ganas de conocerte y tomar una pinta por que es muy majo y me alegrara que os conozcáis pero nada de discusiones sobre fútbol por que él es un JAMBO y yo he empezado a apoyar a los Hearts también por que son los mejores. Nada de discusiones y eso porque eso es lo que ace Tony que ba a escribirte algo aqui.

Besos de Kim Scott (pronto la ex Kim Strang.)

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX-
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX-
XXXXXXXXXXXXXXX

Hola Roy,

Aquí Tony. Tenemos partido de semifinales contra los hunos en Hampden, será la semana que viene. Será una buena noche de marcha, así que súbete. Los Hibees tienen una buena racha ahora mismo. Espero que no tengamos lesiones o suspensiones y haya que echar mano de Joe Tortolano —buen italiano pero una mierda como jugador—. ¡Te veo en la semi!

P. D. Hannah y los chicos están bien y te mandan un abrazo.

Tony.

Volví a casa, a Edimburgo, hecho un majareta de ojos vidriosos, de vuelta al caos extrañamente acogedor de mi familia.

Se suponía que subía a ver la semifinal de la Copa de la Liga, que los Hibs iban a disputar en Hampden contra los Rangers. Nadie pensaba que tuvieran la menor oportunidad, pero ganaron. Yo apenas me fijé. Tony tenía las uñas devoradas hasta las raíces durante la segunda mitad mientras estábamos de pie en el extremo del campo. Kevin, el tío de Kim, estaba con nosotros. Parecía un tipo legal, un poco lento y atolondrado, pero inofensivo. Un jambo típico, en realidad. John se mosqueó y amenazó con agredir a unos tíos que teníamos delante por levantar su bandera y bloquearle la vista. Cuando sonó el pitido del final estrujó en un victorioso abrazo de

oso a uno de ellos. Tony se me tiró encima, desgarrándome los músculos del cuello. Me dejé arrastrar y sacudir por todos los que tenía cerca.

Hubo una fiesta… ----------------

--------------- Yo.y.Sandy.Jamieson.

Sólo nosotros dos.

En nuestra fiesta. Un picnic. Un derroche de pan fresco, quesos, huevos de granja y suculentos conservantes dispuestos sobre un mantel de guingán rosa. Sólo nosotros dos, como siempre quise que fuera ---------- ---------- ----------- ---------- --------------

-------------Estábamos Dorie y yo; en el Distrito de los Lagos…

¿A quién he querido realmente alguna vez?

No necesito ---------- ------------------ aaammmmmóóóóóóóóóóó.

What good would love do me,
Diamonds never lie to me,
For when love's gone They last onnnnn…[49]

MÁS ABAJO

Hubo una fiesta… ----------------

---------------- una fiesta después del partido en casa de mi viejo. Una fiesta en casa del viejo. Podríamos haber sustituido a los invitados por una serie de muñecos inflables de ésos que se bambolean sobre la base, con una torre de cintas incorporada para lanzar clichés:

VIEJO CAPULLO ALEGRE CON MEDIO PULMÓN Y PATA CHULA: «No hay que quejarse… eso es… no hay que quejarse».

TIÍTA CON CARA DE PAPERAS Y BARRIGA DE GUINNESS: «Ha engordado muchísimo desde su histerectomía… ha engordado muchísimo desde su histerectomía…».

PRIMA MARCHOSA CABEZA HUECA: «Hoo-laaaa… Hoo- laaaa… Hoo-laaaa…».

PRIMO CACHORRO ADOLESCENTE OBSESIVO ACURRUCADO EN UNA ESQUINA: «Esto es una mierda… Poned algo de música decente…».

TÍO ULCEROSO QUEJUMBROSO: «Yo la cuido pero ella no me cuida a mí… yo la cuido pero ella no me cuida a mí…».

Yo pensaba que la cosa no podía ponerse peor aún, pero así fue. No le dije a ninguno de los tíos con los que andaba por ahí antes que iba a subir para el furbo. En tanto que todos los demás estaban en ascuas con el desenlace del partido, la única ansiedad que yo sentía por estar en Hampden era la preocupación por que me viese alguno de los chicos.

Alguien lo hizo. Sonó el teléfono y era para mí. Era Lexo.

—Pensé que subirías para el furbo —dijo.

—Sí, un resultado chachi, eh.

—Pateamos a unos cuantos *casuals* hunos. El Servicio de Su Majestad. Unos

putos niñatos; capullos acojonaos. Típicos *Weedgies*, tiran unas cuantas botellas y llevan navaja, pero cuando de agallas se trata no valen una puta mierda.

—Keith Wright está loco…

—Ya, pues más vale que no la caguen en la final contra algún mierda. Los ganadores se clasifican automáticamente para Europa, acuérdate. Esta es nuestra oportunidad de armar follón de verdad, en el continente. Este es un puto *show* que tiene que salir de gira, nos lo pasaremos que te cagas. ¿Por qué no te viniste con nosotros?

—Eh, quería ver al viejo, y eso, eh. Nunca los veo, ahora que estoy en Manchester, sabes.

—Ya, vale. Necesito tu dirección ahí abajo. Para reunir una cuadrilla y bajar de vacaciones un fin de semana, eh. A ver qué encuentros hay. Tengo entendido que los de Bolton son la cuadrilla local más competente. A lo mejor les hacemos una pequeña visita sorpresa a esos capullos. De todos modos, estamos en el club: nos hemos encerrado. Vente para acá.

—Eh, aquí hay una fiestecilla…

—¡Venga, pedazo de capullo arrabalero, bájate al club!

—Eh, ya, vale… —Fui, sobre todo porque era demasiado deprimente ver a todos aquellos capullos emborracharse en casa con su puto alcohol, pero sobre todo porque aquel capullo insistente de Lexo estaría al teléfono toda la noche y toda la mañana.

Me lancé hacia Leith Walk, sin saber a dónde iba ni lo que hacía. La ciudad estaba engalanada de verde y blanco, las canciones llegaban hasta la calle derramándose desde todos los bares. Era una fantasía Hibby; ni un jambo a la vista: estaban todos ocultos en casa contemplando treinta años sin un trofeo en la vitrina. Sin embargo, yo no podía interesarme por aquello. Me di cuenta de que tendría que haber estado en Powderhall y tomé el atajo desde el Walk.

El club estaba infestado de *casuals*. Algunos de los cachorros adolescentes que andaban por ahí con el *baby crew* reclamaban su puesto en las mesas de los *top boys*. Sus cuerpos se habían ensanchado y sus caras se habían endurecido, y algunos me miraban con mucha menos deferencia de la acostumbrada. Evidentemente, había habido algunos cambios. Lo importante era coscarse de cuáles eran sin comprometerse con ningún tío cutre. Yo estaba quemado; ya había tenido suficiente de todo aquello. Me senté en la barra y me chupé crispadamente una Becks, ansioso y nervioso en compañía de mis viejos colegas. Demps seguía sin aparecer por ahí.

—El capullo se ha vuelto un poco pureta, eh —me dijo Ozzy.

Me fijé por el rabillo del ojo en un tío que me resultaba vagamente familiar. Estaba cascando con Ghostie. Era un hijoputa enorme y voluminoso con una bocaza y una fanfarronería tremendas. No le había visto antes con los *cashies* pero era seguro de cojones que le conocía de alguna parte. Casi me quedo helado del susto cuando caí en quién era. Tenía la misma cara pero la mirada había cambiado. Ya no se posaba furtivamente como hacía en tiempos. Ahora era fija, intensa y concentrada. No me

acordaba del nombre del tío: yo sólo le había conocido como el Capullo-Vestido-Por-Su-Mamá.

Me apetecía largarme.

Pillé un éxtasis y fui con un par de *cashies* de temporada, a los que les gustaba ir de clubs, a un nuevo club de entresemana por donde The Venue. Fue un alivio alejarme de ahí. Estaba bien, pero todavía reconocí a otro capullo más, y esta vez me llevé un *shock* aún más grande. Este chico estaba pero que muy metido en su baile. Me acerqué y le hablé. No sé quién estaba más sorprendido, si yo o Bernard. Él también iba de éxtasis hasta el culo. Me encontré, para sorpresa mía, abrazándole. Bernard y yo nunca nos habíamos tocado de aquella manera antes, sólo habíamos intercambiado golpes en cuadriláteros improvisados. Enredamos por la pista de baile, disfrutando del ritmo hip-hop. Yo soy más hardcore que garajero o hip-hop, pero aquello no estaba mal. Estuvimos hablando mucho rato y mis colegas *cashies* se esfumaron, así que Bernard y yo acabamos marchándonos y nos fuimos para Chapps, un club gay cerca del Playhouse.

—Nunca pensé que te vería ir de éxtasis, Roy —dijo él.

—Llevo seis meses tomándolo sin parar —le dije con una sonrisa de tristeza. Bernard era legal.

Bernard. Sí. Era legal.

—Eso sí, nunca pensé que llegaría a estar aquí dentro —sonreí, mirando a mi alrededor. Aquel sitio no me gustaba. Le dije a Bernard que me parecía bastante triste y desesperada la forma en que todas esas mariconas se entraban unas a otras.

—Nah, en realidad no lo es —me explicó—, porque aquí prácticamente todos los tíos que quieren follar acaban follando. Es mucho más triste en Buster Brown’s o cualquier sitio hetero, porque el número de tíos que quieren follar es mayor que el número de tías dispuestas a follárselos. Aquí, al menos, la mayoría de la gente consigue lo que quiere.

Medité sobre aquello un rato. Su lógica estaba fuera de toda duda. Tuve que mostrarme de acuerdo. Fue fácil. Me sentía bien, estaba con el subidón del éxtasis.

—Fuaahh, tío, el éxtasis éste…

—Vaya, parece que te sienta bien —se rió.

Lo miré y dije, pasándole el brazo alrededor del cuello:

—Escucha Bernard, eres legal, tío, ¿lo sabes? Lo tenías todo muy claro hace muchísimo tiempo. Yo era un puto gilipollas, no podía con nada. No hablo sólo de que fueras mari… eh, que fueras gay, me refiero a todo… ah joder, Bernard, lo siento de verdad, tío… no es el éxtasis quien habla, es que la he cagado, Bernard…

Se encogió de hombros.

—Todos la cagamos alguna vez, Roy.

—No, pero oye, cuando la has cagado *de verdad,* cuando la has cagado de tal manera que no hay nada que puedas hacer para arreglarlo; pero nada, tío, como si siempre fuera a estar contigo. Bernard, sabes, cuando has hecho algo malo, algo

terrible, ¿te convierte eso en una mala persona? Quiero decir, puedes cambiar, ¿no?

—Supongo que puedes, Roy… ¿qué pasa, Roy? ¿De qué se trata? ¿Me estás hablando de amor?

Reflexioné amargamente sobre aquello.

—Nah, de amor no, todo lo contrario —sonreí, y a continuación le di un fuerte abrazo.

—Nunca llegué a conocerte, Bernard. Me portaba como un cabrón contigo…

—Lo mismo digo —sonrió, abrazándome otra vez. Sentaba bien.

—Pero he cambiado, Bernard. Me he permitido sentir las cosas. Eso quiere decir que tengo que hacer algo, como para demostrarme a mí mismo que he cambiado. Es como que tengo que asumir la responsabilidad de ponerle fin a mi dolor y hacer sentir bien a otra persona. Incluso aunque suponga el mayor de los sacrificios. Intenta comprenderlo… quiero decir, joder, parezco el viejo dando la paliza con uno de los putos discursos de Churchill… parece que me estoy enrollando… Sencillamente, no podía decirlo.

—No pasa nada, Roy —siguió diciendo él, y después pareció entristecerse—. Escucha, Roy. Tengo el virus. Di positivo. Tengo el VIH.

Me sentí como si me hubiesen aplastado hasta sacarme el último aliento.

—Bernard… no… joder… cómo…

—Fue hace un par de meses. Pero no pasa nada… quiero decir, sí que pasa, pero así es la vida, eh —dijo encogiéndose de hombros, mirándome intensamente a continuación—. Pero lo que cuenta en la vida es la calidad, Roy. La vida es buena. Aférrate a la vida. Aférrate a ella, Roy —sonrió mientras yo empezaba a sollozar—. ¡Venga Roy, deja de comportarte como un mariconazo! —se rió, confortándome—. No pasa nada, tío, todo está bien…

Pero no estaba bien.

Pero yo y Bernard, bueno, nosotros estábamos bien.

El viernes siguiente quedé en ir al gran concierto del Rezurrection en Ingliston con él y su pandilla. Era raro, Bernard y yo convertidos en colegas. Sus poemas seguían siendo una mierda, bueno, quizá eso no sea justo, pero desde luego eran desiguales. Al menos había abandonado la costumbre de castigar con ellos a la gente. De hecho, me ofrecí voluntario para leerlos. Algunos tenían que ver con el éxtasis y con follar, los mejores. Los poemas de folleteo me habrían asqueado antes, la idea de hombres haciéndolo unos con otros, de hombres follando. Ahora, sin embargo, simplemente parecía cosa de dos enamorados, como yo y Dorie. Las declamaciones a lo reinona seguían siendo difíciles de tragar.

La pandilla de Bernard era una peña maja; mezcla de gays y heteros con unas cuantas *fag-hags*[50] de por medio. Las *fag-hags* eran unos personajes bastante lamentables. Tenían algo incompleto. Lo calé de inmediato, era una cualidad oscura, pero podía notarla en mí mismo. Tuvimos algunos problemas para aprovisionarnos de éxtasis, y Bernard y su pandilla estaban metiéndose speed y tripis, Supermarios.

Yo no estaba por meterme tripis.

—Ni hablar, tío —le dije a Bernard. Estaba acordándome de aquel mal viaje.

Estaba acordándome del mal viaje de otra persona.

Se encogió de hombros como diciendo como quieras.

—No es eso, Bernard, es sólo que tengo demasiada mierda flotándome por la cabeza para meterme un tripi ahora, ¿sabes?

—Vale, de acuerdo —dijo él—. Me parece una sabia decisión.

Pero no fui sabio. Estaba hablando con un tío llamado Art, un pedazo de tiarrón que te cagas el capullo, y me emocioné al oírle hablar de sus experiencias con las drogas. Me eché un Supermario al coleto.

Al principio fue estupendo; las luces, la música. Nos dirigimos al corazón de los bajos y yo estaba tripando felizmente hasta irme del bolo. Bernard tenía un aspecto asombroso que te cagas; intenté no pensar en él con ese puto virus dentro, tenía tan buen aspecto. Las chicas marchosas le entraban, y salían pero que bien quemadas al enterarse de que era gay. Una tía buena de la pandilla llamada Laura me gritó al oído:

—Estoy locamente enamorada de tu hermano. Es una lástima que sea gay. Sigo queriendo tener un hijo suyo. —Yo me limité a sonreír. Disfrutaba de su palique, y esperaba incluso poder ser un suplente para Bernard.

Entonces vi la gran señal que había sobre el escenario:

REZURRECTION

La Z se iluminó y los eslóganes me entraron en la cabeza de sopetón:

NINGÚN HOMBRE TIENE DERECHO

CUANDO ELLA DICE NO QUIERE DECIR NO

NO HAY EXCUSA ALGUNA

NUNCA HAY UNA EXCUSA

Me sentí fatal de golpe, acalorado, sin resuello y tembloroso. Intenté recomponerme, moviéndome entre la multitud hacia la salida y el área de reposo. Necesitaba pensar. Necesitaba

Una chica me sonrió, y se parecía a

Era ella

Todas se parecían a ella

Entonces hubo un tío. Un seguraca. Era el tío Gordon.

—¡Yo contigo no vuelvo otra vez, te enteras! ¡No voy a volver a hacerlo otra vez, joder! —le grité.

—Tranquilízate colega, eh —me gritó un *raver* mientras el tipo de seguridad se quedaba pasmado.

Salí disparado para los lavabos y me senté en un cagadero llorando y hablando conmigo mismo. Entraron unos tíos y me hablaron para calmarme. Encontraron a Bernard. Oí a alguien murmurando:

—El capullo no controla las drogas.

Cama de hospital

TUMBADO EN UNA CAMA DE HOSPITAL EN UN COMA PARIENTES IDIOTAS PONIÉNDOTE LA CABEZA ASÍ PODRÁN COMPRENDER DÓNDE TE OCULTAS Y QUÉ REPRESENTA TU VIDA

Su África

ERES UN HOMBRE MORIBUNDO Y NO PIDES COMPASIÓN SÓLO COMPRENSIÓN ALGO QUE NO

El Pozo

TE AYUDARÁ NI A TI NI A ELLA NI A SANDY NI A BERNARD PERO SIGUE SIENDO UN IMPULSO QUE TIENES, UN IMPULSO

Capital City Service

Marabúes

FÚTIL POR DARLE ALGÚN SENTIDO A ESTA PUTA MIERDA DE LOCOS ESTÁS COMPROMETIDO CON ESTA TIERRA TROPICAL ESTA NACIÓN COLONIZADA PERTENECIENTE A TU MENTE ENFERMA

Mi África, mi África

¿Por qué no muero?
¿por qué sólo incompetencia?
¿por qué será que cuando compras el manual sigues sin poder hacerlo bien? En nuestro piso, Dorie, ¿te acuerdas de la vez que la cagué poniendo las estanterías? Entonces tenía el manual y todas las herramientas necesarias.

NO TE DOLERÁ ROY, TU TÍO GORDON
NUNCA TE HARÍA DAÑO. AHORA
QUÉDATE QUIETECITO ROY O HABRÁ
SERIOS PROBLEMAS CUANDO TU PADRE
SE ENTERE CÁLLATE PEQUEÑO HIJO
DE PUTA TE LO ADVIERTO CÁLLATE
DE UNA PUTA VEZ ESO ESTÁ
MEJOR ESO ESTÁ MEJOR
VENGA NO PASA NADA

Quería morir. Pensé que lo haría. Parecía haber llegado el momento. Hacía algún tiempo que sentía que había llegado el momento.

Bernard me llevó a casa y pasé un par de días en cama. Kim me mimó un poco; les dije que tenía gripe. Kim era amable, eso es lo que era. Kim era agradable, buena y amable. Así era Kim; la gente se aprovechaba, pero ella y Kevin parecían quererse, tan descaradamente felices se les veía.

Yo estaba en el piso de arriba en mi viejo dormitorio viendo un vídeo de la otra semifinal. Papá y Tony habían estado encima mío para que le echara un vistazo. Dijeron que salía una asombrosa decisión arbitral. Todo el mundo había estado hablando de ello. Decidí verlo. El Dumfermline y el Airdrie competían por el derecho a que se los follaran los Hibs en la final. Los Pars versus los Diamantes. El Airdrie lo tenía fácil, pero no ganó. No esperé al final, no me quedé a ver la tanda de penaltis.

Decidí que era el momento de despedirme.

Le eché otro vistazo a mi libro, el que había pillado en una librería radical de Manchester. Al parecer, estaba prohibido en este país. Se titulaba: *Despedida final: Los aspectos prácticos de la autoliberación y el suicidio asistido para moribundos,* de Derek Humphry, publicado por la Sociedad de la Cicuta. Su lema era:

BUENA VIDA, BUENA MUERTE

Con suerte, conseguiría realizar la mitad de aquello. Estaba muriendo. Lo sabía, lo sentía. Iba más allá de la depresión transitoria. Yo no era un psicópata, sólo era un necio y un cobarde. Había abierto mis emociones y no podía volver atrás hacia la renuncia, esa forma inferior de existencia, pero no podía ir hacia delante hasta que hubiese saldado mi deuda. Para mí, aquello no era huir. Eso es lo que había hecho toda mi puta vida, huir de la sensibilidad, de los sentimientos, del amor. Huir, porque un puto arrabalero, un don nadie, no debería tener esos sentimientos porque no van a

ninguna parte, no hay ningún sitio para expresarlos, y si te abres todo dios te hará pedazos. Así que los dejas fuera; construyes un caparazón, te escondes o arremetes contra ellos y les haces daño. Lo haces porque crees que si tú les haces daño no podrán hacértelo a ti. Pero no es más que mierda, porque sólo te duele más aún hasta que aprendes a ser un animal, y si no puedes aprender a hacerlo debidamente, huyes. Pero a veces no puedes huir, no puedes echarte a un lado y no puedes esquivar y agacharte, porque a veces sencillamente te sigue a dondequiera que vayas, dentro de tu puto cráneo. No se trataba de elegir el camino fácil. Se trataba de la única resolución que tenía sentido. La muerte era el camino hacia delante.

Busqué el capítulo sobre «Redención con una bolsa de plástico», un capítulo que había leído muchas veces. Tal como recomendaba, me tomé el paracetamol y me apliqué la bolsa de plástico, poniéndomela en la cabeza y asegurándola con celo alrededor del cuello.

La bolsa era transparente pero todo se volvió nebuloso.

Iba a la deriva…

Entonces fue cuando vi a Jimmy Sandison, el *verdadero* Jimmy Sandison, no Sandy Jamieson… ¿Quién era Sandy Jamieson?

La bolsa era transparente…

La bolsa era transparente y seguí viendo la televisión a través de ella mientras me deslizaba hacia la inconsciencia. Podía ver a Jimmy Sandison. Jimmy Sandison, el futbolista. La expresión de su cara mientras gesticulaba hacia el árbitro casi me hizo querer arrancarme la bolsa. Quise ayudarle, quise ayudar a toda la gente que había sufrido injusticias alguna vez, aunque lo que estaba viendo no fuera más que la puta grabación de un partido de furbo. Jamás había visto a un hombre tan escandalizado e indignado ante lo que le parecía un desatino de la justicia deportiva.

Un hombre, nunca.

Una vez vi a una mujer y fue peor, mucho peor; vi su cara en un tribunal… entonces vi:

PAPÁ PEGÁNDOME UN PUÑETAZO MAMÁ GRITÁNDOME LA CARA EN LÁGRIMAS DE KIM MIS PUÑOS REVENTÁNDOLE LA BOCA A BERNARD UN HOMBRE SUFRIENDO ESPASMOS EN EL SUELO GORDON RETIRANDO SU POLLA MANCHADA DE SANGRE DE UN MUCHACHITO ASUSTADO DOBLADO SOBRE UN OBRADOR ESE MUCHACHO MIRANDO SU PANTALÓN CORTO AZUL UNA EXPLOSIÓN UN HELICÓPTERO UN CUCHILLO CONTRA LA GARGANTA DE UNA CHICA UNA CARA CICATRIZADA REVENTANDO UN CUCHILLO CONTRA LA GARGANTA DE UNA CHICA Y DESPUÉS

NADA

Sólo un bendito vacío.

Después de un largo desmayo, me desperté en una pradera tropical, con Jamieson enjuagando mi sudoroso ceño. Hemos sido compañeros desde entonces, compartiendo el interés por la fauna salvaje, en particular por la ornitología, y una inquietud por la justicia social y el medio ambiente.

Sandy el Diamante.

Los diamantes son para la eternidad.

21 Afrontando al Marabú

Sandy Jamieson y yo estábamos sentados disfrutando de nuestro picnic. Sandy acariciaba la melena de un león entrometido que se había acercado tranquilamente hasta nosotros. Le di de comer al animal un poco de pollo, y a continuación le froté el estómago mientras se colocaba de espaldas contra el suelo como muestra de aprecio. Me acordaba de Estela Plateada caminando entre los animales, diciendo que ellos eran los mansos y el hombre el malvado y belicoso. Estela tenía mucha razón. Me gustan los gatos, incluso los grandes. Ojalá hubiéramos tenido nosotros un gato en vez de un…

—Los gatos son criaturas implacables, y he tenido que dar caza a unos cuantos a lo largo de mi vida, una vez que se habían vuelto devoradores de hombres —sonrió Sandy—. Lo que me gusta de ellos, sin embargo, es que carecen casi por completo de servilismo.

—Creo que esa es una buena cualidad —asentí. Miré hacia el sol brillante que se alzaba sobre la cima de una montaña lejana, sentí su exuberante calor en la cara, los brazos y las piernas desnudas.

Estuvimos sentados un rato antes de que Sandy se aclarase torpemente la garganta.

—Hmmff. Es una lástima arruinar el picnic, Roy, pero el refugio está a sólo unos cientos de metros carretera arriba. Creo que deberíamos ir en busca de cierto depredador-carroñero más conocido por estos lares como Marabú.

—Sí, Sandy, por mucho que odiemos al malvado capitalista Dawson, lo cierto es que sellamos un pacto de caballeros con él; el más vinculante de los pactos entre caballeros; a saber, librar al parque de Emerald Forest de los marabúes.

Sandy sonreía con expresión perpleja.

—¿Qué fue del elemento de cruzada personal que parecía impulsar esta persecución?

Me encogí de hombros.

—La verdad es que no lo sé, Sandy. Es sólo que cuando me desperté esta mañana, ya no parecía tan… acuciante.

Subimos hacia el refugio, Sandy con el rifle siempre a mano. Entramos sigilosamente junto al invernadero, hasta llegar a la biblioteca principal. Allí estaba el mayor de los marabúes. Pero algo estaba lejos de marchar bien.

--------He venido por ti ahora, Roy. Estoy aquí para llevarte lejos de aquí…

Meeting you
Wlth a view to kill

Face to face in a secret place
Feel the chill…

Márchate… tengo que plantarle cara al Marabú… por favor, Kirsty. Márchate

Nightfall covers me
But you know the plans I'm making…

Una vez la canté en una fiesta. Año nuevo. Me gustaban los Duran Duran cuando era un chavalín. Eso sí, su mejor tema era *Hungry Like The Wolf* eh.

Estoy cayendo, siento que me caigo ----- Lexo está aquí dentro. Ha conseguido entrar. Le estoy mirando. Está con Dawson y Jamieson. Lexo es el Marabú. Pero el Marabú está vuelto hacia nosotros. Lexo no es el Marabú…

Lexo no es…

Jamieson me apunta con la escopeta.

Until we dance into the fire
A little kiss is all we need…

Siento como si no pudiera respirar. ---------- ---------- ---------- ------------ ---------- ---------- ----------- ------------- Estoy sacando este tubito de tu polla inservible, Roy. ¿Puedes sentirlo?

Dance into the fire
The fatal sounds of broken dreams…

¿Que si puedo sentirlo, joder?

Estoy casi despierto. Parece que lo viese todo. Es como si ahora mis párpados no fueran más que una membrana translúcida. Podría abrir los ojos.

Podría abrir los ojos.

Siento un agudo dolor en el pene. Lo tiene en la mano. Lo está estrujando… como Dorie… como Patricia… pero no tan suavemente…

------------- Voy a cortártela y metértela en la garganta para verte morir asfixiado.

Fue LEXO, yo no, LEXO

There's crystal tears
Full of snowflakes on your body
First time in years
To change your skin

From lover's rosy stain
A chance to find a phoenix in the flame
A chance to die
And then we dance into the fire…[51]

—¿Te acuerdas de cuando me metiste esta cosa inútil y atrofiada por el culo, Roy? No puedo creer que me llegara a doler tanto. Bueno, no tanto como te va a doler a ti… ¿recuerdas cuando pusiste el espejo al pie del colchón para verme la cara mientras me forzabas el culo?… ¿te acuerdas de lo que dijiste? ¿Te acuerdas? Dijiste que querías que te viera, y que querías verme la cara. Querías que viera a Roy Strang. Querías que sintiera lo que le pasa a cualquiera que le toca los huevos a Roy Strang. Ahora yo quiero verte a ti, Roy. Quiero que veas en qué me has convertido, porque me has hecho idéntica a ti. Me escondí como un vegetal enfermo y retorcido durante días, escondida en mi piso, asustada de mi propia sombra. Me era imposible dormir sin pastillas. Me violasteis una vez, y con la ayuda del juez y de los tribunales me volvisteis a violar. Entonces vi aquellos pósters, aquellos pósters de la campaña de Tolerancia Zero. NINGÚN HOMBRE TIENE DERECHO, decían, pero estaban equivocados, Roy.

Nah, tenían razón, yo los vi, me hicieron daño, pero tenían razón…

—Estaban equivocados porque sí teníais ese derecho. Todos queríais enseñarme, Roy, darme una lección, eso dijisteis. Pues me la disteis…

Nah.

—Me enseñasteis que teníais ese derecho simplemente tomándolo. Los pósters eran normativos, hablaban de un mundo como debería ser en vez del mundo tal cual es…

Pero hay otro mundo, Kirsty, no tiene por qué ser así… podemos cambiarlo todo, hacer que sea diferente…

—No sé quién te dejó tan hecho polvo, qué te pasó para que te convirtieras en la lamentable y miserable coartada de ser humano que eres, y no me importa. No es mi problema. Tú eres mi problema, o más bien lo eras. Ahora yo soy tu problema. La fuerza equivale al derecho. El derecho se ejerce. Voy a ejercer el derecho, Roy, el derecho de joderte vivo, hijo.

Puedo sentir el acero frío en mi polla…

—Ese ridículo tubito que tienes metido en la polla, Roy, que te saca todo el pis. ¿Qué era lo que decías? «Ni dios me saca el pis a mí». Las enfermeras lo hacen todos los días, Roy. Simplemente te lo drenan. Probablemente fuera mejor dejarte sin más, dejar que te pudrieras en vida como has estado haciendo durante el último par de años, pero me dicen que podrías despertar. Ahora estamos jugando a médicos y enfermeras, Roy, así que deshagámonos de este ridículo tubito de los huevos… ¿Cuál, doctor?… pues ambos, enfermera…

Siento cómo me arranca el tubo del catéter. Fue el puto Lexo… cómo es que yo…

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO

Se me quema la garganta con este tubo… es el tubo de la garganta… sácamelo para que pueda hablar…

MÁS ABAJO

MÁS ABAJO---------- ---------- ----------- ---------- ----------- ---------- ----------- Sandy sigue apuntándome con el rifle. Pero oigo otras voces gritando. Sus caras están justamente en la periferia de mi visión pero sé quienes son, son Ozzy y Dempsey y Lexo, y están gritándome que ella ya ha tenido bastante.

La guarra se lo buscó…

¿Qué cojones es esto? ¡Sandy! ¡No me apuntes con eso, joder! Dispárale a Lexo
Él es el cabrón que

DUMBO

DUMBO STRANG

La guarra se lo buscó

Su cara, como la de Caroline Carson

sólo era una muchachita

guarras crueles todas iguales

la guarra se lo buscó

burlándose de los deformes

pero sólo era una muchachita

devuelven los golpes

La guarra se lo buscó

el perro

no puedes ir por la vida odiando
al cincuenta por ciento de la población

Gordon

yo no quería, yo no quería aquello

a quién coño odias Roy Strang odias a los arrabaleros los cafres los maricones los Weedgies los japos los esnobs los jambos los hinchas los ingleses las mujeres sólo que en realidad no es así verdad el único capullo al que de verdad odias es

Roy Strang.

no puedes ir por la vida odiando al cincuenta
por ciento de la población sólo porque
algún viejo guarro te dio por el
culo cuando eras un crío, no
sirve de nada eso, eh.

—¡YO SOY EL QUE DIRIGE ESTA PUTA FUNCIÓN! ¡YO SOY EL QUE DICE CUÁNDO LA GUARRA HA TENIDO BASTANTE! Estoy gritando… por qué estoy metiéndome en esto… no tiene una puta mierda que ver con nada… —Sandy… dispárale a Lexo… él es el puto violador. Es un jodido sonao…

Veo una imagen en el espejo, la imagen del Marabú. Está encima del flamenco… desgarrándolo, haciéndolo jirones, pero el flamenco sigue vivo, veo sus ojos apagados…

NUNCA HAY UNA EXCUSA.

Sus dedos me mantienen los ojos abiertos y puedo verla, me sujeta un párpado a la vez y sus tijeras quirúrgicas me cortan los párpados limpiamente, puedo sentir el frío acero y oír el agudo sonido al desgarrarse…

… siento los hachazos de su cuchillo en los genitales, golpeándome el pecho, excavando, tratando de encontrarme, pero nunca me encontrará aquí dentro… y ahora vuelo hacia arriba intentando salir, para cruzar volando las tierras de África, pero me he atascado en el techo del hospital mirando hacia abajo, hacia Roy Strang siendo despedazado por Kirsty… despedazado por un cuchillo con dientes de sierra… ¿lo compraste en Boston's, Kirsty?… ---------- ---------- ----------- ------------

—¡Voy a dejar que lo sientas, Roy! Dicen que un hombre apenas puede sentirlo, que apenas puede sentir cuando le extirpan el pito…

NO

NO

De pronto estoy aquí abajo otra vez y siento el dolor y no puedo moverme por su culpa

—Te dejaré probarla, como tuve que hacer yo…

NO

Es mi pito… la puta guarra asquerosa me ha cortado la polla y está… ah, qué coño, Estela Plateada nunca tuvo polla y al capullo no parecía irle mal volando por ahí en su tabla… eso es todo lo que pido…

—Esto va ir a parar a tu boca, Roy, abre la boquita, venga…

NO

NO

NO

—¿Oigo algo, Roy?… no puedo oírte… ¿qué es eso que me dices, Roy, qué es lo que tratas de decirme?… sé que lo estás deseando, sé que me lo estás pidiendo… no deberías hablar con la boca llena… tienes que aprender, Roy, hay que enseñarte…

NO

POR FAVOR NO

CUANDO ELLA DICE NO QUIERE DECIR NO.

Z.

TOLERANCIA ZERO

Me mira a los ojos, mis ojos sin párpados, y ahora nos vemos el uno al otro. Es preciosa. Gracias a Dios. Gracias a Dios que lo ha recuperado. Lo que le quitamos. Intento sonreír. Tengo esta polla cortada en la boca e intento sonreír. No puedo respirar y ella no tiene piedad.

La comprendo.

Comprendo su sufrimiento, su dolor, cómo sencillamente tiene que salir a la superficie. No hace más que pasar de una persona a otra, el sufrimiento. Hay que ser una persona de una fuerza excepcional para coger y decir: basta. Hay que ser una persona débil para guardárselo todo dentro y dejar que te despedace sin hacer daño a nadie más.

Yo no soy una persona de una fuerza excepcional.

Kirsty tampoco.

Los dos somos del montón y esto es una mierda.

Los dos lo comprendemos todo.

El sol se levanta a mis espaldas y mi sombra se derrama alejándose de él, allí, frente a mí. Mis piernas zanquivanas, mi enorme gabán, mi inmenso pico… no tengo orejas a la vista, nunca fui gran cosa en orejas, siempre fue mi nariz, el Capitán Picudo solían llamarme en el colegio… no eran las orejas, mi memoria no ha sido tan buena, ni tampoco mi oído, pero ahora puedo pensar con más claridad… tengo los andares de un espantapájaros cómico, arrastro los pies como un viejo que se ha cagado encima. Estoy tan cansado… despliego mis enormes alas negras…

Se marcha… no te vayas, Kirsty, quédate conmigo un rato, quédate hasta el final… pero no no no la oigo marcharse apresuradamente. Entonces oigo otra voz, el histérico griterío de la enfermera Patricia Devine. Me mira, viendo cómo me fumo mi propio pene como si fuera un cigarro fláccido y mojado, mirando horrorizada unos

ojos que no puedo cerrar. Me estoy debilitando, pero ahora estoy aquí. Puedo mover mis ojos carentes de párpados, puedo ver mi polla colgándome de la boca, y puedo ver las tijeras que me sobresalen del cuello… Patricia corre en busca de ayuda, pero es demasiado tarde porque tengo a Jamieson frente a mí y me apunta con el rifle y oigo el disparo y todo es una gran

Z.

Notas

[0] La distinción entre East Terracing y East Stand en el estadio de Easter Road (estadio del Hibernian F. C. [Hibs]) hace alusión a las modificaciones introducidas para controlar a las hinchadas. (*N. del T.*) <<

[1] término racista para designar a los miembros de la comunidad china. (*N. d el T.*)
<<

[2] Emerald Forest: «El Bosque Esmeralda». Alusión al Hibernian F. C., uno de los dos equipos de fútbol fundamentales de Edimburgo, con fuertes componentes católico-irlandeses entre su hinchada, y en cuyos colores y parafernalia predomina el color verde. (*N. del T.*) <<

[3] Literalmente, «el infierno de los gordos». (*N. del T.*) <<

[4] Si se añade una e a Strang se forma *strange*, es decir extraño o raro. (*N. d el T.*) <<



[5] Juego de palabras con el apellido Snape (mutilado hasta dejarlo en snap, que significa «partir» entre otras cosas). (*N. del T.*) <<



[6] En castellano, «La juventud en Asia»; pero en inglés, este conjunto presenta calambur con «eutanasia». (*N. d el T.*) <<

[7] En cuanto entraste al garito / me di cuenta de que eras un hombre con clase, / un auténtico derrochador. / Bien parecido, tan refinado. / Supongo que querrías saber lo que me ronda la cabeza. // Pues iré directamente al grano. / No pierdo la cabeza por cualquiera. / Eh, gran derrochador. / Eh, gran derrochador, / derrocha un poco de tiempo conmigo. /…/ Así que te gustaría divertirte. / ¿Qué tal unas risas, risas, risas? / Déjame que te lo haga pasar bien. / Yo podría hacértelo pasar bien. (*N. del T.*) <<

[8] Juego de palabras con «the sun never sets» (nunca se pone/descansa el sol, referido al Imperio británico), y hun (huno), denominación genérica de los seguidores del Glasgow Rangers, y por extensión protestantes en general. Alude al papel subordinado de los escoceses protestantes en la construcción y mantenimiento del Imperio británico. (*N. del T.*) <<



[9] En Escocia, hablar con acento pijo, o con un acento inglés de clase media alta. (*N. del T.*) <<

[10] Véase las cinco primeras estrofas de la nota de pág. 71. (*N. del T.*) <<

[11] Goldfinger… el hombre con el toque de Midas, / con el tacto de una araña, /…/ un dedo tan frío, / te invita… a entrar en su telaraña pecaminosa. / Pero no lo hagas… (*N. del T.*) <<

[12] Véase las cuatro últimas estrofas de la nota de pág. 71. (*N. del T.*) <<

[13] *North of the border*: se refiere a la frontera entre Inglaterra y Escocia. (*N. d el T.*)
<<

[14] Véase la quinta estrofa de la nota de pág. 71. (*N. d el T.*) <<



[15] Estoy loca por el chico /…/ aunque tenga algo de canalla. / Por el chico… (*N. d el T.*) <<

[16] Siglas del Heart of Midlothian Football Club (*N. d el T.*) <<

[17] Apodo de los seguidores de los Hearts. (*N. d el T.*) <<

[18] «Seamos amigas» y «Amigas Lesbas», respectivamente. (*N. d el T.*) <<

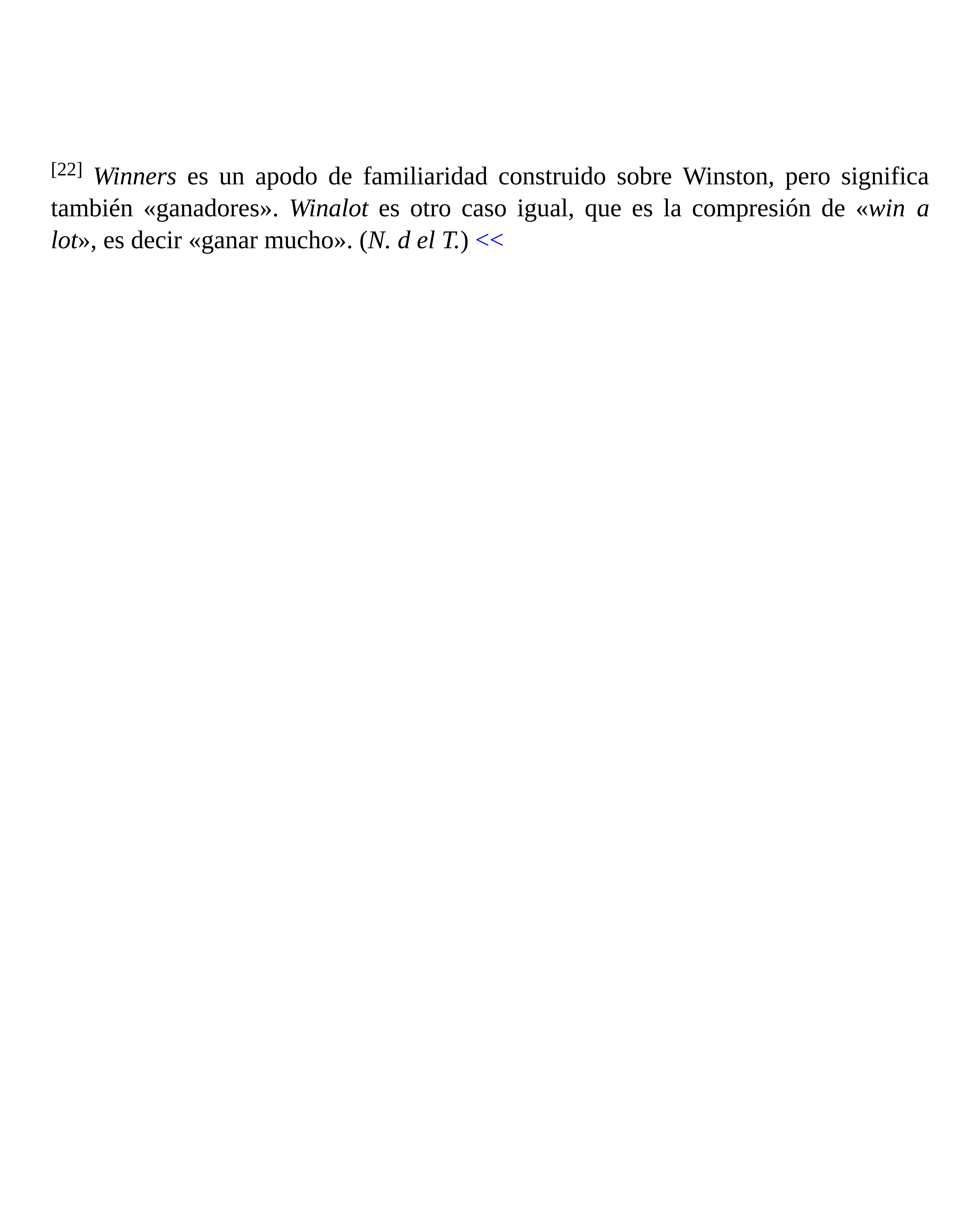
[19] El examen final del equivalente escocés de la E.G.B. (*N. d el T.*) <<



[20] El nivel avanzado del *Scottish Certifícate of Education*; equivale a un curso preuniversiario. (*N. d el T.*) <<



[21] Nadie lo hace mejor. / Me hace sentirlo por los demás. / Nadie lo hace la mitad de bien que tú. / Nena, eres la mejor. (*N. d el T.*) <<

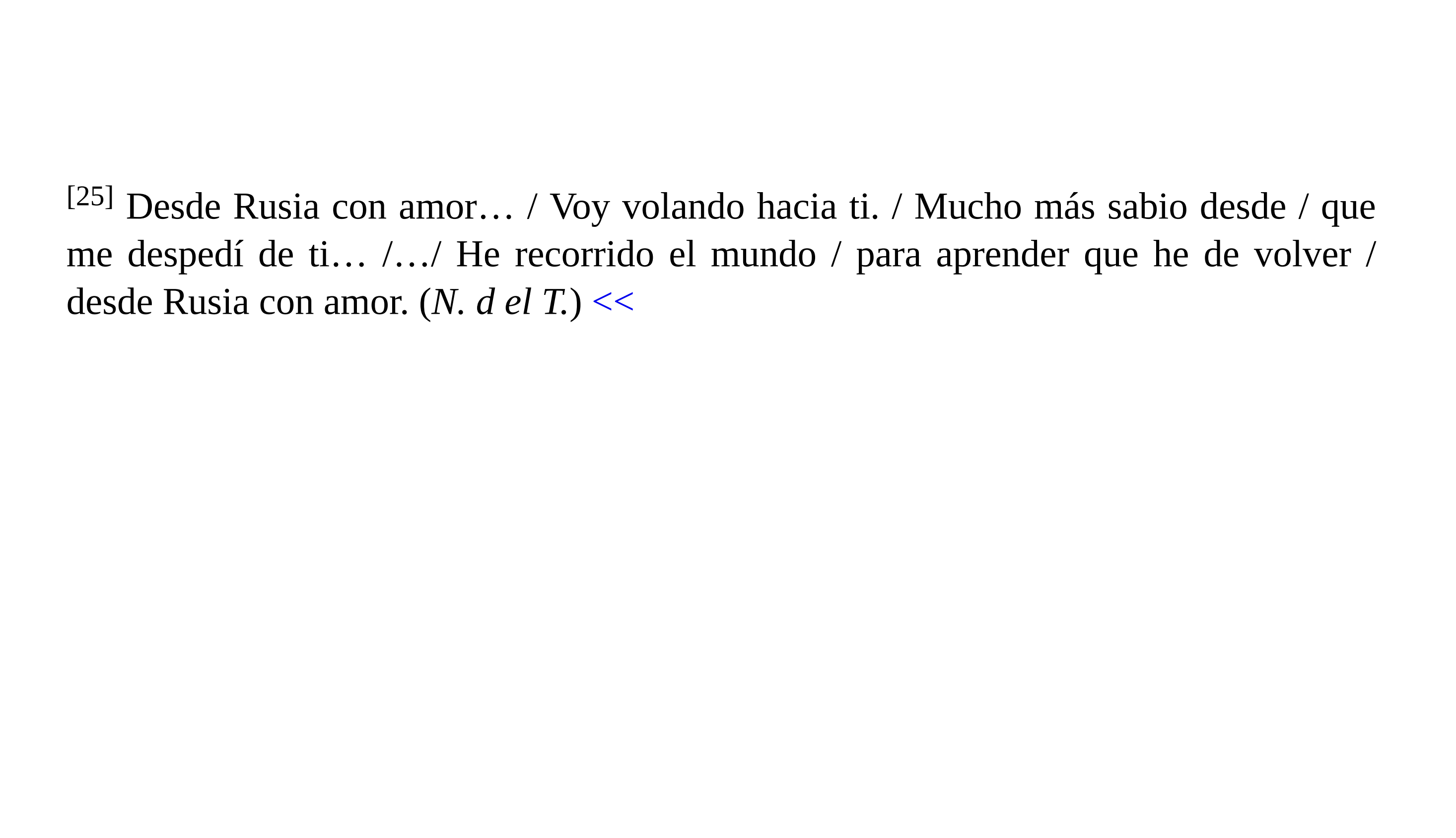


[22] *Winners* es un apodo de familiaridad construido sobre Winston, pero significa también «ganadores». *Winalot* es otro caso igual, que es la compresión de «*win a lot*», es decir «ganar mucho». (*N. d el T.*) <<



[23] *Casuals*: denominación de los jóvenes que van a montar bronca a los partidos de fútbol. (*N. d el T.*) <<

[24] Véase las cuatro últimas estrofas de la nota de pág. 71. (*N. d el T.*) <<



[25] Desde Rusia con amor… / Voy volando hacia ti. / Mucho más sabio desde / que me despedí de ti… /…/ He recorrido el mundo / para aprender que he de volver / desde Rusia con amor. (*N. d el T.*) <<

[26] He visto caras, lugares / y sonreído por un momento. / Pero, oh, / me obsesionabas de tal forma. / Aun así mi orgullosa juventud / trabada de lengua / no me permitía manifestarte mi amor / por si lo rechazaras. (*N. d el T.*) <<

[27] ¿La visteis el otro día / por la tele? / Buena diversión para toda la familia / dice la prensa amarilla. // Pero cuando estás en el camarín / ensayando tus nuevas heces / oyes la misma mierda de siempre / por propia y egoísta voluntad. // Nunca fue cantante / actriz o bailarina. / No puedo decir que me entristece / saber que tiene cáncer. // La primitiva reina / de la comedia británica norteña / toma el rand, entiéndanlo, / del régimen bóer racista. // Así que ahora sus células están jodidas. / Pues tendrá que joderse. / Recuerdo su número / que presencié por casualidad en Sun City. // No paraba de hablar una y otra vez / de ésos que viven en los árboles / con sus cráneos / distintos del tuyo y del mío. // Su perorata neonazi / me dejó sin habla. / Los bóers la devoraron con ardor / y también la escoria británica expatriada. // Pero lo que se hace circular / acaba por volver. / Así que bienvenida a otra dosis / de quimioterapia. // Y por lo que a mí me toca / es hora de ser franco. / Así que vete a tomar por culo y muérete / so cabrona cancerígena. (*N. d el T.*) <<

[28] La situación es que la vida es / sostenible, pero no renovable. / Sus elementos, bloques integrantes / de una construcción completa / pero irreconocibles aisladamente como tales. // Perseguirme por mi sexualidad / sería condescendencia para con la nave servil de la falsa ilusión / cuando las cintas emiten mensajes mezclados / a través de medios aún por descubrir / Avanti! grito, con mi sangre italiana / circulando por mis venas / indómita. (*N. d el T.*) <<



[29] Como el cielo que está sobre mí, / la espía que me amó / guarda todos mis secretos esta noche. (*N. d el T.*) <<



[30] Juego de palabras intraducible entre *alligators* (caimanes) y *allegators*, palabra inexistente que hemos traducido como alegantes. (*N. d el T.*) <<

[31] Véase las dos últimas estrofas de la nota de pág. 131. (*N. d el T.*) <<



[32] Apodo despectivo empleado en Edimburgo para designar a los habitantes de Glasgow. Es una contracción de Glasivegian (de Glasgow). (*N. d el T.*) <<

[33] Véase las estrofas de la nota de pág. 166 (*N. d el T.*) <<



[34] Antiguamente, en las ciudades escocesas, el lugar o edificio donde se guardaba la balanza pública para comprobar el peso de las mercancías. (*N. d el T.*) <<

[35] Astilleros navales clausurados por el gobierno de Londres. (*N. d el T.*) <<

[36] ¿Es que nadie va a decirme a dónde ha ido mi amor? / Es un chico japonés. / Me desperté esta mañana y mi amor se había ido. / Es un chico japonés. / ¿Fue algo que dije o que hice? / Ohhhh. / Está destrozando un hogar feliz… (*N. d el T.*) <<

[37] Nacido liiibre, / tan libre como el viento sopla. (*N. d el T.*) <<

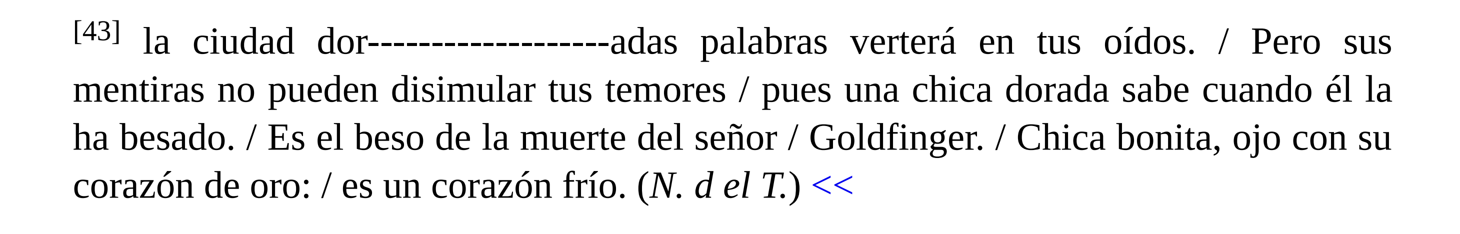
[38] Me gustaría huir de ti. / Pero si nunca me encontrases, moriría… (*N. d el T.*) <<

[39] Él siempre corre mientras los demás caminan. / Él actúa mientras los demás hablan… /…/ Él echa la vista sobre el mundo y lo quiere todo, / así que golpea como una bola de trueno… /…/ Cualquier mujer que desea la consigue… /…/ Rompe cualquier corazón sin lamentarlo. / Los días en que pedía las cosas han pasado ya. / Su lucha sigue y sigue… (*N. d el T.*) <<

[40] Sólo se vive dos veces. / O eso parece. / Una vez para ti mismo / y otra para tus sueños… /…/ Vas atravesando los años / y la vida parece tranquila, / hasta que aparece un sueño / cuyo nombre es amor… /…/ Y el amor es un extraño / que te incita a acercarte… /…/ No pienses en el peligro / o el extraño se esfumará… /…/ Este sueño es para ti, / así que paga el precio. / Haz realidad un sueño. / Sólo se vive dos veces… (*N. d el T.*) <<

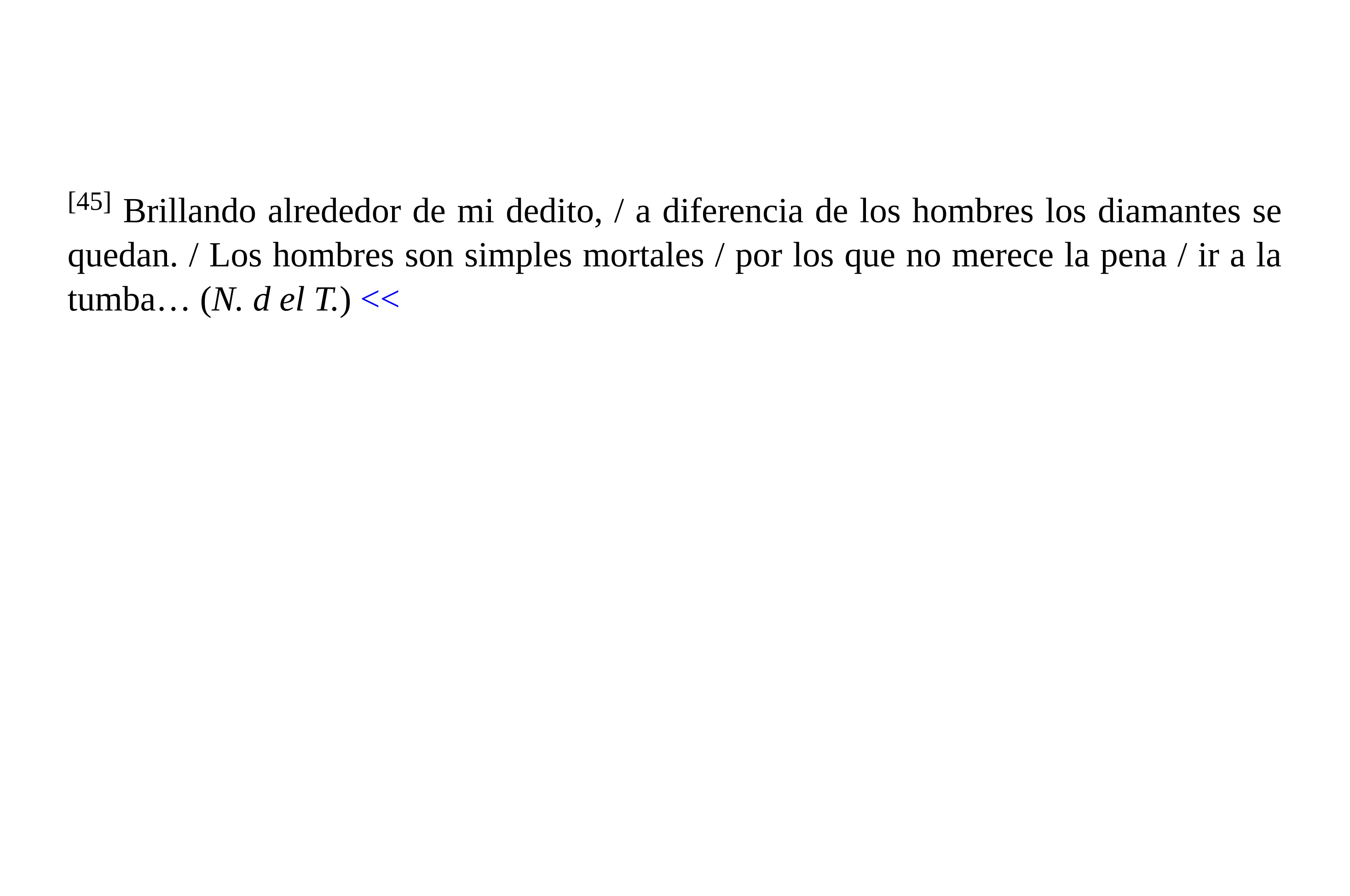
[41] Véase las dos últimas estrofas de nota de pág. anterior. (*N. d el T.*) <<

[42] Los diamantes son para la eternidad… / Son todo lo que necesito para darme placer. / Pueden estimular y provocarme. /…/ No me dejan sola por la noche, / no temo que puedan abandonarme… /…/ Los diamantes son para la eternidad… / Coge uno y acarícialo, / tócalo, recórrelo y desnúdalo. / Puedo ver todas sus partes. / Nada oculta en su corazón / que pueda dañarme… (*N. d el T.*) <<



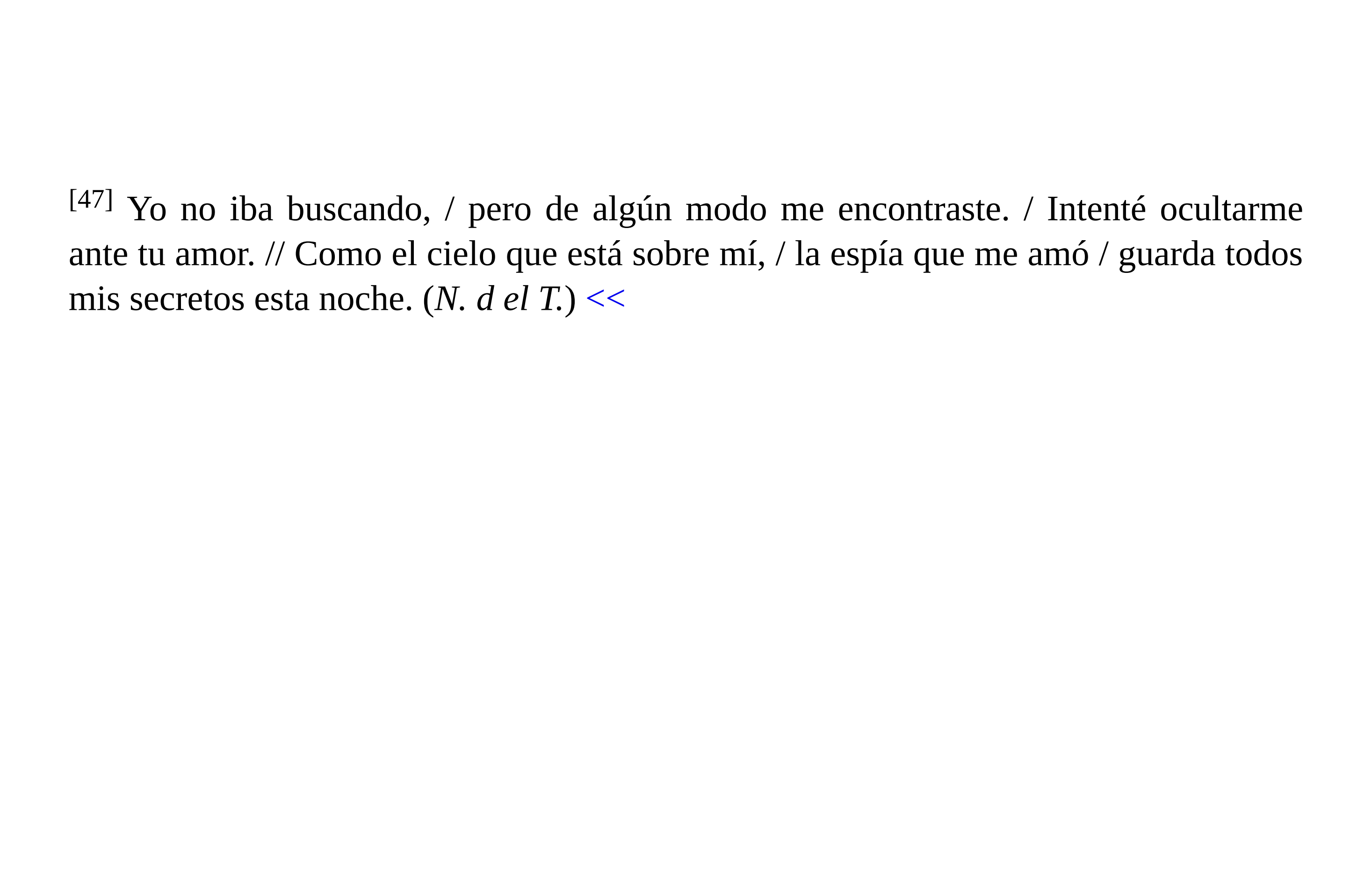
[43] la ciudad dor-------------------adas palabras verterá en tus oídos. / Pero sus mentiras no pueden disimular tus temores / pues una chica dorada sabe cuando él la ha besado. / Es el beso de la muerte del señor / Goldfinger. / Chica bonita, ojo con su corazón de oro: / es un corazón frío. (*N. d el T.*) <<

[44] Pueden verme de noche. / Sólo para tus ojos / nunca tengo que esconderme. // Puedes ver tanto en mí, / tanto de nuevo en mí, / que nunca sentí hasta que te vi… (*N. d el T.*) <<



[45] Brillando alrededor de mi dedito, / a diferencia de los hombres los diamantes se quedan. / Los hombres son simples mortales / por los que no merece la pena / ir a la tumba… (*N. d el T.*) <<

[46] Véase las estrofas de la nota de pág. 153. (*N. d el T.*) <<



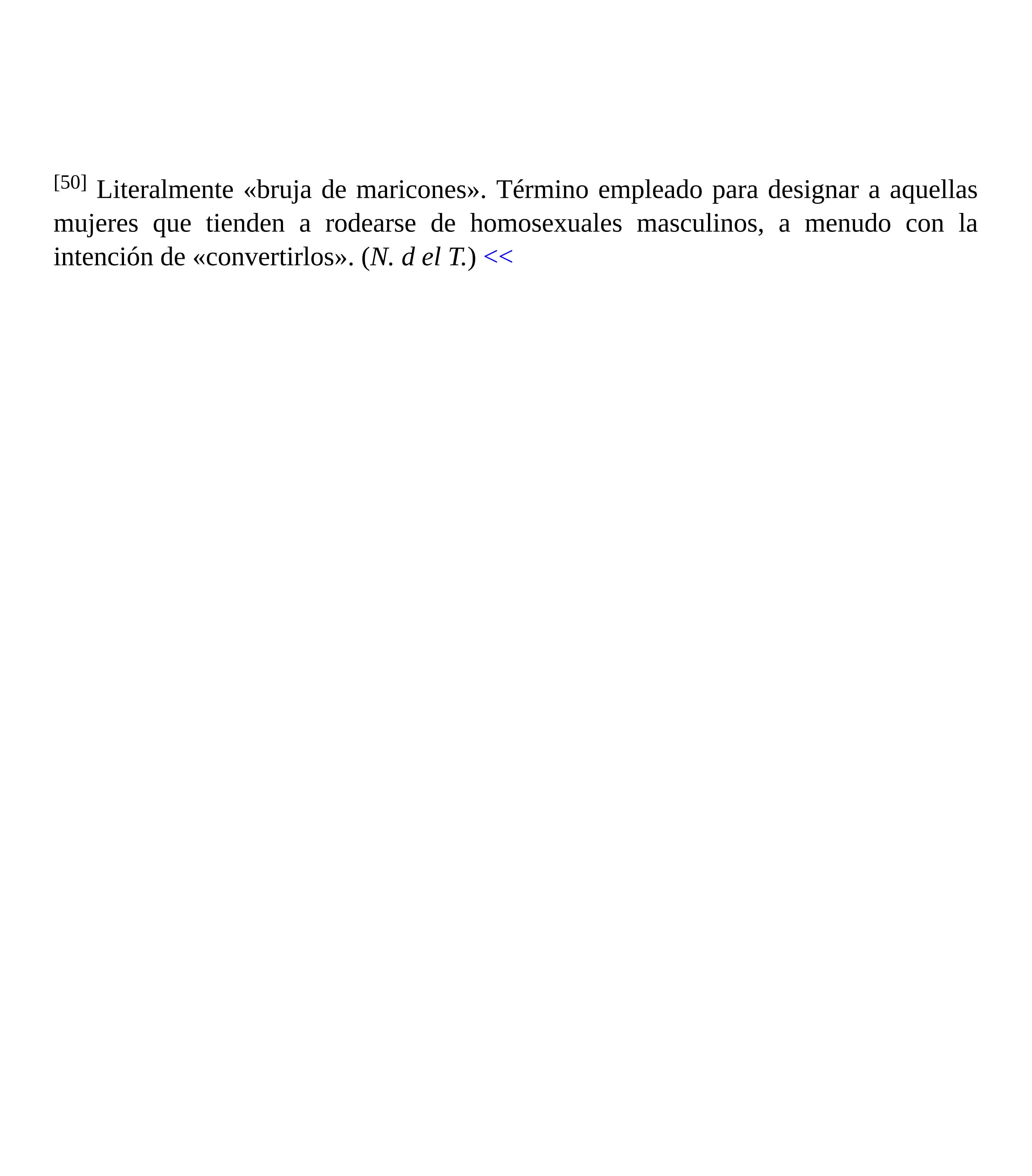
[47] Yo no iba buscando, / pero de algún modo me encontraste. / Intenté ocultarme ante tu amor. // Como el cielo que está sobre mí, / la espía que me amó / guarda todos mis secretos esta noche. (*N. d el T.*) <<



[48] La manera en que me abrazas, / siempre que me abrazas, / hay una especie de magia dentro de ti… (*N. d el T.*) <<



[49] ¿Qué beneficio me aportaría el amor? / Los diamantes nunca mienten. / Para cuando el amor se esfuma, / ellos siguen allí… (*N. d el T.*) <<



[50] Literalmente «bruja de maricones». Término empleado para designar a aquellas mujeres que tienden a rodearse de homosexuales masculinos, a menudo con la intención de «convertirlos». (*N. d el T.*) <<

[51] Encontrándome contigo / con un panorama para macar, / cara a cara en un lugar secreto / siente el escalofrío… /…/ La caída de la noche me encubre / pero tú sabes qué planes tengo… /…/ Hasta bailar entre las llamas / sólo necesito un besito… /…/ Bailando entre las llamas / el sonido fatal de los sueños rotos… /…/ Hay lágrimas cristalinas / llenas de copos de nieve sobre tu cuerpo. / Por primera vez en años / para cambiar tu piel / del tono rosáceo de un amante. / Una oportunidad de encontrar un fénix entre las llamas. / Una oportunidad para morir / y después bailar entre las llamas… (*N. d el T.*) <<